

David Samaniego Torres

Más acá de...

MIS CIRCUNSTANCIAS

David Samaniego Torres

Más acá de...

MIS CIRCUNSTANCIAS

Más acá de mis Circunstancias

David Samaniego Torres

Universidad Tecnológica Ecotec (9978-9931)

Diseño de Portada: Arquitecto Martín León Samaniego

Impresión: Poligráfica C.A.

Registro de Derechos de Autor (IEPI): 030597

ISBN: 978-9978-9931-1-8

Primera Edición

Abril del 2009

Presentación

Para la Universidad ECOTEC es un honor presentar a la comunidad universitaria y a la sociedad en general la obra “Mas acá de mis circunstancias”, de la autoría del Doctor David Samaniego Torres, Presidente del Consejo Consultivo de nuestra Alma Mater.

En el libro se recopilan los comentarios y opiniones vertidas por el autor en el diario El Universo, en su condición de editorialista, en los años que han transcurridos del siglo XXI. Esta obra que el Maestro Samaniego ha estructurado en seis capítulos, nos ayuda a reflexionar sobre los valores existenciales, la política, la sociedad, la familia y la hermosa geografía de este bello Ecuador.

Estamos ante una de esas joyas que es preciso dejar reposar las primeras impresiones, ya que el juicio que sigue inmediatamente a la impresión, es generalmente incompleto; mientras que, si dejamos que los conceptos vertidos en él: lealtad, puntualidad, felicidad, espíritu quijotesco, amor filial, libertad, paz, misión del maestro, tengan su proceso de maduración que nos permita tocar todas las cuerdas y no una sola.

Hay que tener presente que, la primera libertad base de todas, es la de la mente. Y el profesor Samaniego con sus reflexiones y enseñanzas, es un guía honrado, que enseña de buena fe lo que hay que ver, y explica su pro y su contra, para que se nos fortalezca el carácter de hombre alumno, que es la flor que no

se ha de secar en el herbario de los pueblos cultos, si se cumple la máxima de ser cultos, para ser libres.

Es necesario recordar que a la universidad le corresponde la misión de evolucionar constantemente para, además de transformarse y dar respuestas a las exigencias de su tiempo, ser capaz de comprender e interpretar éste, pues de otra manera su transformación no tendría sentido. Por eso la universidad, como organización colectiva, cuyos integrantes tienen la capacidad de entender, interpretar y valorar su tiempo, descubrir el sentido del momento histórico que se vive y ofrecer, a quienes en ella se forman, los elementos necesarios para integrarse a su tiempo como individuos portadores no sólo de los conocimientos del momento, sino también de la comprensión e identificación de su sociedad, su cultura y sus valores, estaría cumpliendo con los altos fines educativos para los que fue creada.

Por las razones antes expuestas, consideramos que esta obra duradera, sincera, vigorosa y sobria, llena de enseñanzas y buenos conceptos provenientes de la pluma del maestro para sus estudiantes de dentro y fuera de las aulas, de ayer, hoy y siempre, pero principalmente para los ciudadanos del mundo que orgullosamente son ecuatorianos, será un excelente material de consulta y de lectura obligada para complementar la necesaria formación humanista que necesitan los nuevos profesionales y no corran el riesgo de transformarse en meros tecnócratas de sus profesiones.

Dr. Fidel Márquez Sánchez
Rector
"RES NON VERBA"

Prólogo

A la honra de ser solicitada para poner unas líneas iniciales a este libro del Dr. David Samaniego Torres, se une el placer de la lectura, o más bien diría de la relectura; ya que por lo menos algunos de los artículos que aparecen en esta recopilación de los muchos publicados por el Dr. Samaniego a lo largo de los últimos años en su columna de diario El Universo, he tenido la satisfacción de conocerlos a través de la página editorial del prestigioso periódico guayaquileño.

Primero debo decir, que hay un trabajo minucioso de parte del autor; que engloba los artículos en capítulos a lo largo de casi una década, que hacen referencia a una temática común o conexas, lo que los ubica como merecedores de estar en determinados segmentos del libro. Permitiendo así un ordenamiento mayor en la lectura de la diversidad de aspectos, de situaciones, que han sido motivo de los siempre versados comentarios del Dr. Samaniego Torres.

Esa prolijidad, sin lugar a dudas facilita la lectura, y también provee de orientación al lector; que se sentirá en cierta manera guiado por el autor, para adentrarnos en sus múltiples intereses, que lo motivaron ciertamente a publicar primero los artículos periodísticos y luego esta recopilación que ahora tenemos en las manos.

A través de toda esta vasta producción periodística, se siente y trasluce el hombre sencillo, a quien le gusta el diálogo con sus alumnos y sus colegas y también con la gente del pueblo

a quienes muchas veces se dirige; sin olvidar sus orígenes de ciudad pequeña, en la profundidad de la provincia del Azuay, en su natal Síg sig de donde le viene por cierto ese amor al campo, a la naturaleza, a los perfumes que exhalan las hierbas cortadas hace poco o el de la leche recién ordeñada.

Hay nostalgias en los escritos de David Samaniego. Qué duda cabe!. Y no nos referimos tan solo a las que puede inspirar la familia, sino sobre todo la vida misma, los valores de antaño, la apacibilidad de un decurrir menos complejo que el que tenemos en el trajín que lo cotidiano nos depara.

Va titulando los capítulos, con sugestivas alusiones a la temática predominante en cada uno de ellos, así: Valores existenciales. Anécdotas, relatos y algo más. De aquí y de allá. Filosofía de la vida. Inmanencia y Trascendencia. Análisis y reflexiones políticas. A lo largo de todos ellos se impone la figura del maestro, la del pensador que da sus sabias apreciaciones y consejos a quienes lo leen; en una especie de cátedra extendida desde las aulas colegiales y universitarias, para continuar enseñando a través de sus pensamientos explicitados en palabras.

El autor recurre a citas de otros autores; a compartirnos lecturas entresacadas de libros, pero también del internet; de lo mucho que nos trae este moderno mecanismo de ponernos al día, pero al que hay que prestar atención si no queremos vernos sumergidos en un “exceso” de información, que es el peligro en que podemos naufragar quienes asistimos a la permanente revolución del conocimiento.

David Samaniego nos enseña a apreciar las cosas simples de la vida, las sencillas y más valiosas como la huella que el amor y los amigos dejan en las personas. Su filosofía de vida va más allá de la sensación del triunfo personal para quedarse siempre

con ganas de escribir más y más. Como cuando nos dice al final del último artículo que trae esta excelente recopilación: "Queda mucha tinta en el tintero...". Es decir que hay tanto por seguir pensando y escribiendo, y entregando a sus lectores, entre los que con seguridad nos contamos sus múltiples amigos.

A través de "Más acá de mis Circunstancias", título que sin lugar a dudas nos trae reminiscencias orteguianas, conocemos mejor a David Samaniego: el maestro, el pensador, el periodista, el idealista, el patriota. Su lectura nos permite bucear en su personalidad y ser partícipes de sus sueños.

Rosalía Arteaga Serrano

Prefacio

Se estila que un libro tenga un prefacio escrito por el autor. No sé quien, pero alguien dispuso que así debe ser. Pienso que se trata de un buen invento que camufla el intento de hacer que las cosas parezcan exactamente como aquello que en verdad no lo son. Aquí inicio “mi prefacio”; al final ustedes me dirán si fue algo necesario.

Este libro nace sin haber sido engendrado como tal. Las historias, reflexiones, anécdotas, comentarios o algo más, nacieron por separado y tuvieron su propio proceso de gestación y crecimiento. Los artículos aparecidos en El Universo tienen un padre común, son mis hijos, revelan mis inquietudes, descubren mi piel, saben de mis incongruencias y conocen de mis desvelos y arrepentimientos. Si aquello que se inculca en las páginas de un diario nacional debiese primero ser vivido por el autor y fuese obligatorio certificar su personal código de valores y su apego existencial a ellos, sería impensable que alguien, todavía cuerdo, diera un paso en extremo riesgoso. Mi trajinar se halla reflejado en las vivencias de Pablo de Tarso, el converso, el apóstol de las gentes, el escritor iluminado, aquel de las cartas llenas de sabiduría a quienes en esos días empezaban a ser los primeros cristianos; aquel que con enorme humildad descubrió la raíz de sus comportamientos: “lo que hago no lo entiendo, pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago...; no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero...” (Romanos, 7).

Las páginas de “Más acá de mis circunstancias” son un depósito de semillas destinadas a germinar y producir opimos frutos. Los padres de familia, los educadores y quienes tienen

responsabilidades con otras personas, incluidos quienes detentan el poder político, encontrarán en estas líneas conceptos que les recuerdan lecciones recibidas, que refuerzan tradiciones familiares. Las ideas caminan siempre delante de las transformaciones. No se deben descartar iniciativas porque no se ven sus consecuencias inmediatas. El “inmediatismo” enfermizo siempre fue causante de que planes y proyectos valiosos no vieran la luz, que abortaran creando traumas insospechados en quienes los crearon. Algunas centurias ha gastado la humanidad en el afán de proclamar que la libertad es pilar fundamental de toda democracia y realización existencial de todo humano, sin embargo en muchos parajes y recovecos de nuestra aldea global la libertad es aún un mito, un bien inalcanzable, una mercancía que se oferta en campañas políticas pero que no llega a enraizarse en las acciones de los gobernantes de turno.

Finalmente, “Más acá de mis circunstancias” intenta decir que “más acá de las mías” están las circunstancias que viven todos los humanos; cada uno sabrá leer estas páginas desde su propio mundo interior; por lo demás este libro puede leerse de atrás para delante o al revés; si se lo hace al voleo o al azar, igual, porque cada uno de los textos escritos tiene vida independiente y cumple con una finalidad específica.

RES NON VERBA (Hechos, no palabras) es el lema de la Universidad ECOTEC. Estas páginas recordarán a sus alumnos que siempre antes de los hechos está la palabra que engendra proyectos y propicia realizaciones; gracias a esta joven universidad por el generoso auspicio para la publicación de esta obra.

David Samaniego Torres

Capítulo primero

Valores

existenciales

Facetas del amor

Los sentimientos que el amor despierta son tan variados como diferentes somos los hijos de Adán y de Eva. Este es mi caso. Amo a las flores del campo por su perfume, por su sencillez, por su belleza y porque ellas nada piden de mí. Amo el rosicler de la aurora por la intensidad de sus colores, por invitarme a estar despierto mientras la humanidad duerme, por iluminar las montañas con mil colores; amo los atardeceres en la playa porque ellos me invitan a la paz, al sosiego, y porque sencillamente me cautivan pues son imanes que al fijarme al suelo me transportan a dimensiones cada vez más variadas y distintas; de este modo amo a las aves del cielo, a los peces del mar, amo a las montañas, amo los ríos y todo lo creado para mi deleite, para nuestro regocijo.

¿Y el amor a los humanos? También es y debe ser distinto. Amor de padres y amor de hijos; amor de esposos y amor de enamorados; amor a los infantes recién nacidos y amor a los adolescentes, jóvenes o adultos; amor a las hijas y amor a los hijos; amor a los abuelos, a los tíos, al clan familiar; amor entre amigos de verdad, amor profundo, desinteresado, maduro.

El corazón ha sido escogido como asiento del amor y con mucha razón, porque el corazón reparte la sangre al cuerpo humano, lo hace todos los días, no conoce cansancio, lo hace generosamente, sin aspavientos, lo hace igual con los judíos que con los cristianos, con los negros y con los blancos, con los niños y los ancianos; es por esto que el corazón se ha ganado el simbolismo de representar al verdadero amor.

¿Tenemos amores diversos? Quiero dejar, conscientemente, la disquisición a nuestros psicólogos. Yo creo, que tenemos diversas formas de amar, distintas maneras de expresar nuestro amor, pero que, al final, todos esos amores proceden de una sola fuente y son inspirados por el mismo ser.

Resulta fácil escribir sobre el amor de madre. No es lo mismo cuando hablamos del padre, porque quizá lo vemos algo alejado de nuestros sentimientos, un hombre de pocas palabras que no pertenece a nuestra rutina diaria; tal vez una persona retraída, demasiado lenta para la risa; tal vez adusto y exigente, a lo mejor algo distante del hogar por sus ocupaciones y trabajo. Y sin embargo él es nuestro padre y es dueño de nuestro amor.

A los padres jóvenes con hijos pequeños quisiera que les llegue este mensaje que hace poco llegó a mi mesa de trabajo:

“Recuerda papá”

“Que si no juegas ahora conmigo, cuando tú quieras ya habré crecido; que la armonía entre tú y mamá me dará seguridad ante la vida y hará de mí un triunfador o un frustrado; que de tu amor depende mi capacidad de amar cuando sea adulto; que soy muy feliz cuando me llevas dormido hasta mi cama; que lo que yo aprendo contigo lo recordaré toda la vida; que el amor y respeto que demuestras por nosotros semejantes será el amor y el respeto que yo les tenga cuando sea adulto; que yo también tengo intereses personales; que me gusta tomar parte en las decisiones familiares; que te necesito como mi mejor amigo; que si oramos juntos aprendo a comunicarme con Dios”.

Amigos

“Si tienes un amigo, has merecido un don divino. La amistad leal, sincera, desinteresada, es la verdadera comunión de las almas. Es más fuerte que el amor, porque este suele ser celoso, egoísta y vulnerable. La verdadera amistad perdura y se fortalece a través del tiempo y la distancia. No se necesita ver frecuentemente al amigo para que la amistad perdure. Basta saber que este responderá cuando sea necesario, con un acto de afecto, de comprensión y aun de sacrificio.

La amistad no se conquista, no se impone, se cultiva como una flor; se abona con pequeños detalles de cortesía, de ternura y de lealtad; se riega con las aguas vivas de desinterés y de cariño silencioso. No importan las distancias, los niveles sociales, los años o las culturas. La amistad todo lo borra.

El recuerdo del amigo lejano, del amigo de la niñez o el de la juventud, produce la íntima alegría de haberlos conocido. Nuestra vida se enriqueció con su contacto por breve que haya sido. La felicidad del amigo nos da felicidad; sus penas se vuelven nuestras porque hay un maravilloso lazo invisible que une a los amigos. La amistad es bella sobre toda ponderación. Para el que tiene un amigo, no existe la soledad”.

Estas líneas las entresaco de *Un regalo excepcional*, de O. Sweet M., pensamientos que contienen una filosofía de vida. Me he preguntado con insistencia, al término de esta transcripción: Ecuador, ¿tiene amigos? Si los tiene, ¿dónde están los amigos? ¿Es Ecuador un bien apetecible, un algo o alguien que merezca nuestro amor o nuestra amistad? ¿Puedo ser amigo de un país,

amigo de sus ríos, de sus mares, de sus montañas, de su pasado, de su presente, de su futuro? ¿Puedo amar a quienes viven dentro de la geografía que encierra al Ecuador? ¿Puedo amar al Ecuador sin amar a los ecuatorianos, a todos, sin importar el color, la raza, su religión, su ubicación política o social?

Cada día me estoy convenciendo más que “amor de patria” no es otra cosa que parte de un poema y que cada día es menor el grupo de ecuatorianos que ama de verdad a su patria y si sus amantes son pocos, menos aún lo son sus verdaderos amigos.

Deber de los maestros y de los padres de familia es modelar la raza humana para encontrar lo que Sweet requiere:

-“El mundo anda siempre en busca de hombres que no se vendan; de hombres honrados, sanos desde el centro hasta la periferia, íntegros hasta el fondo del corazón.

-“Hombres de conciencia fija e inmutable como la aguja que marca el Norte.

-“Hombres que defiendan la razón aunque los cielos caigan y la tierra tiemble.

-“Hombres que digan la verdad sin temor al mundo. Hombres que no se jacten ni huyan; que no flaqueen ni vacilen. Hombres que tengan valor sin necesidad de acicate. Hombres que sepan lo que han de decir y lo digan; que sepan cuál es su puesto y lo ocupen; hombres que conozcan su trabajo y su deber, y los cumplan. Hombres que no mientan, ni se escurran ni rezonguen, hombres que quieran comer solo lo que han ganado y que no deban lo que llevan puesto”.

¿Quién es capaz de cambiar nuestras motivaciones? ¿Se imaginan ustedes, la revolución fecunda que se iniciaría en el Ecuador si mañana amanecemos decididos a ser amantes perdidos de nuestro extraordinario Ecuador?

Paradojas del siglo XXI

La entrega de estas “paradojas de nuestros tiempos”, es un alimento de reflexión de primer orden que comparto con ustedes:

-“Tenemos edificios más altos, pero templos más pequeños; autopistas más anchas, pero puntos de vista más estrechos; gastamos más y tenemos cada vez menos; compramos más y disfrutamos menos.

-“Tenemos casas más grande y familias más pequeñas; cosas más convenientes, pero menos tiempo; más educación y menos sentido; más conocimiento y menos juicio; más expertos y más problemas; más medicinas y menos bienestar.

-“Tomamos mucho, fumamos mucho, gastamos sin medida, reímos muy poco, manejamos muy rápido, nos enfurecemos demasiado rápido, nos acostamos muy tarde, nos levantamos muy cansados, casi no leemos, vemos demasiada TV y casi nunca rezamos.

-“Hemos multiplicado nuestras posesiones, pero reducido nuestros valores; hablamos demasiado, amamos muy poco y mentimos casi todo el tiempo; le hemos sumado años a la vida y no vida a los años.

-“Hemos ido y vuelto a la luna, pero no podemos cruzar la calle para conocer a un vecino. Hemos conquistado el espacio exterior, pero no el interior; hacemos cosas más grandes, pero

no mejores; hemos limpiado el aire, pero no el alma; hemos dividido al átomo, pero no a nuestros prejuicios; escribimos mucho, pero aprendemos poco; planeamos todo, pero no conseguimos casi nada.

-“Tenemos ganancias más altas, pero moral más baja. Esta es la época de la comida rápida y de la digestión lenta. Esta es la época de la paz mundial y la guerra doméstica. Ahora tenemos ingresos conjuntos y más divorcios, casas más bellas, pero más hogares rotos. Es la época donde tenemos todo en la exhibición y nada en el inventario”.

El vacío interior, aquel que carcome el alma, no se llena con bienes materiales. El espíritu reclama lo inmaterial y trascendente, los bienes que disipan la soledad y devuelven la esperanza.

Los creyentes afirmamos que nuestras existencias tienen su origen en un plan divino, que salimos de las manos de Dios, que siempre estaremos inquietos e insatisfechos hasta que retornemos al Creador.

Riqueza, éxito y amor

“Una mujer salía de su casa y vio a tres ancianos de larga y blanca barba sentados, precisamente, al frente de su casa. No los reconoció y dijo: “No creo conocerlos, pero deben tener hambre. Por favor pasen y acepten alguna cosa para comer”.

Uno de ellos preguntó: “¿Se encuentra el hombre de la casa dentro?”. “No, -dijo ella- él salió”.

“Entonces no podemos pasar”, contestaron. En la tarde cuando su esposo llegó a casa, ella le dijo lo que había pasado. “Ve a decirles que estoy en casa e invítalos a pasar”, fue la respuesta. La mujer salió e invitó a los hombres a que pasaran.

“Nunca pasamos a una casa juntos”, respondieron. “¿Por qué es así?”, quiso saber ella. Uno de los ancianos le explicó: “Su nombre es Riqueza, -apuntando a uno de sus amigos- y apuntando al otro dijo, “él es Éxito y yo soy Amor”.

Después agregó, “Ahora ve y discute con tu esposo a cuál de nosotros deseas en tu casa”.

La mujer entró y le dijo a su esposo lo que le habían dicho. Su esposo se regocijó.

“¡Qué bueno!, dijo. Dado que este es el caso, invitemos a Riqueza. ¡Dejemos que venga y llene nuestra casa de riqueza!”. Su esposa no estuvo de acuerdo: “Querido mío, ¿por qué no invitamos a

Éxito?”. La hija estaba escuchando desde el lado opuesto de la casa. Saltó con su propia sugerencia: “¿No será mejor invitar a Amor? ¡Nuestra casa estará entonces llena de amor!”. “Hagamos caso del consejo de nuestra hija”, dijo el esposo a su esposa. “Sal e invita a Amor a ser nuestro huésped”.

La mujer salió y les preguntó a los tres ancianos. “¿Cuál de ustedes es Amor? Por favor pase y sea nuestro huésped”. Amor se puso de pie y empezó a caminar hacia la casa. Los otros dos también se pusieron de pie y lo siguieron. Sorprendida la señora, les preguntó a Riqueza y a Éxito: “Solamente invité a Amor. ¿Por qué están pasando ustedes?”. Los ancianos respondieron:

“Si usted hubiera invitado a Riqueza o a Éxito, los otros dos nos hubiéramos quedado afuera, pero como usted invitó a Amor, dondequiera que él va, nosotros lo acompañamos. Dondequiera que haya amor, también hay riqueza y éxito”.

Este relato llegado a mis manos se explica por sí solo. Para cada uno de nosotros tiene su mensaje y su enseñanza. Requiere apertura mental y ganas de ser mañana mejores de lo que fuimos hoy.

La hormiguita y el lirio

Los cuentos tienen su magia y descubren a ese niño que todos llevamos dentro. Los cuentos son creaciones literarias inteligentes que transmiten mensajes profundos. La hora que vivimos los ecuatorianos es desconcertante porque no aprendemos aún a vivir juntos, somos incapaces de consensos, somos más propensos a la disolución que a la unión. La Navidad que canta “paz a los hombres de buena voluntad” es una ocasión para que aflore ese niño escondido con todos sus atributos y bondades.

Había una vez una hormiguita que era como toda buena hormiga, trabajadora y servicial. Se la pasaba acarreado hojitas de día y de noche; casi no tenía tiempo para descansar. Y así transcurría su vida, trabajando y trabajando.

Un día fue a buscar comida a un estanque que estaba un poco lejos de su casa, y para su sorpresa al llegar al estanque vio cómo un botón de lirio se abrió y de él surgía una hermosa y delicada florecilla. Se acercó y dijo:

¡Hola! ¿Sabes?, ¡eres como muy bonito!, ¿qué eres? Y la florecita contestó: Soy un lirio. ¡Gracias!, ¿sabes? ¡Eres muy simpática! ¿Qué eres tú?, preguntó el lirio. Soy una hormiga y gracias por preguntarme.

Y así la hormiguita y el lirio siguieron conversando todo el día, haciéndose grandes amigos.

Cuando iba a anochecer, la hormiga regresó a su casa, no sin antes prometer al lirio que volvería al día siguiente. Mientras

iba caminando a casa, la hormiga descubrió que admiraba a su nuevo amigo, que lo quería muchísimo y se dijo: “mañana le diré que me encanta su forma de ser, sí... mañana.

Y el lirio al quedarse solo se dijo también: “Me gusta la amistad de la hormiga, mañana cuando venga se lo diré”. Pero al día siguiente la hormiguita se dio cuenta de que no había trabajado nada el día anterior. Así que decidió quedarse a trabajar y se dijo: “Mañana iré con el lirio. Hoy no puedo, estoy demasiado ocupada, mañana le diré, además, que le extraño”. Al día siguiente amaneció lloviendo, y la hormiga no pudo salir de su casa y se dijo: “Qué mala suerte, hoy tampoco veré al lirio. Bueno, no importa, mañana le diré todo lo especial que es para mí”. Y al tercer día la hormiguita se despertó muy temprano y se fue al estanque, pero al llegar encontró al lirio en el suelo, ya sin vida. La lluvia y el viento habían destrozado su tallo. Entonces la hormiga pensó:

“¡Qué tonta fui! Desperdicié demasiado tiempo, mi amigo se fue sin saber todo lo que le quería, en verdad me arrepiento”. Y así fue como ambos nunca supieron lo importantes que eran”.

El cuento se acabó, ahora viene la realidad. Seamos parte del escuadrón de gente positiva y transmitamos alegría, fe y optimismo.

Nuestro Ecuador lo requiere con ansías. No esperemos el mañana para bendecir a alguien, para orar por alguien o para preocuparnos por alguien porque quizá ese mañana no llegue. Hagámoslo hoy.

Por ningún motivo dejemos de decirle a una persona que la amamos, que la valoramos, que la respetamos y que ella es importante para nosotros.

Filosofía de una marioneta

Ha llegado a mis manos el texto *La marioneta*. Nos dice que la vida vale la pena ser vivida y que no debemos darnos el lujo de que esta pase sin dejar la huella en quienes nos rodean, en nuestras familias, en nuestros amigos, entre nuestros vecinos.

“Si por un instante Dios se olvidara de que soy una marioneta de trapo y me regalara un trozo de vida, posiblemente no diría todo lo que pienso, pero en definitiva pensaría todo lo que digo. Daría valor a las cosas, no por lo que valen sino por lo que significan.

Dormiría poco, soñaría más, entiendo que por cada minuto que cerramos los ojos, perdemos 60 segundos de luz. Andaría cuando los demás se detienen, despertaría cuando los demás duermen. Escucharía cuando los demás hablan y cómo disfrutaría de un buen helado de chocolate.

Si Dios me obsequiara un trozo de vida, vestiría sencillo, me tiraría de bruces al sol, dejando descubierto, no solamente mi cuerpo sino mi alma. Dios mío, si yo tuviera un corazón, escribiría mi odio sobre hielo y esperaría a que saliera el sol. Pintaría con un sueño de Van Gogh sobre las estrellas un poema de Benedetti, y una canción de Serrat sería la serenata que le ofrecería a la luna. Regaría con mis lágrimas las rosas, para sentir el dolor de sus espinas y el encarnado beso de sus pétalos... Dios mío, si yo tuviera un trozo de vida... No dejaría pasar un solo día sin decirle a la gente que quiero que la quiero.

Convencería a cada mujer u hombre de que son mis favoritos y viviría enamorado del amor. A los hombres les probaría cuán equivocados están al pensar que dejan de enamorarse cuando envejecen, sin saber que envejecen cuando dejan de enamorarse.

A un niño le daría alas, pero le dejaría que él solo aprendiese a volar.

A los viejos les enseñaría que la muerte no llega con la vejez sino con el olvido.

Tantas cosas he aprendido de ustedes los hombres... He aprendido que todo el mundo quiere vivir en la cima de la montaña, sin saber que la verdadera felicidad está en la forma de subir la escarpada. He aprendido que cuando un recién nacido aprieta con su pequeño puño por vez primera el dedo de su padre, lo tiene atrapado por siempre. He aprendido que un hombre solo tiene derecho a mirar a otro hacia abajo, cuando ha de ayudarlo a levantarse.

Son tantas cosas las que he podido aprender de ustedes, pero finalmente de mucho no habrán de servir porque cuando me guarden dentro de esa maleta, infelizmente me estaré muriendo..."

Todo pretexto es válido para alimentar nuestra reflexión. Desconozco al autor del texto transcrito entre comillas. No importa. Ahora es nuestro, para nuestro deleite y alimento.

Educación con responsabilidad

El texto que transcribo entre comillas luego de este primer párrafo, adolece de concepciones propias de su época, pues con “hombres” identifica al conjunto de seres humanos; como decía un buen obispo salesiano, de origen italiano, cuando alguien le reclamara por un desliz similar: “cuando digo hombres entiendo abrazar a todas las mujeres”.

En este texto, de manera muy similar, los conceptos y anhelos del autor deben entenderse como metas de crecimiento personal de todos los niños y niñas, jovencitos y jovencitas que requieren templar su espíritu para futuras lides en pro de la justicia, de la honorabilidad, de la solidaridad, del honor, etcétera.

“El mundo anda siempre en busca de hombres que no se vendan; de hombres honrados, sanos desde el centro hasta la periferia, íntegros hasta el fondo del corazón.

Hombres de conciencia fija e inmutable como la aguja que marca el Norte; hombres que defiendan la razón aunque los cielos caigan y la tierra tiemble.

Hombres que digan la verdad sin temor al mundo.
Hombres que no se jacten ni huyan; que no flaqueen ni vacilen.
Hombres que tengan valor sin necesidad de acicate.

Hombres que sepan lo que han de decir y lo digan; que sepan cuál es su puesto y lo ocupen; hombres que conozcan su trabajo y su deber, y los cumplan. Hombres que no mientan, ni se

escurran ni rezonguen, hombres que quieran comer solo lo que han ganado y que no deban lo que llevan puesto". (O. Sweet. M., Un regalo excepcional).

Es menester que las parejas que un día sintieron el placer de engendrar nuevas vidas y gozaron hasta lo indecible al sostener a esos vástagos en sus brazos, hoy tengan diseñado para ellos un perfil de hombre o mujer que se adecue a las exigencias y necesidades de la época en que vivimos.

Si bien los padres de familia son los primeros educadores de sus hijos, no es menos verdad que una buena escuela, colegio o universidad, sin descuidar la educación preescolar, son fundamentales para conseguir precisamente ese perfil con el que sueñan los progenitores.

Los servicios educativos que son impartidos por el Estado reciben el nombre de educación fiscal; aquellos que son impartidos por personas jurídicas o naturales particulares forman lo que se denomina educación particular. Todos dependen de una misma orientación y política educativas que tienen su origen y sustento en el Ministerio de Educación y Cultura, en consecuencia, todos los estudiantes deberían recibir educación de igual calidad. Pero eso no es lo que sucede: la educación fiscal, en un porcentaje preocupante, adolece de males endémicos y una parte de la educación particular tiene también sus bemoles.

Dentro de este ambiente los padres de familia responsables escogerán lo mejor para sus hijos. Entre el hogar y los centros educativos debe crearse una estrecha relación de colaboración, pues solamente juntos podrán formar ciudadanos amantes de la paz, de la justicia social y la libertad.

La eutanasia frente a los adolescentes

¿Cómo hablar de muerte a quienes sienten correr la vida en sus cuerpos? ¿Cómo hablar de descanso a quienes emprendieron una carrera frenética? ¿Cómo decirles basta a quienes están alineados dentro de la gran maratón de la existencia? ¿Cómo hablar de principios a quienes buscan cosas concretas y cómo reflexionar con jóvenes que viven sumergidos en el enorme coctel de divagaciones y atractivos sensuales de toda índole? Se puede y se debe.

Con los estudiantes de los sextos cursos, trabajamos este tema en “Actualidad Nacional e Internacional”. Los periódicos son nuestros textos y las noticias nuestro pénsum. Holanda fue la ocasión. Allá la eutanasia ya no se penaliza si se cumple con cada uno de estos tres requisitos: “que el enfermo lo pida, que la enfermedad se halle en estado terminal y que los dolores sean insoportables”. El telón de fondo para estas reflexiones fue la encíclica *Evangelium Vitae*, de Juan Pablo II; las frases entre comillas aluden a este texto:

1. “Por eutanasia en sentido verdadero y propio se debe entender una acción o una omisión que por su naturaleza y en la intención causa muerte, con el fin de eliminar cualquier dolor”. La eutanasia es una acción por la que el humano toma en sus manos un atributo divino: dar y suspender la vida. “Yo doy la muerte y doy la vida” (Dt.32,39).
2. El enseñamiento terapéutico nada tiene que ver con la eutanasia; nadie está obligado a ciertas intervenciones médicas ya no adecuadas a la situación real del enfermo; cuando la

muerte se prevé inminente e inevitable, se puede en conciencia renunciar a unos tratamientos que procurarían únicamente una prolongación precaria y penosa de la existencia, sin interrumpir, sin embargo, las curas normales debidas al enfermo en casos similares.

3. “Cuando prevalece la tendencia a apreciar la vida solo en la medida que da placer y bienestar, el sufrimiento aparece como una amenaza insoportable de la que es preciso librarse a toda costa... En realidad, lo que podría parecer lógico y humano, al considerarlo en profundidad se presenta absurdo e inhumano. Estamos aquí ante unos de los síntomas más alarmantes de la cultura de la muerte, que avanza sobre todo en las sociedades del bienestar, caracterizadas por una mentalidad eficientista que presenta el creciente número de personas ancianas debilitadas como algo demasiado gravoso e insoportable. Muy a menudo, estas se ven aisladas por la familia y la sociedad, organizadas casi exclusivamente sobre la base de criterios de eficiencia productiva, según los cuales una vida irremediamente inhábil no tiene ya valor alguno”.

4. La vida es sagrada cuando se inicia frágil e indefensa en el vientre materno, como también cuando esta llega a la senectud o contrae una enfermedad incurable y se torna otra vez necesitada de ayuda y protección; cortarla, en cualquiera de sus fases de crecimiento o decrecimiento es suicidio (por sí mismo) u homicidio (por otros).

Una muerte dulce y sin dolor, todos la anhelamos y está bien que la deseemos. Una de mis hermanas un día me contó que nuestra madre pedía a Dios que cuando le llegue su hora no sufra ni haga sufrir a sus hijos y esposo con su dolor. Y Dios se lo otorgó. En menos de cinco horas ella se durmió plácidamente. Tomar la vida, propia o ajena, en nuestras manos y disponer de ella nos está vedado, por nuestra razón y por nuestra fe cristiana católica, estas fueron nuestras conclusiones.

Juventud solidaria

Los ecuatorianos corremos el riesgo de empezar a sacar conclusiones muy peligrosas. Personas que pertenecen a diversos medios de nuestra convivencia nacional afirman con fuerza certezas personales como estas: Ecuador es un país de corruptos; no es posible luchar contra el sistema; los jóvenes de hoy solamente piensan en el placer; la política es propia de personas ladronas o desocupadas; la educación es un relajo; los maestros son irresponsables.

No sé a dónde vamos a llegar si no somos críticos, si no reflexionamos seria y ponderadamente, sobre todo, aquello que nos llega. Lo detestable es que estas afirmaciones son recibidas sin un análisis previo y pasan a ser las verdades de quien las asumió. De esta forma se genera una cadena perniciosa y nefasta que puede conducir a que los ecuatorianos asumamos la condición de seres perdidos, de personas pesimistas, de pueblos sin salida.

La semana pasada me di un baño refrescante del que ustedes no tienen la menor idea. Las noticias nos trajeron informaciones poco gratas sobre el comportamiento del volcán Tungurahua y de los pueblos que sufren la inclemente caída de ceniza.

Un grupo de estudiantes me pidió asesoramiento para organizar una colecta en beneficio de los habitantes de Pillate, San Juan, Bilbao y otros pequeños recintos, todos ubicados a los pies del volcán. Pues comenzamos el trabajo.

Estos jóvenes, mujeres y hombres, lograron reunir 6 toneladas de alimentos, es decir 120 quintales. Estuve presente cuando

ellos hablaron a sus compañeros. Lo hicieron con entereza, con aplomo, con fuerza; sentían el dolor ajeno a pesar de la distancia y sus compañeros asimilaban el mensaje. Pero no todo hicieron sus compañeros. Los líderes del bien llevaron el mensaje a algunos colegios como La Inmaculada, Nuestra Madre de La Merced, Javier, Cayetano Tarruel, María Auxiliadora, Santo Domingo de Guzmán... las colaboraciones llegaron oportunamente. Estas instituciones dijeron sí y sus maestros y estudiantes se mantienen alerta para entregar donaciones de alimentos para estas comunidades que ayer tuvieron mucho y hoy nada tienen.

Narcisa, Lía y Carlos fueron los eslabones de una jornada que se inició el domingo a las cuatro de la mañana y que concluyó el lunes a la misma hora. Veinticuatro horas de cansancio, de esfuerzo, de emociones y sinsabores, son dosis solamente para corazones gigantes, para voluntades fuertes y para espíritus con una enorme sensibilidad social. Jéssica Bermúdez, la hermosa y carismática Miss Ecuador, estuvo con nosotros en la gira. Guayaquil, Pallatanga, Colta, Riobamba, Mocha, Ambato, Pelileo, Cotaló, Pillate. Llegamos a las tres de la tarde, bajo una lluvia pertinaz de ceniza y teniendo a mamá Tungurahua sobre nuestras narices.

Mis palabras son toscas y mi inspiración débil para entender lo que vivimos. Nuestros estudiantes no eran “señores ni niñitas”, eran ángeles llenos de amor, de dulzura, de candor, de sencillez, de bondad, de solidaridad, de respeto, de alegría íntima y profunda. Todos invocamos a Dios en esa jornada. Lo vimos presente en los rostros de niños y ancianos, en los ronquidos del volcán, en las imágenes que guardamos como un tesoro único y en la luz que iluminó las miradas de quienes tuvimos el privilegio de estar junto al Señor.

¿Se perdieron los valores? No.

Agucemos el oído y calibremos nuestra mirada.

Los valores humanos y cristianos se hallan más cerca de lo que nosotros nos imaginamos.

Terrorismo en Hollywood

Debo agradecer a la Ec. Dora de Ampuero por el envío de *Ideas de libertad*. En el N.º 69 correspondiente al 2001, donde Steve Forbes diserta sobre “Los impuestos y las bases morales del capitalismo democrático” dice: “Ustedes conocen la importancia de las ideas. Las ideas son lentes a través de los cuales vemos el mundo”. Quiero ampliar estos conceptos y presentarles algunas conclusiones que las considero importantes.

Las ideas son lentes..., pues en mi larga vida nunca escuché un símil parecido. Sí conozco aquello que “todo depende del color del cristal con que se mire”. Sin embargo, los dos decires guardan semejanzas entre sí. Los conceptos y las ideas, las convicciones y los principios, son los cristales o lentes con que cada uno de nosotros ve o percibe la realidad; de esta fuente provienen normas y leyes, reglas y estilos de vida; y, por qué no decirlo, de esas ideas vienen también los parámetros para decir que algo es bueno o malo.

En estos días de desasosiego mundial, cuando el temor y la desconfianza se han globalizado y también cuando la desesperanza y pesimismo amenazan con engullirnos a todos, surgen cuestionamientos muy serios, profundos y dolorosos; al final podemos concluir que todo depende de los lentes con que miremos.

Esta es la gran tragedia de los humanos en estas horas críticas. Mucho papel hemos gastado y demasiada salida para proclamar

derechos, para escribir decálogos, mas no hemos logrado consensos; hemos preferido ser obsecuentes hasta con los más absurdos axiomas para no privar a la gente de su libertad de pensar y hacer lo que les viene en gana; posiblemente esta policromía de diferencias, quizá rica en expresiones dispares, no tiene, sin embargo, un espíritu común que mantenga la unidad de pertenencia al género humano. Cuando vienen a mi mente las geniales imágenes de Stanley Kubrick en *Odisea 2001 en el espacio*, veo que la lucha de los simios por defender su propio charco con aullidos y con palos, sigue siendo hoy la misma lucha para defender las propias cosmovisiones con armas y estrategias nuevas, pero siempre defendiendo el mismo charco de nuestras intemperancias y caprichos, ajenos a la búsqueda de la esencia de las querencias humanas.

¿Hollywood? ¿En estos días se ha preocupado alguien por poner en entredicho a la industria cinematográfica? ¿No es acaso el cine comercial el que se ha convertido en la escuela, colegio y universidad del crimen, del terror, del mal gusto, de la apología de los excesos, de la bestialidad, del latrocinio?

¿Dónde aprenden la maldad nuestros infantes desde sus tiernos años? ¿Por qué se ha buscado desde hace décadas crear una sociedad violenta, amoral, impúdica, irreverente, desacralizada, voraz, anárquica, consumista?

Hay muchas cosas en las que debemos pensar y repensar. Hoy combatimos a dos enemigos invisibles: al terror y al ántrax. Quizá debamos emprender la lucha por encontrar su ubicación a otros elementos positivos invisibles: al bien, a la bondad, a la nobleza, a la sencillez, al respeto, a la cordialidad, a los buenos modales, a la solidaridad, a la justicia y a la equidad.

Raíces de la lealtad

No eran aún las siete de la mañana del miércoles. Un grupo de adolescentes discutía acerca de la lealtad. Ejemplos van, ejemplos vienen, lo cierto es que los conceptos eran vagos y sus aplicaciones dudosas. Los patios son lugares ideales para un encuentro, para una confidencia. En los patios desaparece el catedrático y cede el paso al amigo, al hermano mayor; es por esto que la conversación se hace más fluida.

Me decían estos jóvenes que la lealtad es una consecuencia de la amistad, que sin lealtad no puede existir amistad y que entre las personas surgen nexos y condiciones forjados por la lealtad que vienen a robustecerla y enriquecerla. Otro me decía que le era imposible ser leal a quien le caía mal. Finalmente, uno de los más callados hasta ese momento me dijo a boca de jarro: profesor, para usted ¿qué es la lealtad? Bueno... tuve que pensar rápidamente y crear en mi mente un concepto capaz de constituirse en respuesta válida. A ustedes entiendo que les pasa lo que me pasa a mí. Existen tantas y tantas palabras que las entendemos, que las usamos, sin embargo nunca fuimos al diccionario para buscar su significado preciso. Recuperado ya de este encuentro de inquietudes, he aquí algunos aportes:

-“Lealtad es el cumplimiento de lo que exigen las leyes de la fidelidad y las del honor y hombría de bien” (DRAE). Lealtad se refiere, en todo caso, al cumplimiento de lo que exigen las leyes; no se trata de algo muy personal y por lo mismo subjetivo, sino que está supeditado al cumplimiento de normas, de leyes, de regulaciones, de tradiciones. Estas leyes son las “de la fidelidad,

del honor y de la hombría del bien” que personalmente no las he visto impresas, pero que me imagino se derivan de los términos que están cercanos a estos valores:

-Fidelidad es lealtad, confianza, observancia, franqueza, rectitud, sinceridad, constancia, fe, amistad, honradez, veracidad, honestidad, austeridad, probidad, devoción.

-Honor es honra, consideración, honradez, caballerosidad, hombría, conciencia, dignidad, pundonor, decoro, pudor, respeto, vergüenza.

-Hombría es corrección, honestidad, honradez, decencia, caballerosidad, integridad, honor, decoro, honra, dignidad, fortaleza, valor.

Un análisis rápido de la definición de lealtad y su vinculación con las palabras que describen la fidelidad, el honor y la hombría me llevan a las siguientes conclusiones:

La lealtad involucra las profundidades de nuestro ser y sus valores más grandes. No puedo ni debo ser leal a algo o a alguien, si antes no existen principios que sean los anillos que me unen a una institución o a una persona. La fidelidad, el honor y la hombría conjugan valores comunes: la honradez, la dignidad, la caballerosidad, el respeto, el pundonor, el decoro. Este conjunto de valores forman la textura de la lealtad.

Debemos aspirar a ser leales con nuestros principios, con nuestras tradiciones. Ser leales con nosotros, con nuestra conciencia, es un imperativo. Es el único camino que nos salva de peligrosos comportamientos esquizofrénicos.

Qué tan pobres somos

Juntos hemos podido comprender mejor algunas realidades de nuestra vida. ¡Cuántas experiencias, ideas, dudas o certezas me entregan esas líneas que recibo como respuesta a mis artículos semanales! Me permito unas reflexiones que nunca están por demás:

-Si somos pobres o muy pobres, ricos o muy ricos, por ahora no importa. Lo que importa es cuál es nuestra postura frente a la pobreza o la riqueza, qué nos dicen, a qué nos obligan.

-¿La pobreza es también una pobreza de corazón, para los que son pobres y muy pobres? O tal vez, ¿poseen poco o nada pero su corazón está lleno de lujos que quieren poseer, que los amargan por no tenerlos; está repleto de necesidades que se crean y fastidiados porque no las pueden conseguir?

-Cuántas veces los pobres amargan sus vidas por una ambición desmedida, por una envidia que los corroe, por una pobreza de espíritu que los convierte en personas lánguidas espiritualmente. Porque piensan que son más pobres de lo que en realidad son.

-¿Y los ricos, poseedores de fortunas y de muchos bienes materiales, son también ricos de espíritu, son personas generosas, aman al prójimo, a quienes están cerca de ellos los aman como se aman así mismos?

-Conozco ricos enfermos, ansiosos por aumentar sus capitales, codiciosos, recelosos de quienes les rodean, angustiados por

conservar sus fortunas, hijos de la avaricia más espantosa, alejados incomprensiblemente de su familia y de sus amigos. ¡Pobres ricos, en verdad!

Quizá en este contexto valga recapitular algunas de mis convicciones convertidas en “temas”:

-Tenemos un sol que sale todos los días para darnos su luz y para traernos calor a nuestras vidas; tenemos un cielo estrellado amplio y hermoso que cada noche nos cobija con sus luces titilantes velando nuestros sueños y dándoles su toque de magia; tenemos un mar ancho y caprichoso que desde sus playas nos convida a disfrutar del agua tibia, de las palmeras, de los alcatraces y gaviotas y de esa cantidad enorme de peces que traen variedad a nuestra mesa. Tenemos la Sierra, la Costa, el Oriente y Galápagos para agradecer a Dios todos los días desde el más alto volcán o desde la campiña de labranza; desde la selva tupida que nos recuerda a Cumandá, desde la variedad de tradiciones, de gentes y de pueblos de nuestro Litoral o desde el embrujo de nuestras lejanas islas.

No, mil veces no.

No es que somos pobres. Muchos pueblos de esta tierra sí pueden quejarse de haber nacido pobres.

Nosotros, los pobres y los ricos, cada amanecer debemos caer de rodillas ante Dios y agradecerle por habernos hecho tan, pero tan ricos.

Que la riqueza material jamás atrofie nuestro espíritu y que la pobreza transitoria nos eleve y redima.

Cocreadores del universo

Debió ser en los primeros lustros del 1500. El Renacimiento se encontraba en todo su esplendor. El genio mimado de Mecenas y buscado por los pontífices no podía contener dentro de sí a los ángeles y a los demonios que pugnaban por salir convertidos en óleos, nacidos del mármol o perennizados en múltiples creaciones que las seguimos admirando. Miguel Ángel Buonarrotti debió haber pasado noches de meditación, encaramado sobre el andamiaje especialmente creado para pintar el cielo raso de la Capilla Sixtina.

Con su pincel maestro habrá hecho trazos y más trazos hasta llegar a plasmar una idea genial consagrada luego por la humanidad. Su obsesión era perennizar el momento de la creación. Finalmente se hizo la luz y el genio nos regaló la imagen de un venerable anciano, representación de Dios Padre, que desde el alto cielo extiende su mano y con su dedo divino toca el dedo de Adán recostado en la tierra dándole un hálito de vida, animándolo y haciéndolo a su imagen y semejanza, convirtiéndolo en cocreador y en piloto de su creación.

Desde ese instante, lejano y perdido en la noche de los tiempos, los humanos nacidos en la tierra, nos afanamos, pugnamos y luchamos por transparentar esa herencia creadora que llevamos en nuestras raíces: ser creadores de ilusiones y realizadores de sueños, forjadores de nuevas oportunidades, vencedores de obstáculos, apostadores de imposibles, luchadores en contra de adversidades, vencedores de tornados y de huracanes, atrevidos navegantes en mares bravíos o solitarios pasajeros en naves siderales; ese es el destino de los humanos: elevarnos por sobre

nuestras flaquezas; desafiar a la gravedad y sus leyes; descubrir los secretos de la vida; surcar la tierra para depositar en ella las semillas que servirán para alimentar nuestros cuerpos; amar con intensidad y con ese amor preservar la continuidad de la raza humana o quizá, horadar la tierra para plantar cimientos y levantar centros educativos donde el estudio, la formación, la espiritualidad y la solidaridad ofrezcan caminos para llegar a la realización personal; estas acciones ennoblecen el ser humano, hablan bien de nuestra presencia en la Tierra. Le hace bien al Ecuador, país bendecido por la naturaleza y mimado con predilección por el Creador, ser testigo, a pesar de la crisis que nos agobia, de felices realizaciones que ponen de manifiesto una verdad: cuando los ecuatorianos queremos apostar a un futuro digno y fecundo, sí somos capaces de hacerlo, sí somos capaces de encaramarnos para otear horizontes desconocidos y somos también capaces de vencer adversidades, de superar mezquindades y de proclamar a los cuatro vientos el triunfo de la confianza, de la intrepidez y de la vocación de seres existencialmente perfectibles. Cuando esto sucede se afianza nuestra vocación recreadora del universo.

Con cada vida humana que nace, hay fiesta en el cielo.
Con cada creación terrenal el paraíso se conmueve.
Con cada sonrisa nuestra los ángeles también sonríen.
Con cada sueño alcanzado nacen otros que
nos encadenan y motivan.
Con cada estudiante la vocación del maestro renace.
Con cada hijo que llega, la familia se fusiona.
Creo que un pedazo de cielo decidió quedarse
en cada centro de estudios.
Reflejado en la pureza de nuestros infantes.
En la despreocupada inquietud de nuestras niñas y niños.
En los sueños y desengaños de nuestros jóvenes,
cazadores de ilusiones.
En los temores y ternuras de nuestros padres de familia.
En los desvelos, angustias y alegrías de nuestros maestros.

Puntualidad

Ya era tiempo de que alguien enarbolará la bandera de la puntualidad. En verdad la “Puntualidad” llega a nuestras casas un tanto retrasada, no porque intencionalmente se quedó en el camino, sino porque ella depende de quienes la permitan entrar. Hoy la puntualidad está a la puerta de hogares e instituciones; en estas horas ella toca el timbre, nos invita a que abramos nuestra puerta, que le demos ingreso; que la ubiquemos en un lugar permanente y definitivo en nuestras vidas.

Sobre la puntualidad no hay mucho que decir: es cumplir a tiempo, minutos antes, no minutos después; se es puntual o impuntual, no hay términos medios. “Un minutito solamente, un ratito, ya mismito, espéreme un segundo, ya llego, aguante un poco, me quedé dormido, solamente por esta vez, no se me prendió el carro, etcétera, etcétera”, no son sino eufemismos y frases hechas que esconden la inconsciencia respecto al valor del tiempo; si somos puntuales, en buena hora; si somos impuntuales, necesitamos de una saludable conversión, de un ejercicio comunitario para enrolarnos en el bando de quienes sí son puntuales. Me permito poner a consideración de ustedes algunas experiencias y ciertas consideraciones:

– No se puede ser puntual a medias; soy puntual o soy impuntual; si casi llego a tiempo, es que soy impuntual; si me atrasé apenas dos minutos, es que fui impuntual; si llegué cuando cerraban las puertas, es que fui impuntual.

– Quienes me conocen en el ejercicio de la docencia y de la gerencia educativa, saben que la puntualidad es un valor que hay que cuidarlo y respetarlo, cueste lo que cueste; ministros de Estado, alcaldes e invitados, en general, cuando no llegaron a tiempo a ceremonias programadas con su presencia, siempre se encontraron con que el evento cívico o cultural se había iniciado puntualmente, por respeto a la comunidad educativa.

He puesto un ejemplo personal; sin embargo, un número considerable de maestros piensan y actúan de igual modo; además, los padres de familia y sus hijos no se ofenden por exigirles que sean puntuales.

¿Han pensado ustedes qué significa, en definitiva, ser impuntual? Les doy algunos rasgos de mi cosecha. El impuntual es un ser que perdió la vergüenza, en caso de estar consciente de que obra mal o es un ser que vive su vida al margen de las normas de convivencia civilizada; es alguien al que no le interesan los reglamentos o disposiciones de una institución; es un personaje que no tiene respeto por los demás, pues no se percató que al llegar tarde distrae e incomoda a quienes fueron puntuales; es una persona que no planifica su tiempo; si es padre de familia con su ejemplo crea generaciones de impuntuales; por fin, contribuye con su comportamiento al desprestigio del país: un país de impuntuales y de inobservantes de las normas y códigos no es un lugar apto para vivir e invertir.

Nada más. Confío en que el ejército de puntuales, incluidos los militares, sea cada día más numeroso. Ecuador lo necesita, ya era tiempo.

No hay por qué temer

Xavier y Carolina son dos jóvenes inquietos, soñadores, voluntariosos que, sin embargo, también sufren de perplejidades, angustias y temores. Un buen día ellos me confiaron, con la sencillez de espíritus aún no contaminados y con la amplitud que brinda la confianza, que ellos sienten angustias y temores al pensar en el mundo que les va a tocar vivir, ya como adultos, dentro de cinco o diez años.

Es preocupante que dos jóvenes aborden temas que por su interés general están más allá de los años que viven y que sean temas que no traten de proyectos, de sueños e ilusiones sino que ellos tengan que ver con presagios de años difíciles e inquietantes. Me agrada, debo confesarlo, que los jóvenes planteen temas complejos –como un grupo de estudiantes que han decidido tratar en una conferencia, también para jóvenes estudiantes, la relación entre fe y razón– porque veo en ellos su capacidad de reflexión y comprensión de la realidad que viven; cuando estos jóvenes me interrogan, quizá por un comentario personal, entonces no mido el tiempo y no importa si es fin de semana, una tarde o quizá en la noche. La juventud tiene derecho a pensar, pero, ¿por qué los adultos nos empeñamos en dejarles como herencia un Ecuador tan conflictivo, un país desintegrado y maniatado por la corrupción?

Carolina y Xavier recibieron de mis manos el texto que a continuación les entrego, entre comillas; de él sacaron sus propias conclusiones:

“Temía estar solo, hasta que aprendí a quererme a mí mismo. Temía fracasar hasta que me di cuenta de que únicamente fracaso si no lo intento. Temía lo que la gente opinara de mí, hasta que me di cuenta que, de todos modos, opinarían de mí. Temía que me rechazaran, hasta que entendí que debía tener fe en mí mismo.

Temía al dolor, hasta que aprendí que este es necesario para crecer. Temía a la verdad, hasta que descubrí la fealdad de las mentiras. Temía a la muerte, hasta que aprendí que no es el final, sino más bien el comienzo. Temía al odio, hasta que me di cuenta de que no es otra cosa más que ignorancia.

Temía al ridículo, hasta que aprendí a reírme de mí mismo. Temía hacerme viejo, hasta que comprendí que ganaba sabiduría día a día. Temía al pasado, hasta que comprendí que no podía herirme más. Temía a la oscuridad, pero vi la belleza de la luz de una estrella. Temía el cambio hasta que vi que aun la mariposa más hermosa necesitaba pasar por una metamorfosis antes de volar. Hagamos que nuestras vidas en cada día tengan más vida y si nos sentimos desfallecer, no olvidemos que al final siempre hay algo más”.

Xavier y Carolina comprendieron que el miedo se anida en espíritus débiles, que es preciso luchar en contra de los temores, que el futuro personal y colectivo lo construimos todos los días, que no debemos sentarnos en el muro de lamentos para llorar infortunios, sino que es menester escalar nuestra propia cima para desde allá divisar horizontes de esperanza.

Grandeza y pequeñez

El contacto con el mar y sus vaivenes es un espacio apto y propicio para meditar, para pensar en el ayer y en el mañana, para distinguir lo transitorio de lo permanente, lo útil de lo inútil, la grandeza de la pequeñez. La despedida solemne, impresionante, sencilla y sentida al papa Juan Pablo II, hace pocos días, fue un leitmotiv para sumergirme en los vericuetos de mi yo que se avecina a las siete décadas de existencia. Bien vale, de vez en cuando, cerrar la llave de nuestra rutina para alimentarnos con el fruto de experiencias, de sentimientos encontrados, de luces y sombras propias de nuestras siembras y cosechas.

Mientras preparábamos la tierra para el próximo cultivo en nuestro huerto familiar pasaron por mis manos diminutas semillas de acelga, pepino, tomate, berenjena, rábano, sandía y melón. Las miré una y otra vez, y al encontrarlas tan frágiles y tan diminutas pensé cómo en esa pequeñez podía estar contenida una futura planta con sus frutos que multiplicarían por cien, por mil o diez mil, las dimensiones de esas semillas, que serían enterradas y sometidas a la humedad suficiente para luego germinar, convertirse en plantitas débiles que con el paso de las semanas llegarían a dar los frutos que todos hemos visto y muchas veces adquirido en los mercados.

Esta experiencia, me llevó a pensar con insistencia en la esencia del ser y del devenir de los humanos; si el melón al ser sembrado produce melones y lo hace como respuesta al cuidado que se puso en esa siembra y en su posterior crecimiento, los humanos

fuimos creados y criados para cumplir con normas y reglas que se hallan inscritas en los genes de nuestra especie, antes que en códices y libros que repletan las bibliotecas del mundo. Se traiciona el desarrollo de la especie cuando la vida toma rumbos ajenos al mejoramiento sustancial de ella; cuando la inteligencia tuerce las razones y argumentos para encontrar fórmulas que justifican rupturas del orden universal y que atentan contra la vida individual y colectiva; cuando el bien colectivo de los pueblos y naciones desaparece de la visión de personas que un día fueron llamadas a conducir estados o a pertenecer a organismos supranacionales encargados de velar por la humanidad; cuando los hogares incumplen sus obligaciones de casa y procrean hijas e hijos que luego son abandonados, cual frágiles barquillas, en el más tormentoso de los mares.

No fue difícil, desde estas perspectivas, levantar la frente para mirar al cielo y agradecer a Dios por la presencia terrenal de Juan Pablo II, durante 26 años, al frente de la Iglesia Católica. Él repitió con su vida el milagro de la semilla: fue un niño, un joven, un sacerdote, un obispo, un cardenal, un Papa; fue creciendo con una sonrisa capaz de cautivar multitudes, con un espíritu ajeno a lo trivial y pasajero, con una voluntad de servicio a prueba de atentados y enfermedades, con una entrega total que no reparó en peligros.

¡Qué mal obran los pigmeos que juegan a ser grandes y se regodean en pedestales levantados con anuencia de quienes adolecen de una miopía ególatra y enfermiza!

Enseñanza estupenda

Con igual título, mi correo recibe esta historia que ahora comparto con ustedes. Gracias a la Ing. Marlena León, por su exquisita sensibilidad al participarnos estos conceptos y experiencias.

“Hace poco, Stephen Glenn me contó una anécdota sobre un científico que tiene en su haber muchos avances de gran importancia en el terreno de la medicina. En una ocasión en que lo estaba entrevistando un periodista, este le preguntó a qué atribuía el hecho de tener más inventiva que el ciudadano promedio. ¿Qué lo hacía tan distinto de los demás? El científico respondió que, a su modo de ver, todo se lo debía a una experiencia que vivió con su madre cuando apenas contaba 2 años, y que le dejó una profunda enseñanza.

Cuenta que él había intentado sacar una botella de leche del refrigerador. La botella se le escurrió de las manos y cayó, derramándose todo el contenido en el piso de la cocina, que quedó anegado en leche. Cuando su madre entró a la cocina, en vez de gritarle y soltarle un sermón o castigarlo, le dijo: ¡Qué desorden tan estupendo, es magnífico! No recuerdo haber visto nunca un charco de leche tan grande. Bueno, el daño ya está hecho. ¿Qué te parece si juegas un rato con la leche antes de que limpiemos el piso?

¡Cómo no!, el niño aceptó ponerse a jugar. Al cabo de unos minutos, su madre le dijo: ¿Sabes que cuando ensucias algo te toca a ti limpiarlo y dejarlo todo en orden? ¿Cómo prefieres

hacerlo? Puedes hacerlo con una esponja, una toalla o un trapeador.

Escogió la esponja y, con ayuda de la madre, recogieron la leche derramada; luego ella le explicó: Mira, lo que ocurrió aquí es un experimento fallido. Lo que pasa es que intentaste, sin conseguirlo, llevar una botella grande de leche con unas manos muy chiquitas. Vamos al patio de atrás, llenemos la botella de agua y veamos si se te ocurre una manera de llevarla sin derramarla.

El pequeñín aprendió que si la agarraba con firmeza por el cuello con las dos manos, podía llevarla sin que se le cayera. ¡Qué enseñanza tan estupenda!

Aquel célebre científico recalcó que en ese momento comprendió que no debía tener miedo de cometer errores. Al contrario, aprendió que las equivocaciones no eran sino oportunidades de aprender algo nuevo, que es al fin y al cabo lo que hace el científico con sus experimentos. Incluso cuando un experimento no sale se aprende algo valioso.

¿No sería extraordinario que todos los padres reaccionaran de la misma manera que la madre de aquel científico? Si analizamos esta historia, sobre todo los padres de familia y los educadores, si bien interesa también a las personas que tienen algo que ver con la conducción de personal en instituciones o empresas, podemos vislumbrar que la madre tiene un comportamiento insólito porque ella posee el amor como base de comprensión; la paciencia y la serenidad como ambiente indispensable para decisiones sabias; la confianza en el ser humano como esperanza viva; la psicología natural para entender a los demás; la perspicacia para ver en las acciones infantiles no delitos sino errores necesarios en el proceso de crecimiento.

La copa de la vida

Dicen que a cada uno de los humanos, junto con la vida, se le entrega la “copa de la felicidad” y que esa copa contiene algunos sorbos de dicha y bienestar; misión de cada uno de los dueños de este envase mágico es no terminar de golpe esa bebida sino alimentar dicha copa con dosis, gotas o chorros de felicidad, de suerte que a lo largo de la existencia de su poseedor, por ninguna razón, la “copa de la felicidad” esté vacía.

Si buscamos adentrarnos en el meollo de esta fábula o anécdota, podemos fácilmente entender que los humanos nacimos para la felicidad, la alegría, la comprensión, la hilaridad, el buen gusto, la armonía, la sociabilidad, la interrelación, la lucidez, la bondad y todo lo que se pueda añadir a este torrente de acciones positivas; sin embargo, ustedes y yo hemos experimentado que en nuestras vidas, a veces se cruzan y otras anidan, elementos que nada tienen que ver con los términos antes mencionados, porque el desamor, la dureza, la incompreensión, la soledad, el desencanto, la tristeza, las dudas y perplejidades muy lejos están de ser instrumentos de paz y felicidad.

Desde el mismo ángulo de estas consideraciones es factible concluir que toda existencia humana camina entre la luz y la sombra, entre certezas y dudas, entre amores y desencantos, entre alegrías y penas, entre comprensiones e incomprensiones, entre la salud y la enfermedad, entre la motivación y la desmotivación. No conozco seres que solamente caminen sobre

andariveles negativos o únicamente positivos, Goethe decía que los humanos somos mitad ángeles y mitad bestias.

Deber de quienes sentimos muy adentro una conexión con lo trascendente y de quienes ya encontramos o buscamos con fuerza al Dios de la bondad y de la justicia, es convertir nuestras decepciones en esperanzas, nuestras penas en alegrías, nuestras sombras en luz, nuestras discordias en armonías. Dejar que los seres vivan sus vidas sin querer intervenir en sus personales desenfoques o quizá en sus ostensibles desajustes, es entender un poco más la trascendencia de la vida y el sentido de una existencia; monitorear las existencias ajenas, juzgarlas desde un código de ética construido según exigencias o experiencias personales, es tal vez atentar a la trascendencia de una vida que es única e irrepetible, vida a quien Dios responsabilizó el acoplamiento tanto a las leyes naturales congénitas como a la exigencia de una vida social armónica, en el marco de los misterios de la libertad y autonomía vitales.

En este ambiente enrarecido o lleno de luz y sinfonías nos toca mantener la “copa de la felicidad” junto a nuestros labios y encontrar con mucha creatividad momentos, acciones o situaciones nuevas que puedan nutrirnos de solaz, bienestar y placer, de tal suerte que lleguemos a destilar gotas de felicidad por todos los poros y que nuestra copa personal esté siempre rebosante de suerte que sirva de elixir necesario para capear tormentas, evitar escollos y entregar al mundo un poco de esa felicidad que todos buscamos.

Se buscan quijotes

Los veranos en Castilla León, Castilla La Mancha y Andalucía son en extremo secos; las gigantescas plantaciones de olivos y sus viñedos, artificialmente irrigados, son los únicos elementos que regalan verdor al paisaje. Por esos campos peregrinó Miguel de Cervantes antes de pensar, en la cárcel o fuera de ella, en su Quijote que inmortalizaría a los humanos que se deciden por el camino del bien y que no tienen miedo de romper lanzas contra molinos de viento a fuerza de ser acusados de impertinencia, temeridad o locura.

Hoy, más que ayer, Ecuador necesita que los quijotes dispersos por su geografía salgan de sus naturales escondites y se alineen, con valentía y premura, para detener un afán enfermizo de mantener al país con leyes y sistemas políticos creados para regocijo de quienes comandan el diario vivir del conglomerado nacional y para dolor y lágrimas de quienes, no siendo políticos ni poseyendo fortunas, se debaten entre la miseria o la supervivencia.

Tenemos quijotes en Sierra, Oriente, Litoral y Región Insular, de esto podemos estar seguros; en enero murió mi padre a los 94 años de vida y él nunca dejó de pensar en un Ecuador grande, jamás conculcó sus principios y siempre enseñó a sus hijos a luchar por la justicia, el honor, la verdad, la solidaridad; él fue un quijote a tiempo completo; no tuvo cargos públicos, se adentró en la Amazonia, trabajó a sol y sombra, formó un hogar honrado lleno de principios sanos y nobles y dejó una huella profunda de serenidad, bondad y transparencia en quienes alguna vez estuvieron a su lado, no en la alta sociedad, no en clubes lujosos,

no en círculos de poder, sino en aquellas reuniones donde se come el pan amasado con las propias manos y donde la amistad y el humor suplen y superan otras exquisiteces. Ese era mi padre y era un quijote que, habiéndose ido, nos sigue llamando al empeño diario de superación personal.

La visita a las tumbas de nuestros seres queridos no debe ser un momento para derramar lágrimas; debemos convertirla en una ocasión hermosa para jurar sobre esas cenizas que no queremos apartarnos de la herencia espiritual recibida; tal vez sea el momento de retomar nuestros anhelos de cambio individual porque es importante salir del camposanto reconfortados, deseosos de emprender nuevas batallas y conseguir nuevos triunfos; nuestros cementerios son monumentos a quienes justificaron su presencia en la vida mediante páginas densas de trabajo, de lealtad, de sacrificio, de amor al prójimo, de honradez y de tantas virtudes escondidas bajo lápidas sencillas o esculpidas en hermosos mármoles.

Necesitamos quijotes, gente que diga “no” al statu quo político mañosamente armado para atenuar todo intento transformador; que diga “no” a quienes temen que se rompa el orden constituido cuando ellos lo rompieron a la faz de todos los ecuatorianos; que digan “no” a las actitudes de abierta confrontación con los ideales de cambios urgentes que nos lleven a vivir realmente en democracia.

El tren con oportunidades de cambio está junto a nuestra puerta: no dejemos que parta sin nosotros.

Autoestima

Cecilia Ivonne es una dama a quien no conozco, no creo o no recuerdo conocerla; sin embargo, desde hace algún tiempo ella alimenta con prodigalidad mis reflexiones; por regla general no cito su nombre, peor sus apellidos; Cecilia no siempre es la autora de los textos que me envía, pues ella -al igual que yo- también los recibe de mensajeros ignotos.

La Semana Mayor que acaba de concluir fue una ocasión propicia para encontrarnos con nosotros mismos, con ese gran ausente que es nuestro propio yo: amarnos de verdad implica vivir ajustados a nuestra esencia humana con sentido de trascendencia; cuando no lo hacemos nuestra conciencia percibe la angustia interna de quien sabe qué es lo que debe hacer y sin embargo hace exactamente lo contrario, en pocas palabras, esa persona se convierte en su propio verdugo, deja de amarse en profundidad.

“Cuando me amé de verdad comprendí que yo estaba, en cualquier circunstancia, en el lugar correcto, en la hora correcta, en el momento exacto; hoy sé que eso tiene nombre, se llama autoestima; cuando me di cuenta que mi angustia y sufrimientos emocionales no pasan de ser una señal de que voy en contra de mis verdades, sé que eso es autenticidad; cuando dejé de desear que mi vida fuese distinta y comencé a ver que todo lo que sucede contribuye a mi crecimiento, supe que eso es madurez; cuando comencé a entender cómo es ofensivo forzar alguna situación o a alguien solo para realizar mis deseos,

aun sabiendo que no es el momento o que la persona no está preparada, conocí que eso es respeto.

Cuando me amé de verdad comencé a despojarme de todo lo que no era saludable, tanto personas como tareas, de todo y de cualquier cosa que me desanimara. En principio, mi razón me llamó la atención acerca de esa actitud de egoísmo, hoy sé que se llama... amor propio; cuando tuve tiempo libre y pude hacer grandes planes, cuando abandoné proyectos a muy largo plazo, cuando hago lo que considero correcto, lo que me gusta, cuando lo quiero y a mi propio ritmo, sé que eso es... sencillez; cuando desistí de querer tener siempre la razón y con eso cometí menos errores, descubrí la... humildad; cuando dejé de revivir el pasado y de preocuparme por el futuro, me mantengo en el presente, que es donde la vida realmente ocurre. Hoy vivo un día a la vez... Eso es... *plenitud*". Todo esto es saber vivir, concluye Cecilia.

Las aulas se han llenado de alumnas y alumnos. Maestras y maestros regresaron ya a su rutina, al espacio que aman, a la profesión que escogieron para cumplir con su vocación de guías, de consejeros, de amigos, de formadores. Conozco que muchos docentes se sirven de estas palabras en ocasiones para aconsejar a los alumnos, para transmitir valores a los padres de familia, para una lectura en clase.

Los maestros tenemos una misión muy noble y de enorme responsabilidad: formar seres de bien, amantes de la libertad y de la paz.

¿Taza o café?

Angel Guevara, un buen amigo, me envió una anécdota interesante. “Continente o contenido”, son palabras que resumen el relato y son términos que traen a mi mente las clases de filosofía del obispo chileno Cándido Rada S., fallecido no hace mucho en la ciudad de Guaranda; el obispo era un filósofo devoto de Aristóteles y de Santo Tomás, por eso es que resulté, como otras de “mis circunstancias”, un pensador dependiente de las categorías escolásticas y tomistas. Bueno, vamos al relato, lo ofrecido es deuda.

En cierta ocasión un grupo de ex alumnos visitó a su antiguo maestro a quien admiraban, respetaban y con frecuencia buscaban para tratar temas en los que el profesor era muy docto. Esta vez querían pautas sobre cómo combatir el estrés, plaga de la modernidad. Luego de las frases protocolarias, el maestro ofreció café a sus visitantes. De la cocina trajo consigo doce tacitas para café, si bien sus ex alumnos eran siete; había tazas de porcelana, de vidrio, de cerámica, de plástico, algunas muy finas, vistosas y muy caras; finalmente apareció un termo con el ansiado café; cada joven escogió una de esas tazas y recibió el café servido por su maestro.

Mientras ellos saboreaban su exquisito sabor y se deleitaban con el olor de un café muy especial, el anfitrión dijo: ustedes preguntan por las causas del estrés, pues quiero hacerles un pequeño comentario sobre lo que he observado; cada uno de ustedes, frente a la variedad de tazas, se mostró inquieto y mediante un proceso mental de búsqueda escogió la taza que

más se adecuaba a su gusto; luego, ustedes comenzaron a mirar las tazas de los compañeros, entrando en pequeñas tensiones innecesarias, pues lo importante era el café y no la taza.

A partir de esta observación se inició una conversación interesante para descubrir la causa de muchas tensiones y conflictos en los cuales, casi siempre, se prefiere lo accidental a lo sustancial, el continente al contenido; recuerdo este momento a mi padre, él no conoció al viejo Aristóteles, mas, en situaciones como estas solía decirnos que era indispensable pensar bien las cosas, él abandonaba proyectos al sentenciar: “más vale la vaina que el machete” y nosotros, hijos de agricultor, sabíamos que lo importante era el machete y no la vaina.

El espacio que resta me obliga a resumir conceptos: cuando por las apariencias (joyas, carros de marca, lujo, el “qué dirán”, dinero y más dinero, roce social, ostentación, vanagloria, etcétera) se sacrifica la vida propia y de los hijos, entonces lo superfluo se convierte en lo fundamental; padres de familia que por tener dinero, más allá de lo necesario, trabajan todo el día o emigran en busca de dinero (sacrificando a sus familias); bajo el señuelo del progreso y la superación, prefieren lo material a la vida; estas personas, tal vez, cuando lleguen a tener dinero no tendrán vida para disfrutarla o con quién hacerlo, porque la familia entonces se habrá destrozado. Penosa situación, por desgracia, nada rara.

La vida merece ser vivida, nada la puede reemplazar.

Grandeza de los grandes

Mauricio Argüello, un acucioso lector, nos entrega la siguiente historia. El relato llega como anillo al dedo porque es oportuno, aleccionador; también los espíritus duros, aquellos que no se doblegan, los enemigos declarados (los de siempre) y los enemigos de campaña (los eventuales), quizá puedan ser conmovidos en su interior por la riqueza de “los grandes”: uno por “hacer el bien sin mirar a quien” y el segundo por agradecer en la forma en que lo hizo.

“Plácido Domingo es madrileño y José Carreras es catalán. Por cuestiones políticas, en 1984, Carreras y Domingo se enemistaron. Siempre muy solicitados en todas partes del mundo, ambos hacían constar en sus contratos que solo se presentarían en determinado espectáculo si el adversario no fuese invitado.

“En 1987 a Carreras le apareció un enemigo mucho más implacable que su rival Plácido Domingo. Lo sorprendió un diagnóstico terrible: ¡leucemia! Su lucha contra el cáncer fue muy sufrida. Se sometió a varios tratamientos además del autotrasplante de la médula ósea y un cambio de sangre que lo obligaba a viajar una vez por mes a Estados Unidos. En estas condiciones no podía trabajar y a pesar de ser dueño de una razonable fortuna, los altos costos de los viajes y del tratamiento debilitaron sus finanzas. Cuando no tuvo más condiciones financieras, tomó conocimiento de la existencia de una Fundación en Madrid, cuya finalidad única era apoyar el tratamiento de leucémicos.

“Gracias al apoyo de la fundación Hermosa, Carreras venció la dolencia y volvió a cantar. Recibió nuevamente los altos honores que merecía y trató de asociarse a la fundación. Al leer sus estatutos, descubrió que el fundador, mayor colaborador y presidente de la fundación, era Plácido Domingo. Luego supo que este había creado la entidad, en principio, para atenderlo y que se había mantenido en el anonimato para que no se sintiera humillado por aceptar auxilio de su “enemigo”.

“De lo más conmovedor fue el encuentro de los dos... Sorprendiendo a Plácido en una de sus presentaciones en Madrid, Carreras interrumpió el evento y humildemente, arrodillándose a sus pies, le pidió disculpas y le agradeció públicamente. Plácido lo ayudó a levantarse y con un fuerte abrazo sellaron el inicio de una gran amistad.

“En una entrevista a Plácido Domingo, la periodista le preguntaba por qué había creado la fundación Hermosa en un momento en que, además de beneficiar a un “enemigo”, había ayudado al único artista que podría hacerle competencia. Su respuesta fue corta y definitiva: “Porque no se puede perder una voz como esa...”. Esta es una historia real de la nobleza humana y debería servirnos de inspiración y ejemplo.

La grandeza de los grandes se opone a la pequeñez de los pequeños de espíritu. Es preciso matar esa mala hierba que crece en nuestro país: la maledicencia. Nos regocijamos con el mal ajeno, lo damos a conocer a todo el mundo, lo restregamos en el rostro del ofendido. El día en que la bondad sea difundida más que la maldad, empezará a cambiar el Ecuador.

Nota: Se duda de la veracidad de este relato. Dejemos la duda y pensemos, positivamente, que es verdad.

Amor de puertas adentro

La presente historia, que no es de mi autoría, nos invita a pensar más en la familia.

Tropecé con un extraño que pasaba y le dije: Perdón. Él contestó: “Discúlpeme, por favor; no la vi”. Fuimos muy educados, seguimos nuestro camino, nos despedimos. Más tarde, al estar cocinando, estaba mi hijo muy cerca de mí. Al voltearme casi le pego. “¡Quítate!”, le grité; él se retiró sentido, sin que yo notara lo duro que le hablé.

Estando despierta, al acostarme sentí como que Dios me dijera suavemente: “Trataste al extraño cortésmente, pero abusaste del niño que amas. Ve a la cocina y encontrarás unas flores en el piso, cerca de la puerta, son las flores que cortó y te trajo: rosa, amarilla y azul. Estaba calladito para darte la sorpresa y no viste las lágrimas que llenaron sus ojos...”

Bajé a la cocina. Me sentí miserable y empecé a llorar. Luego, suavemente me acerqué y me arrodillé junto a su cama y le dije: ¡Despierta pequeño! ¡Despierta! ¿Son estas flores que cortaste para mí? Él sonrió y dijo: “Las encontré junto al árbol, las corté porque son bonitas como tú, en especial la azul”. La madre habló a su hijo: “Siento mucho lo que hice hoy, no debí gritarte”. Él contestó: “Está bien mami, yo te quiero de todos modos”. “Yo también te quiero y me gustan las flores especialmente la azul”, le dijo...

Toma en cuenta que si mueres mañana, en cosa de días la empresa donde trabajas cubrirá tu puesto, pero la familia que dejamos sentirá la pérdida por el resto de su vida. Piensa en ello, porque generalmente nos entregamos más al trabajo que a nuestra familia. ¿No crees que es una inversión poco inteligente?

“Se non è vero e ben trovato”, dicen los italianos; si no es verdad, es un buen invento. Si la historia que acaban de leer, alguien la creó o si aquella sucedió en realidad, no importa; la moraleja es lo primordial. Cuántas veces escuchamos los varones –ahora también las mujeres– que más tiempo y preocupaciones dedicamos al trabajo, a nuestra oficina, a nuestros compañeros, que al hogar; dedicarse exageradamente al trabajo es malo cuando este roba el tiempo y la dedicación que merece el hogar.

Para qué valen cientos o miles de dólares si estos rompen con la unidad familiar, si ya no hay tiempo para verse, si ha desaparecido el tiempo libre para disfrutarlo en familia.

Lo suficiente

Hace poco tiempo, en el aeropuerto, escuché por casualidad a una madre e hija que se estaban despidiendo, me cuenta una amiga en una interesante carta.

Cuando anunciaron la partida del vuelo ellas se abrazaron y la madre dijo: “Te amo y te deseo lo suficiente”. La hija respondió: “Madre, nuestras vidas juntas ha sido un don suficiente; tu amor es todo lo que he necesitado, también te deseo lo suficiente”. Ellas se saludaron con un beso y la hija partió. La madre necesitaba llorar; traté de no observarla para no invadir su privacidad, pero ella se dirigió hacia mí y me preguntó si alguna vez me había despedido de alguien sabiendo que era para siempre; le respondí que sí. Entonces le pregunté por qué esta despedida era para siempre. “Soy una mujer vieja y ella vive muy lejos de aquí”, me contestó”. La realidad es que su próximo viaje será para mi funeral”.

Más tarde, más sosegada la madre, le pregunté por el significado de las palabras al despedirse de su hija: “Te deseo lo suficiente”. Ella comenzó a sonreír; es un deseo que hemos transmitido de generación en generación; mis padres solían hacerlo. Cuando decimos “te deseo lo suficiente” es que deseamos que la otra persona tenga una vida llena de solo lo suficientemente bueno para vivir, y añadió, sacando de su mente un texto aprendido de memoria: “Te deseo que tengas suficiente sol para mantener tu espíritu brillante; suficiente lluvia para que aprecies aún más el sol; suficiente felicidad para que tu alma esté viva; te deseo suficiente dolor para que las pequeñas alegrías de la vida

parezcan más grandes; te deseo que tengas suficientes ganancias que satisfagan tus necesidades; suficientes pérdidas para que aprecies todo lo que posees; suficientes bienvenidas para que logres soportar las despedidas”.

Mi amiga concluye esta anécdota recordándonos que toma un minuto encontrar a una persona especial, una hora en apreciarla, un día para amarla, pero una vida para olvidarla.

Las conclusiones del resumen de la carta que acabo de presentarles, son variadas; quiero inducirles a pensar en la dirección del meollo de la anécdota referida: qué es lo suficiente y qué es lo superfluo, porque, en realidad, *that is the question*. La abundancia y la miseria se oponen radicalmente, sin embargo, ninguna de ellas crea un clima apto para la trascendencia y realización personales. Se dice que Ecuador es un país muy rico, bendecido por Dios y que la naturaleza ha depositado en su suelo y subsuelo riquezas más que suficientes para hacer de él un país del primer mundo. Pienso que todo esto es verdad, pero además estoy convencido de que la búsqueda de lo suficiente y la satisfacción de tener solo lo suficiente tiene que tomarse como estados excepcionales del alma; debemos aprender a disfrutarlos con intensidad en vez de destruirlos o no darles la importancia debida por querer tener junto a sí cosas o distinciones innecesarias, superfluas.

Es menester llenar el alma con valores imperecederos, indestructibles. La riqueza espiritual permite volar muy alto y disponer de horizontes ilimitados.

Capítulo segundo

*A*anécdotas,
relatos y algo más

La historia de Ramesh

En las postrimerías del 2002, era un 30 de diciembre, un compañero de escuela y colegio me envió esta anécdota que ahora comparto con ustedes:

Ramesh, uno de los grandes sabios de la India, contó esta historia: “Erase un sujeto que vivió amorosamente toda su vida. Cuando murió todo el mundo decía que él iría al cielo, pues un hombre tan bondadoso, solamente merecía ir al paraíso. Por error, y ya que en las puertas del infierno nadie pide identificación, el sujeto entró y se quedó allá. Días después, Lucifer mismo llegó al paraíso, furioso, a devolverlo, reclamándole a San Pedro el haber enviado a este sujeto. Lucifer reclamaba que cuando él llegó se puso a escuchar a las personas, mirándolas a los ojos, conversando con ellas, prestándoles atención, brindándoles cariño, abrazándolas y confortándolas”.

Cuando Ramesh terminó esta historia dijo: “Vive con tanto amor en el corazón que si por error vas a parar al infierno, el mismo demonio te traiga de vuelta al paraíso”.

La pregunta es sencilla: ¿cómo se puede vivir con tanto amor en el corazón? Intentemos una reflexión colectiva; es posible que alguna de estas líneas o quizá cierta palabra desencadenen en nosotros un desarme interior. Comparto con ustedes algunas lecciones aprendidas en la escuela de la vida:

—Don Bosco, así se le conoce a San Juan Bosco, fundador de la Comunidad Salesiana, era una persona ecuánime, sencilla, que

irradiaba simpatía y amor a su alrededor; quienes le conocían de cerca se preocupaban muchísimo cuando veían en él una alegría y felicidad enormes, fuera de lo común; ellos decían: Don Bosco debe tener algún problema muy grave porque se lo ve feliz; el “santo” había llegado al dominio perfecto de su vida y jamás revelaba las tormentas de su espíritu ni quería contagiar a nadie con sus preocupaciones; solo los íntimos, los muy cercanos, sabían que algo especial sucedía con él.

Por desgracia nuestra manera de obrar es distinta. Nos amargamos, nos desalentamos, nos deprimimos, nos derrumbamos y –cosa del destino– nos sentimos mejor cuando cerca de nosotros se alza un muro de lamentaciones donde nuestros seres queridos vienen también a derramar una lágrima para hacer más pasajero nuestro infortunio, para formar un río salobre que cargue con nuestras amarguras.

Todos quisiéramos que los días de la semana sean color de rosa, que tengan un sol radiante y que la brisa nos refresque. Pero sabemos que eso no es así. Hay días de luz y hay días grises; hay jornadas de paz y hay jornadas de incertidumbre.

La noche presagia el amanecer y la tarde nos anuncia el reposo. Saber tomar en nuestras manos el control de cada instante es un don, una maestría que no confiere ninguna universidad del mundo.

Sacar bien del mal, es un reto; es un propósito noble; es una conquista posible, sin olvidarse que “lo óptimo es enemigo de lo bueno”. No busquemos cinco patas al gato cuando este tiene solamente cuatro. No pidamos milagros. Hagámonos duchos en capear temporales, en hallar soluciones y en asimilar los golpes, como el boxeador que a través de la lucha se vuelve fuerte e imbatible.

Carta desde el futuro

“Año 2050; tengo 40 años, parezco de 55; tengo serios problemas renales porque bebo muy poca agua; cuando tenía 15 años todo era muy diferente: había muchos árboles en los parques, las casas tenían hermosos jardines y yo podía disfrutar de un baño de regadera hasta por una hora; ahora usamos toallas empapadas en aceite mineral para limpiar la piel; antes todas las mujeres lucían su hermosa cabellera, ahora debemos afeitarnos la cabeza para poder mantenerla limpia sin agua; antes mi padre lavaba el auto con el chorro de la manguera, los niños de ahora ni siquiera saben qué es una manguera.

Recuerdo que había muchos anuncios que decían: Cuida el agua; pensábamos que el agua jamás se podía terminar, más ahora, todos los ríos, presas, lagunas y mantos acuíferos están irreversiblemente contaminados o agotados; la cantidad de agua indicada como ideal para beber era de ocho vasos al día por persona adulta, ahora solo puedo beber medio vaso.

Yo vivía en el desierto cuando niño, pero nos mudamos por la falta de agua; al principio la traían de muy lejos en camiones cisternas, pero era muy costosa y solo los ricos podían pagarla (...); no se puede fabricar agua porque el oxígeno también se ha degradado por falta de árboles, lo que ha disminuido el coeficiente intelectual de las nuevas generaciones y se ha alterado la morfología del espermatozoide de muchos individuos... El gobierno incluso nos cobra por el aire que respiramos: 137 m³ por día por habitante adulto; la gente que

no puede pagar es arrojada de las *zonas ventiladas*, que están dotadas de gigantescos pulmones mecánicos que funcionan con energía solar; no es de buena calidad, pero se puede respirar; la edad promedio de vida es de 40 años.

En algunos países quedan manchas de vegetación que son fuertemente custodiadas por el ejército; el agua se ha vuelto un tesoro muy codiciado, más que el oro o los diamantes (...). Mi papá me contaba que en su juventud los bosques eran hermosos; me hablaba de la lluvia, de las flores, de lo agradable que era bañarse y poder pescar en los ríos y embalses, beber toda el agua que quería, lo saludable que era la gente...

Cuando le preguntaba a mi papá, ¿por qué se acabó el agua?, a él se le hacía un nudo en la garganta, no podía dejar de sentirse culpable, porque era parte de la generación del derroche. Hasta hace apenas 25 años se advirtió *gota a gota, el agua se agota*; nadie lo tomó en serio. Ahora nuestros hijos pagan un alto precio”.

Cuidemos el agua y la energía. Estamos a tiempo. El 4 de octubre es el Día del agua. La carta que acaban de leer es una adaptación personal de la creación literaria de la Asociación Ecuatoriana de Ingeniería Sanitaria y Ambiental. Sin agua la Tierra se vuelve un desierto; sin agua no tendremos árboles y el oxígeno será exiguo; sin plantas no tendremos vida animal, y sin vida animal y vegetal el hombre está destinado a morir y ver morir a sus semejantes. No despilfarremos el agua nosotros, sí, nosotros, que la tenemos aún en abundancia. No privemos a las futuras generaciones del derecho a la vida.

¿Qué mismo es el éxito?

Me apropio de parte de la entrevista concedida a Isaac Lee por el mexicano Carlos Slim, “el hombre más rico de América Latina”, publicada en la revista Poder; para mi padre, dice Slim, “el éxito no tiene que ver con el poder que ejerces o si eres un buen administrador o hablas bonito, si las luces te siguen cuando lo haces. No es la tecnología que empleas. No se debe a la ropa que usas, ni a los grabados que mandas a bordar en tu ropa, o si después de tu nombre pones las siglas deslumbrantes que definen tu estatus social. No se trata de si eres emprendedor, hablas varios idiomas, si eres atractivo, joven o viejo.

El éxito se debe a cuánta gente te sonrío, a cuánta gente amas y cuántos admiran tu sinceridad y la sencillez de tu espíritu. Se trata de si te recuerdan cuando te vas. Se refiere a cuánta gente ayudas, a cuánta evitas dañar y si guardas o no rencor en tu corazón. Se trata de que en tus triunfos estén incluidos tus sueños. De si tus logros no hieren a tus semejantes. Es sobre si usaste tu cabeza tanto como tu corazón, si fuiste egoísta o generoso, si amaste a la naturaleza y a los niños y te preocupaste de los ancianos. Es acerca de tu bondad, tu deseo de servir. No es acerca de cuántos te siguen sino de cuántos realmente te aman.

No es acerca de transmitir, sino cuántos te creen si eres feliz o finges estarlo. Se trata del equilibrio de la justicia que conduce al bien tener y al bienestar. Se trata de tu conciencia tranquila, tu dignidad invicta y tu deseo de ser más, no de tener más”.

Éxito es la tranquilidad de conciencia, saber que uno ha dado toda su capacidad y su entrega a una causa, es poder mirar de frente, disfrutar del aprecio y cariño de los propios y del favor del pueblo en las urnas, además de resultados positivos en diversas gestiones empresariales que una persona pueda dirigir.

Las metas deben ser claras y precisas; debe existir una voluntad decidida a luchar hasta obtener los resultados que se buscan; los fracasos no son motivo para desistir sino aguijones para luchar con más fuerza; los errores cometidos son momentos importantes para corregir procedimientos; la perseverancia y la constancia son hermanas gemelas que están siempre junto a las personas exitosas; formar un buen equipo de trabajo, tanto en la empresa privada como en la pública, es la clave del éxito.

Sin seguimiento, sin supervisión constante, no se pueden alcanzar metas significativas.

Higiene mental

Xavier Alarcón Espinoza es un profesional en marketing; por su trabajo recibe correspondencia y acumula confidencias; me cuenta, más o menos en estos términos, esta pequeña historia llegada hasta su correo:

“Unos obreros estaban picando piedras frente a un enorme edificio en construcción. Se acercó un visitante a uno de los obreros y le preguntó: ¿Qué están haciendo ustedes aquí? El obrero lo miró con dureza y le respondió:

—¿Acaso usted está ciego para no ver lo que hacemos? Aquí, picando piedras como esclavos por un sueldo miserable y sin el menor reconocimiento. Vea usted ese cartel. Allá ponen los nombres de ingenieros, arquitectos, pero no ponen los nuestros que somos los que trabajamos duro y dejamos en la obra sudores y pellejo.

El visitante se acercó entonces a otro obrero y le preguntó lo mismo:

—Aquí, como usted puede ver, picando piedras para levantar este enorme edificio; el trabajo es duro y está mal pagado, pero los tiempos son difíciles, no hay mucho trabajo y algo hay que hacer para llevar la comida a los hijos”.

Se acercó el visitante a un tercer obrero y una vez más le preguntó por lo que estaba haciendo. El hombre le contestó con gran entusiasmo:

—Estamos levantando un hospital, el más hermoso del mundo. Las generaciones futuras lo admirarán impresionados y escucharán el entrar y salir constante de las ambulancias,

anunciando el auxilio de Dios para los hombres. Yo tal vez no lo veré terminado, pero quiero ser parte de esta extraordinaria aventura.

El mismo trabajo, el mismo sueldo, la misma falta de reconocimiento; una misma realidad. Tres maneras distintas de vivirla: como esclavitud, como resignación y como pasión, aventura y desafío”.

Pensemos que el mundo es un infierno y lo será. Pensemos que este mundo es parte del paraíso y lo será. Vivir con ilusión, convertir el trabajo en una fiesta, sentirnos parte de las buenas obras... de nosotros depende.

Si hacemos lo que nos gusta y encima nos pagan, qué más le pedimos a la vida; vivamos nuestro trabajo con ilusión y demos gracias a Dios, que no todos tienen la dicha que tenemos nosotros.

Sobredosis para el alma

Diciembre. ¡Cómo olvidarlo, cómo no tenerlo presente! ¿Por qué no vivirlo a plenitud, con ganas, como si fuera nuestra última Navidad o, mejor, nuestro postrer diciembre? Sé, o presumo saber, lo que ustedes quieren decirme en contra de estas afirmaciones pueriles de un setentón nostálgico. Les entrego algunas grageas que bien pueden transformarse en dosis o sobredosis para nuestras almas, o ¿acaso piensan que cuando borroneo estos párrafos son tan solo para ustedes? No. También de mis necesidades, de mis convicciones, de mis sueños y de mis frustraciones van saliendo, a raudales unas veces, otras con fórceps.

Mi retrospectiva navideña no se detiene en aviones, carros lujosos, ropa a la moda o no sé qué. No los tuve. Nací de familia sencilla, de cultura campesina, de raigambre cristiana añeja, en medio de una rica pobreza que era nuestro blasón familiar. Pobreza porque no teníamos dinero para la adquisición o el intercambio de bienes suntuarios y rica porque siempre tuvimos qué comer, dónde dormir, con quiénes convivir. La naturaleza vegetal y animal fue compañera; los campos fueron cómplices de nuestros sueños y escondieron horizontes. Navidad era la noche esperada, la Nochebuena, la “misa del gallo”. La medianoche del veinticuatro casi siempre encontraba dormidos a los infantes de ese tiempo, pero cuando nuestros padres y abuelos llegaba de misa del templo, los dormidos recobraban vida; la miel y los buñuelos eran suficientes para alegrar paladares; horas más tarde alguna ropita o unos zapatos nuevos aparecían como un regalo, quizá esperado. Por suerte, Papá Noel no había nacido

entonces o si ya existía nunca llegó al Sígsig, no había carretera. El Niño Dios con sus cánticos y con el mensaje de paz a los hombres de buena voluntad crearon el ambiente espiritual de nuestra niñez.

Bien por los juguetes, si estos representan cariño y no sustituyen el amor verdadero; bien por caramelos y chocolates, si estos no reemplazan la dulzura de la unión familiar.

Los hijos de ecuatorianos que emigraron o de padres separados temporal o definitivamente, quizá no puedan sentir la paz navideña. Quienes algo tenemos que ver con gente recluida, enferma o distante estamos obligados a pensar en ellos y darles muestras de nuestro amor. Navidad nos interpela, nos empuja a la solidaridad, reclama equidad y justicia.

-El sábado asistí a una hermosa escenificación de la Navidad; los artistas eran pequeñines de un jardín de infantes de la ciudad. La anunciación, el censo, el pesebre, el nacimiento, los ángeles y los pastores recrearon la vista y oído. Fue una entrega de fe, dulzura y candor.

Ese mismo día, por la noche, un grupo de amigos nos reunimos en torno de Rosa Amelia Alvarado Roca y sus poemas; los versos, el canto, la música y el bien decir consumieron las horas demasiado a prisa.

Cuando la vida nos da oportunidades para dosis o sobredosis de ternura, candor, inspiración, amor o amistad, estamos obligados a no despreciarlas ni desperdiciarlas.

Las tres rejas

“**E**l joven discípulo de un filósofo sabio llega a casa de este y le dice: oye, maestro, un amigo tuyo estuvo hablando mal de ti...

–¡Espera! –lo interrumpe el filósofo– ¿Ya hiciste pasar por las tres rejas lo que vas a contarme?

–¿Las tres rejas?

–Sí, la primera es la verdad. ¿Estás seguro de que lo que quieres decirme es absolutamente cierto?

–No, lo oí comentar a unos vecinos.

–Al menos lo habrás hecho pasar por la segunda reja, que es la bondad. Eso que deseas decirme ¿es bueno para alguien?

–No, en realidad no. Al contrario...

–Entonces, la última reja es la necesidad. ¿Es necesario hacerme saber eso que tanto te inquieta?

–A decirme verdad, no.

–Entonces –dijo el sabio sonriendo–, si no es verdadero, ni bueno, ni necesario, sepultémoslo en el olvido”.

Esta historia la comparto, porque ustedes se interesan por estos temas que van más allá de las noticias; por estas semillas que al crecer dan frutos no perecibles; por estos pensamientos que enriquecen nuestra mente; por estas reflexiones que obligan a nuestra mente a rumiarlas de tal forma que llegan a ser de nuestras vidas.

Regreso a la sentencia del filósofo: “si no es verdadero, ni bueno ni necesario sepultémoslo en el olvido”. Bien vale examinar nuestras vidas. Si tuviésemos la sabiduría de sopesar nuestras palabras y de medir sus consecuencias, estaríamos evitando muchos conflictos, disipando cientos de dudas y evitando miles de sospechas, prejuicios o dudas. Los chismes de sociedad, las bolas en política y los dimes y diretes al dejar de circular crearían, de rebote, un ambiente saludable, un ambiente de cordialidad y de mutua confianza. Este no es un trabajo sencillo, lo sé.

De manera especial quienes viven traficando con estas mercancías deberán un día cambiar de oficio, porque en todo chisme existe un chismoso y alguien que escucha y disfruta con esos chismes. Si nos apartamos de los murmuradores, de los habladores, de los intrigantes, de los calumniadores, de los maldicientes, de los correveidiles, etcétera; entonces, los chismosos se quedarán sin clientes y nosotros habremos iniciado una enorme revolución cultural humano-cristiana.

Si algo no es verdadero, ni bueno, ni necesario, sepultémoslo en el olvido.

La mamá más mala del mundo

“**S**iempre estuve segura de que me había tocado la mamá mas mala del mundo. Desde que yo era muy pequeña, me obligaba a desayunar o tomar algo por la mañana. Antes de ir a la escuela, por lo menos debía de tomar leche, mientras que otras madres ni se ocupaban de eso. Me hacía un sándwich o me daba una fruta, cuando los demás niños podrían comprar papitas y comer otras cosas ricas.

¡Cómo me molestaba eso! Y también sus palabras: Come, ¡anda!, ¡no dejes sin terminar!, ¡acaba!, ¡hazlo bien!, ¡vuelve a hacerlo!, y así siempre... violó las reglas al poner a trabajar a menores de edad, y me obligaba a hacer mi cama, a ayudar en la preparación de la comida y hacer algunos mandados. El más horrible era ir por las tortillas y el pan con ese calor y las largas filas. ¡Cuánto trabajo!

Fui creciendo y mi mamá se metía en todo: ¿Quiénes son tus amigas?, ¿quiénes son sus mamás?, ¿dónde viven? Lo peor fue cuando empecé a tener amigos. Mientras las otras amigas los podían ver a escondidas, yo los tenía que pasar a la sala y presentarlos. ¡Era el colmo! Y el interrogatorio de costumbre: ¿Cómo te llamas?, ¿dónde vives?, ¿qué estudias?, ¿trabajas?

Los quehaceres fueron en aumento... que barre, que arregla el clóset, todo eso era enfadosísimo. Los años también pasaron. Me casé e inicié una nueva familia. Ahora soy madre también, y en este mes de mayo me he acercado a comulgar y con gran satisfacción le he dado gracias al Señor por mi mamá. Gracias

al cuidado que tuvo con mis alimentos crecí sana y fuerte y cuando llegué a enfermarme me cuidó con mucho cariño. Gracias a la atención que me puso en mis tareas logré terminar mi carrera. Gracias a que me enseñó a hacer labores en la casa, ahora tengo mi hogar limpio y ordenado y sé administrarlo. Gracias al cuidado que puso para que yo escogiera a mis amigas aún conservo algunas, que son un verdadero tesoro... Gracias a que conoció a mis amigos, pude darme cuenta quién era el mejor y ahora él es mi esposo.

Gracias, Señor, le dije desde el fondo de mi corazón, por darme a mi mamá, a mi mamá querida, a quien solo le vi defectos y no cualidades, a esa mamá, que me ha amado tanto y me formó tan bien.

Sólo te pido, Señor, que ahora que tengo mis hijos, me consideren la mamá mas mala del mundo”.

(Autor desconocido)

Para demostrar amor a nuestras madres, cada año tenemos 365 días. Si en uno de ellos se magnifica esta virtud humana está bien, pero siempre que no nos olvidemos de los 364 días restantes. Valgan estas líneas para rendir mi homenaje y mi tributo a todas las madres, jóvenes y ancianas de nuestro Ecuador.

Una ocasión especial

Mi amigo abrió el cajón de la cómoda de su esposa y levantó un paquete envuelto en papel de seda: Esto –dijo– no es un simple paquete, es lencería –tiró el papel que lo envolvía y observó la exquisita seda y el encaje–. Ella compró esto la primera vez que fuimos a Nueva York, hace ocho o nueve años. Nunca lo usó. Lo estaba guardando para una ocasión especial.

–Bueno...creo que esta es la ocasión –se acercó a la cama, colocó la prenda junto con las demás ropas que iba a llevar a la funeraria. Su esposa acababa de morir. Volviéndose hacia mí, dijo: –no guardes nada para una ocasión especial, cada día que vives es una ocasión especial.

Todavía estoy pensando en esas palabras... que ya han cambiado mi vida. Ahora leo más y limpio menos. Me siento en la terraza y admiro el paisaje sin fijarme en las malas hierbas del jardín. Paso más tiempo con mi familia y amigos y menos tiempo en el trabajo. He comprendido que la vida debe ser un patrón de experiencias para disfrutar, no para sobrevivir.

Ya no guardo nada. Uso mis copas de cristal todos los días. Me pongo mi saco nuevo para ir al supermercado, si así lo decido y me da la gana. Ya no guardo mi mejor perfume para fiestas especiales, lo uso cada vez que me provoca hacerlo.

Las frases “algún día” y “uno de estos días” están desapareciendo de mi vocabulario. No sé lo que hubiese hecho la esposa de

mi amigo si hubiera sabido que no estaría aquí para el mañana que lo tomamos tan a la ligera. Creo que hubiera llamado a sus familiares y amigos cercanos. A lo mejor, hubiera llamado algunos antiguos amigos para disculparse y hacer las paces por posibles enojos del pasado. Me gusta pensar que hubiera ido a comer comida china, su favorita.

Son esas pequeñas cosas dejadas sin hacer las que me harían enojar si supiera que mis horas están limitadas. Enojado porque dejé de ver a buenos amigos con quienes me iba a poner en contacto “algún día”. Enojado porque no escribí ciertas cartas que pensaba escribir “uno de estos días”. Enojado y triste porque no les dije a mis hermanos y a mis hijos con suficiente frecuencia, cuánto los amo. Ahora trato de no retardar, detener o guardar nada que agregaría risa y alegría a nuestras vidas. Y cada mañana me digo a mí mismo que este día es especial; cada día, cada hora, cada minuto es especial.

Si nos despreocupamos, la vida se nos va de entre las manos. Hacer de la vida un oasis espiritual donde se estrellen las pasiones y se rompan frivolidades, debe ser una misión permanente. Si el trabajo nos redime, la familia nos alimenta espiritualmente; si los socios son importantes, los amigos son insustituibles; el dinero es urgente y necesario, la paz interior es indispensable. Este minuto, es nuestra mejor ocasión.

Construir sobre arena

Muchos años atrás, cerca de El Altar, fui presa de una extraña y tétrica sensación: me hundía lentamente; una ciénaga me engullía, sin querer devorarme con prisa, despacio y sin interrupciones mi cuerpo iba desapareciendo. Había visto algunas escenas parecidas en el cine y nunca me imaginé en realidad qué podían sentir las personas que eran devoradas por la arena o por el fango; esa tarde de mi vida de montañista jamás se me borró de mi mente. Nunca sentí desaparecer mi humanidad totalmente ni me llegó a faltar oxígeno o quizá empecé a tragar lodo, no, nada de eso. Cuando aún tenía 30 centímetros de luz y quizá 10 minutos de vida útil un tronco me fue lanzado, me encaramé sobre él y aquí estoy para narrarles lo pasado. Los minutos que precedieron al que pudo ser un desenlace fatal los recuerdo muy ricos en imágenes, en conclusiones, arrepentimientos, en propósitos. Sabía que me encontraba frente a frente a la muerte y cerca de un grupo de rescate, en el que confiaba, solo eso, confiaba.

La narración tiene un propósito. Conozco la montaña, he dormido en cuevas, en carpas, en grietas, bajo lluvia, bajo nieve, siempre soñé con tener una casa en la montaña, nunca pude hacer realidad ese sueño; quería la casa para recibir a los amigos, para albergar a los turistas, para ofrecer un techo a quienes perdieran la ruta o un poco de fuego durante la tormenta. En los recodos de mi memoria están tantos bellos y hermosos sueños que no pudieron hacerse realidad, quizá por falta de mayor constancia y empeño, tal vez porque la vida me trajo hacia el mar y abandoné la montaña, tal vez porque los

mecenas que podrían cuajar sueños altruistas en bondades para los compatriotas han desaparecido tragados por el egoísmo y por la carencia de sentido y objetivos patrios.

En esa tarde aprendí que jamás debo construir sobre una ciénaga ni tampoco en los bancos de arena que se hallan junto a los nevados ni sobre la piedra deleznable de las faldas de nuestras pequeñas elevaciones.

Buscaré suelo firme, sin arroyos ocultos, roca granítica; cavaré profundamente hasta llegar a tierra firme y allí colocaré los plintos que aseguren a mi casa de montaña larga y segura vida, “vale la pena perseguir un sueño porque hasta los sueños se cansan de correr”.

Mientras pensaba en el colofón de este monólogo, me he preguntado por el significado de una casa, de un techo, de un hogar, de un hostel, de una villa, de un refugio. Es importante que todos pongamos en común lo que entendemos por la esencia misma de casa, por aquello que mi maestro de filosofía decía: “esencia es aquello sin lo cual algo no puede ser lo que es”. Si la casa es un lugar seguro que protege mi vida, me defiende de inclemencias, me permite reunirme con mis amigos, me ofrece tranquilidad, es un lugar de descanso y de paz, mal puedo entonces levantar mi casa sobre un pantano, sobre arena movediza o sobre rellenos o material deleznable.

¿Por dónde subo...?

Deben ser algo más de 30 años los transcurridos luego del episodio en el que quiero inmiscuirles. Tengo un amigo, muy locuaz. Cuando él percibe que las cosas no andan bien o que el puede ir peor, se adelanta a los hechos: “Es un día fatal, fatal”. Y el pobre día que apenas se inicia, sin culpa original alguna, está ya anatematizado: es fatal, fatal.

Pues el día que me ocupa, aquel de hace más de 30 años, amaneció sencillamente hermoso, fantástico, precedido de una noche de alegría, de cantos, de un sueño reparador a 4 300 metros de altura, en uno de los acogedores refugios de los Ilinizas. Ese día nació para ser disfrutado. Nada anunciaba un desastre. Lo sentía fresco, lleno de vida; azul sobre nuestras cabezas y blanco bajo nuestros scarponi. Nada presagiaba una desgracia. Una oración sentida, un desayuno apropiado para montañistas y en pocos minutos más la pureza de nuestras intenciones se confundía con la blancura de la nieve. Nuestra meta era el Iliniza Norte, el más sencillo. Pan comido, decían catorce estudiantes del Cardenal Spellman for Boys de Quito.

Luego de un par de horas de fatiga intensa, quizá faltaban 100 metros para conquistar la cumbre. Caminábamos en columna india, en silencio, jadeantes, por debajo de un glaciar. Repentinamente, L.L., excelente andinista, perdió el equilibrio y desapareció de nuestros ojos entre peñascos, nieve fresca y riscos; descendía de espaldas, de cara al precipicio y sorteaba los escollos con singular pericia... Fueron instantes eternos, segundos que duraron horas. Luego, silencio... Al fin, una voz lejana, 300 metros abajo, nos gritaba: ¿Por dónde subo? Celebramos el acontecimiento. Esa voz era vida, era presencia, era resurrección.

Ordené a mis montañistas sentarse, clavar sus picas en la nieve y ponerse en cordada. Nunca perdoné a mi guía de N.H. el que nos sobreestimara y permitiese que subiéramos sueltos, librados a la suerte individual. Cuando rescatamos a nuestro compañero, luego de 20 minutos angustiosos, interrumpimos nuestra ascensión, pues el nerviosismo se anidó en nuestros cuerpos. Esta vez en cordada, lentamente y gratos con Dios, bajamos otra vez al refugio para emprender el regreso a la ciudad. Ese era un día tan bello que nada triste debía suceder. Y nada sucedió.

Yo era el responsable de ese grupo. Los padres de familia habían confiado en mí. Eran mis alumnos y cada uno de ellos estaba metido en mi corazón. Por ellos me hice montañista, por ellos sufría dolores de cabeza luego de los 4 000 metros, por ellos alguna vez luché en contra del soroche, por ellos sacaba fuerzas de donde no tenía para conquistar las cumbres que mis discípulos tan fácilmente las escalaban. Luego del percance que les he contado, el grupo se fundió en un solo propósito: conquistar juntos las cumbres más difíciles y unidos hacer frente a la lluvia y al sol, a las penas y alegrías, a lo que la vida nos deparase. Ese día comprendimos que la unión hace la fuerza, que los lamentos de nada sirven.

Desde las entrañas del Ecuador que heredamos de nuestros mayores se oye un grito inmenso: ¿Por dónde salgo, por donde salimos? En lugar de acudir todos a este angustioso llamado, en vez de apuntalar al país para evitar un descenso ulterior, observamos con asombro a un grupo de ecuatorianos ensoberbecidos por la ignorancia y envalentonados por el ansia de poder que pugnan por destruirlo todo. ¡Qué buscamos! ¿Incendiar al país? No se requiere de ingenio, es muy fácil. Hagamos lo que el Gral. De Gaulle pedía al pueblo francés:

“Los estudiantes, a estudiar; los trabajadores, a trabajar y los gobernantes, a gobernar”. Cada cual a cumplir con su responsabilidad, para mañana exigir también sus derechos.

La riqueza de la pobreza

“Una vez, un padre de familia acaudalada llevó a su hijo a un viaje por el campo, con el firme propósito de que este viera cuán pobre era la gente del campo, que comprendiera el valor de las cosas y lo afortunados que eran ellos. Estuvieron por espacio de un día y una noche completos en una granja de una familia campesina muy humilde.

Al concluir el viaje y de regreso a casa el padre le pregunta a su hijo:

—¿Qué te pareció el viaje?

—¡Muy bonito papá!

—¿Viste qué tan pobre y necesitada puede ser la gente?

—¡Sí!

—¿Y qué aprendiste?

—Vi que nosotros tenemos un perro en casa, ellos tienen cuatro. Nosotros tenemos una piscina de 25 metros, ellos tienen un riachuelo que no tiene fin. Nosotros tenemos unas lámparas importadas en el patio, ellos tienen las estrellas. Nuestro patio llega hasta el borde de la casa, el de ellos tiene todo un horizonte. Especialmente papá, vi que ellos tienen tiempo para conversar y convivir en familia. Tú y mamá tienen que trabajar todo el tiempo y casi nunca los veo.

Al terminar el relato, el padre se quedó mudo y su hijo agregó: —¡Gracias papá, por enseñarme lo ricos que podríamos llegar a ser! La riqueza es mucho más que tener dinero”.

Ser ricos es algo más que tener dinero. Bien puede alguien acorde con esta declaración, poseer mucho dinero y ser un pobrete mayúsculo, es decir, un miserable. Más aún, la pobreza manifiesta, aquella que no transparenta riqueza alguna porque sencillamente no la posee, puede encerrar verdaderas riquezas no claras ni transparentes para quienes manejan diferentes parámetros de observación. Es conveniente que los pequeños y los jóvenes crezcan con una apreciación real de la riqueza y la pobreza; que entiendan el valor y trascendencia de poseer bienes materiales y que jamás anclen su prestigio en la opulencia, sino que busquen hacer de la riqueza un instrumento para compartirlo con quienes menos tienen.

La vida religiosa en las diversas comunidades fundamenta la entrega a Dios de sus militantes en tres votos: pobreza, castidad y obediencia. Aquí se opera el milagro. La pobreza se convierte en riqueza de realizaciones, riqueza de motivaciones, riqueza de obras materiales, riqueza de beneficios sociales, riqueza de labor educativa, riqueza de testimonio de fe vivida con intensidad.

Los hijos tienen la capacidad de sorprender por su ingenio, por su sencillez y por su manera de expresarse; ellos requieren de oídos que los escuchen, de manos que les aplaudan y de corazones que les amen sin medida. Ellos serán lo que nosotros les permitamos que sean.

¡Haz esto, no hagas eso...!

“**H**abía dos niños que patinaban sobre una laguna congelada. Era una tarde nublada y fría, pero los niños jugaban sin preocupación. Cuando de pronto, el hielo se reventó y uno de los niños cayó al agua.

El otro niño viendo que su amiguito se ahogaba debajo del hielo, tomó una piedra y empezó a golpear con todas sus fuerzas hasta que logró quebrarlo y así salvar a su amigo. Cuando llegaron los bomberos y vieron lo que había sucedido, se preguntaron: ¿cómo lo hizo? El hielo está muy grueso, es imposible que lo haya podido quebrar con esa piedra y sus manos tan pequeñas.

En ese instante apareció un anciano y dijo: Yo sé cómo lo hizo. ¿Cómo?, le preguntaron al anciano y él contestó: – No había nadie a su alrededor para decirle que no podía hacerlo”.

Saquemos de esta corta anécdota alguna enseñanza, lo que antes decíamos “una moraleja”, moraleja con la que finaliza todo cuento o pequeña narración escrita para enseñar.

1. El niño no se detuvo a pensar si podía o no podía salvar a su amiguito. Él tenía la seguridad que sin su esfuerzo, sin su apoyo, su compañerito iba a morir pues tanto el frío como el agua que podía ingerir lo iban a matar y muy pronto. Cogió una piedra y salieron las fuerzas del pequeño a competir con la dureza del hielo. No hubo cálculos, no hubo espera entre golpe y golpe, tampoco evaluación

de pequeños resultados. Había una sola meta: encontrar a su amigo, darle la mano y salvarlo. El pequeño no se cuestionó si iba a lograr o no lo que se proponía. Sencillamente actuó y lo hizo con energía, con todas las fuerzas, con decisión enorme, con voluntad íntegra, con seguridad en sí mismo. No quería perder a su compañero.

2. Los padres de familia y los maestros algo tenemos que aprender de esta narración. “Qué bobo que eres, qué tarado; te he dicho que tu no sirvas para Matemáticas, eres un inepto; eres un caso perdido” o frases similares, alguna vez salen de la boca de maestros, incluso de viejos maestros y con mucha experiencia.

Ni los problemas personales de los padres o de los maestros, ni su cansancio ni la pésima conducta de los alumnos o de sus hijos pueden explicar, peor justificar tamaño desatino. El daño psicológico que se causa a los niños es enorme. Es minar la autoestima, impedir el crecimiento de la personalidad, frustrar una vida que está comenzando, crear impotencia, originar resentimientos.

3. Es posible impedir que los espíritus vuelen alto; es factible crear murallas impenetrables; se pueden forjar rejas y encarcelar almas de por vida. Basta una simple palabra, un gesto desdeñoso, un término grosero, un insulto audaz, una burla en público, una toma del pelo desconsiderada, un chiste mordaz. Por desgracia los humanos somos capaces de destruir, de interrumpir vidas, de oscurecer horizontes, de romper ilusiones.

No me alargó más. Ustedes son lo suficientemente capaces para desenredar este ovillo. Si los políticos y nuestros gobernantes engendrasen motivaciones suficientes para construir un Ecuador fuerte, trabajador, unido y responsable, creo que nadie volvería a pensar en huir de nuestro suelo.

Somos capaces de transformar nuestra patria si nos decidimos a hacerlo. ¡Que nadie nos diga que no podemos!.

Conciencia social

Cuando los niños vienen presurosos por las mañana y cuando en la tarde regresan a sus hogares con sus lecciones y deberes a cuesta, suelo pasearme por el aparcadero del centro de estudios donde presto mis servicios. Quisiera que en él cupiesen 1 000 automotores, solamente hay lugar para 90, mas entre el ingreso y la salida de vehículos se dan contactos preciosos con los padres de familia: un apretón de manos, una sonrisa de beneplácito, una palabra amistosa, una pregunta que requiere de una respuesta urgente y, en ocasiones, ya dentro de las instalaciones, surgen conversaciones profundas, sinceras, bien intencionadas; también se ríe, se reciben quejas, se perciben aspiraciones.

“Usted escribió, no hace mucho tiempo, un artículo que lo conservo conmigo: era un modo distinto de ser ricos que con frecuencia no lo estimamos. A este respecto permítame contarle lo siguiente”, me dijo un padre de familia mientras esperaba a su hijo:

“Una prestigiosa universidad de la ciudad estableció un sistema de becas para estudiantes de bajos recursos económicos; con el pasar del tiempo las autoridades observaron que las mejores calificaciones eran precisamente de aquellos alumnos becados. Lo más sorprendente, sin embargo, fue que las notas más altas de entre los becados pertenecían a estudiantes de la Península Santa Elena. Las autoridades de dicha universidad pensaron que el caso merecía ser estudiado.

Una visitadora social fue contratada para el efecto. Ella se trasladó a la costa para iniciar su investigación. La primera conclusión fue sorprendente: los datos eran correctos, los

alumnos pertenecían a hogares pobres, vivían cerca del mar, sus padres eran pescadores, sus madres atendían sus casas y ellos tenían entre tres y cinco hermanos. Esa era una realidad que se repetía con todos los estudiantes investigados. ¿Qué hacer? Las entrevistas sostenidas arrojaron también criterios comunes que los resumo así: La alimentación de estos jóvenes era excelente: pescado, maduro asado, jugo de frutas, nunca se alimentaron con comida chatarra.

Cuando la visitadora social les preguntó por qué no progresaban, por qué seguían viviendo con tantas limitaciones, por qué no se trasladaban a vivir a Guayaquil, a trabajar allá para tener su casa, un carro y para educar a sus hijos, las respuestas, con diversas palabras, fueron iguales.

—Vea, señorita — le dijeron. Si vamos a Guayaquil mi hija será la niñera de alguna patrona, mi mujer podría ser la cocinera de los niños ricos y yo quizás cuide o lave un carro; entre los tres tal vez reunamos un buen billete, pero me pregunto: a qué costo. Acá, señorita, mi hija es la mimada del hogar, ella estudia y tiene lo necesario para vivir. Mi mujer es ama y señora de esta casa; ella trabaja y se esfuerza para atendernos y lo hace con amor y usted sabe que cuando el amor es la motivación principal, todo lo que se hace se forma fácil y lógico.

Vea a mi compadre y a nuestros vecinos: somos una gran familia, no somos competidores, somos amigos, nos ayudamos, nos visitamos, nos saludamos con cariño, nos movilizamos a pie, tenemos tiempo para todo, no vivimos contrarreloj, tenemos la conciencia tranquila, no nos atormentamos con el futuro.

La visitadora social regresó y sus conclusiones fueron lacónicas: Se trata de estudiantes con patrones de vida excepcionales; quizá esto sea la causa de un rendimiento también excepcional”.

Colorín, colorado... queda mucha tela por cortar.

Filántropos y mecenas

Hace poco discutíamos con Pedro, vecino de barrio, sobre el sentido de los términos “filántropo” y “mecenas”. Pedro afirmaba que los fundadores de los partidos políticos ecuatorianos fueron verdaderos mecenas; yo argüía, que quizá pudieron ser filántropos, pero no mecenas porque el término mecenas, según el DRAE es “el príncipe o persona rica o poderosa que patrocina a los literatos o artistas”.

Quienes patrocinan a los partidos políticos son agrupaciones interesadas en la defensa de doctrinas políticas, económicas y sociales o, sencillamente, un grupo de amigos que decide formar un ente político y para eso aporta con sus ideas, su tiempo y también parte de su dinero. El deambular de los partidos políticos ha puesto de manifiesto que buena parte de ellos no fueron creados por filántropos, pues surgieron con fines protervos muy camuflados: aprovecharse de la ingenuidad del pueblo ecuatoriano; sacar ventajas económicas del poder político alcanzado; entronizar en el Parlamento nacional el chantaje como arma de enriquecimiento personal; obtener ministerios y cargos públicos en recompensa de votos favorables a leyes enviadas por el Poder Ejecutivo.

A Pedro le dije también que posiblemente algunos de los creadores de partidos políticos, universidades, escuelas, hospitales, sí fueron verdaderos filántropos, es decir “personas que se distinguen por el amor a sus semejantes y por sus obras en bien de la comunidad”.

Conozco a filántropos que un día ayudaron al nacimiento de universidades, que crearon fundaciones para proteger su

crecimiento y que comprendieron que la educación de un país es un valor tan sagrado que bien vale la pena esforzarse para mejorarla en beneficio de toda la colectividad. Ellos sí fueron verdaderos filántropos porque les interesaba hacer el bien y dar a la sociedad ecuatoriana centros de formación básica, media y superior que preparasen mejor a los estudiantes ecuatorianos.

Pienso que en Ecuador la filantropía está bien enraizada porque somos un pueblo esencialmente generoso y noble. Me permito enumerar algunas de las cualidades de estos hombres y mujeres, a quienes les debemos nuestra gratitud. El filántropo es:

- Un ser de mente amplia y de corazón gigante; mente que capta las necesidades de los demás y corazón sensible para atenderlas oportunamente;
- Un ser sin ambiciones dañinas ni codicia y sin pujos de grandeza, que hace de su vida un servicio exquisito a la comunidad y que a ella le devuelve, en obras, todo aquello que recibió;
- Un ser que al momento de hacer una erogación no calcula en el retorno de bienes tangibles o intangibles que le pueda proporcionar dicha acción;
- Un ser amante de las leyes, respetuoso de las instituciones, ajeno a presiones e intereses personales; una persona sin dobleces, alejada de maquinaciones o argucias maquiavélicas para inclinar el plato a su favor;
- Un ser generalmente creyente en Dios que recuerda que “aquello que hace la mano derecha no tiene por qué conocerlo la izquierda”; una persona sencilla y humilde en su grandeza;
- Un ser, finalmente, comprometido con la suerte del Ecuador; una persona con grandeza de alma y rica en recursos materiales y espirituales.

Hago un llamado a quienes quieran formar parte del escuadrón de filántropos; de igual manera, exhorta a quienes ya militan en la filantropía a mantener los ideales y convicciones que un día tocaron las puertas de sus corazones, pues pisotearlos sería un atropello a la dignidad.

Lecciones del campo

Mi niñez encontró en el campo solariego de los abuelos el espacio necesario para estrechar vínculos de sangre y engendrar amistades con primos y primas; para entender el rol insustituible de la autoridad materna y paterna y para conocer qué es el amor concretado en donación diaria para educar a treinta pilluelos cariñosamente denominados nietos, que todos los años llegábamos a El Guabo y a El Carchi, cerca de Sígsig, a principios de julio para quedarnos allí hasta fines de septiembre.

Mis abuelos se preparaban para la llegada de esas diminutas langostas que terminaban con frutales y sembríos.

No éramos un estorbo. Éramos mano de obra lista para el aprendizaje, éramos obreros que convertíamos el trabajo en nuestro juego preferido. Visto y analizado a la distancia de los años, esos venerables personajes que eran nuestros abuelos, supieron descubrir nuestros intereses, los encauzaron y sacaron un provecho doble: nos tenían todo el día ocupados, porque sabían que el ocio es un mal consejero; además, los trabajos que hacíamos en son de juego eran económicamente muy rentables.

Mis abuelos tenían cerca de cuarenta borregos que por las noches descansaban en un corral, custodiados por un viejo mastín. La abuela preparaba el distributivo de trabajo para cada día. O a

mi abuelo no le interesaban esos entretenimientos minúsculos o la abuela imponía su criterio. No lo sé, porque ellos se amaban tanto que nunca dejaron transparentar desavenencias.

Muy pocos éramos elegidos para llevar a los borregos hacia las laderas y dejarlos en libertad a fin de que se alimentaran. Los borregos triscan todo lo que encuentra, por esto son también dañinos. No podíamos pasar con ellos cerca de los cultivos; para hacerlo, cubríamos sus hocicos con una bolsa de cáñamo para imposibilitar que cuarenta pares de mandíbulas destrozaran el esfuerzo de nuestros vecinos. La buena vecindad era una máxima familiar sagrada. Los primos nos divertíamos buscando orquídeas o saboreando las diminutas pitajayas que arrancábamos de pequeños cactus al borde enormes precipicios. El primo mayor era el responsable de que antes de que muera el sol regresaran a casa todos los primos y todos los borregos.

En las cosechas de maíz, de papas, de porotos, de sambos y zapallos, de habas o de cebada, éramos realmente productivos; éramos una mano de obra no tan barata que se diga, pero muy manejable y rendidora. ¡Cómo nos divertíamos; cuánto aprendimos para toda la vida!

El campo me dio lecciones extraordinarias. Gallos y gallinas; caballos, yeguas y mulas; toros, vacas y terneros; cuyes y conejos; chanchos, patos y gansos son parte de los sonidos y olores que llegaron tempranamente a mis sentidos.

Pasión y amor

Me hallo en un balcón familiar frente al mar. Unos amigos entrañables, en La Milina, son nuestros anfitriones. El mar tiene una visibilidad extraordinaria; Capaes, Punta Barandúa y Punta Blanca se dejan ver sin dificultad alguna, no digamos Ballenita, Cautivo o Santa Cecilia. Cuando el mar pierde la bruma y el sol golpea con fuerza es cuando saca a relucir su recóndita belleza.

Los amigos, mi esposa y yo, respiramos, a bocanadas, ese aire puro que todavía se encuentra bajo nuestro cielo y sentimos la dicha de encontrarnos en la península de Santa Elena, en Maramigo, un condominio construido por Tadeo Pavisic, chileno convertido en ecuatoriano por contagio y por convicción; él dejó sus huellas de constructor en varios lugares del Litoral; por cosas del destino llegué un día a ser su vecino y a disfrutar de su consideración y amistad.

Algo de historia. Cuentan los habitantes de mar y playa que hace muchos años, entre Santa Rosa y La Libertad, existía un amplio malecón carrozable, capaz de recibir una autopista en sus lomos. Vinieron los años, los descuidos se incrementaron y paulatinamente, de poquito a poco, el malecón se convirtió en sendero y llegó a desaparecer; el mar invadió la tierra, la playa desapareció entre escollos. Pocos ciudadanos querendones de su suelo, año tras año, luchan en contra de agujajes y tempestades para retener ese poco de suelo que aún queda.

Después de la familia, nuestros sentimientos pertenecen a los amigos y, entre ellos, a personas sensibles y finas que saben pulsar las intimidades de nuestro mundo personal hasta llegar a apropiarse de ellas y compartir sueños e ilusiones. Cuando los amigos se van de nuestras vidas, para siempre o para rato, algo nuestro también se va con ellos...

“A mí no me preguntes”, me contestó Lucho, cuando en aquel balcón me permití aseverar la facilidad con que los humanos podemos cambiar de amores; les dije que durante más de diez años disfruté de un balcón al mar, de las olas, las gaviotas, los alcatraces y los buques petroleros anclados frente a Cautivo y pensé que nunca podría cambiar ese amor; hoy me encuentro metido tierra adentro y dedicado a plantar árboles, cuidar jardines y disfrutar con una rudimentaria actividad agrícola; Fernando, también chileno y muy agudo, me dijo: “David, no has cambiado de amores... lo que pasa es que hoy el mar ya no es tu pasión, porque ciertamente tu primer amor y ahora tu último amor, o sea el amor de siempre, fue la tierra, los cultivos.

Confieso, sin ambages, que Fernando tiene razón; él me dijo además: “Lo malo es que los políticos ecuatorianos no sientan la pasión o el amor por su país, esa pasión que tú pones al escribir o al narrarnos tus viajes por los rincones que has visitado; los indios son la última reserva moral que nos queda; si ellos fracasan, apaga la luz y vamos”. Para pensarlo, una y otra vez.

Ya mismo comienza...

Es viernes, 30 de julio, muy de mañana. La sonrisa de mis estudiantes me quita el mal sabor de la noche anterior. Les cuento, el miércoles de esta misma semana recibo una atenta invitación para una sesión solemne en la cual se va a lanzar un libro; la reunión está programada para las siete de la noche.

A la seis de la tarde del 29 de julio emprendo viaje desde el norte al corazón de la urbe. Ustedes conocen qué pasa a esa hora: un tráfico enorme de gente que se traslada a sus hogares con todo el peso de una jornada intensa. Consigo un chofer, para mayor seguridad; cual hábiles toreros emprendemos el camino para cumplir con una deferencia. Diez minutos antes de la hora indicada ya estoy en el lugar de la convocatoria. Gasto cinco minutos para darme una vuelta por los espacios regenerados y llenar mi espíritu de felicidad y regocijo, luego ingreso a un edificio imponente, en pleno Malecón; soy recibido con cortesía, me ubico en la última fila que poco a poco se repleta con gente de variada procedencia, parecen ser dirigentes barriales; seis personajes de la vida artística, política y cultural de la ciudad pasan a ocupar los primeros asientos. En dos ocasiones también me invitan a ocupar los primeros lugares, pero me quedo en el lugar escogido, "por estrategia" como me dijera un amigo.

Desde mi llegada al auditorio de esa casa han transcurrido quince minutos y son las diecinueve horas con diez minutos. En un arranque de simpatía para corresponder a la invitación extiendo mi sufrimiento cinco minutos más hasta que se

cumplen quince minutos de impuntualidad; me levanto, saludo con dos amables personas y abandono la sala y me dispongo a salir. Me preguntan el porqué; respondo que no es posible perder tanto tiempo y ser tan informales; me piden que espere que “ya mismito comienza” y les digo que mi reloj no tiene “ya mismito”, que desconozco el término; entre enojos, sonrisas y sarcasmos me alejo, regreso a casa con la pena de no haber participado en un acto cultural y con el dolor de saber que la puntualidad no es un tema que preocupa a las instituciones; no vi al anfitrión, no pude saludarle; algo más de una hora de mi tiempo se me fue en el viaje y en una incómoda espera a pesar de la mullida butaca en la cual me ubiqué.

La educación de un pueblo depende del ejemplo de quienes de una manera u otra tienen en sus manos retazos de poder: los padres de familia, los ministros de Estado, los alcaldes y prefectos, los gobernadores, los legisladores, los jueces, los dignatarios de los organismos de control, etcétera. Si todos quieren la honradez, la pulcritud y aborrecen la corrupción; si propugnan la puntualidad, la responsabilidad, el ahorro, el trabajo; si optan por el cambio y se deciden al bien de la comunidad, será muy fácil transformar la vida de nuestro Ecuador; lo contrario será siempre pedir peras al olmo.

La puntualidad no es un valor negociable. Se es puntual o impuntual, no existe un término medio. La puntualidad es un estado del alma, parte esencial de actitudes personales e institucionales.

Conviérteme en televisor

Las creaciones literarias surgen en el silencio y nos muestran algo hasta ese entonces inexistente, por eso las llamamos creaciones; detrás de ellas está la mente de alguien dotado de inspiración y capaz de unir recuerdos, intenciones, experiencias o conocimientos sobre un determinado tema que luego lo presenta en su creación de variado estilo, contenido y modalidad. Así surgen la poesía, el cuento, la novela, el ensayo; así nace la mejor de las prosas y allí se componen los versos más exquisitos que mañana serán deleite de damas sedientas del bien decir y del mejor sentir; de caballeros inquietos también por entretenerse con palabras y frases que invitan a la reflexión y al disfrute estético.

Como un ejemplo de lo dicho, que ciertamente lleva moralejas sutiles implícitas, transcribo casi literalmente, con modificaciones insignificantes, la creación inspirada en un texto de José Luis Martín, que tiene como título Deseo de un niño:

“Señor, esta noche te pido un deseo: conviérteme en televisor; quisiera ocupar su lugar para poder vivir lo que vive el televisor de mi casa. ¿Qué es lo que vive el televisor? Como él, quiero tener un cuarto especial para mí. Congregar a todos los miembros de mi familia a mi alrededor. Ser el centro de atención al que todos quieren escuchar, sin ser interrumpido ni cuestionado. Que me tomen en serio cuando hablo. Necesito sentir el cuidado especial e inmediato que recibe la televisión cuando algo no le funciona.

Tener la compañía de mi papá cuando llega a casa, aunque venga cansado del trabajo. Que mi mamá me busque cuando esté sola o aburrida, en lugar de ignorarme. Que mis hermanos se peleen por estar conmigo. Divertirlos a todos, aunque a veces no haga nada. Vivir la sensación de que lo dejen todo por pasar unos momentos a mi lado. Señor, no te pido mucho. Todo esto lo vive cualquier televisor. Por favor, Señor, conviérteme en televisor”.

Me gustaría terminar aquí este artículo porque las palabras del niño celoso del puesto de honor del que disfruta su televisor son tan elocuentes que no requieren de comentario alguno; la moraleja está implícita en cada frase que ciertamente golpea nuestra sensibilidad y nos obliga a enjuiciar comportamientos hogareños; sin embargo, permítanme una reflexión que ojalá merezca un comentario de su parte:

Los matrimonios jóvenes se desviven por la vida que engendraron y su primer vástago tiene un amor inmenso en intensidad y durabilidad; es el recién llegado; el esperado y soñado; es la concreción de un amor de pareja que con esta aparición se intensifica; esta niña o este niño llegan a ser el juguete de la familia, el centro de atención, la niña de los ojos; la fragilidad de los infantes se ve segura frente a la inseguridad del mundo.

Luego, los niños crecen, se hacen jóvenes, vienen otros hijos y lentamente conforme crecen los hijos estos empiezan a sentirse solos, como que los padres ya no se percatan de su presencia; la rutina del día a día puede terminar agostando el amor.

¡Cómo armar un debate!

Me lo propuse y lo cumplí. Quería tener una idea de cómo se llevaban a cabo los debates en Estados Unidos de Norteamérica, entre quienes competían por la presidencia de ese país. Pude apreciar el estilo y el contenido de esas tres confrontaciones verbales; de allí saco algunas conclusiones que bien vale la pena presentarlas para una reflexión común.

-El reglamento elaborado para el debate no dejó cabos sueltos ni hendijas, peor puertas, para que se asomaran sorpresas que pudiesen desdibujar el resultado que se buscaba. El reglamento fue observado minuciosamente tanto por los conductores como los contendores. Qué bien, me dije; para algo deben servir los reglamentos: para ser observados y para conseguir los fines propuestos.

-El tiempo para las preguntas era suficiente para armar una respuesta cuidadosamente elaborada; su cortedad no daba oportunidad para divagaciones, sino que exigía una síntesis en beneficio de la información que buscaban los espectadores; la réplica cumplía con iguales beneficios.

-La elaboración de las preguntas debió tener como autores a un grupo de expertos que pusieron en ellas los temas y motivaciones fundamentales de cada uno de los candidatos; faltaron muchos temas de interés mundial, es verdad, pero lo importante para el pueblo norteamericano estuvo presente en las preguntas realizadas en cada uno de los debates.

-Los gestos, el tono de la voz, las expresiones faciales, ciertas sonrisas y extrañezas fueron parte importante en la presentación de cada uno de ellos y ayudaron a mantener el interés y conocer las reacciones personales de estos importantes personajes. En mérito de los debutantes, ellos supieron mantener el decoro y respeto a los televidentes, debatieron con altura, defendieron con firmeza sus convicciones y cada uno se empeñó en dar lo mejor de sí para ganar la preferencia de los electores. Al margen de estas consideraciones, he leído afirmaciones que sorprenden, sin que por eso dejen de tener sobradas razones. Hay estudiosos que piensan que lo que el Presidente de los Estados Unidos decide a favor de cada uno de los pueblos de la tierra es más importante y efectivo que aquello que cada uno de esos países decide en beneficio de sus electores. Es por esto que algunos propugnan que en la elección de este presidente debiese ser tomada en cuenta la opinión del mundo, porque en realidad Kerry o Bush, mañana, podrían estar decidiendo la suerte del mundo sin que nosotros les hubiésemos dado esa autorización.

Además, los enfoques de estos candidatos reflejan la distancia que nos separa entre sus urgencias y entre aquellas que a nosotros nos incumben. La única alternativa para frenar el ingreso de indocumentados, por ejemplo, es, para ellos, reforzar los controles en la frontera para que no ingresen nuevos inmigrantes y también controlar de manera exigente a quienes ya están dentro; jamás se dijo que era importante atender las economías de los países en desarrollo, crear ayudas para desarrollar la agricultura, para modernizar las vías de comunicación, facilitar el ingreso de productos de suerte que los ecuatorianos, por ejemplo, no necesitemos emigrar a los Estados Unidos, porque en realidad en el Ecuador tenemos presente y futuro. Nada se dijo en este sentido.

La historia del lápiz

El miércoles 20 de octubre, estuve en el Estadio Modelo, para vivir, junto con mis estudiantes, la última jornada de atletismo en las categorías inferior e infantil. Me dio pena ver un estadio casi vacío, grupos minúsculos de atletas desperdigados por los graderíos, jueces jóvenes (posiblemente estudiantes) armados de cronómetros, sin uniforme que los identifique; entrenadores que llevan adelante su trabajo rutinario, sin mayores alicientes; ausencia de rectores y maestros; un estadio frío, sin alegría, sin bullicio; el atletismo ha dejado de ser una fiesta, para convertirse en el mero cumplimiento de fechas de un calendario deportivo. Ese día, entre carrera y carrera, conté a dos jóvenes atletas “la historia del lápiz”; les invito a leerla.

Pedrito miraba al abuelo escribir una carta. En un momento dado, le preguntó: “¿Estás escribiendo una historia que nos pasó a los dos? ¿es, por casualidad, una historia sobre mí?”. El abuelo dejó de escribir, sonrió y le dijo al nieto: “Estoy escribiendo sobre ti, es cierto. Sin embargo, más importante que las palabras, es el lápiz que estoy usando. Me gustaría que tú fueses como él cuando crezcas”. El niño miró el lápiz, intrigado, y no vio nada de especial: “¡Pero si es igual a todos los lápices que he visto en mi vida! Todo depende del modo en que mires las cosas; hay en él cinco cualidades que, si consigues mantenerlas, harán de ti una persona por siempre en paz con el mundo, dijo el abuelo.

Primera cualidad: Puedes hacer grandes cosas, pero no olvides nunca que existe una mano que guía tus pasos. Esta mano nosotros la llamamos Dios, y Él siempre te conducirá en dirección a su voluntad.

Segunda cualidad: De vez en cuando necesito dejar lo que estoy escribiendo y usar el sacapuntas. Eso hace que el lápiz sufra un poco, pero al final, está más afilado. Por lo tanto, debes ser capaz de soportar algunos dolores, porque te harán mejor persona.

Tercera cualidad: El lápiz siempre permite que usemos una goma para borrar aquello que está mal. Entiende que corregir algo que hemos hecho no es necesariamente algo malo, sino algo importante para mantenernos en el camino de la justicia.

Cuarta cualidad: Lo que realmente importa en el lápiz no es la madera ni su forma exterior, sino el grafito que hay dentro. Por lo tanto, cuida siempre de lo que sucede en tu interior.

Quinta cualidad del lápiz: Siempre deja una marca. De la misma manera, has de saber que todo lo que hagas en la vida, dejará trazos; intenta ser consciente de cada acción”.

Los jóvenes atletas, dije a los deportistas, necesitan de una mano que les guíe y de un ambiente cálido de motivación; el esfuerzo, el calor, la fatiga y el dolor son escuela de formación del carácter; cuando algo equivocado debe cambiarse, el atleta debe hacerlo; lo importante de un buen deportista no está en el ropaje externo, sino en su espíritu de lucha; cada deportista debe aspirar a escribir su nombre en la historia del deporte de su predilección.

Receta para días turbios

De un tiempo acá soy depositario de confidencias, de recetas para el espíritu, de trozos selectos escritos por autores anónimos, de secretos muy bien guardados que buscan una difusión interesante; los consignatarios me piden que esos sentimientos, pensamientos o experiencias trasciendan. Xavier y Vairon son dos de los numerosos amigos que alimentan mi espíritu, que me inquietan con remedios para las horas de tensión, para los momentos en los cuales parece que se nos cae el piso y nos hallamos abandonados de todos y de todo.

Vairon, mi sobrino, me dice, “mire tío, cuando tenga un problema razone de esta manera; si el problema tiene una solución, busque esa solución y se le acabó el problema; si el problema no tiene solución, para qué se preocupa, abandónelo y dejará de ser problema. No se inquiete innecesariamente, porque para cada día basta su malicia, como decían los antiguos sabios”. Sabio el jovencito, ¿no les parece?

Xavier, en cambio, más reposado y sentencioso, me entrega este texto:

“Haz como los pájaros: comienza el día cantando. La música es alimento para el espíritu. Canta cualquier cosa, canta desafinando, pero canta. Cantar dilata los pulmones y abre el alma para todo lo bueno. Si insistes en no cantar, por lo menos escucha mucha música y déjate llevar por ella.

Ríete de ti mismo. Es el comienzo para ser feliz. Ríete abiertamente para que todos se puedan contagiar de tu alegría. No te dejes abatir por los problemas. Si tratas de convencerte de que estás bien, terminarás convenciéndote de que realmente lo estás, y cuando menos lo pienses te vas a sentir realmente bien. El buen humor, así como el mal humor, se contagian. ¿Cuál de ellos vas a escoger? Si estás de buen humor, las personas a tu alrededor también lo estarán; lo necesitan, como tú.

Lee libros, lee poesía; la poesía es el arte de aceitar el alma. Lee novelas, historias de amor, todo lo que reviva tus sentimientos. Camina, corre, salta... ¡El peso de la cabeza es muy grande, contrabalancealo con algo! Y te vas a sentir mejor, más animado, más joven. Encara tus obligaciones con satisfacción. Es maravilloso disfrutar lo que se hace. Pon amor en todo lo que está a tu alcance. Cuando te propongas hacer algo, métete de cabeza. No dejes escapar las oportunidades, no vuelven.

Ninguna barrera es infranqueable si estás dispuesto a luchar contra ella. No dejes que tus problemas se acumulen, resuélvelos lo antes posible. Habla, conversa, explica, discute y perdona: el silencio mata. Exterioriza todo, deja que las personas sepan que las estimas, que las quieres, que las necesitas. ¡Amar no es vergüenza, por el contrario, es precioso! Vuelve a las cosas puras, dedícate a la naturaleza. Cultiva tu interior y ello hará que brote belleza de todos tus poros. No seas aburrido. ¡Tú puedes! Todos podemos”.

Si los problemas normalmente caminan con sus propios pies y llegan hasta nosotros sin que los hayamos invitado, no vale la pena que seamos creadores o forjadores de problemas.

Amigos de verdad

Ustedes conocen, con toda seguridad, a los componentes del G-8, del G-5 o del G-20, siglas o abreviaturas que nos hablan de países agrupados con fines diversos, que han llegado a conformar grupos que persiguen metas comunes y que detentan, de una u otra manera, cierto poder en el manejo de las políticas de regiones, de continentes; del G-40 ustedes nada conocen y creo que está bien que se informen, que sepan algo de su historia, sus avatares y triunfos.

El G-40, afincado en el cantón Guayaquil, cumple dos décadas de permanente búsqueda del cumplimiento cabal de su misión; tiene como visión ser un grupo especializado en el manejo de conocimientos específicos, cumplidor de lo prescrito en diferentes códigos; los últimos veinte años de interrumpida labor se suman a lustros anteriores de intensa búsqueda del saber y a unos años de diáspora casual.

Alguien escribió alguna vez que “la amistad es una flor que crece en terrenos largamente abonados”. Lo que distingue a los ocho integrantes del G-40 es precisamente la amistad: la amistad unió al grupo; la amistad alimenta sus noches y sus desvelos; la amistad es la motivación de reuniones periódicas cuidadosamente preparadas y escrupulosamente realizadas; sus esposas son sus comprensivas “cómplices”. Es verdad que los hermanos nacen y los amigos se hacen. No siempre tenemos con nuestros hermanos la confianza que sí desbordamos con nuestros amigos: el amigo es el confidente, el consejero, el dueño de la palabra oportuna, la persona lista a darnos un reproche o

un abrazo de felicitación; el amigo enjuga nuestras lágrimas y goza con nuestros triunfos; el amigo defiende al amigo y lo hace con fuerza, con entereza.

Jorge, Ángel, Óscar, Alfonso, Roberto, Carlos, Raúl y el “Gurú” son los integrantes del G-40, son los amigos que se han mantenido cerca por algunos lustros y no tienen ganas de lesionar esa amistad. Jorge ya no dispone de los “suelos” de su farmacia, Ángel ya no pasea por Urdesa, Óscar sigue entretenido con sus imanes, Alfonso llega muy puntual, Roberto no tiene Consejo Directivo, Carlos sigue siendo formal al igual que Raúl, el “Gurú” ha perdido autoridad. Les entrego la clave de esta entrañable amistad, la he recibido de primera mano.

G-40 es un club privado de “cuarenteros”, de ocho miembros que se reúnen ocho veces al año, “no antes de las tres semanas para no hacer del juego un vicio” y “no después de las seis semanas para no olvidarse”; el calendario se hace por sorteo; las reuniones se realizan en cada uno de los hogares; terminado el juego, cada uno retorna a su casa; la señora del hogar anfitrión prepara los alimentos y el paterfamilias corre con los demás gastos inherentes a la recuperación de energías.

¡Cuánta falta hace al Ecuador un ejército de amigos que se quieran de verdad y al quererse quieran también al Ecuador que los vio nacer y que lo quieran de veras y no de labios afuera. En esta Navidad, G-40 tendrá una reunión extraordinaria para disfrutar una noche de alegría junto a sus esposas.

Sacudirse a tiempo

La pedagogía salesiana contiene peculiaridades que le dan ese sabor especial a todo ambiente que esté saturado por este sistema; sus pilares fundamentales son la razón y el amor: amar a los alumnos con todo el corazón, con aquel amor que es entrega sin esperar que a cambio algo se nos dé; la razón es el vehículo que traslada hasta la mente de los estudiantes las pequeñas normas de convivencia y los valores y principios que deben estar presentes en una vida; las faltas tienen que ser juzgadas desde el plano del amor y de la razón; naturalmente, el amor a Dios y a la Virgen María Auxiliadora son dos elementos indispensables para un maestro que fue educado por salesianos o para alguien que fue en un momento dado estudiante en alguna escuela o colegio salesianos.

Pues bien, en este sistema sus profesores y directivos son hermanos mayores que se hallan cerca de los estudiantes, en los patios, corredores o clases para recordarles con su presencia una serie de valores indispensables: el respeto, la sinceridad, la puntualidad, el estudio, la honradez, la pureza, la alegría, la solidaridad, la justicia, etcétera; es una presencia activa que previene la comisión de actos que van en contra de la comunidad educativa; el acercamiento de las autoridades a los estudiantes hace que ellos tengan confianza para abrirles su corazón en busca de consejo.

Hace unos días pude usar el texto, que a continuación les entrego, en una conversación con un estudiante que se veía

acosado por circunstancias que aparentemente no le dejaban surgir. El efecto fue sorprendente:

Un día, el burro de una campesina se cayó en un pozo que se encontraba seco, el animal lloró fuertemente por horas, mientras la campesina trataba de averiguar qué hacer... finalmente la campesina decidió que el animal ya estaba viejo, el pozo estaba seco y necesitaba ser tapado de todas formas y que realmente no valía la pena sacar al burro, entonces invitó a todos sus vecinos para que vinieran a ayudarla.

Todos tomaron una pala y empezaron a tirar tierra al pozo. El burro se dio cuenta de lo que estaba pasando y lloró desconsoladamente, luego para sorpresa de todos, se tranquilizó. Después de unas cuantas paladas de tierra la campesina finalmente miró al fondo del pozo y se sorprendió de lo que vio; con cada palada de tierra, el burro estaba haciendo algo increíble, se sacudía la tierra y daba un paso hacia arriba; mientras los vecinos seguían echando tierra encima del animal, él se sacudía y daba un paso hacia arriba. Pronto todo el mundo vio sorprendido cómo el burro llegó hasta la boca del pozo, pasó por encima del borde y salió trotando.

Dije al joven: “La vida va a tirarte tierra, de todos los tipos que puedan existir. El truco para salir del pozo es sacudirse y dar un paso hacia arriba. Piensa que cada uno de nuestros problemas es un escalón hacia arriba. Nosotros podemos salir de los más profundos huecos si así lo queremos. Recuerda siempre: Sacudirse y dar un paso hacia arriba”.

Meditación a 4.387 metros de altura

Es indispensable elevarse, tomar altura, colocarse por sobre el hábitat rutinario para situarse frente a nuevas visiones, a nuevas facetas o para otear horizontes nunca imaginados.

Cuando los estudiantes hacen jornadas de reflexión, retiros espirituales o convivencias, ellos se abstraen de la vida de cada día y situándose en un espacio diferente, dejando a un lado por esos momentos sus deberes y lecciones, logran finalmente elevarse hasta una atalaya personal, de alturas variadas, para desde allí contemplar sus propias vidas mediante un ejercicio interesante de regresión e inmersión; la reflexión o ese “flexionarse dos veces sobre uno mismo” es una cualidad exclusiva de los humanos, base y fundamento de cambios, de innovaciones, de progreso y desarrollo.

Hace un par de semanas, con emoción enorme seguí la transmisión “en vivo” de la inauguración del teleférico que une a la ciudad de Quito con la alta montaña; el día no pudo ser mejor, el clima fue extraordinario; el 24 de mayo se vistió de colores y paisajes no muy usuales para esta ocasión. Cruz Loma resulta ser ahora el mirador más importante del Ecuador; a Quito se la vio desde allí: enorme, señorial, recostada a las faldas del Pichincha y extendida cual mancha humana inconmensurable.

Las emociones individuales son diversas porque se conectan con pasados personales también diversos. Quien escribe estos renglones tuvo el privilegio de pisar Cruz Loma hace cinco décadas; desde esa fecha acá más de treinta veces mis ojos se

llenaron de la belleza, grandiosidad, fuerza y extraordinaria originalidad del paisaje andino; aún siento cómo respiraban mis pulmones el aire puro reservado solamente para los osados y para quienes abandonábamos las sábanas a las tres de la mañana para ascender a Cruz Loma, al Rucu o Guagua Pichincha.

Una de esas noches, mientras acampábamos a 4 387 metros de altura, alguien sacó de su mochila un librito —aún lo recuerdo—, nos pidió silencio y leyó estos renglones que desde hoy son propiedad de ustedes:

“Dios no te preguntará qué modelo de auto usabas, te preguntará a cuánta gente llevaste; no te preguntará los metros cuadrados de tu casa, sí te preguntará a cuánta gente recibiste en ella; no te preguntará la marca de la ropa en tu armario, te preguntará a cuántos ayudaste para que puedan vestirse.

Dios no te preguntará cuán alto era tu sueldo, te preguntará si vendiste tu conciencia para obtenerlo; no te preguntará cuál era tu título, te preguntará si hiciste tu trabajo con lo mejor de tu capacidad; no te preguntará cuántos amigos tenías, te preguntará cuánta gente te consideraba su amigo.

Dios no te preguntará en qué vecindario vivías, te preguntará cómo tratabas a tus vecinos; no te preguntará por el color de tu piel, te preguntará por la pureza de tu interior; no te preguntará por qué tardaste tanto en buscar la salvación, te llevará con amor a su casa en el cielo y no a las puertas del infierno. Dios no te preguntará a cuántas personas hablaste sobre estos temas, te preguntará si te dio vergüenza hacerlo”.

Hubo un largo silencio; nos sentimos más cerca del cielo y de Dios.

No te metas en mi vida

Cierto día un joven gritó a su padre: “No te metas en mi vida”. Esta fue su respuesta (síntesis y adaptación personales):

“No soy yo el que se mete en tu vida, tú te has metido en la mía. Por el amor que mamá y yo nos tenemos, llegaste a nuestras vidas, ocupaste todo nuestro tiempo; antes de nacer, mamá se sentía mal, todo lo que comía lo devolví y tenía que guardar reposo.

Antes de que nacieras mamá no dormía y no me dejaba dormir; los gastos aumentaron increíblemente, tanto que gran parte de lo nuestro se gastaba en ti: un buen médico, los remedios, la maternidad; mamá no veía algo de bebé, que no lo quisiera para ti: una cuna, un moisés, un cochecito, todo lo que se pudiera, con tal de que tú estuvieras bien y tuvieras lo mejor posible.

¿No te metas en mi vida? Llegó el día en que naciste. Desde la primera noche no dormimos; cada tres horas, como si fueras una alarma de reloj, nos despertabas para que te diéramos de comer; otras veces te sentías mal y llorabas y llorabas, sin que nosotros supiéramos qué hacer, pues no sabíamos qué te sucedía y hasta llorábamos contigo.

¿No te metas en mi vida? Empezaste a caminar, yo no sé cuándo he tenido que estar más detrás de ti, si cuando empezaste a caminar o cuando creíste que ya lo sabías; ya no podía sentarme tranquilo a leer el periódico o a ver el partido de mi equipo favorito.

¿No te metas en mi vida? Todavía recuerdo el primer día de clases, cuando tuve que llamar al trabajo y decir que no podría ir, ya que tú en la puerta del colegio no querías soltarme y entrar, llorabas y me pedías que no me fuera. A las pocas semanas no solo ya no me pedías que no me fuera, hasta te olvidabas de despedirte cuando bajabas del auto corriendo para encontrarte con tus amiguitos.

¿No te metas en mi vida? Seguiste creciendo, ya no querías que te lleváramos a tus reuniones, nos pedías que una calle antes te dejáramos y pasáramos por ti una calle después, no querías llegar temprano a casa, te molestabas si te marcábamos reglas.

¿No te metas en mi vida? Cada vez sé menos de ti por ti mismo, se más por lo que oigo de los demás, ya casi no quieres hablar. Mamá se la pasa en vela y no me deja dormir diciéndome que no has llegado; que tu celular está desconectado, que ya son las tres de la mañana.

Hijo: tú te has metido en mi vida y no me arrepiento que así sea. Me meteré siempre en tu vida, como tú lo hiciste, para ayudarte, para formarte, para amarte, porque solo los padres que se meten en la vida de sus hijos logran hacer de estos hombres y mujeres que triunfen en la vida y sean capaces de amar”.

Enhorabuena por los padres que no renuncian a “meterse”, por amor, en la vida de sus hijos.

Tomarse el tiempo necesario

La prisa nos consume, nos alborota, repleta nuestros días, semanas y años. Corremos celular en mano, paseamos sin mirar, con los ojos desorbitados, hablamos y hablamos incansablemente, nos fatigamos y rendimos nuestros cuerpos; en este ambiente no tenemos el espacio ni el tiempo para sumergirnos en nuestro interior, para hurgar en el registro de nuestros principios y normas, para meditar. Es posible que hagamos dinero, es posible que hablemos con muchas personas, pero crecemos vacíos, nos convertimos en fofos intelectuales, en escuálidos de espíritu, en charlatanes superficiales.

Tomemos el tiempo que tenemos entre manos para medir nuestras palabras, para enriquecer nuestros juicios. ¿Cómo podemos aprobar o negar el TLC, por ejemplo, si nada sabemos al respecto? Es propio de gente criminalmente superficial emitir juicios de valor sobre personas, sobre un gobierno, sobre situaciones especiales, a pesar de estar totalmente desinformados y sin haberse tomado el tiempo necesario para ilustrar su mente.

Lean con deleite esta historia y saquen sus conclusiones:

Una chica estaba esperando su vuelo en una sala de espera de un gran aeropuerto. Como ella debía esperar un largo rato, decidió comprar un libro y también un paquete con galletas; se sentó en una sala del aeropuerto para poder descansar y leer en paz. Asiento de por medio se sentó un hombre que abrió una revista y empezó a leer, entre ellos quedaron las galletas. Cuando ella

cogió la primera, el hombre también tomó una. Ella se sintió indignada, pero no dijo nada. Solo pensó: ¡Qué descarado, si yo fuera más valiente, hasta le daría una bofetada para que nunca lo olvide!

Cada vez que ella cogía una galleta, el hombre también tomaba una. Aquello le indignó tanto que no conseguía concentrarse ni reaccionar. Cuando quedaba solo una galleta, pensó: ¿qué hará ahora este aprovechado? El hombre partió la última galleta y dejó media para ella. ¡Ah no... aquello le pareció demasiado! Se puso a resoplar de rabia. Cerró su libro y sus cosas y se dirigió al sector del embarque.

Cuando se sentó en el interior del avión, miró dentro de su bolso y para su sorpresa, allí estaba su paquete de galletas... intacto, cerrado. ¡Sintió tanta vergüenza! Solo entonces se dio cuenta de lo equivocada que había estado; había olvidado que sus galletas estaban guardadas dentro de su bolso. El hombre había compartido las suyas sin sentirse indignado, nervioso, consternado o alterado.

Era muy tarde para ella, para dar explicaciones o pedir disculpas; pero sí estaba a tiempo para razonar y así lo hizo:

¿Cuántas veces en nuestra vida sacamos conclusiones apresuradas cuando debíamos observar mejor antes de emitir juicios de valor? ¿Cuántas veces lo que pensamos acerca de las personas no es exactamente como ellas son, ni como ellas se comportan? Ella recordó que existen cuatro cosas en la vida que no se recuperan:

“Una piedra, después de haber sido lanzada.

“Una palabra, después de haberla dicho.

“Una oportunidad, después de haberla perdido.

“El tiempo, cuando este ya pasó”.

Palabras claves

Una alumna, con picardía y gracejo, me pide que comente diez palabras por ella escogidas; cada palabra tiene una letra más, ese es el truquito. Ciertas palabras, a veces, dicen más de lo que ellas significan; otras, pierden el valor y podemos repetirlas mil veces y jamás transmitiremos con ellas lo que ellas quieren decir, el concepto que encierran. “Palabra y piedra sueltas, no tienen vuelta”, se dice y con razón; pensar es imperioso, hablar con mesura es sensato, no aventurar juicios sin fundamento es propio de inteligentes.

Yo: palabra de dos letras, diminuta. Cuánto puede significar: un yo lanzado a la conquista de nobles ideales, o un yo enquistado en un egoísmo devorador.

Ego: puede ser la palabra de tres letras más venenosa, cuando se convierte en una adoración al propio yo, al ego individual, terminando en la religión de la egolatría; también puede ser un trampolín de superación.

Amor: cuatro letras, quizá la palabra más usada en el mundo: “Por amor se han creado las cosas en la faz de la Tierra...”; qué difícil es amar de veras, amar siempre, amar cuando las cosas nos van mal, amar sin esperar recibir recompensa.

Rumor: cinco letras. ¿Quién detiene los rumores? Lo hacen las personas equilibradas, tranquilas, respetuosas, cautas; aquellas que buscan primero la paz y la concordia, antes que las riñas y entreveros.

Perdón: seis letras. Perdono, pero no olvido, decimos con aplomo, como una demostración de buena voluntad. ¿Cómo perdonamos si no olvidamos, si la ofensa está en nuestra mente? Si perdonamos, perdonemos de verdad.

Nuestro: palabra de siete letras, muy satisfactoria; cuando decimos nuestro unimos pertenencias, sentimientos, ideales con sabor a comunidad, más allá del egoísmo y la soledad. Nuestros sueños, nuestros proyectos, nuestra familia, nuestros sacrificios, nuestras alegrías: en realidad una pequeña palabra que encierra una enormidad de sentimientos.

Sencillez: palabra clave de ocho letras. Los hombres grandes, las personas importantes, las mujeres de valor, normalmente son personas sencillas, dulces, tranquilas, hasta ingenuas. La vanagloria y el orgullo con que algunos seres mediocres pavonean sus triunfos o sus ocurrencias, en un ambiente lleno de estridencias y jolgorio, no se compadecen con la sencillez de espíritu, con la bondad del alma.

Confianza: nueve letras y un mundo de posibilidades. Tener fe en uno mismo, fe en las personas que están cerca de uno, fe en el país, fe en los hijos, fe en el mundo, fe en Dios: una entrega total.

Jesucristo: diez letras, la más amorosa; no se puede entender a Jesucristo, dice Paola, si no se entiende el amor por que Él se hizo hombre, estuvo con nosotros, se hizo igual a nosotros menos en el pecado, sufrió y murió en la cruz por amor a la humanidad, para redimirla, para enseñarle cómo llegar al Padre.

Compartamos: finalmente, una palabra de once letras, nos invita a compartir este mensaje que no es otra cosa que un juego, una argucia, un medio para ponernos frente a elementos de meditación, de reflexión, que espero, les haya alentado a vivir con alegría la vida que Dios nos ha dado.

¡Abuelos, hijos... nietos!

El texto que origina mis reflexiones lo van a leer a continuación. La humanidad progresa con celeridad, pero nos vamos deshumanizando también con demasiada prisa. El dinero, el confort, la opulencia, el rango social y tantos otros pretextos luchan certeramente por terminar con nuestros sentimientos; cuando el corazón se achica, no queda un puesto para la solidaridad; cuando el espíritu se desvanece, tanto el dolor ajeno como el sufrimiento dejan de conmovernos y nos convertimos en piedras, en seres insensibles, en monstruos encarnados en apariencias físicas bien olientes y mejor trajeadas.

Ustedes y yo llegaremos a viejos; yo milito ya en la tercera edad. El trato que damos a nuestros mayores, ¿es el que queremos que nos den a nosotros? Espejémonos en estos renglones, en esta carta escrita por los dedos de un anciano:

El día que me veas mayor y ya no sea yo, ten paciencia e intenta entenderme; cuando comiendo me ensucie, cuando no pueda vestirme, ten paciencia, recuerda las horas que pasé enseñándote. Si cuando hablo contigo, repito las mismas cosas, mil y una veces, no me interrumpas y escúchame; cuando eras pequeño, a la hora de dormir, te tuve que explicar mil y una veces el mismo cuento hasta que te entraba el sueño.

No me avergüences cuando no quiera ducharme, ni me riñas. Recuerdo cuando tenía que perseguirte y las mil excusas que inventaba para que quisieras bañarte. Cuando veas mi ignorancia

sobre las nuevas tecnologías, te pido que me des el tiempo necesario y no me mires con tu sonrisa burlona. Te enseñé a hacer tantas cosas: comer bien, vestirse y cómo afrontar la vida. Muchas cosas son producto del esfuerzo y la perseverancia de los dos.

Cuando en algún momento pierda la memoria o el hilo de nuestra conversación, dame el tiempo necesario para recordar. Y si no puedo hacerlo, no te pongas nervioso, seguramente lo más importante no era mi conversación y lo único que quería era estar contigo y que me escucharas.

Si alguna vez no quiero comer, no me obligues. Conozco bien cuándo lo necesito y cuándo no. Cuando mis piernas cansadas no me dejen caminar, dame tu mano amiga de la misma manera en que yo lo hice cuando tú diste tus primeros pasos. Cuando algún día te diga que ya no quiero vivir, que quiero morir, no te enfades. Algún día entenderás que esto no tiene nada que ver contigo, ni con tu amor, ni con el mío. Intenta entender que a mi edad ya no se vive, sino que se sobrevive.

Algún día descubrirás que, pese a mis errores, siempre quise lo mejor para ti y que intenté preparar el camino que tú debías hacer. No debes sentirte triste, enfadado o impotente por verme de esta manera. Debes estar a mi lado, intenta comprenderme y ayúdame como yo lo hice cuando tú empezaste a vivir. Ahora te toca a ti acompañarme en mi duro caminar. Ayúdame a acabar mi camino, con amor y paciencia. Yo te pagaré con una sonrisa y con el inmenso amor que siempre te he tenido.

Un día de estos...

“Un día de estos te visito, te lo prometo”; dos, cinco, tal vez diez fueron las invitaciones a mi primo para que nos visite en Salinas: sus ocupaciones, “sus prioridades” (todos las tenemos o inventamos), su renuencia a viajar y a tomar vacaciones lo impidieron; hoy mi primo ya no puede cumplir con su promesa: emprendió, sin quererlo, el viaje sin retorno.

¿Por qué esta introducción sobre un tema muy particular, mejor aún, familiar? Quiero justificar el porqué de estas líneas nacidas, en La Milina, en una fría madrugada, pensando en ustedes, amigas y amigos:

1. La situación económica no ha mejorado para los ecuatorianos, en algunos casos se ha frenado el deterioro, mas el pueblo-pueblo sabe que la vida está demasiado cara, que los sueldos siguen bajos, que no existe trabajo y que hay escasas esperanzas de escaparse de huracanes económicos imprevistos.
2. Si lo anterior es verdad, no es menos cierto que nuestro pueblo-pueblo es muy hábil en sobrevivir y es un artista del “día a día” porque descubrió hace tiempos el modo de gozar el momento, de disfrutar la hora, de alegrarse con un fin de semana; que luego de esta catarsis deba trabajar más para pagar nuevas deudas, no importa, mañana sabrá industriarse para romper cadenas; “chulla vida”, se dice, tengo una sola vida, disfrutemos hoy que mañana moriremos.

3. Las premisas expuestas nos llevan a concluir que, a “pesar de los pesares” nuestra gente tiene ganas congénitas de disfrutar de la vida y que sabe cómo encontrar los medios para hacerlo: nuestros balnearios están repletos en temporada, los estadios se llenan con un buen partido de fútbol o con la presentación de artistas taquilleros; la gente va al cine, pasea por los “malls” y malecones; en cada esquina quedan centavos, en los locales muchos dólares.

Quiero proponer un mejor uso de los recursos económicos y del tiempo. Se requiere de una campaña nacional para acercar a las familias que un día emigraron a otras ciudades o pueblos, dentro del Ecuador, porque estas separaciones trajeron el enfriamiento del calor familiar y así se olvidaron los lazos de sangre que los unían. Hay hijos que no visitan a sus padres, hay hermanos que no se frecuentan y por eso se desconocen, hay sobrinos que la familia no sabe que existen. Es imperioso crear un clima propicio para volver a unir aquello que nunca debió separarse.

¿Cómo usar mejor el dinero y el tiempo? Estoy firmemente convencido que recorrer los caminos patrios es la mejor forma de optimizar nuestros recursos. Quienes pueden hacerlo fuera de la ciudad o de la provincia y quienes dentro de la ciudad, debieran tener un fin de semana, cada mes, dedicado a salir en excursión y agrupar a la familia. La Gloria, Playas, Machalilla, Naranjito, Manta, Canoa, Cuenca, Balzapamba, Bucay, Vinces, La Playita, el cerro Santa Ana, el Malecón, son pretextos hermosos para unir a la familia y amar mucho más a nuestro Ecuador. Hace unos días estuve en Zaruma; la gente duerme sobre oro, es verdad, pero lo más impresionante es que los zarumeños son “un oro de gente”.

¿Cuándo nos perdimos?

Una dama que me hace llegar su extrañeza, su desasosiego, su perplejidad frente a las situaciones que ella vive, que no son muy distintas de las que usted y yo vivimos; es tal vez por esto que sus palabras me resultan tan certeras, tan oportunas y tan ricas para pensarlas, meditarlas, rumiarlas una y otra vez; oigámosla, no es una dama de ocho décadas, apenas se acerca a los cincuenta años, edad interesante como marco referencial de su pensamiento:

“Fui criada bajo principios morales comunes: cuando era niña, padres, profesores, abuelos, tíos, vecinos, eran autoridades dignas de respeto y consideración, cuanto más próximos o más viejos, mayor el afecto y el respeto. Era inimaginable responder maleducadamente a los más ancianos, maestros o autoridades.

Confiábamos en los adultos, porque todos eran padres, madres o familiares de todos los chicos de la cuadra, del barrio o de la ciudad... Nunca teníamos miedo de lo oscuro, de los sapos, de las películas de terror. Hoy, siento una tristeza infinita por todo aquello que perdimos. Por todo lo que mis nietos nunca tendrán. Por el miedo en la mirada de los niños, jóvenes, viejos y adultos.

Vivo un mundo loco y trastornado: derechos humanos para criminales, derechos limitados para ciudadanos honestos. No tomar ventaja es ser idiota. Pagar deudas al día es ser tonto. Amnistía para los estafadores, acoso a la gente honrada.

¿Qué pasó con nosotros? Profesores maltratados en las aulas, comerciantes amenazados por traficantes, rejas en nuestras ventanas y puertas, recelo en las miradas, caminar apresurado y temeroso”.

Vale la pena comentar algo de lo mencionado, a pesar de que ustedes ya sacaron sus conclusiones:

-No sé cuándo, pero ciertamente sucedió; alguna vez la familia ecuatoriana perdió el control de sus hijos y se precipitó barranco abajo en un viaje, aparentemente, sin retorno. En ese despeñadero sucumbieron el respeto, la confianza, los buenos modales, la buena vecindad, la cordialidad, la sencillez, la limpieza de miradas, la solidaridad y tantos otros pequeños y grandes valores que acompañan a las virtudes mencionadas.

-Cuando se pierde algo de tanto valor, se genera un ambiente propicio para el nacimiento de desviaciones de todo género. Nuestras ciudades grandes sufren de estos males porque el hacinamiento humano lleva sin pensarlo al desconocimiento de los demás, impide la formación de una comunidad y cede el espacio para el individualismo más craso.

-Los hombres pueden ser mediocres o muy inteligentes, pero lo que sí es cierto es que en ambos casos, sin códigos morales y sin normas de procedimiento, un momento optarán por el bien o por el mal porque la libertad que ellos tienen para hacerlo nadie les puede quitar. Es aquí donde radica el mal de nuestra sociedad. Es imperioso iniciar un camino cuesta arriba en pos de recuperar los principios mínimos de convivencia ciudadana para, de este modo, aspirar a un Ecuador mejor.

Epílogo de cuando...

¿Cuándo nos perdimos? Aquí concluye una visión quizá certera o tal vez pesimista de la vida actual. Ustedes y yo tenemos las herramientas para extraer de estas líneas reflexiones suficientes que hagan de este texto un instrumento útil. Transcribo la segunda parte de la carta comentada bajo el título “¿Cuándo nos perdimos?”:

“¿Qué valores son estos? Autos que valen más que abrazos. Hijas queriendo una cirugía como regalo por pasar de año. Celulares y cartucheras en las mochilas de los estudiantes. ¿Qué vas a querer a cambio de un abrazo? La diversión vale más que un diploma... Más vale una pantalla gigante que una conversación amena... Más vale un maquillaje que un helado... Más vale parecer, que ser...

¿Cuándo mismo fue que todo desapareció o se hizo ridículo? ¡Quiero sacar las rejas de mi ventana para poder tocar las flores...! Quiero sentarme en la vereda y tener mi puerta abierta en las noches de verano. Quiero la honestidad como motivo de orgullo... Quiero la rectitud, la cara limpia y la mirada a los ojos. Quiero la vergüenza, y la solidaridad. Quiero la esperanza, la alegría y la confianza. Quiero callarle la boca a quien dice: ‘tenemos que estar a nivel de...’, al hablar de una persona.

Abajo el ‘tener’, viva el ‘ser’. Y viva el retorno de la verdadera vida, simple como la lluvia, limpia como un cielo, leve como la brisa de la mañana. Y definitivamente bella, como cada amanecer. Adoro mi mundo simple y común. Tener el amor,

la solidaridad, la fraternidad, como base. Vamos a volver a ser 'gente'. La indignación delante de la falta de ética, de moral, de respeto. Construir un mundo mejor, más justo, más humano, donde las personas respeten a las personas. ¿Utopía...? ¿Quién sabe? Hagamos el intento. Empecemos a caminar transmitiendo este mensaje. Nuestros hijos se lo merecen y nuestros nietos nos lo agradecerán”.

Reflexionemos y tomemos un atajo que nos lleve a conservar los valores que recibimos en nuestros hogares o adquirámoslos si tal vez crecimos al margen de una visión positiva de la vida. No esperemos que los demás cambien para cambiar nosotros; no esperemos un mundo sano y hermoso para comenzar a pensar en la bondad y en la belleza.

Nuestra sociedad requiere de quijotes que rompan sus lanzas en contra de la apatía cívica, de la sapada política grotesca, de la carencia de elementos cívicos básicos y de la corrupción enquistada por doquier.

Recuerdos indelebles

Conversar con los estudiantes, pequeños o grandes, niños o jóvenes, es siempre placentero; la candidez de sus espíritus, la espontaneidad de sus gestos y el torrente de vitalidad en el que bullen sus existencias son elixires que rejuvenecen y contagian con energías positivas al educador.

Con cierta frecuencia me encuentro con ex alumnos míos que lucen más viejos que el maestro, que suelen decirme: “pero si está igualito, dígame la receta”, así me tratan, de usted, porque yo nunca los tuteé como ahora algunos psicólogos recomiendan como herramienta de acercamiento a edades inferiores, como receta que engendra confianza; es obvio que discrepo de estos métodos heterodoxos de comunicación, pues si no hay amor a la niñez y si no es posible entenderse con una mirada, con una sonrisa, con un apretón de manos, con un gesto que transporte calidez humana, entonces todas las argucias psicológicas se estrellan contra la pared de la frialdad o del mero cumplimiento de un propósito carente de afecto y bondad.

Soy serrano, lo digo con sano orgullo y con satisfacción; la provincia del Azuay cobija el ambiente donde nací, en el más viejo de sus cantones: el legendario Sigsig. Todo esto traigo nuevamente al recuerdo de ustedes para que los renglones que siguen puedan ubicarse mejor y producir los efectos nobles y ponderados que persiguen. Los primeros meses y años de nuestras vidas marcan toda una existencia; los padres y las madres que por mil razones, unas comprensibles otras no, descuidan en este lapso dotar a sus hijos de experiencias

positivas que permanezcan en su ser como improntas que marcan el sendero hacia amores profundos y perdurables, hacen mal y muy mal, porque si acumularon dinero, si obtuvieron un rango social especial, si aumentaron los contactos comerciales, pero los hijos navegan hoy como barcos a la deriva, entonces para qué diablos sirvió –permítanmelo– tanto esfuerzo, tanto sacrificio, tantas horas de orfandad de hijos que sí tuvieron a sus padres con vida.

Hace unas semanas hablaba de este modo a mis alumnos:

“Todos los humanos necesitamos pretextos para recordar y perennizar nuestros amores; las fiestas, las conmemoraciones, los símbolos patrios, las fotografías, los videos no son otra cosa que instrumentos que despiertan sentimientos y nos inducen a querer; el Día de la Madre es solo un instante para decirnos que todos los días son Días de la Madre. Julio con sus festejos y alegrías buscan hacer de nuestro amor a Guayaquil un compromiso de doce meses y de todos los años”.

La Sierra me encanta, su paisaje está en mi retina; el Oriente me subyuga, su exuberancia me sorprende; nuestras Islas no han perdido su mágico embrujo; el Litoral, en especial Guayaquil, es la sede de la espontaneidad, del reír franco, del corazón generoso y altruista, del emprendedor brillante, del creador productivo, de hombres y mujeres que aprendieron en su cuna a ser anfitriones exquisitos y cultores de la belleza en todas sus manifestaciones. Julio es una ocasión para entender por qué la gente ama esta ciudad. En Guayaquil me siento ecuatoriano.

Retrospectiva

Mucho se ha escrito sobre “vivir la vida”; no se trata de una tautología, amigas y amigos, hay algo muy profundo de por medio.

La vida nuestra, la humana, tiene leyes insertadas en nuestra estructura biológica material y supeditadas a nuestro psiquismo individual; estas leyes actúan, fluyen, existen y poco o nada tienen que ver con el mundo consciente que nos rodea; podemos vivir toda una vida sin tener la sensación de haberla vivido a plenitud; esta debe ser la amargura más grande de quien se acerca al umbral de la muerte, la antítesis de la vida, percatarse de que ha vivido muchos años cuando en realidad su vida se fue por un caño sin dejar la percepción clara de momentos realmente vividos a pleno pulmón, con ganas, con rabia, con ilusiones y temores. Esos “momentos” son los que tenemos que cuidar: sentir la brisa en nuestras mejillas, el calor de un abrazo afectuoso, la mano que al estrechar nuestros dedos nos participa sentimientos muy hondos.

Cuando leo a mis colegas, los columnistas de los diarios del país, pienso que mucha tinta se pierde entre proyectos, opiniones, críticas y mil cosas que queremos decir porque el momento urge y tenemos la conciencia de que si no escribimos aquello que pensamos, traicionamos nuestras vidas; poco espacio nos queda para divagar juntos sobre algo más trascendente que tantas inútiles preocupaciones que a más de satisfacer nuestro ego no entregan mensajes destinados a la reflexión oportuna.

“Hay momentos en la vida en que echas tanto de menos a alguien, que te dan ganas de sacarlo de tus sueños y darle un abrazo de verdad. Cuando una puerta se cierra, otra se abre; pero hay veces que nos quedamos tanto tiempo mirando a la puerta cerrada que no nos deja ver todas las demás que sí están abiertas para nosotros. No te guíes solo por las apariencias, pueden engañarte; no busques la riqueza, se desvanece. Basta una sonrisa para que se haga la luz en un día oscuro. Encuentra a esa persona que haga sonreír a tu corazón. Sueña con lo que quieras soñar. Sé lo que quieras ser, solo tienes una vida y una oportunidad para hacer todo aquello que tú quieras y te propongas. Espero que tengas suficiente felicidad que endulce tu vida, suficientes pruebas para hacerte fuerte, suficiente tristeza para seguir siendo humano, suficiente esperanza para ser feliz. No te olvides que cuando naciste, tú llorabas y los demás sonreían”, esto llegó ayer a mi escritorio; desconozco su autor y quien me lo envió.

El periodismo nos entrega todos los días un variado menú del acontecer nacional: no lo inventa ni lo maquilla, es, con ligeras variantes, una transcripción de aquello que sucedió el día anterior y de lo que se anuncia que está por suceder a corto, mediano y largo plazo. Si los protagonistas de la noticia son gente positiva, alegre, motivadora, llena de esperanzas, capaz y bien intencionada, es posible que las noticias reflejen ese clima y contagien a los habitantes del país de una euforia por vivir mejor la vida.

Cacería de brujas

Los ecuatorianos –más allá de la radiografía certera de Osvaldo Hurtado en *Las costumbres de los ecuatorianos*– tenemos un estilo de vida muy peculiar: sin menospreciar el mañana nos gusta vivir intensamente cada “hoy” que tenemos entre manos; al feriado lo recibimos como un todo digno de ser vivido y, en casa o fuera de ella, buscamos exprimirle el jugo con vivencias inolvidables; cuando todo termina nos encontramos cansados, más endeudados, pero felices de haber compartido con la familia instantes que guardamos en nuestro interior como elíxir para fortalecer un nuevo espacio de trabajo, lucha, sacrificio, renunciaciones y esfuerzos. Somos así.

Quiero comentar algo sobre la “cacería de brujas” a fin de situar las cosas en su debido lugar; lo hago desde mi óptica de maestro, con sencillez y precisión. La resolución del actual Gobierno de prohibir la celebración de Halloween en instituciones supeditadas al Gobierno me parece plausible; al igual, la revaloración del Escudo Nacional, pues en algunas instituciones se había trastocado los valores, con notorio detrimento de esta celebración cívica. Hasta aquí, sano y bueno; mis aplausos, porque creo que los símbolos patrios deben ser lo que proclamamos: elementos escogidos para representar a la Patria; cuando estos elementos ya no la representan, cuando pierden su fuerza, es porque también la representada, es decir la Patria, ha dejado de ser para nosotros esa “Patria tierra sagrada, de amor y de hidalguía”.

Lo expuesto no debe confundirse con un nacionalismo rancio ni inscribirse en un programa equivocado y simplón de proscripción de todo aquello que suene o huela a elementos foráneos incrustados en nuestra vida nacional. Hemos escuchado hasta el cansancio que somos parte de la aldea global; que la globalización del planeta es una realidad innegable; que la educación está obligada a formar ciudadanos del mundo y, simultáneamente, a personas identificadas con las tradiciones y costumbres de los pueblos donde nacieron. La *sindéresis* –ese maltratado sentido común– debe formar al ecuatoriano apto para continuar siendo él mismo y para sentirse parte del mundo globalizado, es decir, una persona orgullosa de su nacionalidad e identidad y feliz de poder acercarse a la ventana del mundo y sentirlo como propio.

Menospreciar lo asimilado de otras culturas es irracional porque lo foráneo lo tenemos hasta en la sopa; fortalecer lo nuestro, lo tradicional, lo auténtico es suficiente. ¿Prendas de vestir, alimentos, medicinas, libros, desfiles, paradas militares, bandas de guerra, electrodomésticos, radios y televisores, carros y aviones, idiomas, ciencia y tecnología, etcétera y etcéteras, acaso son creaciones nacionales? “Orgullosamente ecuatorianos y orgullosamente ciudadanos del mundo” debe ser la consigna de quienes buscamos ser motivadores de una mejor formación de la niñez y juventud ecuatorianas. Pensemos con cabeza propia. Cuidémonos del retorno de los brujos; la magia proscribire la sensatez y la reflexión.

Capítulo tercero

De aquí
y de allá

Amar a Guayaquil

“El hombre tras del mostrador miraba la calle distraídamente. Una niña se aproximó al negocio y apretó la naricita contra el vidrio de la vitrina. Sus ojos, color del cielo, brillaban cuando vio un determinado objeto. Entró al negocio y pidió ver el collar de turquesa azul.

—Es para mi hermana. ¿Puede hacer un paquete bien bonito? —dice ella—. El dueño del negocio miró desconfiado a la niña y le preguntó: —¿Cuánto dinero tienes?— Sin dudar, ella sacó del bolsillo de su ropa un pañuelo todo atadito y fue deshaciendo los nudos. Lo colocó sobre el mostrador y dijo feliz: —¿Eso es suficiente?

Eran apenas algunas monedas que ella exhibía orgullosa. —Sabe, quiero dar este regalo a mi hermana mayor. Desde que murió nuestra madre, ella cuida de nosotros y no tiene tiempo para ella. Hoy es su cumpleaños y tengo el convencimiento que quedará feliz con el collar que es del color de sus ojos.

El hombre fue para la tras tienda, colocó el collar en un estuche, envolvió con un vistoso papel rojo e hizo un hermoso lazo con una cinta verde.

—Tome —dijo a la niña—. Lleve con cuidado.
Ella salió feliz, corriendo y saltando calle abajo.

Aún no acababa el día, cuando una linda joven de cabellos rubios y maravillosos ojos azules entró en el negocio, colocó sobre el mostrador el ya conocido envoltorio deshecho e indagó: —¿Este collar fue comprado aquí? —Sí, señora. —¿Y cuánto costó? —¡Ah! —habló el dueño del negocio—, el precio de cualquier producto de mi tienda es siempre un asunto confidencial entre el vendedor y el cliente. La joven continuó: —Pero mi hermana tenía solamente

algunas monedas. Este collar es verdadero. Ella no tenía dinero para pagarlo.

El hombre tomó el estuche, rehízo el envoltorio con extremo cariño, colocó la cinta y lo devolvió a la joven diciendo: –Ella pagó el precio más alto que cualquier persona puede pagar. Ella dio todo lo que tenía. El silencio llenó la pequeña tienda y dos lágrimas rodaron por la faz emocionada de la joven en cuanto sus manos tomaban el pequeño envoltorio”.

¿Podemos aprender algo de esta anécdota, quizá caso real o tal vez fábula? Pienso que sí y mucho.

- La verdadera donación es darse por entero, sin restricciones. La actitud de quien ama no coloca límites para los gestos de ternura.

- Debemos ser siempre gratos, debemos saber agradecer a tiempo y destiempo, pero no debemos esperar, peor exigir reconocimiento de nadie.

- La gratitud camina sola, surge sin presiones, crece en corazones puros, en espíritus sanos, en mentes abiertas, en brazos extendidos, carece de compadres, no tiene padrinos.

- El amor es una consecuencia del conocimiento, pues nadie ama lo que no conoce, se dice acertadamente. Pero también es verdad que el conocimiento engendra un cierto compromiso con el ser amado. Si conozco Guayaquil, si vivo en esta ciudad, si aquí tengo mi puesto de trabajo, si muchas instituciones y personas trabajan porque esta ciudad sea grande, no puedo yo –ciudadano que la conoce– desentenderme de su progreso, de su presente y de su futuro. Estoy obligado a cuajar mi amor a Guayaquil en obras: mantener limpia la ciudad, cantar con cariño y lealtad el Himno al 9 de octubre, izar la bandera de la ciudad en sus días de gloria, hablar bien de ella, buscar su desarrollo, ser agente de optimismo y motivaciones positivas.

Guayaquil no fue mi cuna y sin embargo la amo intensamente porque esta ciudad despertó en mí admiración, porque sus hijos me enseñaron a quererla, porque su rostro se me mostró amigable, porque su cielo me invitó a volar, porque su horizonte jamás me impuso límites.

Una ciudad, un hombre

Las ciudades al igual que los hombres, no crecen o nacen por generación espontánea. Las ciudades se hacen todos los días, nacen en cada minuto en que ellas agigantan sus dimensiones, vencen las inclemencias del tiempo o surgen victoriosas de mil batallas.

Las ciudades pueden también morir o sumergirse en la modorra que es un sistema de existencia más dañino que la muerte. La modorra adormece todos los signos vitales y perturba la visión del horizonte.

La modorra es la vida rutinaria en que caen ciertos pueblos que un día se cansaron de vivir y que no encontraron mejor alternativa que una subsistencia incolora e insípida. Las comunidades adormecidas por el peso de sus fracasos, aplastadas por la insensibilidad de sus hijos comienzan por perder su autoestima, deterioran los servicios básicos de salud y educación y se sumergen en la pasividad renunciando a sacar a flote la altivez que un día guió sus proyectos y la constancia que alimentó sus éxitos.

Los pueblos también pueden morir y algunos de ellos se convierten en pueblos fantasmas: donde hubo esplendor ahora existe miseria; donde las flores esparcían su aroma solamente existen polvo y abrojos que impiden la presencia de vida vegetal; en vez del bullicio de los niños en busca de un mañana risueño, se escucha el ulular del viento y el paso manifiesto de la soledad y del olvido. Hay pueblos que resurgen, que arrinconan y vencen a la modorra y que despiertan altivos y dispuestos a desterrar de su suelo a la desidia, al quemeimportismo, a la maledicencia, a la indolencia y al egoísmo. Son los pueblos y ciudades que vuelven a ser los

intrépidos de antes y que asustados por las consecuencias de una vida y el margen de la lucha y tesón hoy planta nuevamente los cimientos del trabajo, de la honradez y del esfuerzo.

Los hombres –como personas, no en calidad de aglomeraciones sociales o políticas– siguen caminos similares a los que escogen los pueblos, porque estos no pueden existir sin la presencia de los humanos. Los humanos hacemos de nuestra vidas una caminata hacia el destino que nos prefijamos con los cambios inevitables que la existencia nos tiene reservados en los rincones de nuestro recorrido.

Los humanos al igual que los pueblos surgimos a la vida para morir un día o para llevar en vida una aparente muerte que nos separa de nuestra esencia misma: hechos a imagen y semejanza de Dios convertírnos en triunfadores del bien.

Destinos parecidos, en consecuencia, que unen a los humanos y a los pueblos.

Jorge Vivanco Mendieta es un hombre surgido a la vida en un medio que se codeó, desde antaño, con la honorabilidad, con el esfuerzo, con los modales y altivez de las personas de bien, con la dedicación al trabajo y con una vocación irrenunciable a decir su verdad, a tiempo y a destiempo. Mucho le debe Ecuador al cronista vitalicio de las vicisitudes y alegrías del pueblo ecuatoriano, porque esto es Jorge Vivanco, una especie rara que “sin temor ni favor” orienta la vida nacional. Para él mi respeto y admiración porque hace honor a la raza humana.

Mi enhorabuena a Cuenca por haber sido declarada Capital Cultural de América Latina del año 2002. Cuenca se lo merece porque, preterida de los gobiernos, jamás permitió que el letargo o la modorra agosten sus sueños y maten sus tradiciones; cada piedra habla de sus esfuerzos y cada gota de agua de sus cuatro ríos refresca y vitaliza la empresa edilicia que incansablemente construye a un ser enamorado de su entorno y comprometido con su Patria.

Brisas de octubre

Octubre tiene su embrujo; los meses que lo anteceden y también los siguientes se contagian del calor natural de sus mañanas; de reuniones, bailes y teatro; de añoranzas, de proyectos y de sueños; de gestas heroicas y de tareas pendientes. Octubre es sinónimo de libertad; octubre es pujanza, capricho y requerimientos de autonomía existencial; octubre son los próceres; son las proclamas, las voces que se levantan, los puños que se aprietan y las espadas prontas para el combate; octubre son las mujeres curtidas por el sol, las niñas sencillas y gráciles que lucen más bellas con el resplandor de sus soles y también las jovencitas que inspiran a nuestros bardos y hacen que levanten sus ojos al cielo en gratitud por tan maravillosas creaciones.

Octubre es esto y mucho más: una ciudad que crece, puentes que se levantan, montañas que se horadan, malecones que surgen de mil proyectos preteridos arrinconados por mucho tiempo por culpa de intrigas políticas; calles, plazas y grandes edificios que también se regeneran para no quedarse atrás del Cerrito convertido hoy en atracción, en orgullo y en envidia de todo aquel que se encarama sobre los lomos de la ciudad para amarla desde la distancia, para volver a enamorarse de ella y para grabar en la retina de sus ojos ríos de luces que todas las noches nos dicen que Guayaquil está viva, muy viva, pujante, coqueta y señorial.

Debe llegar un día en el cual habremos aprendido finalmente a querer y amar a Guayaquil como ella se merece, a amarla de verdad; a concretar en obras todo aquello que de labios afuera proclamamos a los cuatro vientos.

Permítanme ustedes, amables lectores, que desde mi atalaya,

desde la plaza de trabajo en la cual forjé mi dedicación a esta urbe, presente a ustedes algunas maneras diversas de amar a la “ciudad del Río Grande y del Estero...”:

-Eliminar los desfiles escolares, colegiales y militares porque son un derroche de tiempo, de energías y de recursos totalmente improductivos; porque no dicen lo que intentan significar; porque Guayaquil ha crecido demasiado para continuar ofreciendo distracciones pueblerinas.

-Planificar para que las ciudades y los pueblos destinen los días festivos para campañas en bien de la colectividad; mingas de limpieza, reforestación, cuidado de parques y centros vecinales; que en cada escuela y colegio se cultiven el teatro, la danza, las tradiciones históricas, el folclore; que estas fiestas nos unan sabiamente con un pasado remoto y nos motiven para el presente y para el futuro; que los militares destinen su presupuesto a transportar a niños y jóvenes, a permitirles que conozcan su provincia, a darles seguridad en sus recorridos. Esto es amar a Guayaquil y su entorno; esto es marchar hacia el futuro y no en el propio terreno.

-Buscar que al final de los festejos cívicos no tengamos una ciudad sucia y un corazón vacío sino que esos días se conviertan en ocasiones que alimenten nuestros afectos y que de una vez por todas entendamos que querer a Guayaquil es no ensuciarla, es cuidar de sus plantas, es mantener nuestras tradiciones, es crear espacios de solidaridad y confraternización.

El medio ambiente

El cinco de junio ha sido escogido como fecha obligada para recordarnos que el ambiente que nos rodea, o el medio ambiente como lo denominamos usualmente, merecen mayor preocupación.

Si nos remontamos con nuestra imaginación a los albores de nuestro mundo vegetal y animal, seguramente nos encontraremos con un mundo donde el equilibrio y el imperio de las leyes naturales hicieron de un espacio en un determinado tiempo algo bello y hermoso; seremos testigos de la evolución de las especies y de la supervivencia de seres más fuertes que un momento dado aniquilaron a seres inferiores; pero veremos también los ríos cristalinos y limpios, los árboles sanos y robustos, aves vigorosas, peces nadando a sus anchas en aguas no contaminadas; entenderemos que los demás seres vivientes disfrutaron ciertamente de un ambiente apto para iniciar la gran aventura de la vida.

El hombre recreó la naturaleza, es verdad. El hombre dio sentido a la creación, también es cierto. El hombre por mandato divino llegó a dominar la tierra, mas, en este afán también ha logrado que la tierra sucumba y cambie de rol; en lugar de seguir siendo el nido propicio para engendrar sueños y proyectos, la tierra se está convirtiendo en un espacio hostil donde reinan la inseguridad climática, la falta de oxígeno, la carencia de agua y toda una racha de males derivados del maltrato dado al ambiente. Estas y otras consideraciones llevaron a la humanidad a pensar seriamente en acciones concretas para detener el deterioro de nuestro planeta.

Así surge el Día del Ambiente como una voz de alerta, como un pedido angustioso o como un proyecto de supervivencia. Bien

vale recordar, en este contexto, reflexiones usuales cuando se deja de tener algo que siempre lo tuvimos y que quizá no llegamos a percatarnos de su inmenso valor.

Ejemplo clásico es la salud. Mientras gozamos de buena salud, poco o nada hacemos por cuidarla; generalmente nuestros males se originan precisamente en los “descuidos”: se comió demasiado, falta de ejercicios físicos, demasiadas tensiones, exposición al sol, abusos de diferente laya.

Postrados más tarde en casa o en la cama de un hospital llegamos a dolernos, más que de la misma enfermedad, del poco cuidado y consideración que tuvimos con nosotros mismos; ya repuestos de nuestra enfermedad, las más de las veces, volvemos sobre nuestras andanzas. Esto nos pasa casi a todos y quien diga “eso a mí no me sucede”, pues reciba de mi parte una felicitación muy especial y bien sincera.

¿Qué hacer entonces? Pensar, acorde con la frase ya muy manida, que este mundo no es nuestro, que solamente lo recibimos prestado y que pertenece a nuestros hijos; si los padres siguen queriendo entrañablemente a sus hijos, pues no querrán dejarles como herencia un mundo en descomposición, un mundo pestilente, un mundo árido, privado de reservas o carente de oxígeno. Plantemos un árbol, reguemos nuestro jardín, no arrojemos basura a nuestros esteros, cuidemos de nuestras macetas; que nuestro corazón, por el día de mañana, sea muy verde y que se vigorice con la fuerza y pujanza de nuestros parques y manglares.

El Patriota de Guayaquil

Me uno al júbilo de los periodistas del Litoral ecuatoriano que celebran cada 26 de mayo, un aniversario más de la aparición del primer periódico del Litoral, El Patriota de Guayaquil. Con este motivo me permito algunas reflexiones, en un momento de nuestra historia en que la introspección y meditación desaparecen y se imponen, cada día con más fuerza, las urgencias del momento y las instancias de corto plazo, cargadas de motivaciones intrascendentes y ajenas al mejoramiento de la vida de nuestros compatriotas.

Por desgracia, Ecuador no encuentra el camino hacia su desarrollo integral y no aprende a escoger responsablemente a los administradores del Estado. Cuando la prensa del país llena sus páginas con atrocidades, sinvergüencerías e indelicadezas cometidas por quienes de una u otra forma representan al Gobierno central, nada se hace para corregir errores y frenar abusos o todo queda tapado con nuevos escándalos. Demos una corta mirada al pasado.

Miles de millones de años se pierden en la oscura densidad de un desconocimiento absoluto de lo existente, de todo aquello que sabemos que sucedió, pero que ignoramos cómo, por qué, en dónde y bajo qué especiales circunstancias realmente sucedió. Las raíces de la gestación evolutiva de las especies no tuvieron quién las registre, en lo que pudo ser una incipiente historia; lo que fue el inicio de lo que hoy llamamos universo no tuvo testigos, porque la conciencia de ser y existir fue ajena a los profundos cambios de la energía y de la materia; la conciencia no se hizo presente en la génesis del universo.

Al final de épocas, intencionalmente caóticas en la mente de su Creador, la materia toma forma, se anima y da paso al nacimiento de la vida vegetal y animal y de este modo se empieza a bosquejar la presencia del “homo sapiens”, primitivo y grotesco en sus albores, pero poseedor de inteligencia y sentimientos de un ser creado a imagen y semejanza de su Hacedor.

La historia comienza cuando el humano puede narrar, en un mundo de experiencias cercanas, lo que hizo y vivió en su propio ayer; el periodismo comienza cuando la información puede ser transmitida a los demás, por gestos, por ruidos, mediante palabras, voces o imágenes. La comunicación no es un accidente en la vida de los seres humanos, no se trata de un invento pasajero, de un pasatiempo veleidoso; la comunicación, y por ello el periodismo, es la concreción de una necesidad intrínseca, de una urgencia biológica. No es posible imaginar un mundo inteligente de espaldas a la comunicación; hacerlo podría devenir en la entronización de la fuerza como la razón de la sinrazón.

Desde épocas remotas, antes de que se hablara de periodismo y periodistas, la intercomunicación estuvo presente y las ansias de perpetuar lo conocido y de transmitirlo a las generaciones quedaron esculpidas en piedras o metales, mediante códigos para nosotros desconocidos, de rasgos sorprendentes, hasta llegar a nuestros días y convertir la comunicación en un servicio a la comunidad y, también, en gigantescas empresas que no siempre sirven a los intereses comunitarios, sino que, por lo contrario, manipulan la información en beneficio de fuerzas económicas y políticas.

“Déjenlos volver...”

Cuando se analiza lo que pasa en el Ecuador, se llega con relativa facilidad a establecer un certero diagnóstico: irresponsabilidad en el cumplimiento de deberes y obligaciones; habilidad para burlar normas y leyes establecidas; falta de constancia y de espíritu de trabajo para alcanzar metas exigentes; sopor en ciertos partidos políticos anquilosados en un pasado nada venturoso y ambición desmedida de otros por mantener en sus manos un poder que controla funciones del Estado y que no permite que reinen en el país la justicia y la equidad; irrupción masiva en pos de todas las artimañas de corrupción.

Es de justicia reconocer, lo hago en párrafo aparte, que existe un grupo de ciudadanos probos, de entidades honorables, de jóvenes bienintencionados, de políticos impolutos y de gente honrada y honorable. Por desgracia esta gente no conforma una mayoría ni tampoco ejerce el poder que sea capaz de cambiar, de manera rápida y eficiente, aquello que está dañado en nuestro alrededor. Si enfocamos nuestra situación social, política y económica partiendo del diagnóstico señalado, caben solamente dos opciones: nos proponemos cambiar arremetiendo contra viento y marea o seguimos como ahora: taciturnos y sumidos en un silencio cómplice de desafueros; vale también señalar que los males que comentamos no se originan en el presente gobierno, pues algunos son endémicos.

Dejemos que vuelvan al Ecuador la responsabilidad, la honorabilidad, la bondad, la cortesía y los buenos modales, las buenas y rectas intenciones, la solidaridad, la justicia, la honradez, la pureza de intenciones, la limpieza de espíritu, las amistades sinceras y duraderas, el amor a los hijos, el amor a los padres, a la patria, a Dios.

Dejemos que vuelvan los ideales a las mentes de los jóvenes y de los adultos; que vuelvan las ilusiones por construir un hogar respetable y duradero; por construir también una patria donde nos guste vivir; dejemos que vuelvan las ganas de conocer mejor al Ecuador, de entender lo que su gente piensa, de maravillarse de sus riquezas, de amarle sin egoísmos.

Dejemos que vuelvan a nuestras calles la seguridad y la libertad de caminar serenos admirando la belleza de nuestras ciudades; dejemos que vuelva el estado de derecho; que todos entendamos que los fines por nobles que sean no justifican los medios; que comprendamos que si algo se hizo mal, para corregirlo, no se puede volver otra vez a obrar en contra de las leyes que se pretende defender.

Dejemos que la cordura, la sensatez, la sabiduría y el buen juicio –aparentemente proscritos– vuelvan a nuestras vidas.

Después del divorcio

El divorcio no es un juego. Los juramentos de fidelidad y mutua pertenencia no concluyen entre risas y carcajadas. Todo divorcio es una ruptura, una rasgadura profunda, una herida que afecta a dos o más personas; hay divorcios civilizados y traumáticos; conozco divorcios necesarios, valientes, temerarios; en fin, todo divorcio concluye en una playa desconocida a la que nunca se quiso llegar. Indiferencia, incompatibilidad de propósitos y caracteres, distorsiones de la verdad, profusión de prejuicios y mentiras, tedio y cansancio mutuos, además de una gama enorme de celos, resentimientos, envidias, percepciones de autosuficiencia, deseos de liberación de yugos reales o forjados, son señuelos de un divorcio en camino.

¿Qué viene luego de un divorcio? Una primera etapa de auténtica separación, una obsesión de no volver a verse; luego puede surgir un mutuo interés por saber qué pasa con cada uno de los divorciados; tal vez en meses o años, se llegue a construir una relación civilizada y hasta amistosa. Conozco parejas que luego de unos años de separación volvieron a casarse y ahora viven felices, mejor que antes, porque aprendieron a quererse y respetar sus individualidades.

Se ha dado el divorcio entre Guayas y la península de Santa Elena. Era algo que se veía venir, un secreto a voces; los veleros de la separación encontraron vientos favorables, forjaron huracanes y atizaron fuegos, quizá útiles para el propósito; hoy lo anhelado se hizo realidad y esa realidad requiere ser encarada con objetividad, ecuanimidad y visión de patria. Las ofensas y malquerencias que, pudiendo, no fueron evitadas son un lastre que solamente el paso del tiempo lo tornará ligero y llevadero.

Entre Guayas y la provincia nacida de sus costillas, el mar está agitado; es menester paciencia, esperar que las aguas se aquieten y traigan nuevamente bienestar para ambas partes; estamos obligados a sacar bien del mal, pues seguiremos siendo vecinos y necesitándonos mutuamente. Quienes permitieron la difusión de consignas, por diversos medios, en contra de Guayaquil, de su gente y de sus propiedades; quienes fueron mentalizadores, actores y cómplices del repugnante y cobarde ultraje a la Bandera de Guayaquil, deben examinar sus comportamientos frente a nuevas responsabilidades; lo sucedido habla de inmadurez y osadía en el manejo de la opinión pública.

Pienso que en dos o cuatro años el cantón General Villamil (Playas) convocará a sus balnearios a más ciudadanos de dentro y fuera del país; Posorja, Data, El Morro, Engabao, El Pelado y Puná adquirirán personalidad turística e iniciarán una saludable competencia con otros balnearios del Litoral; de otro lado, las autoridades de la nueva provincia de Santa Elena, comprometidas con su gente en hacer realidad sus consignas y respaldadas por un gobierno que les apoyó decididamente, en dos o cuatro años, están obligadas a cambiar radicalmente la realidad actual, en dos o cuatro años; quizá entonces aplaudamos la separación y digamos “no hay mal que por bien no venga”.

La historia juzgará lo sucedido. Es hora de trabajar. El próximo lustro dirá si se logró desterrar de la Península la inoperancia y la dejadez de sus líderes políticos.

¿Existen los patriarcas?

Hace algunos años escribí “Cuando caen los robles”. Un patriarca, cual roble añoso, al desplomarse, estremeció a Guayaquil: buen hijo, hermano predilecto, esposo dueño de valores de estirpe, jurisconsulto de quilates, ciudadano que honró altas funciones de servicio comunitario, padre que sembró en sus hijos gérmenes de rectitud, responsabilidad y justicia; al venirse abajo aquel roble supimos que nuestra vida es tan duradera como la brisa que acaricia nuestras mejillas y tan querida como los sentimientos que alberga todo corazón humano. Guayaquil lloró la partida del doctor Leonidas Ortega Moreira.

El 25 y 26 de marzo hubo similar conmoción en la provincia de Tungurahua. En la ciudad de Ambato había fallecido el profesor Oswaldo Rodríguez Zapata. Los matutinos, las radios, el cuchicheo de esquina en esquina, comentaban al unísono que Ambato perdía al portador de valores excepcionales, que la ciudad de Montalvo se quedaba sin uno de sus patriarcas, que su esposa e hijos lloraban la ausencia del hombre de corazón gigante, fácil para comprender, certero y definido en sus principios e ideales, feliz al compartir cotidianamente el pan de su amplia mesa con nietos, bisnietos, hijos, yernos y nueras, junto a Lucy la novia de sus años juveniles, la feliz madre de sus hijos, la compañera fiel de algo más de medio siglo.

El Salón de Actos de la Cámara de Comercio, para la velación; las naves gigantes de la moderna Catedral de Ambato, para la misa de honras fúnebres, fueron insuficientes para

recibir a quienes fuimos convocados, una vez más, por este patriarca excepcional.

El día del sepelio la tierra lo recibió con los honores del campeón que llega a la meta: ochenta y dos años bien vividos, maestro añorado del Colegio Bolívar, fundador de la Escuela Particular Eugenio Espejo, arquitecto y constructor de un hogar numeroso en hijos con enormes ansias de vivir, poseedor de una alegría contagiosa y de una paz envidiable; buen hijo, buen hermano, buen esposo, excelente amigo, buen padre, buen abuelo y bisabuelo, ¿qué más se puede pedir a la vida? Las lágrimas que vertimos en ese día ahora se truecan en aplausos y elogios al patriarca que sigue presente en la vida de todas las personas a quienes él entregó un pedazo de su corazón.

Sí existen los patriarcas, pero no están etiquetados. Los patriarcas no nacen, se hacen. El caminar pausado, los cabellos blancos, las huellas de los años en el rostro, la sabiduría y la nobleza identifican a los patriarcas; no son seres de otro mundo, no frecuentaron una escuela para graduarse de patriarcas, son seres normales y corrientes, sin marcas ni señales especiales que los distingan. Sencillo, cauto, prudente, paciente, sabio, sereno, bondadoso, hábil componedor de entuertos, amoroso con su descendencia, amigo entrañable de sus compañeros de ruta, alegre, despierto y soñador, así fue el maestro Oswaldo Rodríguez Zapata.

Gracias, mi gran amigo, por testimoniar que aún existen los patriarcas. Descansa en paz, con esa paz que fue tu perenne compañera.

Alfredo y Albert

Existe una profesión que engloba sentimientos, resume servicios, agrupa a millares de mujeres y hombres que deciden ser gestores de conocimientos, ideales, principios, valores, búsquedas y certezas; una profesión en la cual la palabra motiva y el ejemplo arrastra. Esta es la profesión del magisterio, de la docencia, del arte de enseñar y formar.

Aquí militan quienes decidieron un día salir de sus claustros personales para entregar sus vidas y sus ideas a los demás. No importa si en USA o en Loja; en castellano o inglés; ayer, hoy o mañana. El maestro es un sembrador consciente que sabe que debe preparar el terreno para depositar la semilla y seleccionar aquella de calidad superior; que está obligado a escoger el tiempo oportuno, porque sabe que el fruto de su siembra estará sujeto a los naturales vaivenes de la vida.

Este escenario es válido para situar la partida al más allá de dos maestros insignes a quienes deseo honrar, porque sus vidas irradiaron paz, dulzura, bondad, responsabilidad, sabiduría, constancia y fortaleza; ellos sembraron, vieron crecer la semilla y cosecharon opimos frutos.

- El Dr. Albert Eyde McKort, vicerrector Ejecutivo de la UEES, falleció hace pocos días. No tuvo tiempo para enfermarse. Murió de pie y partió sin lágrimas ni arrepentimientos, con la satisfacción de quien cumplió con su rol en la historia. Se le recuerda como a un innovador, a un trabajador incansable, a un amable contertulio, a una persona que supo unir la disciplina

con el humor y don de gentes. Su esposa Josefina llora su partida, pero se alegra de haber compartido su vida con un hombre que fue imán de unión familiar.

- El licenciado Alfredo Íñiguez Íñiguez hizo de sus 94 años un poema de amor y servicio a la ciudad de Loja. Quienes sentimos su calor, aquilatamos su sapiencia y conocimos su nobleza bien podemos cantar “A orillas del Zamora tan bello, de verdes saucedales tranquilos... cómo te añora mi corazón”.

Alfredo nació para ser maestro: su estampa, ademanes, verbo fácil, dignidad, capacidad innata para hacer fácil lo difícil y convertir los sueños en realidad, fueron prerrogativas de Alfredo; él escogió esta profesión como una respuesta a su vocación de servicio a la niñez y juventud.

El colegio Bernardo Valdivieso de Loja lo retuvo por más de 30 años; sus alumnos asimilaron sus conceptos, con él conocieron el Ecuador y el Mundo y supieron ubicarlo y entenderlo en su espacio y su época. Fue para sus alumnos lo que en su hogar fue para su esposa, hijos y nietos: bondadoso, delicado, oportuno, ágil y vivaz, ingenioso, atento, dueño de sus alegrías y de sus penas, sincero, honesto, fiel a Dios y sus leyes; él siempre se consideró un ciudadano libre y emprendedor, enemigo de dictaduras, amante de la democracia.

Paz, mucha paz, para Albert y Alfredo, preclaros maestros. Sentimos su ausencia; gracias por su legado.

Un guerrero menos

U nos meses atrás los informativos de la noche dieron cuenta de “mi frustrada visita” al Ing. León Febres-Cordero en la clínica Guayaquil. Estuve en el sector porque tenía necesidad de verme con Gastón Olmedo, artista chileno venido a Guayaquil hace algunas décadas, poseedor de ingenio, creatividad y unas manos hábiles para convertir la chatarra en sorprendentes obras de arte. Lo encontré en “Coquimbano”; hablamos de todo un poco, pues Gastón es un alegre y versado interlocutor; le manifesté que dejaba mi carro cerca de su taller porque requería caminar dos cuadras hasta la clínica Guayaquil, pues me urgía saludar al ex alcalde guayaquileño.

Accedí a la mentada clínica sin contratiempos. La recepcionista, muy atenta, me dijo que el Ing. León Febres-Cordero había egresado ya de la clínica. No pude saludarle, sentí pena. Al salir seis emisoras y tres canales de televisión me abordaron: ansiosos por recibir una primicia, sorprendidos por mi presencia, buena parte de ellos desconocedores de mi relación con el ex presidente del Ecuador. Entre otras cosas les dije:

Una de las obras de misericordia cristiana es visitar a los enfermos, por esto que me propuse visitar a León, saludarlo como cristiano y como uno de sus colaboradores mientras ejerció la alcaldía; quise verme con quien un día me pidió trabajar con él por Guayaquil, lamentablemente me dicen que ya no está en la clínica.

Mi relación con León, desde junio de 1992, fecha en que fui inscrito en la “Escuelita de Gobierno Municipal” de Bálsamos Norte, fue atenta y cordial, franca y respetuosa, responsable y saludable para la urbe. Fui designado primer Director de Justicia y Vigilancia de la ciudad y desde esa atalaya instruimos y supervisamos el cumplimiento de las ordenanzas municipales dentro y fuera del Municipio. La gente acostumbrada a entregar coimas para vivir al margen de la ley pronto entendió que se trataba del bien de la ciudad; terminó cambiando sus patrones de conducta. En esos meses y años se inició la resiembra de la semilla de la autoestima, entonces casi desaparecida.

Me advirtieron que León era de carácter fuerte, terco, autoritario, intratable. Conversamos. Establecimos premisas: libertad para escoger a los colaboradores, cero injerencia de parientes o amigos en la administración de la justicia. Lo ofreció y lo cumplió religiosamente. Algunas veces discrepamos: el respeto y el bien de la ciudad siempre prevalecieron. Varios de sus colaboradores le llamaban Presidente; yo siempre le dije: Ingeniero o señor Alcalde, con aprecio y deferencia.

No sé si León y yo fuimos amigos; lo que sí conozco es que nos respetamos y apreciamos; también sé que las discrepancias jamás fueron objeto de menosprecio, distanciamiento o malos tratos.

Agradezco a León por lo que hizo en beneficio de Guayaquil. Nos deja una herencia gigante de respeto y amor al propio terruño. ¡Defendámosla! Ecuador requiere una resiembra urgente de árboles que produzcan “madera de guerreros”.

Capítulo cuarto

*F*ilosofía
de la vida

La vida: enigma y misterio

Hace seis décadas tenía yo cinco años de edad; hermosa época en la cual se forjaron experiencias y vivencias que hoy son gratos recuerdos. Paisajes y cuadernos, amigos y compañeros, parientes y extraños, historias y cuentos, desfiles y rosarios, paseos y estudio, deberes y distracciones, teatro y música, pintura y declamaciones, catecismo y deporte, villancicos y mariachis, caminatas y descanso, aire y sol, siembras y cosechas, alegrías y tristezas, al ser parte de mi vida dejaron marcas indelebles que hoy conmueven mi espíritu, que evocan horas nostálgicas y que devuelven al paladar la agradable sensación de fruiciones pretéritas.

La vida fue, es y seguirá siendo un misterio. No importa que hoy se la quiera manosear en el núcleo mismo del ser humano, hasta adentrarse en su composición genética unas veces para prevenir males congénitos o para, Dios no lo quiera, torcer la sabiduría de la creación y con ella desquiciar a la humanidad. No debemos perturbarlos por esto. Será uno más de los intentos del humano, en su soberbia, de romper los cánones que le dieron el ser y la capacidad de pensar y, con el pensamiento, de revolucionar el universo.

La vida sigue siendo un enigma. Cada persona es un misterio para los demás porque detrás de nuestra envoltura física se esconde el alma densa en sublimidades y también cobijada por pequeñeces.

Eso somos. Al decir de Goethe fuimos creados mitad ángeles y mitad bestias y no siempre alcanzamos que el ángel se imponga y domine los instintos.

La vida fue, es y sigue siendo un misterio. Incluso para nosotros mismos que somos dueños de nuestras vidas. ¿Acaso no sentimos deseos de hacer el bien, acaso no encaminamos nuestros pasos hacia la perfección y luego nos encontramos caminando por los mismos andariveles alejados de nuestros propósitos? Esta fue la queja y la confesión sublime de Pablo de Tarso al dejar en sus Epístolas consagrada la fragilidad del ser humano. Mas porque la vida es un misterio, por eso mismo la apreciamos; por eso sentimos la dulzura y la emoción de sostener en nuestros brazos una vida que empieza; por eso nos abrimos al amigo y por eso juntamos también nuestra existencia a un ser escogido para recorrer de la mano un trecho de camino terreno: dos misterios juntos en busca de entendimiento, es el desafío más grande a la sensatez humana.

La vida es un misterio. Bendito misterio que nos permite tratar a nuestra existencia con el respeto que se merece. Alguien me enseñó un día que cada persona escribe su propia historia. Que el rumbo de nuestra barca es de responsabilidad personal y que el timón pertenece sólo a nuestras manos.

Los padres de familia como primeros educadores y también los maestros tenemos una enorme responsabilidad con la niñez y con la juventud. Las experiencias que los infantes vivan, sus primeros recuerdos, el afecto que reciban, el amor que sientan y el espacio psicológico de aceptación que se cree en torno a sus vidas dejarán en ellos huellas profundas para toda la existencia. Saberse aceptado y saberse amado son los elementos básicos que ayudan a estructurar una personalidad ecuánime, con autoestima y ligada sentimentalmente a los rasgos esenciales del ser humano.

¿Reflexiona Ecuador?

Alejandra Vela me hace llegar algunos conceptos, ideas y reflexiones que les participo con sumo agrado. Es importante saber que mientras tomamos para nosotros las pocas y muchas horas de un fin de semana, existan personas que se preocupan de nosotros y escogen textos que ayuden a reflexionar a nuestra sociedad.

Ecuador no reflexiona: queremos construir un país con paralizaciones y relajo; soñamos con un mundial de fútbol y no nos preocupamos de nuestros futbolistas cuando niños y cuando jóvenes; queremos ser ricos y no nos gusta trabajar; nos encanta la bronca, la bulla, el “sálvese quien pueda”. Vivimos de espaldas a la responsabilidad. Somos amantes de la anarquía y conculcación sistemática de leyes.

-“Muchas personas entrarán y saldrán de tu vida, pero solo los verdaderos amigos dejaran huellas en tu corazón”. No hace falta un comentario. Esta es la misión de nuestra vida: escoger tinoso y sabiamente a los compañeros de ruta, a los verdaderos amigos.

-“Para manejarte a ti mismo, usa la cabeza; para manejar a los demás, usa tu corazón. El enojo es solo una carta de peligro. Si alguien te traiciona una vez, es su falta; si te traiciona dos veces, es tu falta”. Cómo cambiarían nuestras vidas si pudiésemos cumplir con la filosofía aquí encerrada.

Usemos muchas cabezas para manejar nuestras vidas, para planificarlas, para juzgar las acciones de los demás; hagamos uso del corazón, sin descuidar el cerebro, cuando debemos pensar, decidir o proyectar algo para los demás. Nuestros congéneres no son piedra, no son cosas, son personas. Si los ecuatorianos arrinconamos al odio que nos divide podemos empezar a unir fuerzas, unir personas, unir voluntades, conjugar un mismo futuro y en consecuencia centuplicar esfuerzos.

-“Las grandes mentes discuten las ideas. Las mentes promedios discuten los eventos. Las mentes pequeñas discuten a las personas”. Bien vale, auto clasificarnos.

El lenguaje desgastado de nuestros políticos, por desgracia, se ubica en discutir sobre personas; de esta suerte nos devoramos, no discutimos las ideas de nuestros ex presidentes, evitamos adentrarnos en el plano conceptual y seguimos marchando en el propio terreno en el cual cavamos nuestras trincheras, ahondamos diferencias y terminamos por odiarnos.

¡Qué maravilla la vida!

Siempre fue importante, algunas veces conveniente y hoy es en extremo indispensable que hablemos y escribamos sobre la singularidad de la vida, sobre su estructura excepcional y maravillosa, sobre ese milagro diario que nos acompaña y que llamamos existencia humana. Nuestra civilización de inicio del tercer milenio arroja concepciones distorsionadas que amenazan con conducirla a la decadencia.

Una rápida mirada a nuestro alrededor hace que divisemos sin esfuerzo estos elementos: cine técnicamente bien producido que elogia el odio, el rencor, las peleas, los homicidios; clínicas donde se mata a los infantes a través del aborto; pandillas donde la violencia y la droga son su alimento; venta indiscriminada de armas; peleas y muertes en asaltos, en riñas, en crímenes pasionales; atentados sangrientos, desprecios a la vida animal y vegetal, etcétera. Ustedes completen este elenco de conductas dañinas para el futuro de la humanidad.

Corremos el grave riesgo de acostumbrarnos a mirar lo macabro como inevitable, lo insidioso como justificable, lo dañino como tolerable, lo nefasto como aceptable. Esto no podemos ni debemos permitir en la formación de nuestros alumnos o de nuestros hijos.

Frente a lo malo es menester sentir repudio; los crímenes deben horrorizarnos; los ultrajes deben ser frontalmente rechazados. El avance y el progreso no deben relegar al desván del olvido los viejos principios y tradiciones que sirvieron de ancla y de

cimientos a la raza humana. El quinto mandamiento de la ley entregada a Moisés es claro, conciso, taxativo: “no matarás”, la vida no te pertenece, respétala.

El mapa del genoma humano descubre sin ambages que lo único que distingue al humano de otras especies es la racionalidad; ese mínimo porcentaje es de efectos tan maravillosos que el resto de seres animados no pueden igualarlos. Sentirnos tan iguales a los insectos o a las amebas y sabernos tan diferentes, ese es el misterio, no otra cosa. El descubrimiento sobre la composición de nuestro mapa genético quizá nos vuelva más reflexivos, al igual que, en épocas pasadas, la evolución de las especies y la certeza de que la tierra no era el centro de gravitación del universo causaron una conmoción universal.

En su Diccionario Filosófico, Voltaire nos trae esta joya para nuestra reflexión y consiguiente admiración: “Se precisan 20 años para llevar al hombre del estado de planta en que se encuentra en el vientre de su madre y del estado de puro animal, que es la condición de su primera infancia, hasta el estado en que empieza a manifestarse la madurez de la razón. Han sido precisos 30 siglos para conocer un poco su estructura. Sería precisa la eternidad para conocer algo de su alma. No es preciso sino un instante para matarlo”.

Vale reflexionar sobre las maravillas que esconden esas vidas que están cerca y lejos de nuestro ámbito de trabajo o relación. Nuestro futuro depende de cómo las apreciamos, cómo las defendamos, cómo sintamos reverencia y admiración por el misterio que ellas esconden.

Desde mi atalaya

Escribo estas líneas desde mi refugio. Dispongo de un lugar secreto, siempre a mi disposición. Es mi torre. Cuántas veces en el día me encaramo en ella. Allí medito. Converso con mi soledad. Averiguo mis intenciones. Tranquilizo mis sueños. Divago. Oteo horizontes. Busco paz. Qué difícil es perseguir la paz... se nos muestra esquiva, huidiza, problemática, quisquillosa. La felicidad debe ser eso, tener a la paz de prisionera, hacerla nuestra. Paz en el hogar, paz en el trabajo, paz en la sociedad en que vivimos, paz con nosotros mismos, como dijera el poeta “en paz lo vivo y en quietud lo muerto”.

Cuando mis pensamientos se vuelven etéreos desciendo de mi atalaya como hacen los bomberos, por un tubo, de manera veloz, inmediata, para sentirme otra vez sumergido en la realidad. Si fuimos creados a imagen de un Dios omniperfecto llevamos dentro de nosotros las semillas de la perfección y es por esto que soñamos con esos pedazos de perfección que buscamos.

Comparto con ustedes estos temas de meditación:

- El mundo está sobre una cuerda floja. Cacería al agresor, parece ser el grito de guerra de una civilización que se siente impotente, golpeada, de cara al suelo.
- La seguridad verdadera no se construye con misiles o amenazas. La fuerza y el poder generan resistencias, recelos, desquites.
- El miedo tiene un techo, cuando logra superar al enemigo, a

quien teme; entonces el miedo desaparece, se esfuma y genera otros temores que entran en una espiral sin límites.

- Cinco, quizá diez mil sumen al final las víctimas de un atentado terrorista calificado, acertadamente, como irracional, inhumano, diabólico, injusto, inédito.

- Es quizá la mayor demostración de insensibilidad humana. Es el monumento a la bestia que llevamos dentro. Es la negación de la inteligencia que debe caracterizar a los humanos. Es un gigantesco retroceso en el proceso de evolución humana.

- La conciencia de los líderes de la política mundial que en estos días se reúnen para tomar decisiones, para enfrentar al terrorismo y para estudiar cómo matar “al enemigo número uno” de la civilización, tiene sobre la mesa de trabajo muchos temas previos, agendas olvidadas, consideraciones relegadas.

- Las grandes potencias, el Grupo de los Ocho, deben al mundo una explicación profunda. La globalización que propugnan y la economía de mercado que impulsan son una amenaza mundial porque carecen de rostro humano, porque en su nombre se cometen desafueros, porque no permiten que el mundo se torne habitable para todos, porque cada día se vuelve más pródigo para quienes más tienen y más esquivo para quienes carecen de todo.

- Está bien ir a la caza de los malhechores, pero sin olvidarse que tres mil millones de seres humanos viven con menos de 2 dólares diarios, que mil doscientos millones sobreviven con un dólar de pobreza al día; que ochocientos millones “mueren” de hambre todos los días, que doscientas personas tienen más dinero que 43 países juntos, esto es 600 millones de seres también humanos.

Alguien dijo que después del ataque a las Torres Gemelas y al Pentágono el mundo ya no sería el mismo. Así lo espero.

Prisioneros de la verdad

Cómo es fácil contradecirnos. Siempre escuchamos o leímos aquello de que “la verdad os hará libres”, cómo entonces podemos entender que el ser humano puede llegar a ser prisionero de la verdad, más aún que el mundo caminará mejor cuando todos los humanos hayan entrado a la cárcel de la verdad y hayan comprendido las secretas reglas que rigen allí adentro. ¿Cómo entendernos, cómo saber que las verdades aprendidas siguen siendo las mismas, es decir que esas verdades son aún verdades? Reflexionemos. El camino es fácil, regresemos al colegio cuando nos enseñaron Lógica y algo de Metafísica.

- Nuestras ideas se basan en la realidad exterior que nosotros vemos y constatamos o en aquellas que nacen de la interrelación entre las ideas surgidas de ese proceso. Los escolásticos siguiendo al viejo Aristóteles me enseñaron “que nada está en el intelecto que antes no haya estado en la realidad externa”. Una idea primero fue una cosa, solo nuestra mente la elevó a la categoría de concepto.

- Este necesario preámbulo nos ayudará a entender que la verdad existe solamente cuando los conceptos que forman parte de mi aseveración están respaldados por la realidad; cuando esto no sucede, cuando lo que digo o lo que hago no responde a esa realidad, entonces existe una falsedad, una contradicción, un embuste, todo menos una verdad.

- Existen leyes físicas, químicas o biológicas que no admiten discusiones, donde la experimentación hace que las hipótesis

concluyan en una sola gran verdad, la que se impone y se divulga.

- En otros campos de la reflexión humana no es tan fácil saber dónde está la verdad y por esto que existen diversas escuelas de pensamiento; la pedagogía conoce de variados caminos; la filosofía tiene muchas corrientes; las religiones tienen diversas manifestaciones. De este amasijo de probabilidades surgen creencias, surgen defensores y opositores. Es el gran campo del saber humano, es la cancha intelectual donde los pensadores se juegan los más grandes partidos de las intuiciones y de las percepciones.

- Mil temas entretienen la mente humana, pero de entre ellos, existen solamente unos pocos que no los podemos soslayar, esos temas son: el destino de nuestras vidas; si somos frutos del acaso o si tenemos que ver con un plan divino y si fuimos creados por esa divinidad; si tenemos responsabilidades con nuestros hijos y familia y cuáles son; si el dinero es el motor que mueve nuestras vidas o si nuestros hogares poseen una jerarquía de valores; lo mismo, dicho en otras palabras, si nos preocupamos primero de ser personas y de ser buenos cristianos y luego, con justo derecho, también de tener lo necesario para transitar con decencia durante el tiempo de peregrinaje terreno asignado a nuestras existencias; finalmente si buscamos que los pequeños y los jóvenes que llenan nuestros hogares estudien en instituciones con ideas firmes, con principios no desmentidos, con maestros enamorados de su vocación.

Seamos auténticos, sencillos y diáfanos. Tanto lágrimas como sonrisas transparentan la profundidad de nuestros sentimientos.

¿En-amor-ados de...?

Todos pretendemos saber el significado y la dimensión de la palabra amor. Vale la pena que hagamos algunas consideraciones.

Esta vez no recurro al diccionario porque pretendo compartir con ustedes ideas personales, tampoco me sirvo de un compendio de sinónimos porque, en tratándose del amor, todos nos sentimos autorizados para una mayor libertad de expresión.

¿Qué es un enamorado o quién está enamorado? Un enamorado es una persona que está “en amor” constante y permanente, en una actitud y decisión tomadas; es aquella persona que no tiene momentos de amor, sino una vida entregada al amor; es quien no puede vivir sino en amor se trata de alguien que encontró “algo o alguien” a quien ofrendar su vida, su existencia, sus sueños, sus desvelos, sus proyectos. El enamorado adopta un nuevo estado de vida: de un ser enamorado; en síntesis, el enamorado es alguien que optó por alguien o por algo, es un perdido en el océano del amor que no intenta ser rescatado.

Mis años mozos, que también los tuve, recuerdan una célebre distinción ciertamente conocida por ustedes. La amistad y el amor son dos realidades que contienen especificaciones diferentes que las hacen distintas sin decir que una sea más o mejor que la otra.

El amor, el verdadero amor, aquel que incluye el disfrute de nuestros sentidos y de nuestros anhelos con la persona amada es fundamentalmente una donación, una entrega total, un dar que

no exige un vuelto, un desinterés personal y una consagración al hombre, a la mujer o a un “algo” que un día dio sentido a nuestras aspiraciones íntimas.

La amistad tiene también exigencias con el ser que se quiere y se aprecia y a quien le calificamos como amigo o amiga; los amigos se entienden, los amigos disfrutan de la compañía, los amigos tienen intereses comunes, están juntos en los buenos y en los malos momentos. La amistad recrea nuestras vidas, oxigena nuestros espíritus, alivia nuestras dolencias. La verdadera amistad resiste vendavales, soporta ausencias y contrariedades. La amistad es más fuerte que los lazos de sangre que unen a hermanos o parientes. Lo excelso y sublime es encontrar hermanos que también son amigos; padres que no son amigos y confidentes de sus hijos; primos que se quieren de verdad. Cuando los lazos sanguíneos no reciben el bautismo del amor familiar y la confirmación de la amistad, desaparecen al menor soplo, estrellados en escollos insignificantes.

El amor no es solo una relación entre dos humanos, pues considero que toda entrega a una causa o a un objetivo determinado también es amor.

Cómo explicar que hombres y mujeres sepulten sus vidas en la selva sirviendo a seres desconocidos, que arriesguen sus vidas entre leprosos; que hombres y mujeres se dediquen a la ciencia noche y día, alejados del mundanal ruido y del disfrute de la vida; que este servidor de ustedes recorra una y mil veces la piel arrugada de su país con igual deleite y con pasión; que hombres y mujeres luchen por causas sociales y políticas dispares; que Jesús fuera crucificado en un vil madero para salvar a la humanidad. Si todo esto no fuera resultado del amor, pues no sería otra cosa que una obra de locos de remate.

¿Qué nos falta a los ecuatorianos?

He recibo el texto que transcribo, con una ligera adaptación; agradezco por el envío al Dr. Nelson Robelly Lozada, representante de la UEES, en la ciudad de Quito.

“La diferencia entre países pobres y ricos no son los recursos naturales con que cuentan. Japón tiene un territorio muy pequeño y el 80% es montañoso y no apto para la agricultura y ganadería, sin embargo, es la segunda potencia económica mundial; su territorio es como una inmensa fábrica flotante que recibe materiales de todo el mundo y los exporta transformados, también a todo el mundo.

Suiza no tiene océano, pero posee una de las flotas navieras más grandes del mundo. No tiene cacao, pero tiene el mejor chocolate del mundo; en sus pocos metros cuadrados, pastorea y cultiva solo cuatro meses al año, ya que el resto es invierno, pero tiene los productos lácteos de mejor calidad de toda Europa. Al igual que Japón no tiene recursos naturales, pero da y exporta servicios, con calidad muy difícilmente superable; es un país pequeño que ha vendido imagen de seguridad, orden y trabajo, que lo han convertido en la caja fuerte del mundo.

Tampoco la inteligencia de las personas es la diferencia, como lo demuestran estudiantes de países pobres que emigran a los países ricos y logran resultados excelentes en su educación. Tampoco es la raza la que marca la diferencia, pues en los países centro europeos y nórdicos vemos como los llamados vagos del

Sur demuestran ser la fuerza productiva de estos países, no así en sus propios países porque nunca supieron someterse a las reglas básicas que hacen a un país grande.

La actitud de las personas es la diferencia. Al estudiar la conducta de las personas en los países ricos se descubre que la mayor parte de la población sigue las siguientes reglas:

1. La moral como principio básico.
2. El orden y la limpieza.
3. La honradez.
4. La puntualidad.
5. La responsabilidad.
6. El deseo de superación.
7. El respeto a la ley y a los reglamentos.
8. El respeto por el derecho de los demás.
9. El amor al trabajo.
10. El afán por el ahorro y la inversión”.

¿Necesitamos más leyes? No, sería suficiente con cumplir y hacer cumplir estas diez simples reglas. No somos pobres porque a nuestro país le falten riquezas naturales, o porque la naturaleza haya sido cruel con nosotros, simplemente nos falta carácter para cumplir estas premisas básicas de funcionamiento de las sociedades.

Si no difundes estas ideas no se te va a morir tu perro, ni te van a correr del trabajo, ni tampoco te vas a sacar la lotería por mandarlo. Recuérdelo siempre, los hábitos malos se combaten mediante la adquisición de sus opuestos, los hábitos buenos; al desorden sustituyámoslo con el orden; a la impuntualidad con la puntualidad; al irrespeto con el respeto; a la anarquía con el respeto a las normas y a las leyes; a la ignorancia con los buenos modales.

Memorándum de un hijo

Al leer estos renglones los padres de familia piensen en sus vástagos y los maestros en sus estudiantes. El arte de formar a la infancia, niñez y juventud es un secreto que más tiene de corazón que de cerebro; es una entrega total al ser que se forma; es un darse en cada minuto, en cada instante, en cada palabra y en cada gesto. Diario El Telégrafo de esta ciudad publicó en su página editorial un trabajo de un médico pediatra de nuestra urbe. En las páginas que siguen completaré la información, por ahora sepan que este texto es la traducción de una obra publicada en inglés hace algunos años. Aquí la traducción:

Un memorándum de tu hijo

- No me engrías. Yo sé muy bien que no debo tener todo lo que pido. Solo te estoy probando.
- No tengas miedo de ser firme conmigo. Yo lo prefiero así; me hace saber en qué terreno piso.
- No uses la fuerza conmigo. Eso me enseña que el poder es todo lo que cuenta. Yo respondo mejor con el ejemplo.
- No fuerces demasiado mi honestidad. Por temor, miento fácilmente.
- No hagas promesas. Podrías no llegar a cumplirlas y esto desalentaría mi fe en ti.
- No caigas en mis provocaciones cuando digo y hago cosas solo para perturbarte, porque si lo logro, trataré de obtener más de estas “victorias”.
- No te disgustes demasiado cuando digo que te odio. No es que

te odio realmente, sino que quiero que te sientas como yo me siento con lo que me has hecho.

- No me hagas sentir más pequeño de lo que soy. Compensaré mi falta comportándome como un gran señor.
- No hagas por mí las cosas que puedo hacer por mí mismo. Esto me hace sentir como un bebé y puedo continuar teniéndote a mi servicio.
- No dejes que mis malos hábitos tomen gran parte de tu atención. Yo puedo animarme a seguir con ellos.
- No me corrijas delante de la gente. Lo apreciaré más si lo haces calmadamente y en privado.
- No trates de discutir mi comportamiento al calor de una riña. Por alguna razón mi oído no es bueno en ese momento y mi cooperación es aún peor. Está bien que actúes como la situación lo requiera, pero no razonemos sobre ello hasta más tarde.
- No trates de sermonearme. Te sorprenderá saber qué bien sé qué está bien y qué está mal.
- No me hagas sentir mis equivocaciones como si fueran pecados. Tengo que aprender a cometer errores sin sentir que no soy bueno.
- No te irrites. Si lo haces, yo tendré que protegerme aparentando sordera.
- No me pidas explicaciones por mi comportamiento raro. Yo realmente no sé por qué lo hice (...).

Autor: Anónimo

Hasta aquí la primera parte. Exhorto a que este texto sea leído por las parejas con hijos; al hacerlo, desglosen lo que estos renglones, aparentemente inocuos, contienen.

Memorándum.... (2)

El Dr. José Fernando Gómez Rosales, fue quien hace algunos años tradujo del segundo volumen de la obra *The Whole Pediatrician*, el texto que he transcrito y comentado en “Memorándum de un hijo”. Cada día me convenzo más que es imposible educarse sin reflexionar. La pareja que no encuentra el tiempo para analizar el desarrollo de sus hijos, para mirar de cerca su crecimiento físico, intelectual y moral, está iniciando un camino repleto de futuros problemas. Trabajar a sol y sombra, vivir sumergidos en las pequeñas o grandes empresas, tener tiempo para todo y para todos, menos para la familia y los hijos, es la causa fundamental de la ruptura de hogares o del quebrantamiento de la unión familiar; los niños y los jóvenes requieren tener en sus padres a sus tutores, a sus compañeros de ruta, a sus amigos, a sus consejeros.

Meditemos en este texto; unámoslo con las dos páginas anteriores y reflexionemos sobre la profundidad de estas líneas:

- No seas inconsistente. Eso me confunde y me hace persistir en hacer siempre mi voluntad.
- No olvides que me gusta y deseo tener experiencias. Yo aprendo de ello, por favor, déjame hacerlo. Eso sí, vigila de lejos y mira por mi seguridad.
- No me protejas de las consecuencias. Yo necesito aprender de mis propias experiencias.
- No exageres mis pequeñas dolencias. Yo puedo aprender a sentirme enfermo, si esto atrae tu atención hacia mí.
- No me ignores cuando pregunto cosas de valor. Si lo haces,

verás que dejo de preguntarte y empiezo a buscar las respuestas por mí mismo.

- No contestes mis preguntas tontas y sin sentido. Solo trato de atraer tu atención.
- No creas que es rebajarte si me pides perdón. Si es con honestidad, me haces apreciarte más.
- Jamás insinúes que tú eres perfecto e infalible.
- No te preocupes por el poco tiempo que pasamos juntos, ya que lo que importa es cómo pasamos ese tiempo.
- No dejes que mis miedos te descontrolen. Yo tendré más temor. Enséñame a tener valor.
- No olvides que no puedo crecer sin comprensión y cariño, pero yo no necesito decírtelo. ¿Verdad?
- Trátame como tratas a tus amigos, entonces yo también seré tu amigo, recuerda, yo aprendo más de un modelo que de un crítico.

La lucha entre el SER y el TENER se pone de manifiesto en nuestras vidas. Está bien tener una casa, un automóvil, comodidades, una computadora, etcétera. Todo esto está bien, si observamos un pequeño detalle: si el tener cosas es un medio para ser más personas, más unidos familiarmente, más preocupados del hogar, más humanos, más bondadosos, más cariñosos, más responsables; la vocación del humano es ser más humano; si el tener cosas nos vuelve menos responsables, más egoístas, más orgullosos, menos bondadosos, más ambiciosos, entonces para qué las cosas, podemos concluir. Cómo encontrar un equilibrio entre el ser y el tener, es nuestro reto. Ustedes y yo conocemos a muchas personas que lo tienen todo y que, sin embargo, nunca dejaron de ser hijos maravillosos, padres amantísimos, gente preocupada por los problemas sociales. Cuando el dinero obnubila la mente y entorpece los sentimientos puros del espíritu, es menester que pensemos y repensemos la dirección que ha tomado nuestras vidas.

El valor de las circunstancias

Cuando Ortega y Gasset intentó interpretar la esencia misma del ser humano escribió que “el hombre es el yo y las circunstancias”. Con mis alumnos, en ocasiones nos ponemos a filosofar sobre este tema; ellos comprenden fácilmente que el “yo” es el componente biológico que todos tenemos. Ese componente biológico lo heredamos, es verdad, pues nada pudimos hacer para que sea otro. La herencia la llevamos con nosotros y podemos cuidarla pero no reformarla. Es nuestra marca de fábrica y es una parte muy importante de nuestro ser. Digamos, en palabras mías, es la primera gran circunstancia experimentada por los humanos y grabada de manera indeleble en nuestros genes.

En síntesis, es verdad que somos “el yo”. Pues hablemos de las “circunstancias”, que sin ser parte del componente genético tienen tal fuerza en la estructuración de la persona humana que de aquellas dependen el presente, el futuro, la trascendencia o poca importancia de un ser humano. Me explico con algunos detalles. ¿De qué circunstancias hablamos? Se trata de aquellas que están “cerca de” nuestras vidas: la época, el clima, el lugar de nacimiento, las costumbres de la gente, la condición social y económica de nuestros padres, la pertenencia a una creencia religiosa, la cultura de los progenitores, la militancia política, los compañeros de trabajo, la vida familiar, la paz familiar.

Con este esquema sencillo del “yo y las circunstancias” podemos acercarnos a la comprensión de muchos comportamientos de nuestros semejantes. Qué importantes son los antecedentes. Hay

vidas que se desdibujaron por una honda y sentida decepción amorosa o familiar; existen hombres y mujeres que un día optaron por entregar parte de sus vidas al “voluntariado” en beneficio de quienes sufren males diversos; hay jóvenes que por una palabra y un ejemplo decidieron cambiar sus vidas; hay empleados y empresarios que un día quisieron trabajar por el país y lo hicieron con verdadero orgullo y tesón; hay también ecuatorianos temerosos que huyeron del Ecuador desesperados por el riesgo de perder el fruto de su trabajo. En estos y en otros casos, fueron circunstancias de compasión del dolor humano, de temor frente al riesgo, de desengaños y sufrimientos o de amor a la patria y al trabajo, las que dieron rumbo a estas existencias.

Quiero concluir con estas divagaciones pidiendo a mis lectores que realicen un examen del camino que cada uno ha recorrido. Quiero, con perdón de ustedes, participarles algunas de mis circunstancias: nací en un pueblo pequeño, en la serranía, de familia honrada y muy cristiana; no fuimos ricos, pero siempre tuvimos lo necesario para vivir; soy uno de diez hermanos; estudié en mi pueblo, en Cuenca, Quito y fuera del país; sentí que la educación era mi vocación y junto a los salesianos pude entender lo sublime de esta misión; Guayaquil y Quito han sido mis plazas de trabajo, en ellas siempre me sentí bien; realicé estudios de filosofía y teología. Todas estas circunstancias marcaron mi existencia. ¡Qué importante es, entonces, escoger las mejores circunstancias que modelen la vida de los hijos, de los alumnos, de los conciudadanos!

Los caminos del tiempo

La historia de la presencia humana en la tierra se divide en épocas, para su mejor comprensión. La que vivimos ahora se ha dado en llamar “la posmodernidad”. Difícil entenderla si no tenemos una idea clara de la época precedente, aquella de la modernidad. Esbochemos algunos conceptos en esta dirección.

Imaginemos un enorme tornillo cuya punta se ensancha mientras horada un cuerpo desconocido. El hueco se agranda. Los desperdicios son desalojados. La punta del tornillo se calienta, produce humo, es necesario lubricarla.

El tornillo que penetra en épocas, generaciones y civilizaciones tiene en su afilada cabeza como protagonista al hombre, al mismo ser que fue creado a imagen y semejanza de Dios. “Creced y multiplicaos y dominad la Tierra”, es el mandato divino que nos empuja a escudriñar caminos nuevos para descubrir horizontes o perfilar soluciones.

Los humanos no somos autómatas. Nadie cumple un plan para los demás. Cada persona en la historia cumple su propio papel. El rol que dejemos de cumplir nosotros será una omisión de lesa humanidad o una traición a la vocación humanística que bulle en nuestro interior.

Para comprender la posmodernidad es menester entonces entender la modernidad. Cuatro revoluciones son las que generan esta época:

1. La revolución científico-técnica es la que más contribuyó a cambiar la autoimagen del hombre. Al entender el hombre a la naturaleza, al conocer sus leyes, al librarse de sus garras crea una desconfianza profunda hacia las verdades filosóficas. Guillermo

de Ockam y Galileo Galilei juegan un papel importante.

2. La revolución industrial eleva la producción a la cúspide de las aspiraciones. El lucro es el motor esencial del progreso; la libre concurrencia es la suprema ley de la economía; la propiedad privada es un derecho absoluto. Lo importante es lo que rinde. “Saber para prever, para dominar” es el lema de Augusto Comte. Sin embargo, esta revolución olvida que lo que no se mide es lo más importante.

3. La revolución cultural. Servirse de la propia razón. Kant y Descartes se dan la mano y preparan el llamado Siglo de las Luces y será la Revolución Francesa la que consagre a la “diosa razón”.

4. La revolución democrática surge del ansia de libertad, de los derechos humanos, de la voluntad emancipadora. Libertad, igualdad y fraternidad: tres valores, tres sueños.

Con la modernidad nace una utopía: la fe en el progreso indefinido. Emerge la autonomía de las realidades terrenas, creando el fenómeno de la secularización; se relega a la religión como institución de poder, pero no se la elimina como vivencia personal; engendra corrientes esotéricas, magia, astrología, gurúes y extrañas filosofías. Surge el individualismo en detrimento del compromiso social. La comunicación y la publicidad elevan y difunden concepciones nacidas de una confusión existencial.

Con la posmodernidad entra en crisis la fe en el progreso y se busca terminar con las certezas. El nihilismo y el agnosticismo encuentran su caldo de cultivo. La experiencia busca su trono desplazando a la razón. Un mundo complejo, inquisitivo; una época que presagia cambios y pronostica un retorno a la sensatez, al sano juicio, al equilibrio entre lo trascendente, superficial y pasajero.

Reflexionar es siempre útil

“**E**l dinero puede comprar una casa, pero no un hogar.

El dinero puede comprar una cama, pero no el sueño.
El dinero puede comprar un reloj, pero no el tiempo.
El dinero puede comprar un libro, pero no el conocimiento.
El dinero puede comprar una posición, pero no el respeto.
El dinero puede pagar un médico, pero no la salud.
El dinero puede comprar sangre, pero no la vida.
El dinero puede comprar sexo, pero no el amor”.

Estos pensamientos, estuvieron por contadas horas en mi buzón electrónico y se los debo al Arq. Rubén Muñoz, decano de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Especialidades (UEES), quien a su vez los recibió de alguien que le estima. Un forward es suficiente para repartir correo en la era en que vivimos. Yo celebro siempre lo que me llega: es un recuerdo de la persona que me envía, me trae información interesante, quizá contiene algún chiste que me alegra.

Nuestra vida ha sido bombardeada, en estas semanas, por la propaganda electoral. Veamos qué pudieron hacer el dinero y la publicidad en contra de nuestra integridad. Examinemos nuestros sentimientos desde el espejo del “precepto chino” con el que inicié esta entrega:

¿Compró el dinero nuestra capacidad de reflexión?

¿Las imágenes de la televisión y los gritos y vivas de las radios fueron suficientes para decidir la dirección de nuestro voto?

¿Me dejé impresionar por la cara de la mujer bonita, por los gestos varoniles, por sus sonrisas o sí me preocupé por saber cuál es su pensamiento y si están preparados o no para ejercer la función a la que aspiran?

¿Acaso las camisetas, el licor, los víveres o las medicinas recibidas fueron suficientes para decidir mi voto?

¿Qué puesto tienen en la vida de los candidatos el dinero, las propiedades, los altos cargos, el poder, las influencias, el estatus?

Nadie discute sobre la importancia del dinero, de un buen trabajo, de una remuneración importante, del bienestar de la familia y de un cierto confort que hace la vida más llevadera y que permite que cumplamos de una mejor forma con nuestras responsabilidades. Negar este particular sería necio e irracional. Pero es también necio e irracional que la vida gire solamente en torno al dinero, porque el dinero no garantiza la felicidad del hogar; no es sinónimo de tranquilidad y de paz, de conocimiento, de salud, de vida, de solidaridad ni de amor.

Vivir la vida

Siempre creí que la vida es demasiado corta para entender cómo vivirla; cuando ya lo sabemos, es hora de partir. Así somos los humanos. La vida es algo que se va mientras hacemos tantas cosas, menos vivirla, decía un pensador. Vale la pena meditar en cómo vivimos o cuánto esperaremos aún para comenzar a vivir nuestra vida.

Hoy hablé por teléfono con mi primo César a quien no he visto desde hace más de un año, cuando en su casa de Gualaceo hubo un cónclave de primos; allí nos reunimos más de un centenar de los niños de ayer... hoy adultos y algunos ya camino a la vejez; fue una ocasión preciosa para recordar nuestro paso exitoso por la escolita Alberto Castagnoli del Sígsig y nuestras andanzas por los chaquiñanes y vericuetos de El Guabo y de Carchi, con todos sus encantos; fue también un momento especial para conocer a los hijos e hijas de estos primos que habían formado desde hace rato sus respectivas familias. Ese día lo vivimos intensamente.

Les contaba que hablé con mi primo. Él acaba de salir de la clínica del Seguro Social en la ciudad de Cuenca, luego de tres semanas de cuidados intensivos en procura de la eliminación de las consecuencias de una neumonía severa; mi primo mejora su salud, pero más importante que su mejoría física, para mí, son sus reflexiones, las que me permito compartir con ustedes.

“Mira primo, en estas semanas he visto a la muerte sentada al pie de mi cama, como esperando un pequeño descuido de

los médicos o mío para llevarme; tú me entiendes, no la vi en verdad, pero la sentí tan cerca que me dio miedo. Voy a cumplir muy pronto 70 años y si bien puedo asegurar que he vivido algunos momentos intensos de felicidad, sí debo decir también que poco o nada me preocupé realmente de mi existencia e inclusive de mi pareja; he trabajado mucho, he sido honesto y responsable, disfruté de bienes materiales suficientes, pero he sido avaro con mi tiempo y muy pocas veces disfruté de unas vacaciones verdaderas. Al sentir en días pasados que la vida se me extinguía, pensé entonces que no había vivido de manera inteligente. Estoy feliz porque aún tengo la oportunidad de empezar a vivir con sensatez y cordura el último tramo de mi existencia; en unos días más viajaré acompañado de mis hijos a la Costa y quiero estar un par de semanas en Ayampe para disfrutar del mar, del sol, de las aves y de los peces, pero, sobre todo, del calor y cariño de mi familia; no conozco mi futuro, pero lo que sí sé es que aprovecharé cada minuto de vida para disfrutarlo a plenitud: regresaré a mis libros, a la buena música, a la tertulia con mis amigos; asistiré a reuniones familiares, iré al cine y retornaré al campo para percibir las retamas en flor o para mirar extasiado el vuelo de nuestros colibríes; y... si no tengo motivos, te juro que los inventaré”.

Regalar amistad es un don. Usar bien el tiempo del que disponemos demuestra sensatez. No dejemos para mañana lo que podemos hacer hoy. El hoy es nuestro, el mañana no está en nuestras manos.

¿De qué está hecha la vida?

Instantes es un poema que se atribuye a Jorge Luis Borges, pero se afirma que su autora fue Nadine Stair; el poema concluye con la sentencia “pero ya ven, tengo 85 años y sé que me estoy muriendo”; este poema me impulsa a continuar con la línea de reflexión iniciada anteriormente en ‘Invitación a vivir la vida’.

“Yo fui de esas personas que vivió sensata/ y prolíficamente cada minuto de su vida;/ claro que tuve momentos de alegría./ Pero si pudiera volver atrás trataría de tener/ solamente buenos momentos./ Por si no lo saben de eso está hecha la vida,/ solo de momentos; no te pierdas el ahora...”

Borges (o Stair) vuelve en estas líneas sobre su vida pasada; se autoexamina y se encuentra casi perfecto; culpa a su perfección de la poca iniciativa para romper con rutinas y cadenas, para emprender con mayor libertad la satisfacción de anhelos sanos, de sueños maravillosos, de posibles realidades que nunca llegaron a proyectos. No es la excepción: todos pensamos igual, todos repudiamos alguna vez reglamentos y la obsesión por el cumplimiento del deber.

Sabemos que la vida está hecha solo de momentos. Creo que nadie lo duda. Estos minutos que transcurren mientras mis dedos encuentran las letras para formar palabras en mi computadora, son en realidad los únicos que son míos en este momento, en este “ahora”; ayer es ya pasado y mañana, no tengo la certeza que llegará. Y si la vida es una larga o corta sucesión de instantes

o momentos, entonces, una persona capaz e inteligente debería usarlos lo “más inteligentemente” para no gastarlos, para no perderlos, para que formen parte de aquel baúl de recuerdos lleno solamente de memorias gratas, extraordinarias, que al revivirlas vuelven a llenarnos de energía. Por desgracia, la gente normal y corriente como yo, no sé si como usted, malgastamos nuestros momentos –muchas veces– dando importancia a tantas cosas de muy escasa importancia.

“Si pudiera vivir nuevamente mi vida./ En la próxima trataría de cometer más errores./ No intentaría ser tan perfecto, me relajaría más./ Sería más tonto de lo que he sido, de hecho/ tomaría muy pocas cosas con seriedad./ Sería menos higiénico. Correría más riesgos,/ haría más viajes, contemplaría más atardeceres,/ subiría más montañas, nadaría más ríos./ Iría a más lugares a donde nunca he ido,/ comería más helados y menos habas,/ tendría más problemas reales y menos imaginarios”. Cada humano tiene sus vivencias, en consecuencia, nosotros las nuestras.

¿Qué puedo decir de las mías? Si pudiera vivir nuevamente quisiera regresar a la campiña donde nací y tener los padres, abuelos, tíos, hermanos y primos que tuve; quisiera tener los maestros de escuela que me formaron y hacerme hombre en medio de ríos y colinas, entre maizales y frutales, cerca del mugido de las vacas, del gorjeo de mil pajaritos cantarines o del trinar de golondrinas en el alero. Si pudiera vivir de nuevo conocería más nevados y lagunas, me sumergiría en nuestro mar para descubrir sus secretos y haría que mis pies recorran más arenas y mis ojos abiertos lean mejor en el enorme libro de la naturaleza. Tengo 67 años, edad para vivir aprisa; época para evitar remordimientos tardíos.

Vidas devoradas por la ansiedad

El Instituto Francés de la Ansiedad y el Stress, en París, definió veinte reglas de vida que, según los expertos, si uno consigue asimilar diez, con seguridad aprenderá a vivir con calidad interna. Esta vez les presento, las diez primeras pistas, a manera de ejercicio práctico, más adelante completaré estos sabios consejos:

- Haga una pausa mínima de 5 a 10 minutos por cada 2 horas de trabajo. Repita estas pausas en su vida diaria y piense en usted, analizando sus actitudes.
- Aprenda a decir no, sin sentirse culpable o creer que lastima a alguien. Querer agradar a todos es un desgaste enorme.
- Planee su día, pero deje siempre un buen espacio para cualquier imprevisto, consciente de que no todo depende de usted.
- Concéntrese en apenas una tarea a la vez. Por más ágil que sean sus cuadros mentales, usted se cansa.
- Olvídense de una vez por todas de que usted es indispensable en su trabajo, su casa o su grupo habitual. Por más que eso le desagrade, todo camina sin su actuación, salvo usted mismo.
- Pida ayuda siempre que sea necesario, teniendo el buen sentido de pedírsela a las personas correctas.
- Separe los problemas reales de los imaginarios y elimínelos, porque son pérdida de tiempo.
- Intente descubrir el placer de las cosas cotidianas como dormir, comer y pasear, sin creer que es lo máximo que puede conseguir en la vida.
- Evite involucrarse en ansiedades y tensiones ajenas.
- Es necesario tener cerca siempre a alguien con quien se pueda

hablar abiertamente. No sirve de nada si esa persona está lejos. Bien hace el Instituto Francés aludido al preocuparse de la “ansiedad” de los actuales ciudadanos del mundo, pues somos especialistas en convertir nuestras horas apacibles en momentos de tortura, desesperación y preocupaciones; como que la paz, la soledad, el silencio, el contacto con uno mismo o con la naturaleza nos llegan a saturar de tal suerte que apenas se presenta la ocasión los tiramos por la borda, huimos del sosiego y nos entregamos en brazos del alboroto, de la chacota, del bullicio, que sin ser malos en su esencia sin embargo se convierten en desviaciones de nuestras necesidades más profundas.

¿Es la ansiedad el mal de la época? Bien puede ser. El sida ciertamente es un flagelo, mas quienes han sido infectados son una minoría relativa frente a quienes sufren en el mundo de ansiedad y de estrés, porque este último mal no se detecta con facilidad, no se le da la importancia debida a nivel personal ni tampoco llena los hospitales y clínicas. Es un enemigo solapado que anida en nuestro interior, que nos corroe el alma, que altera el sistema nervioso, que nos vuelve intratables y que hace que perdamos el horizonte al cual nos dirigimos.

Afrontemos con serenidad los problemas de hoy, pues mañana será otro día. Vale tener presente aquella sentencia de autor anónimo que condensa verdades eternas: “Señor, dame serenidad para aceptar aquellas cosas que no puedo cambiar; fortaleza para cambiar aquellas cosas que debo hacerlo y sabiduría para conocer la diferencia”.

Prevenga la ansiedad y el estrés

Hace unos días conversé con un pariente que sufre de diabetes; mira, le dije: me cuentan que la infusión del tronco de la cabeza de verde, en estas proporciones (...), es una cura milagrosa para tu mal; alguien a quien debían amputarle su pierna hoy camina con destreza. Ante su incredulidad le dije: primo, toma de esa infusión que “si no te hace bien, tampoco te hará daño”. Estas pautas de vida, que pongo a consideración de ustedes, son en extremo útiles y con certeza, no son dañinas:

- Su familia no es usted; está junto a usted, compone su mundo, pero no es su propia identidad; usted, solo usted, rubrica sus actos.
- Conozca la hora acertada de salir de una cena, levantarse del palco o dejar una reunión. Nunca pierda el sentido de la importancia sutil de salir a la hora correcta.
- No quiera saber si hablaron mal de usted, ni se atormente con esa basura mental. Escuche lo que hablaron bien de usted, con reserva analítica, sin creérselo todo. No viva del qué dirán.
- La rigidez es buena en las piedras, pero no en los seres humanos.
- Una hora de inmenso placer sustituye, con tranquilidad, tres horas de sueño perdido. El placer recompensa más que el sueño; no pierda una buena oportunidad de divertirse.
- No abandone sus tres grandes e invaluables amigas: la intuición, la inocencia y la fe.
- Entienda de una vez por todas, que usted será lo que usted haga de usted mismo.

- Piense, reflexione y practique cómo prolongar su vida; ame la vida.
- Mantenga amistades alegres. Los gruñones bajan el ánimo.
- Nunca permita que su cerebro sea holgazán. Un cerebro holgazán es la morada del demonio.
- Disfrute de las cosas simples. Ría más a menudo, fuerte y por largo tiempo.
- Ría hasta que se quede sin aire.
- La única persona que estará con usted toda la vida, es usted mismo.
- Viva mientras tenga vida. Rodéese de las cosas que ama, ya sea la familia, mascotas, música, plantas, pasatiempos, lo que sea.
- La vida no se mide por los descansos que tomamos, sino por los momentos que nos roban el aliento.
- Demos gracias a Dios por lo que la vida nos ha brindado y no nos quejemos tanto por lo que no nos ha dado.

Me duele, en ocasiones me angustia, saber que personas que de algún modo rigen la vida del país, viven al margen de estas elementales nociones de vida humana; esto lo afirmo porque las veo empeñadas, con dudosa perseverancia y con rara destreza, en prolongar las causas de la ansiedad y del estrés en los ecuatorianos, que podemos resumirlas así: escasa remuneración, falta de reactivación de la economía, injusticias permanentes que ocasionan paros ya endémicos, trifulcas en las cortes, desaguisados en el parlamento e insensibilidad en la función ejecutiva.

La vida nos obliga a quitar los obstáculos que nos impiden vivirla. Si se vive una sola vez, vale la pena liberarnos de tensiones innecesarias. La política, bien entendida, debe ser la portadora del bienestar de nuestro pueblo; lo contrario es engaño que acarrea desencanto.

El futuro: lo único nuestro

Ustedes recuerdan al viejo Galileo Galilei. Su cara quedó impresa en mis retinas de adolescente: pensativo, de larga barba y de ojos vivaces, así recuerdo al hombre que tuvo que afrontar una enorme responsabilidad personal: la lealtad. Ser fiel a sus creencias de cristiano católico convencido, y en consecuencia obediente a las decisiones del pontificado, y ser también fiel a las verdades descubiertas por la ciencia.

La fidelidad a su conciencia fue la que primó, lo demás todos ustedes lo conocen; a ninguno de ustedes les deseo un dilema parecido al que se le presentó a nuestro viejo científico.

Agradezco a mi sobrino Byron por el envío de este correo electrónico. En cierta ocasión alguien preguntó a Galileo Galilei cuántos años tenía. “Ocho o diez”, repuso Galileo, en evidente contradicción con su barba blanca. Y luego explicó: “Tengo, en efecto, los años que me quedan de vida porque los vividos no los tengo, como no se tienen las monedas que se han gastado”.

Crecemos en sabiduría si valoramos el tiempo como Galileo. Decimos con asombro: “Cómo pasa el tiempo”. Pero, en realidad, somos nosotros los que pasamos. El astrónomo italiano sabía que acá estamos de paso. Somos peregrinos y es bueno pensar en la meta que nos espera. La certeza de que nuestro caminar terreno tiene un final, es el mejor recurso para valorar más cada minuto. Así podemos aprovechar lo único que tenemos: el presente.

Esta reflexión se une al pensamiento de Charles F. Kettering: “Me interesa el futuro porque en él voy a pasar el resto de mi vida”.

Analizar el pasado para no cometer nuevamente los mismos errores, es propio de sabios; estudiar las huellas de la historia para apreciar el bagaje con que el pasado aportó a nuestra civilización, es propio de seres reconocidos y nobles; desvelarse porque este día sea importante en mi pasado y porque estas horas dejen recuerdos imborrables e intachables, es algo deseable y óptimo.

Sin embargo, si nosotros detenemos un momento el loco carro de nuestra existencia personal y si en esa pausa reposada escogemos la forma más sensata de vivir, creo que lo más indicado será empezar a construir nuestro futuro con cada instante de nuestro presente.

Un ejemplo muy sencillo: “Mi hijo ha perdido su año de estudios”. ¿Qué hacer? Pues construir el futuro. Analizar las razones del fracaso, está bien; corregir los errores de nueve meses de descuido, qué mejor. Lo más importante pienso que está en iniciar la construcción del próximo año escolar y de su éxito, con una agenda en la que todos los minutos del día sean privilegiados; preocupación del hogar por su hija o hijo, todos los días; crear motivaciones importantes que sean fuerzas endógenas que obren el milagro de un futuro promisorio; es decir, no vale llorar plañideramente sobre los muertos cuando es posible tejer guirnaldas para los vivos.

Vivencias humanas

No es dable permitir que se desbarate el andamiaje que sostiene normas de entendimiento universal, las que permiten a los humanos entendernos y comprendernos, sin importar el lugar donde nos encontremos. Las relaciones humanas, para que sean universales, tienen que cumplir con “diez mandamientos” que aseguran la vigencia de su misión:

1. “Habla con las personas. Nada hay tan agradable y alentador como una palabra de saludo cordial, particularmente ahora que tanto necesitamos de gestos amables. El saludo es una puerta que se abre y que permite iniciar una conversación; una amistad, quizá.
2. Sonríe a las personas. Recuerda que para mover la cabeza ponemos en acción 72 músculos, y que para sonreír nos basta con movilizar 14.
3. Llama a las personas por su nombre. Para casi todos, la música más suave es oír su propio nombre.
4. Sé amistoso y servicial. Si quieres tener amigos, sé amigo.
5. Sé cordial. Habla y actúa con toda sinceridad: todo lo que hagas hazlo con gusto.
6. Interésate sinceramente por los demás. Recuerda que sabes lo que sabes, pero no sabes lo que otros saben.

7. Sé generoso al elogiar y cauteloso al criticar. Los líderes elogian. Saben animar, dar confianza y elevar a los otros.
8. Aprende a captar los sentimientos de los demás. Hay tres ángulos en toda controversia: el tuyo, el del otro y el del que solo ve lo suyo con demasiada certeza.
9. Presta atención a la opinión de los otros. Tres son las actitudes de un auténtico líder: oír, aprender y saber elogiar.
10. Procura aportar los buenos servicios que puedes hacer: Lo que realmente vela en nuestra vida es lo que hacemos Por los demás.

Qué bien si los ecuatorianos tomamos en cuenta estos mandamientos de cortesía, de bondad, de buen trato y mejoramos nuestras relaciones humanas de manera permanente y nos convertimos en anfitriones clase A, hoy y más tarde, sacando a flote ese sentido de hospitalidad propio de nuestras mejores tradiciones.

Decálogo de calidad

Los seres humanos somos gregarios, no nacimos para la soledad o el aislamiento absoluto; una de nuestras características es compartir y lo hacemos de variadas formas. Compartimos criterios en una conversación, compartimos el pan, compartimos experiencias y conocimientos; esta vez comparto con ustedes este decálogo. Para quienes buscan la calidad ninguna palabra o consejo está por demás; en Ecuador el camino hacia la calidad tiene pocos usuarios, está escasamente hollado. Revisemos esta ruta:

1. “Pensar en positivo es calidad: no permita que algo que salió mal se convierta en el primer tema del día cuando vaya a planear algo.
2. Ser educado es calidad: al entrar al edificio de su empresa, corresponda con un saludo a quienes encuentre, sean o no colegas de su área.
3. Ser organizado es calidad: sea metódico al abrir su archivo, al encender su computadora, al pasar informaciones; comience recordando las notas del día anterior.
4. Ser prevenido en calidad: no se deje llevar por la primera información de error recibida de quien, tal vez, no conozca todos los detalles; recopile más datos que le permitan arribar a un juicio correcto sobre el asunto.
5. Ser atento es calidad: cuando sea solicitado por alguien, intente posponer su propia tarea, pues quien acude a usted debe estar precisando bastante de su ayuda y en usted depositó su confianza. Él estará feliz por la ayuda que le brinda.

6. Respetar su salud es calidad: no deje de alimentarse a la hora de almuerzo; respete sus necesidades biológicas. Aquella tarea urgente puede esperar unos minutos. Si usted enferma, decenas de tareas tendrán que aguardar a su recuperación, menos aquellas que acabarán sobrecargando a sus colegas.

7. Cumplir lo planificado es calidad: dentro de lo posible, intente planificarse para los próximos 10 días, tanto para asuntos laborales, como sociales o personales. No esté cambiando las fechas y horas a cada momento, principalmente a pocas horas de un evento del tipo que sea. Recuérdese que con ello afectará el horario a varios de sus colegas.

8. Tener paciencia es calidad: al comenzar un evento lleve todo lo que sea preciso de acuerdo a la ocasión, principalmente sus ideas. ¡Divúlguelas sin recelo! Lo más que pueda pasar es que alguien con poder no las acepte. Tal vez más adelante en dos o tres meses, usted tenga la oportunidad de demostrar que estaba en lo cierto. Es de sabios saber esperar.

9. Decir la verdad es calidad: no prometa lo que está fuera de su alcance solo para impresionar a quien lo escucha. Si quedara en deuda un día, echaría por tierra el concepto que le llevó años construir.

10. Amar a la familia y a sus amigos, es la mayor calidad: al salir del trabajo, ¡no se lo lleve consigo! Piense lo bueno que va a ser llegar a casa y compartir con su familia o sus amigos que le ayudarán a ganar esa seguridad que necesita para desarrollar sus tarea equilibradamente”.

La calidad no es un diploma que se obtiene o un título que se consigue. La calidad es un estilo de vida, una manera peculiar de ser respetuoso, sincero, amante de la verdad, justo, emprendedor, solidario, puntual, honesto, leal, amante de Dios, y de su familia.

Lección de honor

Este libro bien puede ser leído por maestras y maestros, además de madres y padres de familia preocupados por la educación de sus hijos; de esta circunstancia dimana una exigencia mayor para quien escribe estas líneas: seleccionar temas que sean de interés y se conviertan en semillas que germinen y produzcan cambios significativos.

Hace unos días, asistí a un cine foro de maestros con la película *Lección de honor*, la que en inglés lleva el título de *Wellcome Mr. Hunter*.

Escribo estas líneas luego de salir del auditorio donde se proyectó la película mencionada y puedo darles algunos elementos que induzcan a mirar esta feliz creación, a verla en familia porque tiene enseñanzas para todos los integrantes de nuestra sociedad. Me permito algunas sugerencias que no quiten el sabor de lo desconocido cuando ustedes se decidan a pasar noventa minutos de disfrute estético, en un clima de hondas reflexiones:

- Excelente fotografía, movimiento de cámaras apropiado, música adecuada, actores de primera línea. La película interroga, enseña, divierte; es una clase de didáctica para los maestros, un tema de estudio para los psicólogos, una revisión de responsabilidades para los padres de familia; allí constan los cánones de la educación clásica que se unen con la versatilidad del maestro que vive su compromiso y su vocación.
- El profesor de Ciencias Sociales no es un mero recitador de fechas y hechos que alguna vez sucedieron y que sus alumnos ahora deben memorizarlos; más bien, se trata de un puente que el educador tiende entre la historia que enseña y la vida de sus

alumnos haciendo que los hechos dejen huellas en sus mentes y que las sentencias de personajes célebres se esculpan en el corazón de sus alumnos y que incidan positivamente en sus vidas.

Traslado a ustedes sentencias dignas de ser comentadas cuando hablemos con nuestros alumnos o con nuestros hijos. Algunas de ellas:

- *“La juventud envejece, la inmadurez se supera, la ignorancia puede educarse y la borrachera despejarse; pero la estupidez dura para siempre”.* (Aristófanes)

- “El carácter de un hombre forma su destino. El fin depende del principio. El valor de una vida no se mide por un solo fracaso o un solo éxito aislado”.

- “Por más tropiezos que se tengan, un maestro siempre debe esperar que con el aprendizaje el carácter de un muchacho cambie y de ese modo el destino de un hombre. Un gran maestro tiene poca historia exterior para contar, pero su vida influye en otras vidas; los maestros son los pilares de la estructura íntima de las escuelas, son más importantes que sus piedras o vigas y continúan siendo una llama viva y una fuerza reveladora en la vida de los alumnos”.

- “Todos en algún momento nos vemos obligados a mirarnos en un espejo y ver cómo somos realmente, cara a cara con nuestra conciencia, frente a las virtudes y principios que propugnamos”.

El camino de la vida

Alguna vez leyeron, estoy seguro, el pensamiento de un bardo cuencano cuando el pueblo lloraba las muertes de los pasajeros de Andesa, nave incendiada en la cercanía de lo que hoy es el estadio de la ciudad de Cuenca: “No llores por quienes mueren incendiados, llorad por quienes viven apagados”. Lo peor que puede suceder a una sociedad es que su juventud se vuelva fofa, que muera su espíritu de lucha, que termine con sus ambiciones sanas, que rehúse la confrontación del pensamiento, que sea presa fácil de las leyes del mercado, de la alienación, del quememportismo, de los vicios, de la abulia. En el mes de enero de cada año, tenemos algunos millares de jóvenes, hombres y mujeres, que se incorporarán como bachilleres de la República del Ecuador; también los tecnológicos, las politécnicas y las universidades graduarán profesionales en diversos campos del saber y accionar. Una fuerza gigantesca, un cúmulo de voluntades con energía suficiente para inyectar vida a la modorra ciudadana, si todos estos jóvenes están dispuestos a vivir intensamente sus compromisos y a tener frente a sus miradas un camino claro y definido para recorrerlo, anclado en tradiciones, en principios y anhelos comunes. A estos jóvenes quiero recordarles, la letra de un vals del colombiano Héctor Ochoa Cárdenas (a este poema, declarado como “la canción colombiana del siglo XX”, se lo ha definido como un himno a los hijos, la familia, el amor y la vida).

“De prisa como el viento, van pasando/
los días y las noches de la infancia./
Un ángel nos depara sus cuidados, mientras sus
manos tejen las distancias./
Después llegan los años juveniles,/

los juegos, los amigos, el colegio./ El alma ya define sus perfiles,/ y empieza el corazón,/ de pronto a cultivar un sueño.

Y brotan como manantial las mieles del primer amor,/ el alma ya quiere volar y vuela tras una ilusión,/ y aprendemos que el dolor y la alegría/ son la esencia permanente de la vida./ Y luego cuando somos dos, en busca de un mismo ideal,/ formamos un nido de amor, refugio que se llama: hogar,/ y empezamos otra etapa del camino,/ un hombre, una mujer, unidos por la fe y la esperanza.

Los frutos de la unión que Dios bendijo/ alegran el hogar, con su presencia,/ a quién se quiere más, sino a los hijos,/ son la prolongación, de la existencia./ Después cuántos esfuerzos y desvelos,/ para que no les falte, nunca nada,/ para que cuando crezcan lleguen lejos,/ y puedan alcanzar, esa felicidad, tan anhelada.

Y luego cuando ellos se van, algunos sin decir adiós,/ el frío de la soledad, golpea nuestro corazón;/ es por eso amor mío que te pido,/ si llego a la vejez, que estés conmigo”.

De la obra del Dr. Francisco José Correa Bustamante, Antología musical, he sacado “El camino de la vida”, fuente fresca donde podemos beber sorbos sabrosos que vivifiquen y fortalezcan nuestra pertenencia al hogar y nuestro compromiso con nuestras propias vidas, con nuestras familias, con Dios y con la Patria.

“Que yo no pierda...”

Joffre, desde Nueva York; Cecilia, de algún rincón de esta ciudad; Fernando, de Santiago de Chile; José Regato, de Quito; José, desde Amsterdam; Sonia y Marlena, de la UEES; Mario, de Lima; Teresita, de Cuenca; y Miguel, de Chinguinda, alimentan con frecuencia mi correo electrónico unos con sesudas reflexiones, otros mediante el envío de textos, que yo los transcribo para su lectura; espero que estas líneas sirvan de pretexto sano para una tertulia familiar.

Con “Lindo mensaje”, José Medina nos entrega estas líneas: “Que Dios no permita que pierda el romanticismo, aun sabiendo que las rosas no hablan... Que yo no pierda el optimismo, aun sabiendo que el futuro que nos espera puede no ser tan alegre... Que yo no pierda las ganas de vivir, aun sabiendo que la vida es, en muchos momentos, dolorosa. Que yo no pierda las ganas de tener grandes amigos, aun sabiendo que, con las vueltas de la vida, ellos se terminan yendo... Que yo no pierda las ganas de ayudar a los demás, aun sabiendo que muchos son incapaces de ver, reconocer y retribuir esta ayuda.

Que yo no pierda el equilibrio, aun sabiendo que innumerables fuerzas quieren que me caiga... Que yo no pierda las ganas de amar, aun sabiendo que la persona que más amo puede no sentir lo mismo por mí... Que yo no pierda la luz y el brillo de la mirada, aun sabiendo que muchas cosas que veré en el mundo oscurecerán mis ojos... Que yo no pierda la garra, aun sabiendo que la derrota y la pérdida son dos adversarios extremadamente peligrosos... Que yo no pierda la razón, aun sabiendo que las

tentaciones de la vida son innumerables y deliciosas... Que yo no pierda el sentido de justicia, aun sabiendo que el perjudicado pueda ser yo... Que yo no pierda la belleza y alegría de ver, aun sabiendo que muchas lágrimas brotarán de mis ojos y se escurrirán por mi alma...

Que yo no pierda el amor por mi familia, aun sabiendo que ella muchas veces me exigirá esfuerzos increíbles para mantener su armonía... Que yo no pierda las ganas de dar este enorme amor que existe en mi corazón, aun sabiendo que muchas veces será sometido a un rechazo... Que yo no pierda las ganas de ser grande, aun sabiendo que el mundo es pequeño... Y encima de todo... que yo jamás olvide que Dios me ama infinitamente. Que un pequeño grano de alegría es esperanza dentro de cada uno y es capaz de cambiar y transformar cualquier cosa, pues la vida se construye con los sueños y se concreta en el amor”.

Desmenucen el contenido de cada una de estas frases; ellas contienen una cantera muy rica de sabiduría; compartan estas líneas con sus hijos, con sus amigos, con sus alumnos, con las personas que más amen.

Trabajo y vida personal

Una vez alguien preguntó a un amigo que residía en el exterior cómo le iba en su trabajo; la respuesta fue “bien, tranquilo”. ¿Por qué tranquilo?, se le preguntó: “Allá se entra muy puntualmente, pero se debe salir también a la hora precisa. Si te quedas a trabajar más tiempo, tu jefe empieza a dudar de tu capacidad y ofrece quitarte el trabajo.

El trabajo que se asigna es para realizarlo en las horas que debes permanecer en la oficina y a la empresa le interesa que quienes trabajan ahí tengan vida personal y equilibrio emocional. Esa vida personal empieza a la seis de la tarde”:

Esto coincide con un programa de televisión que me tocó ver por cable en días pasados. Fue una reunión de expertos en relaciones laborales y la gran discusión eran los horarios de trabajo que se han alterado en muchos países.

Uno de los expertos dijo: “El trabajo no debe sustituir jamás la vida personal del trabajador”. Y explicó por qué: La única posibilidad de encontrar un equilibrio necesario para que una persona sea sana en lo psicológico, emocional e intelectual, es que le dedique tanto tiempo a sus relaciones personales como a sus relaciones laborales.

Otro de los expertos señaló algunas de las cuestiones que deberían encender la alarma en cualquier institución o empresa, porque son síntomas de que algo anda mal: exceso de juntas, particularmente de aquellas en las que se discute mucho pero

no se llega a nada concreto. Planes y programas muy bien elaborados que rara vez toman forma. Premiar al que permanece trabajando dos o tres horas más después de la hora de salida que, según el experto, puede ser por cuatro razones: porque no le alcanza el tiempo (síntoma de ineficiencia o incapacidad por parte del trabajador); porque se ha asignado más trabajo del que debe tener ese puesto (síntoma de ineficiencia de quien asigna el trabajo); porque hizo cosas ajenas al trabajo durante el tiempo de este y por lo tanto tiene que reponer el tiempo perdido; por el efecto dominó (cualquiera de las tres opciones antes mencionadas sucede con alguien y afecta el trabajo de otros).

Males enraizados en empresas privadas: los ejecutivos o directivos deben estar siempre disponibles, a cualquier hora del día y en cualquier día de la semana, para lo cual se les obliga a cargar un rastreador, celular o beeper. ¿Consecuencias? Alto índice de divorcios, infartos, crisis nerviosas, gastritis, migrañas; el trabajo deja de ser placentero, se convierte en suplicio; el hogar es el perjudicado. Vale recordar esta máxima: "El trabajo se queda y otra persona toma tu lugar; nadie es indispensable en una compañía. ¡En tu hogar nadie toma tu lugar y tú sí eres indispensable en él!"

Este es un trabajo adaptado de National Post USA. Las verdades ocultas en las líneas de estas reflexiones le corresponde descubrir a cada lector, sea este empresario o trabaje con un empresario; el orden, la concentración, la planificación, la puntualidad, el espíritu de trabajo son virtudes que hacen que las horas de una jornada laboral sean más que suficientes.

Un poco de filosofía existencial

La capacidad del ser humano para asimilar conceptos y generar conocimientos es asombrosa. Las fachadas, que son nuestros rostros, esconden mundos internos desconocidos aun para los mismos dueños de esos ojos brillantes o de ese rostro pensativo. Cada uno de nosotros es portador de un mundo inmenso de recuerdos, de experiencias, de conceptos estudiados, de proyectos; mientras tenemos la posibilidad de evocar esos recuerdos y aprendizajes, de sacarlos de nuestra bodega personal para convertirlos en instrumentos para nuevas ideas y acciones, debemos sentirnos afortunados.

“Los sabios son los que buscan la sabiduría. Los necios piensan haberla encontrado”. (Napoleón Bonaparte). El saber tiene que convertirse en una actitud, no en un momento o en una época de estudio. Tener sed de saber, de conocer; levantarse por las mañanas con la decisión de encontrar respuestas a dudas, cavilaciones e interrogantes; de ahondar temas que fueron superficialmente aprendidos; de conocer un poco más del mundo en que vivimos, son hitos que nos conducen a la sabiduría.

Las actitudes superficiales y el desconocimiento, a veces fruto de pereza mental, nos conducen a aplaudir discursos inconsistentes que invitan a soñar despiertos, a creer ingenuamente en promesas mágicas y a votar por quienes ofrecen solucionar todos los problemas de un país digno de mejor suerte. Así encumbramos presidentes. Cuando pasan los meses, cuando viene la decepción por el contraste entre lo prometido y lo

realizado, entonces se cree que botar presidentes es la única solución y de este modo, superficialmente, iniciamos un círculo vicioso espantoso.

Debemos perseguir la verdad, buscarla a sol y sombra, convertirla en compañera de todos los días, en asistente de toda decisión significativa; es sabio reconocernos imperfectos para buscar la perfección; sabernos inacabados y aspirar a una exigente realización personal.

Quienes disfrutamos con un texto bien escrito; quienes participamos de una conversación inteligente; quienes leemos un buen libro debemos hacer algo más que aprender un nuevo concepto, de enriquecernos con una nueva idea; solamente cuando esa nueva idea es revestida con nuestros sentimientos y se convierte en una actitud, solo entonces la idea llega a nuestras vidas y produce un cambio importante en nuestros comportamientos.

¿Qué entendemos por pobreza, por indigencia? Todos lo sabemos con seguridad, pero no todos hemos ido más allá del concepto. Cuando sufrimos con quienes sufren; cuando nuestro espíritu se estremece frente a un niño desnutrido, frente a los niños trabajadores; cuando el dolor nos interroga y el sufrimiento de los demás nos golpea, entonces además de los conceptos de dolor, pobreza o indigencia, nuestros sentimientos nos conducen a una actitud permanente de luchar para remediar los males que aquejan a los demás, haciendo aquello que desde el rol que desempeñamos en la vida podemos hacer. Si obramos de este modo, las investigaciones que realizamos concluyen en cambios de comportamientos; las estadísticas que revelan la realidad de nuestro Ecuador se convierten en instrumento de decisiones en bien de los demás. Es crucial que aspiremos a un futuro de paz, libertad, democracia y equidad para todos.

Regalos de rabia y de rencor

Les presento, una pequeña historia. El mensaje es útil, sencillo y tiene connotaciones fáciles de entender. Esto de aprender por ejemplos, historietas, experiencias ajenas, frases célebres o tertulias enjundiosas, es una vieja usanza que cada día tiene más adeptos. Parece que el mundo se está cansando de correr con tanto frenesí y locura, pues empieza a ensayar métodos para hacer las cosas con mayor lentitud, a un ritmo moderado, retomando costumbres que poco a poco se han ido quedando arrinconadas.

“Érase una vez un profesor muy estricto, conocido también por sus alumnos como un hombre justo y comprensivo. Al terminar la clase de fin de año, mientras el maestro organizaba unos documentos encima de su escritorio, se le acercó uno de sus alumnos y en forma desafiante le dijo: ‘Profesor, lo que me alegra de haber terminado las clases, es que no tendré que escuchar más sus tonterías y podré descansar de ver su cara aburrida’; el alumno estaba erguido, con semblante arrogante, en espera de que el maestro reaccionara ofendido y descontrolado. El profesor miró al alumno por un instante y en forma muy tranquila le preguntó: –¿Cuando alguien te ofrece algo que no quieres, lo recibes? –el alumno quedó desconcertado por la calidez de la respuesta–. –Por supuesto que no –contestó de nuevo, en tono despectivo, el muchacho. –Bueno –prosiguió el profesor–, cuando alguien intenta ofenderme o me dice algo desagradable, me está ofreciendo ‘algo’; en tu caso, me ofreces una emoción de rabia y rencor, que puedo decidir no aceptar’. –Confundido y aturdido el alumno dijo–: –Profesor no entiendo

a qué se refiere. –Muy sencillo –replicó el profesor–, tú me estás ofreciendo rabia y desprecio y si yo me siento ofendido o me pongo furioso, estaré aceptando tu regalo. Y yo, mi amigo, en verdad, prefiero obsequiarme mi propia serenidad.

–¡Muchacho! –concluyó el profesor en tono gentil– La vida nos da la libertad de amargarnos o de ser felices. Tu rabia pasará, pero no trates de dejarla conmigo, porque no me interesa. Yo no puedo controlar lo que tú llevas en tu corazón, pero de mí depende lo que yo cargo en el mío. Cada día, en todo momento, tú puedes escoger qué emociones o sentimientos quieres poner dentro de ti, y lo que elijas, lo tendrás hasta que decidas cambiarlo, porque es tan grande la libertad que nos da la vida... que hasta tenemos la opción de amargarnos o de ser felices.

Con frecuencia nos encontramos con gente que destila odio contra todo y contra todos. Nada está bien. Todo debe cambiar. La gente que odia merece comprensión y lástima porque arrastra decepciones, venganzas, múltiples frustraciones. Interesante tarea para padres de familia y maestros: velar porque nuestros estudiantes no llenen sus corazones con emociones negativas que corroen el espíritu; ellos necesitan en qué soñar, en qué confiar, un puerto de paz donde construir sus vidas. Quienes buscan la justicia social pueden encontrarla en las canteras del respeto, del amor y la paz.

Raíces de libertad

La complejidad intrínseca del ser humano se explica por un amasijo de concepciones y voliciones que desde temprana edad van estructurando el descubrimiento de su individualidad. El cómo y el por qué de nuestra aparición en el universo es punto de partida para decisiones vitales; no ingresamos al reino de los vivos por voluntad propia ni supimos el por qué ni el para qué éramos convidados a la mesa de la vida. Simplemente nacimos y luego se inició un proceso de domesticación afectuosa que un buen día nos hiciese entender que fuimos seres deseados y amados aun antes de ser concebidos. Pero esta historia, inconscientemente, es la que todo humano no la quiere reeditar, pues afanosamente buscamos ser dueños de nuestros actos, gobernar nuestras vidas, trascender en el espacio y el tiempo que nos toque desempeñarnos.

Los años de formación del ser humano exceden en mucho a la preparación para la vida del resto de los seres vivientes; durante doce o quince años aprendemos a entender nuestro complejo mundo psíquico, a conocernos y a entrenar nuestra voluntad para que el cuerpo pueda estar al servicio del espíritu, para quienes un día aceptamos que somos cuerpo y alma. Los largos años de formación, que en ocasiones duran toda una vida, van de la mano con el deseo intrínseco de saberse libres y de gradualmente obtener una maestría en el uso de todas las libertades inherentes a la realización de la persona humana; este ejercicio paulatino de una libertad cada día más amplia convierte la potencialidad en acto, para dejar de ser la libertad un tema de proclamas, canciones y monumentos y convertirse

en el hilo conductor o en el telón de fondo de la existencia humana.

Pido permiso al Diccionario Enciclopédico (Edit. Herder) para apropiarme de una definición que viene al caso, que coincide con mi manera de pensar y que concuerda con el tema motivo de este análisis: “La libertad se considera componente esencial del ser del hombre, ya que da significado a la existencia y específica y caracteriza el obrar del hombre: obrar que, por libre, se hace moral”.

Vale la pena dedicar unos renglones a la ampliación de este concepto. Cuando se dice que la libertad “se considera componente esencial del ser del hombre”, se afirma algo que trasciende toda apreciación ligera o apresurada; algo es esencial cuando no puede faltar para que un hecho, fenómeno o realidad se haga presente; para que exista el aire y podamos respirar, debe estar presente el oxígeno, en consecuencia, sin oxígeno no existe aire y sin aire no existe vida; un hombre o mujer sin libertad carece de algo esencial para que pueda ser considerado como un hombre o mujer verdaderamente humanos. Estas reflexiones, a su vez, nos conducen a la afirmación de que misión primordial de los humanos es conquistar la libertad y una vez conquistada, defenderla con toda energía a fin de no ser privados de algo que constituye su propia esencia.

El totalitarismo siempre es miope. La miopía no permite mirar más allá de las propias narices. La miopía alienta y engorda toda egolatría.

El bien y el mal

“**C**uando la doblez, banalidad y egolatría se imponen como fuentes alimentadoras de la información nacional, bien vale detenerse en los renglones que siguen para regresar sobre cuestionamientos existenciales que piden una postura personal”.

“Un profesor de la Universidad de Berlín sorprendió a sus alumnos con la siguiente pregunta: ¿Dios creó todo lo que existe? Alguien respondió: Sí, Él lo creó. ¿Dios realmente creó todo lo que existe?, preguntó nuevamente el maestro. Sí señor, respondió el joven. Si Dios creó todo lo que existe, entonces Dios hizo el mal, ya que el mal existe; si establecemos que nuestras obras son un reflejo de nosotros mismos, entonces Dios es malo, replicó el maestro. El joven se calló. Cuando el maestro se regocijaba de haber probado que la fe era un mito, otro estudiante levantó la mano y dijo: ¿puedo hacerle una pregunta, profesor? Lógico, fue la respuesta. El joven se paró y preguntó: Profesor, ¿el frío existe? Qué pregunta, claro que existe, ¿o acaso nunca sentiste frío? El muchacho respondió: el frío no existe; lo que consideramos frío, es la ausencia de calor. Todo cuerpo u objeto es factible de estudio cuando posee o transmite energía; el calor es lo que hace que este cuerpo tenga o transmita energía. El cero absoluto es la ausencia total de calor; todos los cuerpos quedan inertes, incapaces de reaccionar, pero el frío no existe. Nosotros creamos esa definición para describir cómo nos sentimos cuando no tenemos calor.

¿Existe la oscuridad?, continuó el joven. Naturalmente, replicó el profesor. La oscuridad tampoco existe, dijo el estudiante. La oscuridad, en realidad, es la ausencia de luz. La luz la podemos estudiar, la oscuridad, no. ¿Cómo se puede saber qué tan oscuro está un espacio determinado? Con base en la cantidad de luz presente en ese espacio. La oscuridad es una definición utilizada por el hombre para describir qué ocurre cuando hay ausencia de luz.

Finalmente, el joven preguntó al profesor: Señor, ¿el mal existe? El profesor respondió: Como afirmé al inicio, vemos estupro, crímenes, violencia en todo el mundo; esas cosas son del mal. El estudiante respondió: el mal no existe, señor, o por lo menos no existe por sí mismo. El mal es simplemente la ausencia del bien... De conformidad con los anteriores casos, el mal es una definición que el hombre inventó para describir la ausencia de Dios. Dios no creó el mal. El mal es el resultado de la ausencia de Dios en el corazón de los seres humanos. Es igual a lo que ocurre con el frío cuando no hay calor, o con la oscuridad cuando no hay luz. El joven fue aplaudido de pie, y el maestro, moviendo la cabeza, permaneció en silencio. El rector de la Universidad, preguntó al joven por su nombre. Me llamo Albert Einstein, fue la respuesta”.

Contagiarse de grandeza, abandonar el charco de trivialidades para escalar empinadas cumbres de autorrealización; cerrar los oídos a fabricantes de espejismos y mentiras para abrirlos a la verdad, solidaridad y justicia, son parte de los empeños de ecuatorianos honestos que decidieron no claudicar.

Botellón mágico

Marcelo Noboa Fiallo, quiteño de cepa, es profesor de la Universidad de Salamanca y está afincado en España desde hace muchos años, antes de que se iniciara el éxodo por la debacle financiera en Ecuador. Marcelo nació con alma de gitano y el mundo le resultó pequeño para explorarlo; finalmente plantó su tienda por esos lares y allá está, felizmente realizado. Transcribo un texto enviado por él.

“Un profesor de filosofía cogió un botellón de vidrio y lo llenó con pelotas de golf; después preguntó a los estudiantes si el botellón estaba lleno; ellos dijeron que sí. El profesor cogió una caja llena de perdigones o balines y los vació dentro del botellón. Estos llenaron los espacios vacíos que quedaban entre las pelotas de golf. El profesor volvió a preguntar a los estudiantes si el botellón estaba lleno, y ellos contestaron que sí. Después el profesor cogió una caja con arena y la vació dentro. Por supuesto que la arena llenó todos los espacios vacíos y el profesor volvió a preguntar si el botellón estaba lleno. En esta ocasión los estudiantes le respondieron con un sí unánime. El profesor, rápidamente añadió dos cervezas al contenido del botellón y efectivamente, el líquido llenó todos los espacios vacíos entre la arena.

El profesor les dijo: este botellón representa la vida. Las pelotas de golf son las cosas importantes como la familia, los hijos, la salud, los amigos, el amor, cosas que te apasionan. Son cosas que, aunque perdiéramos el resto, nuestras vidas aún estarían llenas. Los perdigones son las otras cosas que nos importan,

como el trabajo, la casa, el coche. La arena es el resto de las pequeñas cosas. Si primero pusieramos la arena en el bote, no habría espacio para los perdigones ni para las pelotas de golf. Lo mismo sucede con la vida. Si utilizáramos todo nuestro tiempo y energía en las cosas pequeñas, no tendríamos nunca lugar para las cosas realmente importantes. Presta atención a las cosas que son cruciales para tu felicidad. Juega con tus hijos, concédete tiempo para ir al médico, ve con tu pareja a cenar, practica tu deporte o tu afición favorita. Siempre habrá tiempo para limpiar la casa, para reparar la llave del agua. Ocúpate primero de las pelotas de golf, de las cosas que realmente te importan. Establece tus prioridades, el resto solo es arena. Uno de los estudiantes levantó la mano y preguntó qué representaban las cervezas. El profesor sonrió y le dijo: “Me encanta que me hagas esta pregunta. La cerveza es para demostrar que aunque tu vida te parezca llena, siempre hay un lugar para dos bielas con un amigo”.

Lo narrado es suficientemente claro como para ser comprendido por todo mortal.

Cuando nos veamos envueltos en mil proyectos, copado nuestro tiempo con reuniones y actividades diversas, llenos nuestros bolsillos de dinero y, a pesar de esto, sintamos muy adentro de nuestra alma un vacío gigante, es hora de detenerse y reflexionar.

Palabras y sentencias

Las palabras vienen después de las ideas; estas se sirven de aquellas para hacerse públicas, para darse a conocer, porque las palabras bien usadas son preciosos instrumentos de comunión entre los humanos; sirven para unir familias, para aglutinar ideales, para forjar voluntades compactas de una nación en busca de un futuro digno y prometedor. Todo esto hace la palabra, sin olvidarse que también destruye, corroe, desestabiliza, enciende odios y revanchas, aniquila conquistas, desbarata ilusiones y proyectos. Palabras para el bien o para el mal son de responsabilidad de cada emisor, grande o pequeño, gerente o albañil, alumno o profesor, presidente o comisionado.

Para común reflexión les entrego muchas palabras que transportan ideas, algunas de mi cosecha en tierra propia, otras de cosecha en aldeas ajenas y finalmente, otras que han permitido que los años pasen sobre ellas sin desdibujar su contenido ideal; estas últimas son las sentencias. Vamos con las primeras.

- ¿Significará un día algo trascendental “la revolución ciudadana”? ¿Se consagrará “la revolución ciudadana” (TA) como una verdad? El tiempo lo dirá. Las palabras no tienen prisa, saben esperar la confirmación de los hechos. Si al final no son más que palabras se esfumarán sin dejar huellas; habrán sido palabras huecas, vacías de contenidos, estériles, dignas del bla, bla, bla, tan desprestigiado y tan en boga.

- “No hay más plazo para atraso de obras públicas... El único que va a aprobar plazos soy yo”, dice nuestro Presidente, luego

de anunciar el retorno del ingeniero Jorge Marún, responsable de la vialidad. En su ausencia, me había palanqueado su puesto con el fin de que la carretera Sígsig-Gualaquiza (92 km) se concluya luego de 54 años de su primera piedra; es por esto, quizá, que me aterran las primeras piedras.

- Para que las intenciones del Presidente se transparenten es menester “conocer los plazos” de ejecución de las obras. El ministro Marún me ofreció enviarlos, dispuso a su secretaria que lo hiciera, ella dijo habérmelos enviado, jamás llegaron ni vía internet, ni por correo normal. Vamos a ver qué pasa, señor Ministro. Le informo que en la vía Puerto Inca-Molleturo-Cuenca: nadita de nada; por Cochancay: un riesgo, una aventura; por Pasaje: entre bien y mal. El transporte terrestre hacia Cuenca, desde el Litoral y desde Loja, sigue siendo una ruleta rusa luego de casi dos años de gobierno. Cruda realidad. No dudo que existan proyectos, quizá contratos firmados: necesitamos verlos, hacerlos públicos, para que todos sepamos que sí existen buenas intenciones, es decir, que las palabras, ya son intenciones, o mejor, proyectos.

- Unas pocas sentencias: “La vida no se mide por los descansos que tomamos, sino por los momentos que te roban el aliento” (Anónimo). “Las grandes almas tienen voluntades, las débiles tan solo deseos” (Proverbio chino); “Si te sientes solo es porque construiste muros en vez de puentes” (Anónimo); “La verdadera sabiduría está en reconocer la propia ignorancia” (Sócrates); “¿Quieres ser feliz por un instante? ¡Véngate! ¿Quieres ser feliz para siempre? ¡Perdona!” (Tertuliano); “Cuanto más pequeño es el corazón, más odio alberga” (Víctor Hugo).

Una doctrina vulnerable

Las musas tienen el don de salirse de los parámetros normales, porque son etéreas, transforman realidades a su antojo, incluso las distorsionan sin perder el encanto de la inspiración, camino efectivo hacia el reino de lo inmaterial, de lo bello, intangible, sublime e inmarcesible; los pintores, escultores, músicos y poetas juegan con las musas, siguen sus veleidades, les acompañan en sus arrebatos y terminan cuajando en obras sus impulsos, sus sueños, sus pesadillas, sus amaneceres, su ayer, su hoy y el mañana de pasado mañana. Así son las musas y benditos los poetas que conviven con ellas porque tienen cerca de sí el talismán para trascender al mundo, para morar en castillos y palacios de encanto.

De vez en cuando divago sobre tópicos, en apariencia, obsoletos; para estos temas las musas se declaran incompetentes; todos tenemos la tarea, apoyados por la razón, de reflexionar incansablemente para encontrar la verdad; la humanidad no puede aventurarse a experimentar un “feriado conceptual ni axiológico”, pues sería poner en riesgo un largo y tormentoso proceso de evolución.

El fin de semana navegué por internet; pude contactarme con tratadistas, filósofos, políticos, autores varios; el pretexto fue entender la frase “el fin no justifica los medios”; nadie, en sano juicio, defiende lo contrario, es decir, que el fin sí justifica los medios; ellos razonan de manera fácil y convincente: para conseguir algo bueno no se puede hacer algo malo, porque el mal nunca debe hacerse, no importa si con él se consigue algo

bueno. No se debe copiar en un examen para aprobar el año escolar, a pesar de que aprobar el año es un bien apetecido; el medio que se usa –la copia– cambia radicalmente la bondad del efecto alcanzado; dar seguridad y comodidad económicas al hogar es plausible, sin embargo, se torna en algo malo si para esto se realizan acciones ilícitas; aliviar los dolores de un enfermo siempre será bondadoso, a menos que se le quite la vida para que no sufra más.

En estos ejemplos, los medios usados –copia, acciones ilícitas, homicidio– al ser esencialmente malos, vician las intenciones buenas, las convierten en acciones malas: el fin (bueno, santo y justo) no hace que una acción mala se convierta en buena.

“El fin no justifica los medios” es un candado que impide que la locura y la insensatez anden sueltas y desbocadas.

Los cambios que el Ecuador requiere no pueden esperar más; la sensatez, la cordura y el sano juicio deben acompañarlos. Es imprescindible entender que el pueblo masivamente se pronunció por el cambio. “Sí a nuevas leyes. Sí a la corrección de viejos males. Sí a un nuevo ordenamiento político, social y económico. Sí a la despoltización de los organismos de control. Sí a la educación, a la salud, al pago de la deuda social. Sí al diálogo, a la comprensión, al entendimiento, a la razón, a la tolerancia, a la búsqueda de la verdad”.

Capítulo quinto

I *nmanencia*
y trascendencia

¿Qué es la credibilidad?

Con frecuencia los humanos necesitamos momentos de reflexión para sacar lo que anida en el corazón y como los humanos, por lo general, somos gente buena y bien intencionada, en esos “instantes” afloran los sentimientos de simpatía, de consideración, de beneplácito, de admiración, de respeto, de cariño, de gratitud y de cuantos otros gestos bellos que caben en espíritus gratos.

En ocasiones, diferencias de criterios o discrepancias de apreciaciones, bien pueden llevarnos a entorpecer relaciones interpersonales mantenidas durante mucho tiempo. Para esas horas es importante mirar la historia y a su luz, evaluar actitudes o concepciones. Me gusta ser partidario del optimismo y siempre espero, aun en los conflictos más serios entre padres de familia o en la relación de ellos con sus hijos, que aflore el amor filial, paternal o maternal y triunfe la concordia. Igual pienso de otras diferencias que puedan surgir.

Es bueno saber lo grato que debemos sentirnos por haber nacido humanos, dotados de cerebro y corazón; lo agradecidos con Dios por el don de la fe, porque hay personas que aun queriendo creer no pueden hacerlo. Estas consideraciones nos llevaron a jugosas conclusiones que creo oportuno entregarlas:

- Yo creo profundamente en Dios, creo en mí país y lo amo intensamente, creo en los seres humanos; tengo fe en mí mismo, en mis intenciones y en mis proyecciones; la fe alimenta mi esperanza y esta hace que convierta mis energías en amor a la niñez y a la juventud.

- Las personas y las instituciones un momento dado se vuelven creíbles, es decir dignas de credibilidad.

- Sencillamente creemos en la Junta de Beneficencia, por ejemplo, porque durante algo más de un siglo nos brindó un servicio de calidad en beneficio de los más pobres, por esto creemos en ella y nadie puede quitarnos esa credibilidad. Esto mismo pasa con ciertos amigos nuestros, maestros, hermanos o con nuestros padres: son dignos de fe porque nunca nos defraudaron, nunca dudamos de ellos. La credibilidad no se compra, no se hereda. La credibilidad se la trabaja en el yunque del esfuerzo diario, la credibilidad surge de los labios de las personas que nos invitan a vivir valores que ellas los encarnan, la credibilidad está al final de un camino, es la cosecha de una siembra paciente y generosa.

- Alguna vez oí este aserto atribuido al cardenal Newman: "Para quien cree mil objeciones no constituyen una duda y para quien no cree, mil argumentos no hacen una verdad". La fe es una llave de enormes poderes.

El mundo necesita creer. Los humanos debemos ser sembradores de fe en la humanidad, en un Ser Supremo, en nuestra niñez y juventud y en nuestro país. Ecuador requiere de nosotros; necesita que creamos en su destino; necesita de ciudadanos prestos a integrar un manojito de voluntades dispuestas a trabajar mancomunadamente para restaurar la fe en nuestro porvenir.

¡Sangre y muerte!

Un cuerpo sangrante pende de dos maderos cruzados, en una tarde fría y triste, en el Gólgota; su recuerdo me inquieta sobremanera, siempre me inquietó. Nunca acepté la existencia de humanos que intencionalmente tratan de destruir una vida; desde mi atalaya jamás perdoné, nunca perdonaré a quienes la tarde de un viernes cualquiera, consagrado por la posteridad como Viernes Santo, decidieron y ejecutaron la muerte de un inocente que luego supieron que era de verdad Jesús, el hijo de José el carpintero y también el Hijo de Dios.

La interrupción de una vida, sin importar el mecanismo que se use para tal efecto, es abominable. Conozco que hoy existen empresas que se encargan de truncar caminos, de matar ilusiones... de terminar con la vida de un humano “de un pepazo”. Me pregunto, ¿qué nos pasa a los humanos?, ¿cuándo perdimos la sensibilidad?, ¿en qué rincón del camino de la humanidad se nos quedaron la bondad, la hermandad universal, el amor a la propia raza, el respeto por la creación?

Vivimos en la actualidad la época de las grandes reingenierías, hoy se pretende haber encontrado remedio para viejos males; se inventan palabras necesarias para denominar procesos nuevos y con ellos se proclaman políticas esotéricas, metas inquietantes. Muy a pesar de los avances de la tecnología, nos enfrentamos a un retroceso espantoso en todo lo referente al proceso de “hominización” emprendido hace milenios. Las conquistas de avanzados laboratorios de experimentación, al igual que los devaneos de quienes se sienten con ínfulas para proclamar que encontraron el paraíso perdido, no marcan un paso hacia delante sino un peligroso estancamiento y, en algunos casos, un retroceso manifiesto.

Lo nuevo no es sinónimo de ventajoso; lo moderno no es necesariamente una conquista; lo técnico no se equipara con lo conveniente; la reingeniería no equivale a progreso. El humanismo y la modernidad desde hace mucho tiempo que no se entienden, trabajan para amos diversos, no tienen metas comunes, viven un divorcio peligroso que lentamente arrastra a la colectividad hacia la época de las cavernas.

La irresponsabilidad de los humanos respecto a su propia especie se ha presentado a lo largo de su historia; fueron las hordas salvajes que terminaron con generaciones; fue en el coliseo romano donde se mató a los esclavos por placer; fueron los campos de concentración donde se exterminó por concepciones filosóficas erróneas, donde seudocientíficos experimentaron con cuerpos humanos. El terrorismo de hoy termina en contados minutos con miles de vidas y es la droga, negocio muy lucrativo, la que lentamente mata a la juventud del planeta. Hoy la vida vale menos que ayer. Los sueños pueden terminar en una esquina cualquiera. El Viernes Santo continúa. Las crucifixiones no concluyen.

Amo la vida. Nunca podría truncar una existencia. Mi ser profundo se rebela, no acepta la idea. Frente al crucificado del Gólgota, sin embargo, debo confesar que, algunas veces, sin matar físicamente lastimé a personas clavándolas a una cruz donde viven atadas a consecuencias que quizá ayudé a propiciarlas.

Quiero pedir: perdón al hermano que por un gesto o palabra mía, perdió la esperanza; perdón al amigo a quien una broma le supo a insulto y hoy se siente herido, muy dolido; perdón al maestro a quien no ayudé oportunamente; perdón al estudiante a quien no le brindé todo el cariño y amor que necesitaba; a quien no le di el tiempo que me pidió; perdón a mis lectores, por mis obsesiones e impertinencias.

Pasión de Mel Gibson

La semana pasada, más de 100 maestros nos reunimos para ver la Pasión de Mel Gibson y participar luego en un foro que resultó por demás interesante. Rodi Campozano, profesor dirigente y maestro de computación, un buen día me preguntó: “¿Qué vamos a contestar si nuestros alumnos nos preguntan algo sobre la controvertida película de Gibson?; creo que valdría la pena reunirnos y encontrar respuestas similares como institución educativa”. Me encantó la iniciativa y aquella reunión se hizo, más o menos, con estas conclusiones que hoy comparto con ustedes.

–La película se ciñe a una realidad histórica, a un acontecimiento narrado por los cuatro evangelistas; el capítulo 53 del libro sagrado de Isaías, en el Antiguo Testamento, no es otra cosa que una visión dantesca de los dolores y horrores de una pasión vaticinada muy tempranamente. El pueblo judío y el ejército romano son protagonistas y comparten responsabilidades históricas.

El cine se estructura a base de imágenes; cine clásico de excelente factura es aquel que incluso prescinde de la palabra porque no es necesaria para transmitir lo que el director intenta comunicar a los espectadores.

La película es ciertamente dura porque contiene imágenes que lastiman nuestra sensibilidad; como nunca antes, se dedican dos horas a presentar el ajusticiamiento y muerte de Jesús. Nos habíamos acostumbrado al cine al más puro estilo americano,

que nos narraba la vida de Jesús con escenas tiernas, con artistas rubios de ojos azules, con ropajes deslumbrantes y con luces a todo color, donde “también” se incluían escenas de la pasión y muerte de Jesús, escenas breves que ciertamente no lograron representar toda la saña y crueldad de quienes ajusticiaron a Jesús.

– Se ha dicho que si una cámara oculta hubiese captado las horas de lapidación, el tránsito al Calvario y la muerte en la cruz, con seguridad Mel Gibson se hubiese quedado corto en la presentación de la crueldad y maldad reflejadas en hechos, dichos y actitudes de quienes tuvieron a su cargo el castigo a Jesús; el mayor mérito de la película es darnos una imagen cercana del sufrimiento de nuestro Redentor.

– Finalmente, pensamos que es una forma distinta de empezar a ver lo que en realidad significó la liberación de nuestras culpas. En una escena que se interpola, casi al final de la película, Jesús habla, mucho antes de su Pasión: “Un mandamiento os dejo, un mandamiento os doy: amaos los unos a los otros como yo os amé”.

En ese contexto de sangre, tortura, crueldad y maldad que se respira por todos los costados, en la obra de Mel Gibson se entiende cómo amó, de verdad, Jesús: hasta dar la vida por los suyos en la forma como Él la dio...

Tres madres que amo

Venid y vamos todos con flores a María, con flores a porfía..."; dejemos a un lado la vorágine de cada día; remontémonos a la infancia quienes, de una u otra forma, tuvimos una formación cristiano-católica; quizá todavía estemos en capacidad de recordar, en la sencillez de nuestra infancia o en las complejidades de nuestra adolescencia, esos espacios íntimos de paz, de entrega, de amor y de pertenencia a la Virgen María, a quien nos encomendaron nuestras madres terrenas y de quien, unos más, otros menos, recibimos testimonios de protección.

Junto a nuestras camas, pendiente en nuestros automóviles o escondida en la billetera que los varones llevamos al bolsillo, o en sus carteras las damas, está la imagen de aquella mujer que representa a la Madre de Dios bajo alguna de las denominaciones: para el pichinchano, la Virgen del Quinche; para el lojano, la Virgen del Cisne; para el azuayo, la Virgen Auxiliadora; la Virgen de la Nube o del Rocío, en Cañar. Los ex alumnos jesuitas no se despegan de la Dolorosa del Colegio, los salesianos de la Auxiliadora, los mercedarios de la Virgen de las Mercedes; cada pueblo, cada institución o persona han buscado una imagen que represente a la Virgen de sus amores y que sea su madre y protectora.

Han desaparecido ya los pilares y estructura de la vieja escuelita Alberto Castagnoli, en el Sígsig; la modernidad ha buscado el cemento y ha relegado la madera; perduran, sin embargo, los recuerdos de aquello que aprendimos en sus aulas de

maderas crujientes porque entre esas paredes se modelaron las costumbres que marcaron nuestras vidas. Allí nos enseñaron a querer a las “tres madres” de todo hijo bien nacido: a nuestra madre biológica que nos dio la vida, a la madre Patria que fue nuestra cuna y a la madre de Dios y madre nuestra.

Mayo en el mundo, de manera muy especial en la serranía ecuatoriana, es el mes de las flores, de los cantos, de las mieses en sazón, de la cosecha de la fruta, de las primeras comuniones y, en tierra morlaca, de los rezos y cantos, rosarios de la aurora y peregrinajes en torno a la fiesta de María Auxiliadora, cada 24 de mayo.

Es importante recordar que en la mente, de la niñez y de la juventud, se imprimen estas experiencias para siempre y resultan grabaciones de fácil evocación. Esto es lo que padres, madres de familia y demás educadores tenemos que hacer: grabar en esas tiernas mentes recuerdos gratos, experiencias ricas y bondadosas, pensamientos y poemas que perduren y alimenten los espíritus para toda la vida.

La Virgen Auxiliadora de Tudul (Sígsg), mi madre terrena que ya está en el cielo y la Patria, a quien amo por sobre todos los mares y continentes, forman la trilogía que ancló sentimientos y convicciones en mi vida. No amar a quien nos dio la vida, resulta incomprensible e imperdonable; no amar a la Patria es sentir la orfandad del paria; no amar a la Madre de Dios que nos trajo a Jesús, es no entender la maravilla de la creación.

Los colores de mayo

Mayo tendrá los colores que nosotros le queramos dar: colores alegres, colores tristes, colores que guardan recuerdos o colores amorfos, simplemente colores. No sé qué recuerdos y qué sentimientos llevan ustedes anexados a la presencia de este mes; yo quiero entregarles los míos, a sabiendas de que posiblemente no compartamos del todo el conjunto de vivencias.

Este enfoque se basa en mi formación personal, en las tradiciones familiares, en haber nacido en la serranía y en vivir, desde 1980 ininterrumpidamente, en Guayaquil.

Cuando regreso mentalmente a la escolita Alberto Castagnoli del cantón Sígsig, me encuentro sentado en sus bancos con mis compañeros de ese tiempo que ahora, tímidamente, sobrepasamos ya las siete décadas de existencia. Maestros de la talla de los Arcentales, los González, los Moreno, Narea o Aguirre, sembraron en nosotros dos grandes amores: el amor a la Virgen Auxiliadora y el amor a la Patria, dos motivos suficientes para pintar este mes de amarillo, azul y rojo y de todos los colores que sugiere aquella canción que me parece aún oírla resonar en el Santuario de Tudul, en la iglesia aldeaña a mi escolita: “Venid y vamos todos con flores a María, con flores a porfía que madre nuestra es...”; en mi retina llevo impresas las imágenes de las romerías y procesiones y de aquellas frías madrugadas del “rosario de la aurora” donde mi fe se enraizaba y mi cuerpo se robustecía al vencer la lluvia, el viento y esas

mañanas heladas del mes de mayo. Así nos hicimos hombres, así se forjaron nuestras mujeres y allí se fortaleció ciertamente nuestra fe.

Mayo en la serranía es el mes de las primeras comuniones, al igual que diciembre, en la Costa. La devoción a María Auxiliadora la llevamos muy adentro quienes alguna vez fuimos alumnos salesianos porque la imagen de una Virgen coronada con el niño Jesús en un brazo y el cetro poderoso en el otro, se nos dijo, era una invitación para dirigirnos a Jesús a través de María. Cada 24 de Mayo tiene para mí esta doble connotación: es la fiesta de nuestra Independencia y es la fiesta de María Auxiliadora. ¡Cómo debieron habernos motivado nuestros padres y maestros, cuando niños de escuela, que el paso de los años solamente ha reforzado principios, fortalecido vivencias e incrementado la fe, sin desdibujar en lo más mínimo esos recuerdos sencillos, pueriles si se quiere, pero inmensamente importantes para nuestra formación en valores humanos y cristianos.

El 24 de Mayo de mi infancia creó, en quienes fuimos condiscípulos, un sentido de Patria muy hondo, el respeto a los símbolos patrios y además, el compromiso de ser defensores de la heredad recibida, en tiempos de paz y, también, en los de guerra. El Himno Nacional, el Escudo y la Bandera, desde esos años, son signos que renuevan el compromiso de “ser ecuatorianos de verdad”.

Una plegaria por Ecuador

Si alguna vez, por esas cosas de la vida, arrinconamos en nuestro corazón la convicción de que vale la pena rezar, creo que ahora la oración debe abandonar ese rincón para que, de poco a poco, empecemos a recordar que la evolución de nuestra especie debe ir de la mano con las intenciones de su Creador y que divorciar esas intencionalidades es poner al mundo en un desfiladero de graves repercusiones.

Sin ser pesimista, nunca lo he sido, no puedo sin embargo dejar de observar lo que pasa a nuestro alrededor. La inseguridad empieza a carcomer nuestras vidas, porque al igual que la polilla cuando entra a una casa hace de ella su festín, hoy nos despertamos con zozobra, pasamos el día con incertidumbres y cuando retornamos a nuestros hogares no sabemos mañana a qué nuevo suplicio estaremos sometidos.

La inseguridad es ahora un fenómeno colectivo: el hampa ha robado nuestra tranquilidad y hablamos de delincuentes a quienes la vida no les importa, pues con igual maldad patean a un perro como descargan sus armas en mujeres, niños y jefes de hogar; la inseguridad es también un fenómeno mundial de tanta gravedad que un señor dueño de un ego descomunal quiere convertirse en el guardián de la Tierra.

Frente a lo descrito, quienes de una u otra forma nos confesamos creyentes, es hora de que volvamos a centrar nuestras vidas, a sentirnos ligados a Dios, de suerte que nuestras actitudes y formas de reaccionar sean consecuencia de una fe presente en el

interior y exterior de nuestras familias. Por estas consideraciones, es plausible que haya comenzado una campaña de oración a través de un texto que cuenta con las bendiciones de nuestro Pontífice:

“Dios Omnipotente, gracias por la tierra que nos diste, pródiga maravilla de Costa, Sierra, Galápagos y Oriente, ayúdanos a vivir en ella como hijos tuyos que somos.

Perdón por nuestra indiferencia, egoísmo y corrupción, por dejar que la salud y la cultura lleguen solo a pocos, por no brindar a los niños ni a los jóvenes una buena educación.

Dios Redentor, nuestra patria a Ti consagrada, se desangra porque no hay aquí trabajo digno para todos, y muchos han partido por buscar el pan de cada día.

Nos comprometemos a seguirte en tu Camino, Verdad y Vida; los ecuatorianos queremos no solo el desarrollo material, sino también rescatar los valores, la verdad, la justicia y la moral.

Dios misericordioso, fortalece las voluntades e ilumina las mentes de quienes gobiernan y de cuantos trabajan por nuestra patria, para respetarnos y encontrar caminos de solución en favor de nuestra gente.

“Concédenos reconocer nuestros errores y saber rectificar, construir la paz no sobre el miedo de las armas, sino sobre el amor, y así con fe y esperanza dejar a nuestros hijos un Ecuador mejor. Amén”.

Semana Mayor

La Semana Santa es una tradición cristiano-católica creada para sintetizar en pocos días el recuerdo de hechos trascendentales de la vida de Cristo; este recordatorio culmina con la muerte y resurrección de Jesús, realidades de fe que tienen su epílogo en las primeras horas de la noche del Sábado Santo ó, más formalmente, en el Domingo de Resurrección. Mucho ha cambiado el mundo cristiano ecuatoriano en su apego a las tradiciones, sin embargo todavía existe un espacio en cada corazón para meditar, para examinar comportamientos, para ver la vida con un prisma más espiritual, para cumplir con nuestras obligaciones personales y sociales.

Desde mi óptica de educador cristiano y católico, gusto más de Semana Santa cuando esta cae en el mes de abril, porque si esto sucede es posible preparar a los niños y jóvenes, y a través de ellos a los padres de familia, para que los misterios de esta semana mayor no pasen sin pena ni gloria, sino que sirvan para dar un buen comienzo al año lectivo y caminar de manos con Dios y con nuestros compromisos de fe. Apelo a la madurez de los progenitores para que hagan de estos días momentos de unión familiar y de meditación grupal. Me permito poner a consideración de ustedes algunos aspectos dignos de ser tomados en cuenta:

-Frente a los misterios de un Dios que escoge morir voluntariamente para salvar a la humanidad, no cabe otra cosa que entender la razón de ser de nuestras vidas; no fuimos creados como consecuencia de un pasatiempo o experimento

del Creador, pues nacimos, según doctrina común, como efecto de un plan divino sobre los humanos: creced y multiplicaos y dominad la tierra.

-La Tierra ostenta la mayor cantidad de leyes que la gobiernan; leyes químicas, leyes físicas, leyes biológicas, leyes sociales, entre otras; solo el conocimiento de estas leyes, su recto uso y la comprensión del porque de su existencia hacen que el ser humano pueda dominar la Tierra. Dominar la Tierra no es sojuzgarla, destruirla o causar la ruptura del equilibrio de fuerzas; dominar significa en este contexto hacer que la Tierra y lo creado lleguen a su plenitud.

Las leyes y las normas deben ser respetadas por los humanos para que ellas cumplan con su finalidad: servir de horizonte y de fijación de límites para obtener una sana convivencia colectiva. Atropellar las normas es crear el caos; el caos se opone al orden; el orden dentro de la justicia es indispensable para el progreso de los pueblos.

Las autoridades tienen una sola razón de ser: fueron elegidas para servir a la colectividad; si estas autoridades se proclaman cristianas, están obligadas a servir dentro de los horizontes de una visión espiritual de largo aliento que estimule el crecimiento humano de toda la colectividad.

-Los padres de familia, dentro del contexto de las verdades que encierra esta Semana Santa, están llamados a sembrar en las conciencias de infantes, de niños y de jóvenes, mujeres y hombres, la semilla de los principios y valores indispensables para convertirlos en seres útiles, en hijos amorosos, en ciudadanos respetuosos; necesitamos gente con ganas de vivir, con afán de compartir, con gusto por crecer y progresar.

Padre nuestro al revés

Un buen día recibí este singular regalo que lo comparto gustoso con ustedes, para ser leído de manera especial el Día del Padre. El padrenuestro y el Ave María llegaron a mi vida con la leche materna, cuando quise entenderlos ya eran parte de mi praxis diurna y desde esos días de alegre inconsciencia no se han alejado de mí; son experiencias, amigas y amigos, son marcas espirituales indelebles, son pasaporte, refugio, trampolín, todo lo que ustedes quieran. Relata refero, les transfiero lo recibido: un padrenuestro rezado al revés, no del hijo al padre sino del padre al hijo; curioso, ¿verdad?

“¿Has pensado cómo oraría Dios el padrenuestro? Hijo mío que estás en la Tierra, preocupado, confundido, desorientado, solitario, triste, angustiado. Yo conozco perfectamente tu nombre y lo pronuncio bendiciéndolo porque te amo. No, no estás solo, porque yo habito en ti; juntos construiremos este Reino, del que tú vas a ser mi heredero. Deseo que siempre hagas mi voluntad, porque mi voluntad es que tú seas feliz.

Debes saber que cuentas siempre conmigo porque nunca te abandonaré y que tendrás el pan para hoy. No te preocupes. Solo te pido que siempre lo compartas con tu prójimo, con tus hermanos. Debes saber que siempre perdono todas tus ofensas, antes incluso que las cometas, aun sabiendo que las harás, por lo que te pido que hagas tú lo mismo con los que a ti te ofenden. Deseo que nunca caigas en la tentación, por lo que toma fuerte de mi mano y siempre aférrate a mí y yo te libraré del mal. Recuerda y nunca olvides que te amo desde el comienzo de tus

días y te amaré hasta el fin de los mismos. Yo te amaré siempre, porque soy tu Padre; que mi bendición quede contigo y que el amor y la paz te cubran siempre”.

La relación entre padres e hijos es una especie de cordón umbilical que une y fusiona dos existencias: la del padre con su hijo o con su hija; esta conexión se da o no se da; se da porque nunca se la rompió o si se rompió se encontró la forma de volver a unirla; si tarde o temprano esta relación se esfumó, qué difícil será intentar restaurarla, sobre todo, si una de las partes no quiere hacerlo.

La vida ha puesto frente a mis ojos de todo: hijos que adoran a sus padres, padres que están dispuestos a dar sus vidas por sus hijos y también, qué pena, hijos que no saben el nombre de sus padres o que no conocen su paradero y que luego de su infancia jamás volvieron a verlos.

No condenamos estas actitudes, no es nuestro cometido, ni nuestra intención. Sí, eso sí, lamentamos que el tiempo sea corto y tal vez que falte la energía para volver a enderezar lo que está torcido, para llevar amor a hogares despedazados, para propiciar abrazos que sellen y compensen el tiempo perdido. ¡Qué difícil es amar a tiempo completo!

El jolgorio de Navidad

Amigos que trabajan en jardines de infantes, escuelas y colegios de Ecuador plantean –con cierta frecuencia– interrogantes en torno a las fiestas navideñas; buscan afianzar criterios, depurar costumbres y enriquecer conceptos para proceder de manera correcta en las instituciones que dirigen o donde prestan sus servicios como educadores. Me importa no desentonar en un tema por demás importante. Esbozo algunas premisas; las conclusiones y las acciones consecuentes son de ustedes.

Recordar el nacimiento de Jesús es encarar uno de los misterios más profundos del cristianismo: Dios se hizo hombre, se hizo carne, se convirtió en un infante para nacer en la pobreza y revolucionar el poder hasta hacerlo servicio. Lo que desentone, aquello que no encaje en la conmemoración de este misterio, está fuera de lugar.

-Navidad es fiesta de alegría, de paz, de buena voluntad. Es la fiesta de los niños que saludan en su pesebre al Niño Dios. Los regalos que reciben los infantes en Nochebuena los convierten en “pequeños niños dioses” que, al igual que el hijo de María y José recibió regalos de los Reyes Magos, ahora nuestros pequeños los reciben de sus padres, de los que están junto a ellos y los quieren de verdad.

-Desde octubre se oyen en supermercados y centros comerciales cantos que nos recuerdan la Navidad, mezclados con adornos y luces que engalanan esos ambientes. Se busca vender y

vender más, promocionar productos, enganchar las ventas con las festividades navideñas. Nada más alejado de la verdadera Navidad, de su sentido bíblico. La sociedad de consumo ha roto el misterio; la pobreza ha sido cambiada por la codicia; la sencillez por la opulencia; el amor por los regalos. ¿Cuándo fue que nos arrebataron la profundidad del misterio, la sobriedad de los pasajes bíblicos, la novena de Navidad, la espiritualidad de “la misa del gallo”, la reunión familiar alegre y discreta?

-Los maestros de religión, los departamentos de pastoral, los capellanes, los padres de familia cristianos son los llamados para orientar la preparación de este acontecimiento extraordinario: los arreglos de Navidad en aulas, oficinas, salas de recepción, etcétera, deben revestirse de la simbología precisa que destaque el misterio de Navidad, que resalte su trascendencia, sin olvidar el tono alegre y festivo, lleno de recuerdos y expectativas de quienes esperan el nacimiento de Jesús.

-A manera de premisas, suficiente. Luego de arduas y prolongadas discusiones, un apreciado amigo suele zanjar: “establezcamos el qué, no discutamos el cómo”, una verdad del tamaño de una catedral. Los encargados de hacer realidad, en su campo de responsabilidad, el “qué” de la Navidad deberán sentarse para estudiar su mejor “cómo”, a sabiendas de que este no debe desvirtuar el qué, es decir, la esencia de la Navidad. Es fundamental establecer pisos de responsabilidad. Si la misión de un directorio es señalar el qué, es suficiente con que así lo haga. Los linderos deben observarse.

Cuando nos damos la mano, cuando compartimos ilusiones y alegrías, penas y sinsabores, pobrezas o riquezas, abrazos y besos es Navidad.

Hoy es Navidad...

Decimos que la vida está hecha de momentos, de instantes, de retazos, porque solamente estos nos pertenecen de verdad; los de ayer nos pertenecieron y los de mañana tal vez sean nuestros; los de hoy, estos precisos momentos en que escribo o ustedes leen estos renglones, solo estos instantes son verdaderamente nuestros. Es lógico entonces, natural y procedente, que demos la mayor importancia y un cuidado supino a los instantes que vivimos segundo a segundo, a los que tenemos conciencia de vivirlos en plenitud.

“No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy” es una máxima que contiene mucha sabiduría: no puedo dejar para mañana porque precisamente no sé si mañana tendré de nuevo la posibilidad de hacer aquello que ahora sí puedo hacerlo. Cuando se trata de postergar acciones importantes, necesarias y urgentes que tienen que ver con reglas de amistad o de cumplimiento de obligaciones con terceros, lo dicho cobra mayor trascendencia.

Navidad es un momento preciso y precioso para saldar viejas deudas: perdonar una ofensa que lesionó nuestra alma y que la cargamos con un peso de amargura que entristece nuestras vidas; el perdón siempre es bien venido y pedir perdón u otorgarlo son acciones sublimes. Navidad es un momento para relacionarnos con nuestros seres queridos: con los padres, hermanos, primas, familiares y amigos. Cuando la familia no se frecuenta, no se mira ni se habla, poco a poco se va alejando hasta convertirse en desconocidos. Bienvenida entonces la Navidad como ocasión para el reencuentro familiar.

Alguien, con buen criterio y mucha generosidad ha puesto en mis manos los renglones que siguen; desea transmitir su pensamiento a quienes siempre están ávidos de una palabra que llegue al alma para refrescar sus sentimientos y afianzar sus propósitos:

“-Hay momentos en la vida en que echas de menos a alguien, que te dan ganas de sacarlo de tus sueños para darle un abrazo de verdad.

-Cuando una puerta se cierra, otra se abre; pero hay veces que nos quedamos tanto tiempo mirando una puerta cerrada que no nos deja ver todas las demás que están abiertas para nosotros.

-No te guíes sólo por las apariencias, pueden engañarte. La riqueza no significa felicidad. Ama la sonrisa franca. Si encuentras a quien te haga sonreír o reír a carcajadas dale un abrazo pues él posee la mejor medicina para el alma. Encuentra a esa persona que haga sonreír a tu corazón.

-Sueña con lo que quieras soñar. Ve a donde quieras ir. Sé lo que quieras ser....sólo tienes una vida y una oportunidad para hacer todo aquello que tu quieras y te propongas.

-Espero que tengas suficiente felicidad para hacerte dulce; suficientes pruebas para hacerte fuerte; suficientes tristezas para seguir siendo humano; suficiente esperanza para hacerte y ser feliz.

-El más feliz no es necesariamente el que tiene ‘lo mejor de todo’, sino el que sabe sacar lo mejor de todo lo que se le cruza en su camino”.

Reflexiones oportunas

A una buena amiga debo este “alimento para el alma” tan necesario en días de cólera o desaliento; quiera Dios otorgar estos favores a mis lectores.

“La ‘canasta básica’ con que me mandaste al mundo se me ha ido agotando a lo largo de estos años; la paciencia se me acabó por completo, igual que la prudencia y la tolerancia. Ya me quedan poquitas esperanzas y el frasquito de fe, está también vacío. Me gustaría que rellenaras los frascos de paciencia y tolerancia (pero hasta el tope), y mándame por favor el curso intensivo ‘Cómo ser más prudente’, volúmenes 1, 2 y 3.

Envíame también varias bolsas grandes, pero ‘bolsones’ de madurez que tanta falta me hace. También quisiera un baúl de sonrisas, de esas que alegran el día a cualquiera. Te pido que me mandes dos piedras grandes y pesadas para atarlas a mis pies para tenerlos siempre sobre la tierra.

Si tienes por ahí guardada una brújula para orientarme y tomar el camino correcto, te lo agradecería mucho. Regálame imaginación, pero no demasiada; quiero también nuevas ilusiones; una doble ración de fe y esperanza también me caería excelente. Te pido además una paleta de colores para pintar mi vida cuando la vea gris y oscura.

Por favor mándame un frasco de merthiolate y unas curitas para sanar mi corazón, porque tiene muchos raspones. Te pido unos disquetes, porque tengo el cerebro lleno de información y quiero almacenar otras ideas y experiencias.

Te pido muchas zanahorias, para tener buena vista y no dejar pasar las oportunidades por no verlas. Necesito también un reloj grande, muy grande, para que cada vez que lo vea me acuerde de que el tiempo corre y no debo desperdiciarlo.

¿Podrías mandarme muchísima fuerza y seguridad en mí mismo, ah? Sé que voy a necesitarlas para soportar los tiempos difíciles y para levantarme cuando caiga. También quisiera una cajita de pastillas de las que hacen que crezca la fuerza de voluntad y el empeño, para que me vaya bien en la vida y te pido unas tres o cuatro toneladas de ‘ganas de vivir’, para cumplir mis sueños. Pero más que nada, te pido que me des mucha vida, para lograr todo lo que tengo en mente y para que el día que me vaya contigo, tenga algo que llevarte y veas que no desperdicié el tiempo aquí en la Tierra”.

Alguien dijo, con mucha razón, que somos –físicamente– lo que comemos, es decir, que de los alimentos que ingerimos se forma nuestro cuerpo, se robustece o también, lo contrario, empieza y continúa por debilitarse. Lo que sucede con los ingredientes físicos que entran a nuestro organismo, también sucede con el alimento que usamos a diario para nuestro espíritu, para nuestra alma, para ese ser interno que lo sentimos muy dentro metido en un caparazón material. Si la buena música, la lectura de autores selectos, las obras de arte, el éxtasis diario frente a los milagros de la naturaleza, la sonrisa de un niño, la fuerza de una mirada, el apretón de manos, etcétera; todavía nos conmueven, es porque somos verdaderamente humanos, porque estamos sanamente alineados donde debemos estar; es cuestión de óptica.

Certezas cotidianas

Los ecuatorianos somos gente capaz que habitamos en una tierra fértil y que nuestro destino será el que nosotros queramos elegir; si bien las circunstancias de la vida muchas veces nos juegan pasadas no elegantes, siempre queda en el interior de cada ser humano una dosis de voluntad y energía que puede remontar marcadores adversos. Las noticias, en parte, hablan de traiciones, de incumplimiento de promesas, de corrupción, de luchas intestinas, de animadversiones grotescas; a pesar de esto, existen también acciones positivas y ejemplos hermosos que deben ser puestos a la consideración del gran público para levantar nuestra autoestima nacional.

Quiero destacar una experiencia personal; al término de dos conferencias por mí dictadas a los padres de familia, concluí con una plegaria que tuvo el beneplácito de toda la comunidad educativa; pude constatar que los padres de familia estaban ávidos de alimento sustancial para sus espíritus y que sus preocupaciones por el trabajo y bienestar material lo hacían aún más necesario. Me permito compartir con ustedes esos pensamientos que espero sean un buen desayuno espiritual, para hoy y para todos los días.

“Señor, ayúdame a decir la verdad delante de los fuertes./ Y a no decir mentiras para ganarme el aplauso de los débiles.
Si me das fortuna, no me quites la felicidad./ Si me das fuerza, no me quites la razón./ Si me das éxito, no me quites la humildad./ Si me das humildad, no me quites la dignidad./

Ayúdame siempre a ver el otro lado de la medalla./ No me dejes inculpar de traición a los demás/ por no pensar como yo./ Enséñame a querer a la gente como a mí mismo/ y a juzgarme como a los demás./ No me dejes caer en el orgullo si triunfo,/ ni en la desesperación si fracaso./ Más bien recuérdame que el fracaso/ es la experiencia que precede al triunfo./

Enséñame que perdonar es lo más grande del fuerte y que la venganza es la señal primitiva del débil./ Si me quitas la fortuna, déjame la esperanza./ Si me quitas el éxito, déjame la fuerza para triunfar del fracaso./ Si yo fallara a la gente, dame valor para disculparme./ Si la gente fallara conmigo, dame valor para perdonar./ Señor, si yo me olvido de Ti, no te olvides de mí”.

El espíritu requiere de alimento al igual que nuestro cuerpo; si no lo hacemos nos volvemos espiritualmente raquíticos, pobres de una pobreza agobiante. Si uso gafas oscuras, lo que veo a través de ellas es de color oscuro; si fuese azul su color, el resultado de mi visión sería azul.

Si ando perdido y desmotivado, mi visión de la vida será pesimista; si dentro de mí bulle la pasión por el bienestar y progreso de mi familia, entonces todo esfuerzo pasará desapercibido y toda lucha no será otra cosa que un peldaño hacia la meta propuesta.

El árbol confundido

Los ecuatorianos necesitamos apertrecharnos de mucha sensatez y valentía. Quizá nos ayude esta pequeña historia llegada a mi correo electrónico:

“Había una vez en algún lugar que podría ser cualquier lugar, y en un tiempo que podría ser cualquier tiempo, un hermoso jardín, con manzanos, naranjos, perales y bellísimos rosales, todos ellos felices y satisfechos.

Todo era alegría en el jardín, excepto para un árbol profundamente triste. El pobre tenía un problema: no sabía quién era. ‘Lo que te falta es concentración’, le decía el manzano, ‘si realmente lo intentas podrás tener sabrosísimas manzanas. ¿Ves qué fácil es?’. ‘No lo escuches’, exigía el rosal. ‘Es más sencillo tener rosas... ¿ves qué bellas son?’. El pobre árbol desesperado, intentaba todo lo que le sugerían, y como no lograba ser como los demás, se sentía cada vez más frustrado.

Un día llegó hasta el jardín el búho, la más sabia de las aves, y al ver la desesperación del árbol le dijo: ‘No te preocupes, tu problema no es tan grave, es el mismo de muchísimos seres sobre la Tierra. Yo te daré la solución: No dediques tu vida a ser como los demás quieren que seas. Sé tú mismo, concóctete, y para lograrlo escucha tu voz interior’. Y dicho esto, el búho desapareció.

‘¿Mi voz interior... ser yo mismo... conocerme?’, se preguntaba el árbol, desesperado. Cuando de pronto ¡comprendió! Y cerrando

los ojos y los oídos abrió el corazón, y por fin pudo escuchar su voz interior diciéndole: ‘Tú jamás darás manzanas porque no eres un manzano, ni florecerás cada primavera, porque no eres un rosal. ¡Eres un roble! Y tu destino es crecer grande y majestuoso, dar cobijo a las aves, sombra a los viajeros, belleza al paisaje. Tienes una misión. ¡Cúmplela!’.

Y el árbol se sintió fuerte y seguro de sí mismo, y se dispuso a ser todo aquello para lo cual estaba destinado. Así, pronto llenó su espacio y fue admirado y respetado por todos. Y solo entonces el jardín fue completamente feliz”.

Yo me pregunto, al ver a mi alrededor, ¿cuántos serán robles que no se permiten a sí mismos crecer? ¿Cuántos serán rosales que, por miedo al reto, solo dan espinas? ¿Cuántos, naranjos que no saben florecer? En la vida, todos tenemos un destino que cumplir, un espacio que llenar. No permitamos que nada ni nadie nos impida conocer y compartir la maravillosa esencia de nuestro ser.

En el interior de cada uno de nosotros está dibujado el ser que debemos ser; no podemos vivir sin entender nuestra misión. Nacimos para otear horizontes, no vivamos postrados; nacimos para volar muy alto, salgamos del lodo; nacimos para dirigir nuestra barca, hagámosla; nacimos para la libertad, vivamos con ella. No olvidemos: “Un país de pusilánimes, pobre país; un país de negligentes, pobre pueblo; un país de egoístas, pobre nación”.

¿Somos afortunados?

El tsunami asiático nos redujo a pigmeos enfrentados a los caprichos de la naturaleza y nuestro tsunami político. Si las aguas deben volver a su cauce que no sea al mismo lecho donde duermen rencillas y rencores, triquiñuelas y sapadas; que sea a un cauce limpio y consistente, con aguas puras y refrescantes, donde todos los ecuatorianos de buena voluntad podamos beber sorbos de democracia y libertad.

Pero, si atravesamos por esta noche larga y penosa, esto no es motivo determinante para que nuestro ánimo se deprima y nos sintamos perseguidos por una “mala racha” o nos postremos porque tenemos una suerte de a perro; no, no y no... Precisamente ahora es cuando debemos ser positivos, mejorar nuestra autoestima y no desperdiciar instante alguno para vivir a plenitud nuestras vidas. Espero que la siguiente reflexión que comparto con ustedes, que no es de cuño propio, nos sirva en este intento:

“Si tienes comida en la nevera, ropa para cubrirte, un techo sobre la cabeza y un sitio donde dormir, eres más rico que el 75% de las personas de este mundo; si tienes dinero en el banco, en tu cartera o guardas cambio en un plato, vasija o algún otro sitio, estás entre el 8% de las personas con fortuna en el mundo.

Si te levantaste esta mañana con más salud que enfermedad, eres más bendito que el millón de personas que no sobrevivirán esta semana; si nunca has experimentado el peligro de la batalla, la

soledad del encierro, la agonía de la tortura o las convulsiones de la hambruna, estás por encima de 500 millones de personas en el mundo; si puedes ir a un templo sin miedo a persecución, arresto, tortura o muerte, tienes más bendiciones que 3 billones de personas en el mundo.

Si tus padres aún viven, da gracias a Dios y considérate afortunado; si puedes sostener la mano de alguien, darle un abrazo y conversar con él, siéntete feliz; si alguien llama a tu teléfono o te visita un día, muéstrate contento porque te comunicas con otro ser que posiblemente necesita tu comprensión, tu ayuda o simplemente que le escuches”.

Es cierto que en la vida conocemos alabanzas y reproches, salud y enfermedades, alegrías y tristezas, ingratitudes y reconocimientos, trabajos y descanso, halagos y menosprecios, motivaciones y desalientos; de nosotros depende que todo aquello se convierta en lastre o trampolín, pues siendo realidades que un momento dado están cerca de nuestras existencias, nosotros las convertimos en peso y en carga o las transformamos en aguijón y acicate que transforma lo doloroso o negativo en fuerza transformadora.

Recordemos que la suerte no existe, solo nosotros somos responsables de la conducción de nuestra propia barca.

Capítulo sexto

A *nálisis y*

reflexiones políticas

Libertad de pensamiento

Esta es la hora de pensar y repensar profundamente ciertos parámetros conceptuales. Algo más sencillo: es la hora de examinar cómo pensamos, qué validez tienen nuestras ideas y qué procedentes o no son nuestras maneras de actuar, de poner en práctica esos pensamientos.

La libertad de pensamiento, bien entendida y por lo mismo buena y valedera, es un derecho constitucional. A los ecuatorianos se nos garantiza: “El derecho a la libertad de opinión y de expresión del pensamiento en todas sus formas, a través de cualquier medio de comunicación, sin perjuicio de las responsabilidades previstas en la ley...” (Art. 23,9).

¿Qué es lo que está sucediendo? Veo que esta libertad de pensamiento se convierte con rapidez vertiginosa en una libertad de decir cualquier cosa, de opinar sin ton ni son, es decir, en una libertad de no pensar lo que se dice. Aquello de decir las cosas y luego pensar en aquello que se dijo, en lugar de ser una excepción se nos presenta como la forma normal de actuación de gente a la que todos tenemos derecho de exigirle que piense. Si no ponemos coto a esta desbocada manera de hablar vamos a caer en el reino de las suspicacias, de los subterfugios, de las mentiras, de los sofismas, de las argucias, de los engaños, de los chismes, de las conjeturas. Esta lista, que puede ampliarse, contiene actitudes mentales que premeditadamente buscan esconder la verdad, falsearla o distorsionarla, es decir, crear una corriente de opinión equivocada.

Algunos ejemplos que pueden ayudarnos a afianzar conceptos:

- El Ecuador es un estado social de derecho, soberano, unitario, democrático; su gobierno es republicano, presidencial, electivo, etcétera.

- Si el Ecuador es un estado de derecho, entonces en nuestro país las leyes tienen su razón de ser. La ley no se acomoda, no se interpreta. La ley requiere de cumplimiento y observancia.

- Un golpe militar es un golpe. Todo eufemismo está por demás. Al pan hay que llamarle pan y al vino, vino.

- Nuestros “indígenas” merecen todo nuestro respeto y merecen también que se cumpla con los ofrecimientos hechos y, de manera especial, con o sin ofrecimiento, que sus necesidades sean cubiertas.

- Nuestros “indígenas”, de manera especial aquellos de la última revuelta, no tienen la atribución de poner condiciones a un gobierno. “Nos dan la amnistía a todos los implicados en los sucesos del 21 de enero y convocan a una Consulta Popular sobre lo que nosotros queremos o no hay diálogo”. Frase soberbia y fuera de contexto de nuestras leyes.

- Elegimos autoridades por medio de “elecciones”, no de golpes. La constitución de la República señala el camino para destituir a quien no cumple con sus funciones. Todo método que se encuentre, alejado a la norma, es una manera de mostrarnos al mundo como cavernícolas, ingobernables, poco sensatos, inmaduros, etcétera.

- Nuestras leyes contemplan circunstancias atenuantes de culpabilidad y estas deben ser tomadas en cuenta. Sin embargo, querer una amnistía general para encontrar la unidad nacional es muy peligroso, es pan para hoy y hambre para mañana. El fin no justifica los medios.

Libertad de pensamiento, sí amigos; libertad para hablar sin pensar, no. Es menester cambiar de actitudes. Ya hemos sido castigados en demasía por creer en la verborrea politiquera y por no tener una dosis suficiente de autocontrol en nuestras expresiones.

Análisis necesario

Me hallo perplejo. Estos inicios del tercer milenio me transportan a la prehistoria. Los dueños del poder, pequeño o grande, pero de todos modos poder, aplauden las resoluciones del Estado todopoderoso. Los pequeños, los de hoy como los de ayer, siguen arrinconados, con el miedo en sus gargantas, llenos de harapos, escondidos en cuevas, con los estómagos vacíos; lo bueno de estos últimos, si algo puede llamarse bueno, es que nunca tuvieron sueños grandes, es que la realidad que viven no dista demasiado de sus aspiraciones imposibles.

Estoy perplejo. He visto a importantes hombres públicos del mundo junto a los congresistas de los Estados Unidos de Norteamérica reunidos para escuchar el mensaje del Presidente Bush (20-IX-2001). Un presidente en pie de guerra, dispuesto para combatir y exterminar a los terroristas. “Están con nosotros o están con los terroristas”, fue una de las frases que recibí aplausos de pie. El mundo los vio y los oyó. Se ha dividido al mundo con el bisturí de la política en dos continentes peligrosamente opuestos. Los buenos y los malos, nuevamente en escena. Buenos los que están a mi lado. Malos, los demás. No hay una tercera opción. No existen ni pueden existir países alineados de modo diverso, es decir, países que no acepten el terrorismo, pero que tampoco sean parte de políticas o decisiones de Washington o de los países aliados, para el mundo.

Estoy perplejo, no comprendo la hora que vivimos. “Justicia infinita”. Así se ha denominado a la operación que se ha iniciado

ya para cazar a los terroristas. Y me asaltan las dudas. Se busca la justicia. Pero, ¿qué es la justicia? ¿Es justicia sinónimo de castigo, de venganza, de represalia?

La reflexión de aquellos que ahondan en el pensamiento de la humanidad sobre la justicia la “entienden como acción y lucha que cada uno de los individuos o las comunidades, nacionales e internacionales, abiertas a la programación y participación democráticas, emprenden para eliminar antiguos y nuevos desequilibrios, a fin de crear los espacios indispensables a las personas y a los grupos para poder ser ellos mismos y realizar sus propios fines con libre dignidad. Justicia “infinita”. Me parece una pretensión desmedida. Solo Dios es infinito y Él es el dueño de la justicia infinita y es capaz de ejercerla porque procede de un ser infinito, de una mente infinita. Recordemos que infinito es sinónimo de ilimitado, incalculable, inmenso, vasto, extenso, enorme, dilatado, interminable, inagotable, imperecedero, perenne, perpetuo, inmoral, eterno, indestructible. ¿Operación Justicia Infinita?

El mundo siente el horror y la barbarie de los acontecimientos del martes 11 de septiembre. La esencia misma del humanismo occidental, en sus concepciones más lúcidas, se ha estremecido. Los alineados con el Bien tenemos el deber de restablecer el orden alterado: donde reina el odio, que reine el perdón; donde impera la guerra, que haya paz; que la injusticia ceda el puesto a la justicia; que la serenidad, la ecuanimidad, la prudencia y la visión de un mundo libre sean elementos presentes en toda decisión.

Asumir responsabilidades

Ligia, Directora del Departamento de Orientación Vocacional de Ecomundo, me contaba lo difícil que es lograr que los maestros, al enseñar valores, pasen del esquema conceptual al mundo de las experiencias. Me decía también que si los educadores no traducimos nuestras enseñanzas a patrones de conducta y no obtenemos que nuestros estudiantes los conviertan en aspiraciones, poco o nada hacemos para la verdadera formación. Estas reflexiones me han obligado a repensar algunos de mis viejos conceptos, de mis anhelos y de mis propósitos, no para abdicar de mis creencias sino para entender mejor aquello que es vital y lo que es menos importante.

Permítanme compartir con ustedes algunas conclusiones:

- Los acontecimientos del 11 de septiembre, dolorosos y trágicos, encierran también algunas aristas importantes y positivas. Se trata de un examen mundial sobre diversos temas. Seguridad, coexistencia pacífica, entendimiento y solidaridad, autodefensa, economía, presente y futuro, paz universal, fueron entre otras las asignaturas del obligado examen. El mundo, capitaneado por las grandes potencias y por sus políticas, acaba de reprobado dichas asignaturas. Quizá estemos a tiempo para elaborar nuevas estrategias y encontrar formas de un mejor entendimiento entre los seis mil millones de humanos que hoy poblamos la Tierra; quizá empecemos a entender el sufrimiento y la amargura de tantos seres que no tienen otra culpa que haber nacido en cunas distintas y bajo regímenes diversos.

- Quienes vivimos con libertad y quienes sobreviven a pesar de todas las penurias necesitamos pensar en el futuro de nuestra niñez. En la ruta de la vida que ellos han iniciado qué requieren llevar en sus mochilas, cuáles deben ser sus pertrechos y qué dirección deben dar a sus existencias. A esto se reduce la esencia de sus existencias.

- Los conocimientos empiezan a pasar a segundo plano sin dejar de ser necesarios. Hoy más que ayer es menester construir una personalidad recia y muy firme, dotada de virtudes humanas y cristianas suficiente para justificar fines y objetivos trascendentes.

- Nuestros niños y nuestros jóvenes deben comprender que si una guerra biológica es un peligro para la humanidad, más riesgosa que esa guerra es la contaminación moral que ha corrompido a la sociedad y que constituye, hoy por hoy, una telaraña que tiene atrapados en su interior a los que detentan el poder.

- Ecuador y el mundo requieren de personas que desde temprana edad aprendan a vivir con amor y temor de Dios, como fuente de inspiración, como principio morigerador de costumbres, como reconocimiento de propias falencias; necesitamos de personas honestas y honorables que honren a sus familias y a la humanidad mediante el mantenimiento incólume del buen nombre de su clan familiar; requerimos de personas justas, mesuradas, sociables y solidarias, que hagan gala de su cortesía y buenos modales; necesitamos de personas que crean en los seres humanos y en sus países, que crean en sí mismas y tengan una fe enorme y profunda en Dios; que la esperanza motive sus vidas y que la bondad, la lealtad, la sinceridad y el apego a la verdad sean sus metas preferidas

Nuestros “11 de septiembre”

Los humanos solemos unirnos al coro de plañideras o de pájaros de mal agüero, para reforzar nuestros íntimos enojos o para disfrazar nuestros dolores escondidos. Cuando lo hacemos es porque nos resulta fácil; es porque logramos al fin confundirnos con la masa y podemos esconder nuestras culpas, intentando olvidarnos de nuestros errores.

Es verdad que el 11 septiembre será siempre un referente que nos recuerde aquello que no debemos hacer: que no podemos erigirnos como jueces del universo por más poder económico o político que tengamos; que todos los pueblos tienen iguales derechos; que no se puede discriminar a civilizaciones enteras porque son dueñas de historias diferentes o porque su autovaloración no cuaja con nuestra óptica occidental.

También es verdad que el 11 de septiembre no lo olvidaremos por muchas décadas, quizá siglos, porque el odio nunca condujo al puerto donde reside la paz; porque no pueden sacrificarse por rencores y enojos a miles de personas que nada tenían que ver con todo aquello que los gestores de los atentados habían percibido que pasaba en la política mundial; porque aquellos atentados en lugar de cerrar heridas han creado en la humanidad grietas y precipicios que a todos nos inducen a la locura o a la desesperanza. La paz se ha alejado una vez más de la mesa de quienes están obligados a retenerla; la sensatez cede terreno a la prisa, al orgullo ofendido, al “futuro” amenazado.

Esta vez, en este segundo 11 de septiembre, dirijamos nuestras miradas a esas torres gemelas de nuestras vidas que alguna vez

se nos vinieron abajo y que tal vez no hemos conseguido aún levantarlas:

Ese amor que un día partió de nuestras vidas y dejó nuestros corazones vacíos, fríos, yermos, con nostalgias y recuerdos y que tal vez no lo hemos sustituido aún por un bien que llene y replete nuestras existencias de luz, de optimismo y de alegría; quizá el hermano que se fue, los parientes que emigraron, las enfermedades que truncaron vidas o las privaron de su lozanía y esplendor.

Esos hábitos malos que poco a poco fueron formando parte de nuestras vidas y que hoy nos cuesta erradicarlos; hábitos por los que sufrimos y hacemos sufrir; hábitos que nos vuelven taciturnos; hábitos que permiten sentir en carne propia la tragedia de ser humanos, sabernos de barro, querer lo bueno y encontrarnos haciendo el mal, según el pensamiento del apóstol Pablo.

Si no estamos unidos a Dios por una fe enorme; si la patria ha dejado de importarnos; si la suerte de nuestros hijos no nos preocupa; si nuestros alumnos ya no son nuestra vida y parte de nuestros sueños; si el mundo nos parece terriblemente inhumano y si sus habitantes ya no son nuestros compañeros de ruta, entonces creo que algunas torres gemelas cayeron en nuestro interior y mataron nuestra esperanza, nuestra fe y también nos arrebataron el amor. Es hora de surgir. Demostremos la posibilidad de una resurrección.

Banderas Blancas

Creo que ha llegado la hora de exteriorizar nuestro repudio a la guerra; nuestra inconformidad con todo lo que está pasando; nuestro temor por el futuro de la tierra; nuestro dolor y angustia al ver que tantos niños y jóvenes con su vida pierden sus esperanzas e ilusiones.

Ha llegado la hora de decir: yo, propietario de esta casa; yo, gerente de esta fábrica; yo, dueño de este negocio; yo, director de escuela; yo, rector de universidad; yo, director de un jardín de infantes; yo, presidente de un club deportivo o social; yo, director de un partido político; yo, ministro de Estado; yo, Presidente de la República; yo, estudiante; yo, chofer; yo, juez de la nación; yo, director o presidente de entidades públicas o privadas; yo y todos los que conmigo están, no somos amigos de la violencia, somos enemigos de la guerra y amamos la paz.

Digamos al mundo que aborrecemos la guerra y que somos constructores de la paz. Vamos a sembrar nuestro horizonte de blanco. Que en cada casa particular, en cada oficina, en cada fábrica, en cada institución, a partir de mañana, se enarbole una bandera blanca que permanezca izada mientras no retorne al mundo la paz; que esta bandera reemplace nuestro tricolor nacional por días, semanas o meses; estamos de luto porque ha muerto la paz en el mundo; la bandera blanca quiere ser una demostración de que ella cobija a seres humanos amantes de la paz. Que Ecuador encabece esta campaña y, ojalá, en pocas semanas Latinoamérica se tiña de blanco y seamos presencia efectiva de ciudadanos que sí creen en la confraternidad, en la

solidaridad, en la democracia, en la legitimidad de las Naciones Unidas, en la bondad del diálogo, en el imperio de la cordura y de la sensatez.

Alguna vez me preguntaron sobre “qué mismo eran los símbolos”. Mi respuesta fue simplista y contraria a las leyes de la lógica que, según aprendí, no puede definir algo usando el mismo término que se define. Pues, yo sí lo hice y dije: los símbolos son eso, símbolos; luego traté de corregirme, quizá ruborizado por la infantil respuesta e intenté una definición; símbolos son signos externos que representan algo o alguien; son artificios o signos convencionales creados para representar o significar algo.

Nuestra vida está llena de símbolos; cada actividad tiene una nomenclatura propia, algunas son internacionales; por ejemplo, las de tránsito con el fin de que los ciudadanos del mundo conozcan y se guíen por señales universales. Nuestros símbolos nacionales son: bandera, escudo e himno nacional; ellos proclaman al universo, en síntesis, nuestros ideales, nuestros valores y nuestras metas comunes.

Un pañuelo blanco, una blanca paloma o simplemente un lienzo blanco de forma rectangular son conocidos en el mundo como elementos aptos para una adecuada representación de la paz. Es quizá por esta razón que el Papa viste de blanco y le conocemos como “mensajero de paz”. Sembremos nuestro horizonte de blanco. Será un gesto sencillo de enorme significado. Será una protesta blanca con la cual decimos al mundo que estamos cansados de mirar tanta barbarie en la macabra serie “la guerra de Iraq”.

¡Qué difícil es gobernar!

“**E**l hombre se hace viejo muy pronto y sabio demasiado tarde, justamente cuando ya no hay tiempo”, es una buena frase para iniciar este coloquio con ustedes, amables lectores; la extraigo de mi correspondencia electrónica enviada por buenos amigos.

El hombre se hace viejo muy pronto... Quizá sí, quizá no; el condumio de estas palabras es que no se puede ni se debe jugar con el tiempo; que el tiempo no es un bien fijo, inmutable o permanente; el tiempo se nos escapa a cada instante y solamente somos dueños de fugaces momentos; sin duda alguna que nuestras vidas son momentos o instantes hilvanados de manera caprichosa que finalmente llegan a significar un todo que tiene un antes y un después en nuestras existencias; el tiempo es un bien destinado para nosotros que no es de nosotros, no nos pertenece.

No solo el hombre se hace viejo muy pronto, también las instituciones, también los gobiernos. Sobre mi mesa de trabajo, cinco diarios importantes del país me acompañan; me asusta saber que en las cinco últimas semanas el presente Gobierno ha envejecido prematuramente; no con la vejez símbolo de madurez, sino con una penosa imagen de debilidad, de obsolescencia, de ineptitud, de carencia de autoridad, de zafarrancho interno, de titubeos y zozobras propios de un barco a la deriva; la voracidad de cargos públicos o de retazos de poder señorea sin control, mientras una alegre y fatua irresponsabilidad hacen de telón de fondo.

Este Gobierno ha envejecido, se ha debilitado, es una amenaza para la continuidad de nuestra vida republicana. Decía que la lectura de los diarios del país me ha dado ocasión para saber que la prensa de opinión no está contenta con las acciones del régimen, que critica con acierto la manera errática de conducir al país, que no tolera ya el menosprecio a la opinión pública, pues entiende que es menosprecio obrar precipitadamente creyendo que el poder lo justifica todo y que la autoridad puede darse el lujo de hacer y deshacer y que a nadie tiene por qué rendirle cuentas.

“El hombre se hace viejo muy pronto y sabio demasiado tarde...”; como ecuatoriano consciente y ajeno a los entreveros y recovecos de nuestra política criolla, todavía aspiro a que llegue la sabiduría a quienes fueron elegidos para gobernar al país, ciñéndose a nuestras leyes y buscando el bien común de nuestro pueblo. Sabiduría no es un conjunto de conocimientos sino ese sentido extra que tienen los seres humanos para comprender lo que conviene hacer, lo que se debe cambiar, aquello que no se puede olvidar. El estadista debe ser un hombre sabio. La sabiduría está reñida con la precipitación, con la injusticia, con el atolondramiento, con las canonjías y prebendas, con los compadrazgos. ¿Estamos aún a tiempo? ¿Este Gobierno se volverá sabio cuando todavía hay tiempo o esperará que el tiempo se agote?

Lacerante realidad

Con este sugestivo membrete llegó a mi correo un “mail” enviado por una amiga. La tecnología se nos ha vuelto tan útil que solamente con mover un par de teclas podemos participar a nuestros amigos de preciosas herramientas de reflexión, de distensión y hasta de esparcimiento sano. Quiero ahora, como lo he hecho en ocasiones anteriores, compartir con ustedes algunos datos que impactan y golpean nuestra sensibilidad.

La “publicidad censurada” consta de tres fotografías tomadas desde un puente, quizá retocadas o trabajadas en computadora, que nos muestra las Torres de Nueva York que, una vez impactadas por los aviones, arden como un enorme mechero; cada una de las tres fotografías se acompaña con los textos que transcribo a continuación:

1. Texto junto a las torres: “2 863 muertos”. Junto al hombre: “40 millones de infectados en el mundo”. “El mundo unido contra el terrorismo”. Debería hacer lo mismo contra el sida.
2. Texto junto a las torres: “2 863 muertos”. Junto al niño: “824 millones de personas desnutridas en el mundo”. “El mundo contra el terrorismo”. Debería hacer lo mismo contra el hambre.
3. Texto junto a las torres: “2 863 muertos”. Junto al hombre: “630 millones de indigentes en el mundo”. “El mundo contra el terrorismo”. Debería hacer lo mismo contra la pobreza. Sea usted solidario. Colabore, ayude, done, ampare.

Cuarenta millones con sida, ochocientos veinticuatro millones de personas desnutridas y seiscientos treinta millones de indigentes son números que espeluznan, que claman al cielo, que obligan a detenerse y pensar sobre qué nos pasa a los terrícolas; cerca de mil quinientos millones de seres humanos –entre indigentes, infectados de sida y desnutridos– sufren las consecuencias de su miseria todos los días. Lo cuerdo y lo sensato debiera ser que los pueblos del orbe se unan para luchar en favor de esta desafortunada gente, pero no, a estos se los abandona, se los relega y el mundo, ahora capitaneado por la gran potencia del norte, sale a vomitar sus armas en contra de quienes él cree que son los terroristas, sin comprender que quizá todos somos de verdad terroristas porque permitimos el crecimiento de la pobreza, toleramos la desnutrición y vemos impávidos el crecimiento del sida en el mundo. ¡Cuánto dinero se gasta en guerras y en la seguridad de los pueblos y ciudades del mundo! Lo que pasa es que a las potencias mundiales no les interesa la salud ni la paz del mundo; lo que ellos persiguen es aniquilar a quienes pueden poner en peligro su poder o restarles ingresos económicos o quitarles la hegemonía sobre algo que detentan.

El mundo de comienzos del siglo XXI nos demuestra lo poco que la humanidad ha caminado hacia la sensatez, la solidaridad, la equidad, porque se nos muestra en extremo egoísta, veleidoso y ambicioso; las urgencias de buena parte de la humanidad no son las preocupaciones de los conductores de los hilos diplomáticos y políticos del universo.

Estoy convencido de que la caída del muro de Berlín en lugar de traernos la fórmula precisa para buscar una paz duradera, se ha convertido en el pedestal donde se exhiben la soberbia, la prepotencia, la inhumanidad.

Valentía y ponderación

Hace muchos años escribía para Vistazo un comentario en mi columna 'Más allá de la noticia', donde glosé un concepto y lo apliqué a las circunstancias de esos días; ese concepto lo resumía el adagio "La fuerza es la razón de la sinrazón". En estos días, la fuerza se ha hecho presente de diversas maneras, ha adquirido protagonismo en nuestro trajinar democrático y tiene visos de quedarse en Ecuador un buen rato. Creo que a todos nos preocupa este fenómeno: a quienes momentáneamente está dirigida esta avalancha y a quienes en un futuro nos pueden llegar, de rebote, los efectos de este desquiciamiento social. Analicemos algunos aspectos.

- Violencia es la cualidad de violento y violento es un adjetivo que califica a la persona que está fuera de su natural estado, situación o modo, así lo describe el DRAE (Diccionario de la Real Academia Española). Violentar una puerta es abrirla sin la llave respectiva o derrumbarla. Esto nos lleva a concluir que la persona que produce la violencia o que la motiva también está bajo los influjos de la violencia; en otras palabras, las acciones violentas son producidas por una persona violenta, por alguien que ha sido fácil presa de la violencia hasta convertirlo en violento.

- Es menester destacar que violento es aquel "que está fuera de su natural estado, situación o modo"; por lo pronto saco una conclusión personal: la violencia no es un estado natural, es una reacción anormal frente a situaciones extremas en las

que puede encontrarse una persona. Los grupos formados para generar violencia e imponer la ley del garrote en diversos escenarios del país son actores incompatibles con un estado de derecho, son elementos que imponen el miedo para doblegar voluntades, el palo para castigar opiniones contrarias y el tumulto como seudo pronunciamiento popular; un gobierno que tolere hechos vandálicos a través de la presencia inocua y estéril de la fuerza pública en los escenarios visitados por gente violenta debe revisar sus procedimientos con celeridad, antes de que la violencia engendre otras manifestaciones violentas por aquello de “quien siembra vientos, cosecha tempestades”.

- Cuando el presidente Correa habla de la violencia que se esconde detrás de los muros de Samborondón, seguramente piensa en todas las ciudadelas del Ecuador construidas con ciertas comodidades para disfrutar, con seguridad privada, de la vida familiar; en estos condominios puede existir gente que se hizo del dinero fácil, pero la gran mayoría adquirió vivienda segura y confortable con el trabajo tesonero de toda una vida. Es peligroso enfrentar a ricos y pobres, pues los pobres no existen necesariamente porque los ricos algo les negaron, sino porque el Estado no les educó responsablemente, sus padres no se preocuparon de ellos, la sociedad los relegó o ellos mismos malgastaron sus vidas.

Ecuador necesita cambiar sus leyes y cambiar la forma de hacer política; que el único camino para conseguir este propósito era arrinconar al viejo sistema político, aun con herramientas rayanas en la inconstitucionalidad, creo que hoy muchos están de acuerdo, pero de allí a seguir echando leña al fuego existe una gran distancia. La valentía sin ponderación puede terminar en una hoguera fratricida.

Dar lo mejor de uno

“Un hombre fue llamado a la playa para pintar un barco; trajo con él pintura y brochas, y comenzó a pintarlo de un rojo brillante. Así se lo habían pedido. Mientras pintaba se percató que la pintura se escurría por el fondo del barco. Percibió que había un orificio, y decidió repararlo. Cuando terminó la tarea recibió su dinero y se fue. Al día siguiente, el propietario del barco buscó al pintor y le regaló un bello cheque. El pintor quedó sorprendido: —¡Señor —le dijo— usted ya me pagó por la pintura del barco! —Mi querido amigo, usted no comprendió — replicó el propietario—. —Déjeme contarle lo que sucedió. Cuando le pedí que pintase el barco, olvidé hablarle del orificio. Cuando el barco se secó, mis hijos subieron y salieron de pesca. Yo no estaba en casa en aquel momento. Cuando volví y me di cuenta que habían salido con el barco, quedé desesperado, pues recordé que el barco tenía un agujero. Imagine mi alivio y alegría cuando los vi retornando sanos y salvos. Entonces, examiné el barco y constaté que usted lo había reparado. ¿Percibe, ahora, lo que hizo? ¡Salvó la vida de mis hijos! No tengo dinero suficiente para pagarle por su ‘pequeña buena acción’”.

Bien vale extraer de esta interesante historia algunas conclusiones. Dar lo mejor de uno, entregarse sin reservas a toda obra noble, hacer más allá de lo mandado, leer las necesidades entre líneas, comportarse generosamente responsables, ser excelentes en el cumplimiento de una misión, etcétera, son formas adecuadas para entender la manera de actuar de nuestro pintor de barco. Invito a cada uno de ustedes —profesionales o no— a reflexionar sobre estas líneas y luego adecuar sus comportamientos. Unos botones de muestra, amigas y amigos.

- Los maestros no pueden contentarse con el cumplimiento de una rutina; tienen la obligación de preparar a conciencia sus exposiciones, de motivar a sus estudiantes, de contagiarles sus valores, de formarles.

- Los taxistas, si respetan su trabajo y a sus clientes, deben ser limpios, vestir con decoro, asear sus vehículos, corregir sus daños; no hacerlo es símbolo de muy poca estima personal y de ofensa a los usuarios.

- Las funciones del Estado (Legislativa, Ejecutiva, Judicial, Electoral) tienen su razón de ser cuando “funcionan” en beneficio de la colectividad; cuando no lo hacen así, se mofan del pueblo, lo escandalizan, lo menosprecian. Buscar “el poder”, arrancararlo conculcando leyes, arrinconar a los llamados enemigos para denigrarlos, es la antítesis del país que se quiere construir, es dejar el orificio existente y hacer nuevos huecos para que hundan al adversario.

¿Podemos contar con abogados guardianes celosos de nuestras leyes; con arquitectos e ingenieros honestos y diligentes; con jueces probos, maestros responsables, autoridades portadoras de paz, entendimiento y cambios necesarios; con cristianos que cumplen lo que profesan?

No nos limitemos a hacer apenas lo que esperan de nosotros; vayamos más allá, no importa para quién, cuándo y de qué manera. Demos lo mejor de nosotros.

Elegir con sabiduría

La vida humana no guarda similitud con una planicie gigante carente de montañas y hondonadas. Nuestras jornadas en mucho semejan la geografía terrena. Nuestro planeta conserva su configuración; nosotros en cambio, los terrenos, tenemos la capacidad de elevarnos por sobre lo creado y también de cavar profundas grietas que erosionan los basamentos de nuestras relaciones interpersonales.

El espíritu se hizo para volar, el alma para trascender; la inteligencia explora mundos insospechados y se posa en las cumbres que conquista al escalarlas o anida en recovecos donde se tortura con anhelos insatisfechos, con sueños imposibles, con devaneos varios; a veces las ataduras de la materia nos impiden volar.

El orgullo ennoblece o denigra los actos humanos; cuando positivo es base y fundamento de realizaciones provechosas para la vida personal y comunitaria; es andamiaje de autoestima, elemento indispensable para el crecimiento humano; cuando negativo, muy por lo contrario, el orgullo se convierte en una cortina densa que imposibilita la introspección y enceguece a quien lo posee.

¿Quiénes son proclives de caer en la telaraña de una hipervaloración individual? Ustedes y yo; quien lo niegue se adueña del adagio “si de algo me jacto es de mi humildad”.
¿Cuáles son las manifestaciones evidentes de una persona que lleva dentro de sí la veleidad del orgullo? Permítanme unos cuantos renglones:

“Arrogancia, vanidad, exceso de estimación propia, que a veces es disimulable por nacer de causas nobles y virtuosas”, es la definición de orgullo que nos entrega el DRAE; no es difícil encontrar a personas ensimismadas en aparentes triunfos y llenos de rimbombantes comentarios sobre sus acciones; no importa si se trata de un ministro de Estado, de un presidente, de un rector, de un padre de familia, de un pobre o de un rico, porque este mal no distingue géneros, edades ni condición económica. El orgullo se va por el caño cuando quedan al descubierto flaquezas que forman el bajo fondo de personajes que un día no fueron capaces de quedarse con lo bueno y desestimar la hojarasca; terrible cuando despertamos y vemos que estamos lejos de la perfección, que es menester un plan de reconversión individual. “Nosce te ipsum”, concóctete a ti mismo, vieja sentencia de enorme actualidad. Cuánto duele, en ocasiones, encontrarnos con nosotros mismos y hurgar nuestras intimidades.

Al acercarnos a las elecciones para asambleístas está bien mirar a los demás con respeto, con mucha consideración y empezar a escribir un registro de las cualidades de aquellos que pueden ser legisladores responsables; mientras nos revistamos de sencillez, tendremos la mente abierta para entender a los demás; cuando nuestros sentidos descubran entre quienes viven cerca de nosotros rasgos de bondad, dosis de capacidad y valores cívicos y éticos, estaremos caminando a la construcción de una sociedad diversa: sana, optimista, solidaria, más humana. Es menester nutrir nuestras debilidades con la grandeza de los demás. Es indispensable descender de falsos pedestales y dar la mano a quienes las tienen extendidas o extenderlas generosamente.

Quise y quiero

Quise y quiero ser parte de un país que cada día despierte con ilusiones y esperanzas; que no pierda las ganas de vivir; que no se canse de construir el futuro de sus habitantes; que respete las leyes y las convierta en instrumentos de entendimiento y progreso colectivo; que se oponga al despotismo que coarta libertades y siembra odio y mezquindad; que exija a sus autoridades nacionales y locales trabajar por el bien común; que la justicia sea una praxis diaria en todas las relaciones humanas; que honre sus creencias y tradiciones, que haga de su presente un trampolín hacia un futuro más equitativo y fecundo.

Quise y quiero vivir en una sociedad donde los ecuatorianos nos sintamos hermanos, donde las diferencias económicas no marquen barreras sino ocasiones para la superación y el progreso del país; donde nadie viva con miedo de perder lo que adquirió con esfuerzo, renuncias y dedicación; donde todos aspiremos a mejores condiciones individuales y comunitarias; en una sociedad que ofrezca oportunidades a todos para capacitarse y tener un trabajo digno y bien remunerado.

Quise y quiero contar con un ambiente familiar que sea un nido cálido para los recién nacidos, una guía amorosa para los infantes y púberes, un albergue propicio para los sueños de nuestros adolescentes y un espacio inconmensurable donde los jóvenes puedan crecer y afianzar su personalidad; con un hogar donde los padres recuperen su ubicación dentro de la sociedad y sientan la responsabilidad por las vidas generadas

y mantengan sus compromisos de pareja; con un hogar con padre y madre convertidos en garantía de permanencia de una sociedad sana y bien motivada que respeta la vida.

Quise y quiero conservar a los amigos de siempre y tener un espacio abierto a nuevas manifestaciones de amistad; quiero vivir en un medio donde reine el respeto, donde la tolerancia más que un requisito sea el aire que se respira, donde la solidaridad encuentre cauces de manifestación, donde nadie recele de nadie; una sociedad sin informantes ni espías, sin videos clandestinos, sin gente desleal. Quiero sentirme amigo de la tierra y del sol; quiero beber el agua de nuestros ríos y sonreír cada mañana con el gorjeo de las aves y el vuelo blanco de nuestras garzas. “Quiero tener un millón de amigos” para alimentarme con las energías positivas de sus espíritus generosos y altivos.

Quise y quiero tener un gobernante que nos represente, con quien nos identifiquemos; que conozca las necesidades y encuentre las soluciones; que sepa sumar antes que dividir; que la ponderación, la cordura, el respeto, la justicia, la humildad, la ecuanimidad, la constancia y la responsabilidad no le sean ajenos. Quiero un gobernante que sea un estadista, no un sabelotodo jactancioso; que tenga la sabiduría suficiente para entender su misión; un gobernante sin complejos de superioridad que sea respetado por su pueblo por el respeto que él tiene a la majestad de las funciones que le fueron encomendadas.

Quise y quiero morir en la Patria que siempre fue mía con el orgullo de ser ecuatoriano.

Citas inteligentes

Esta columna se enriquece con el pensamiento de personas que tienen un puesto destacado en la historia. Dejemos que esos conceptos nos interroguen, nos confronten.

Rafael Serrano León, tío de Washington León Almeida, hombre de piel y temperamento curtidos en maestrías de sol a sombra, nos regala esta joya: “Cuando el destino anda terco/ no hay música celestial/; y contra la razón natural/ el loro se come al puerco”; un compendio de sabiduría, ¿verdad?

Winston Churchill decía: “El tener ganancias es reprochable para un socialista; yo considero que lo verdaderamente reprochable es tener pérdidas”.

Ronald Reagan –el Presidente vaquero– dejó escrito: “A veces me he preguntado qué aspecto tendrían los Diez Mandamientos si Moisés los hubiese pasado por el Congreso de Estados Unidos”. “El gobierno no puede resolver el problema; el problema es el gobierno”. “El gobierno no soluciona problemas; los subsidia”. “La diferencia que hay entre una democracia y una democracia popular es la misma que existe entre una camisa y una camisa de fuerza”. “Se supone que la política es la segunda profesión más antigua de la Tierra; he llegado a la conclusión de que guarda una gran semejanza con la primera”. “Un comunista es alguien que ha leído a Marx; un anticomunista es alguien que ha entendido a Marx”.

Alguien llama a estas “perlas” citas citables: “Solo un pueblo virtuoso es capaz de vivir en libertad; a medida que las naciones se hacen corruptas y viciosas, aumenta la necesidad de amos” (Benjamín Franklin). “Una sociedad que pone la igualdad por encima de la libertad acabará sin igualdad ni libertad” (Milton Friedman). Juan Pablo II declaró: “Cuando una empresa da beneficios significa que los factores productivos han sido utilizados correctamente y que las correspondientes necesidades humanas han sido satisfechas debidamente”. Juan XXIII es categórico: “La historia y la experiencia demuestran que en regímenes políticos que no reconocen a los particulares la propiedad, incluida la de los bienes de producción, se viola o suprime totalmente el ejercicio de la libertad humana en las cosas más fundamentales, lo cual demuestra con evidencia que el ejercicio de la libertad tiene su garantía y al mismo tiempo su estímulo en el derecho de propiedad”. Finalizo con André Maurois: “Un joven de menos de 25 años que no sea socialista no tiene corazón; uno mayor de 25 que sigue siéndolo, no tiene cerebro”.

¿Nos habremos vuelto un pueblo reflexivo y juicioso al momento de ejercer el derecho al sufragio? Lo vamos a ver en pocos días más. Enancándonos en la filosofía del actual Gobierno, al acceder a los recintos electorales necesitamos de una triple actitud: “manos limpias” (libres de consignas y compadrazgos); “mentes lúcidas” (en sano juicio, sabiendo a quien entregamos nuestra confianza); “corazones ardientes” (pensando en el Ecuador que siempre fue nuestro; con alma, vida y corazón).

Sonreír en tiempos de cólera

Cada mañana algo nace en nosotros y la noche sabe que algo nuestro se extingue. La vida es un diálogo permanente entre el ser de hoy y el de mañana que, quizá, dejará de ser. El viejo Heráclito pensaba que nunca nos bañamos en la misma agua de un río, porque el torrente de hoy no es el de ayer. Cada mañana somos distintos; sintiéndonos idénticos nos hallamos diversos, con nuevos sueños e ilusiones, fracasos y logros furtivos, planes ambiciosos y proyectos trascendentes; vitalidad renovada y ansias aletargadas de ser esa persona que siempre quisimos ser. Así somos, así soy, así seguiremos siendo mientras no nos corroa el desaliento o se nos oxiden las ganas de vivir.

Si la rutina llega a cruzarse en nuestros senderos rompámosla en mil pedazos o cambiemos de ruta; avanzar asidos a la rutina es emprender un viaje lúgubre sin retorno; quien elige la rutina como ancla de seguridad es una persona que renuncia a vivir y se acoge a la ignominiosa jubilación de su capacidad de pensar y de ser.

Quienes me conocen en el ejercicio de la administración educativa saben que soy difícil para sonreír; quienes pulsaron alguna vez mis sentimientos y me regalaron el espacio de sus corazones para anidar afectos, saben que atrás de una cáscara agria o de un rostro adusto se encuentra un niño-adulto que disfruta del calor humano, las vivencias con familiares y amigos, las ganas de seguir siendo un eterno aprendiz de la vida.

El rostro nos delata. La risa transparenta el alma. Los gestos dibujan el espíritu. Manos, rostros, miradas y movimientos nos colocan frente “al otro”. La alteridad nos desnuda con su mirada: sabe quiénes somos, qué queremos, qué buscamos. La risa, la sonrisa, el sarcasmo o las muecas necesarias para sonrisas políticas forzadas, sabemos distinguirlas, apreciarlas o menospreciarlas. Me alegra que nuestro Vicepresidente de la República nos haya invitado a sonreír en tiempos de cólera. Servio Tulio, su progenitor, era estrecho amigo de mi padre; en el calor que nace de la confianza, él siempre sacó a flote su risa franca y alegre de maestro optimista. Lenín Moreno sabe “que lo que se hereda no se hurta”.

El conflicto colombo-ecuatoriano deja cabos sueltos, lecciones y deberes, metas y propósitos, revisiones y muchas decisiones. Nadie gana cuando los pueblos se hieren; mucho cuesta regenerar su tejido social. Ecuador está obligado a repensar su presente, a investigar su pasado y a delinear un futuro de progreso y concordia nacionales; nuestro Presidente, a reforzar su autocontrol para un liderazgo de unión y de paz.

Las Fuerzas Armadas requieren de líderes que sepan de su oficio; que cada una de sus ramas se dedique a lo suyo: marinos a sus barcos, soldados a sus trincheras, pilotos a sus aeronaves; que los aprendices de políticos que manejan nuestras relaciones internacionales con la euforia y desconocimiento de adolescentes, cedan el paso a quienes poseen sensatez y experiencia.

La fanfarria, la egolatría y la insolencia miope amenazan desbordar los límites patrios.

Quiero ser Presidente...

La gente joven –menos de 30 años– es una fuerza muy representativa en el Ecuador. Desde la irrupción del fenómeno de los “forajidos” esta fuerza ha ido conquistando nuevos espacios y enfrenta retos interesantes; si de verdad quisiésemos un Ecuador dotado de comportamientos nuevos, pródigos en valores cívicos y morales, tendríamos que volcar todo nuestro esfuerzo en la transformación de nuestra infancia, niñez, adolescencia y juventud; no hacerlo es seguir cacareando cambios revolucionarios que no traen transformaciones reales, de largo aliento, a nuestro país.

En las últimas semanas Anita, Andrea y Sebastián, estudiantes universitarios, me buscaron, por separado, para conversar. Fueron tres conversaciones, por coincidencia sobre un mismo tema. Ellas y él quieren ser “Presidente de la República” y me piden sugerencias porque desean llegar preparados.

¿Por qué quieren ellos ser Presidente y prepararse con tiempo? Aquí van sus ideas, al vuelo, así como llegaron: “No tenemos escuelas políticas que preparen gente para la función pública... Los presidentes conocidos por nosotros no pudieron gobernarnos; ofrecieron demasiado hasta llegar al poder y luego no hicieron lo prometido... Vemos que los presidentes mienten y creen que nadie se da cuenta de que están mintiendo... Los presidentes desde el poder se olvidan del pueblo y si es que se acuerdan es para seguir utilizándolo... Vemos que se compra la voluntad antes de las votaciones mediante bonos, subsidios y ofertas que desangran la economía colectiva y no auguran

estabilidad económica ni política... Si nos preparamos estamos convencidos de que podemos ser un buen presidente para Ecuador...”.

¿Cuál fue mi respuesta? Antes que nada, felicité a cada uno de ellos; les dije que es propio de almas nobles prepararse para una misión tan grande; luego puse en ellos gérmenes de responsabilidad, de humildad y de audacia. Aquí van, en desorden, algunos temas tratados. Los jóvenes no han perdido la cordura y la sensatez, no creen en gritos ni bravatas, les gusta razonar; les duele que en Montecristi se juegue con la verdad, que las manos alzadas establezcan qué es verdad y qué es falsedad, que no haya espacios para debates amplios; temen por el futuro de nuestra sociedad.

Estos fueron mis consejos: “Aprende a escuchar... Piensa antes de hablar... Habla para hacerte entender, no mientas, sé franco y consecuente... Respeta a los demás... Prepárate intelectualmente en los diversos campos del saber humano... Nunca pienses que eres el dueño de la verdad... Cumple con las leyes y exige su cumplimiento... Rodéate de gente competente, leal y crítica... El poder político debe servir al pueblo, no a los antojos personales... Cuando cada ecuatoriano comprenda su rol dentro de la sociedad y sea una persona activa que busca el bienestar nacional, un gobernante debe sentirse satisfecho... Prepárate para ser Presidente de todos los ecuatorianos, no de un grupo en especial... No odies ni busques revanchas; no seas peleón de barrio; un gobernante debe ser sereno, ecuánime, transparente, honesto, conciliador, creador de la paz y defensor de la justicia... Prepárate para ser digno de tan alto honor si algún día llegas a ser presidente...”.

A modo de confesión

Las personas somos transeúntes del universo. Estamos hoy, mañana nos habremos marchado. Las ideas permanecen. Los medios de comunicación, hoy tan vilipendiados, son registro de una época y testimonio de quienes decidieron ubicarse en una determinada orilla del pensamiento.

Estoy por cumplir 73 años. Personalmente no seré afectado por mucho tiempo por un hipotético triunfo del Sí en el referéndum o por un estilo de gobierno de espaldas a las leyes, a merced de la vanidad, la ambición y los caprichos. Esta vez no pienso en mí: pienso en mi familia, en quienes fueron mis alumnos, en sus hijos; pienso en la gente del campo y en aquellos que viven en la ciudad; pienso en quienes algo tienen y sobre todo en los pobres; para todos ellos escribo estas líneas con enorme responsabilidad; con amor, respeto y reverencia hacia los seres humanos que buscan crecer cada día con esfuerzo, manteniendo la libertad, amando a Dios y a su prójimo; buscando mañana ser mejores de lo que fueron hoy y ayer. Recordemos:

-La falta de sinceridad, lealtad y transparencia convierten a quienes discrepan con el poder en mafiosos, infiltrados y traidores.

-El fin no justifica los medios. Si los medios están al servicio del poder y nadie controla dicho poder, se vive bajo el imperio de la anarquía y del atropello que matan todo vestigio de convivencia humana.

-La voluntad del pueblo no se compra ni se vende. Los subsidios a los combustibles, electricidad, harina, urea, vivienda, bono de desarrollo, etcétera, no salieron de los bolsillos de Alianza

PAIS; es dinero de todo el pueblo ecuatoriano repartido inescrupulosamente con el afán de captar votos para el Sí, pensando que nuestro pueblo carece de convicciones propias y que es incapaz de entender las artimañas del poder, que se lo puede comprar como mercancía barata.

-El pueblo no come cuentos, está hastiado. La explosión de la engañosa publicidad oficial, las cadenas televisivas y radiales, el peregrinaje del Presidente con el Sí a flor de labios, nos han cansado. Hay una indigestión general, un empacho masivo, un fuerte dolor de cabeza. Goliat contra David. Presiento que está por repetirse la hazaña bíblica.

-El proyecto de Constitución de Montecristi ofrece lo posible y lo imposible. Entre poesía, sueños y novedades se crea en el papel la riqueza para todos, un paraíso terrenal libre de trabajo y sudores; riqueza que será entregada generosamente por papá-Estado. Esto en el proyecto, ¿cuál la realidad?

-La delincuencia gobierna en nuestras ciudades. La inseguridad nos quita la alegría de vivir. No son percepciones, son realidades tardía y dolorosamente aceptadas.

-La inflación campea en una economía dolarizada. Las amas de casa cada día gastan más y compran menos.

-Los mendigos siguen en las esquinas de nuestras ciudades. Los niños y los jóvenes exponen sus vidas en las calles por unos centavos de caridad.

-Es hora de rendir cuentas, han pasado dieciocho meses. ¡Qué fácil resulta prometer! Dios ilumine nuestras decisiones, son trascendentes.

Sigue vigente, por desgracia, el viejo sistema de hacer política: YO TE PROMETO AMIGO, BUSCA TÚ QUIEN TE LO DÉ.

Cambios en época de cambio

Pido el concurso de Perogrullo, personaje casi ignorado por este comunicador; no hacerlo, cuando se lo requiere, es fatuidad, estulticia o sobredimensionamiento del rol personal asumido como manera de vivir o sobrevivir. Qué mejor oportunidad para hacer ciertos cambios que aquella que se encuentra anidada dentro de una época de cambios: esto es una perogrullada. Si tanto se habla de cambios, desde antes del cambio de milenio, entonces bienvenida la idea de proponer algunos cambios personales e institucionales necesarios en este último mes de un accidentado 2008 y en vísperas de otro no menos intranquilo y preocupante.

-Lo que hoy se denomina como evaluación, análisis de resultados o mediciones de variada índole, en un pasado no muy remoto se llamaba "examen diario de conciencia" y se sugería hacerlo al morir la tarde o entrar la noche; examen pausado, sincero, honesto y valiente que conducía a la corrección de los errores detectados y al reforzamiento de las bondades encontradas, pues para esto se crearon los exámenes de conciencia: eran una etapa diaria en la vida de cada persona para analizar sus actos, para saber si caminaba o no hacia el objetivo establecido en el plan de vida. Este examen era igualmente plausible y válido para el andinista que se empeñaba en conquistar nuevas cumbres, para el zapatero que debía cumplir con varios compromisos establecidos, para el maestro en la entrega diaria de su saber y experiencias a sus pupilos como para el magistrado o mandatario en el cumplimiento de sus misiones específicas. Cuando nos hicimos modernos y abandonamos la práctica del examen

diario de conciencia porque sabía a exigencias religiosas en pos de la adquisición de virtudes y la corrección de defectos, casi por exigencia natural, encontramos artificios para sustituir esa necesidad intrínseca de autocensura, autoanálisis, introspección periódica. Aquí es donde aparecen las evaluaciones, la rendición de cuentas, los análisis de resultados, etcétera.

-Presento un par de ejemplos. La Constitución de Montecristi no es un proyecto, es una realidad. Sus exigencias están impresas. No puedo interpretarla a mi manera ni aceptar solamente lo que me agrada de ella. La Constitución no sirve para cobrar venganzas ni imponer caudillismos. Es un libro que prescribe una forma de vida en sociedad para satisfacer necesidades personales e institucionales básicas y para cumplir con exigencias en pro del buen vivir. Vale un examen de conciencia de gobernantes y gobernados para ver si la nueva Carta Magna es letra muerta o empieza a crecer en la conciencia de todos los ecuatorianos.

-El presidente Correa aplaude la fiscalización, pide que “fiscalicen lo que les dé la regalada gana” porque él conduce un gobierno de manos limpias. Bien por él y por su limpieza, mas es necesario proceder con mayor limpieza aún: que la Comisión de Fiscalización esté representada por todas las fuerzas políticas, que no tenga mayoría gobiernista, que se ciña a un reglamento exigente y que entonces sí fiscalice, que no sea juez y parte. “La mujer del César no solo debe ser honrada sino también aparentar serlo”.

Castiga riendo mores

Me sirvo esta vez de dos comunicaciones llegadas a mi buzón electrónico. Si acude a nuestro rostro, espontáneamente, una leve sonrisa, no la dejen ir. El viejo adagio latino que me sirve de título para este artículo nos recuerda “que riendo se corrigen las costumbres”; una sátira fina, un comentario suspicaz y picante, a veces son más efectivos que largos discursos sobre un tema. Vamos al grano, amigas y amigos.

1. Transcribo el texto recibido: “La semana pasada mientras conducía por la carretera rumbo a Sucumbíos me encontré de pronto con una inmensa columna de vehículos. Me detuve a investigar qué era lo que sucedía, bajé de mi auto, caminé algo así como un kilómetro y le pregunté a otro conductor que padecía del mismo mal: —¿Qué es lo que sucede? —y este me respondió: Un comando de guerrilleros ha secuestrado a un grupo completo de diputados socialistas, conservadores, socialcristianos, emepedistas, roldosistas, izquierdistas demócratas, pachakutiks, demopopulares, alfaristas, etcétera y están solicitando un millón de dólares por su liberación; si esta petición no es cumplida en dos horas los rociarán con combustible y les prenderán fuego. —¡Qué barbaridad! — comenté—. ¿Y qué están haciendo ustedes? —Estamos haciendo una colecta. —¿Y cuánto han logrado reunir hasta ahora? —pregunté—. —Según creo, me dijo mi interlocutor, muy preocupado, ya tenemos unos 580 litros de gasolina extra, 320 litros de súper, 125 litros de diesel, 38 cajas de fósforos y 21 encendedores”. Hasta aquí la comunicación enviada.

Un breve comentario. No sé si una reflexión sobre el texto en mención sea llover sobre mojado. No importa, si es así. Las semanas que vivimos son de intensa actividad política y son también una demostración de que nuestro sistema de elecciones se ha tornado cansino porque luego de los procesos electorales nada cambia de verdad y los males en lugar de desaparecer se vuelven endémicos. “La vida de un diputado no merece un rescate; quemarla es una buena opción”, insinúa esta anécdota. Sabemos que se trata de una solución reñida con nuestras leyes y costumbres, sin embargo es muy clara al manifestar un peligroso desencanto y una baja valoración nacional de quehacer político.

2. Unas pocas palabras sobre los graffiti que pululan en América y que nos llegan con alusión a países hermanos: “Que no se diga que en Ecuador tenemos los mejores legisladores que el dinero pueda comprar; que el país estaba al borde del abismo y con el próximo presidente daremos un paso adelante; que la deuda que le estoy dejando al país no es externa, sino eterna; que las inundaciones no se producen porque los ríos crecen, sino porque el país se hunde; que está prohibido robar, porque el Gobierno no admite competencia; o que al final de cada gobierno comentemos que “este Gobierno es como un bikini, nadie sabe cómo se sostiene pero todos quieren que se caiga”.

Hay mucho condumio en estas expresiones. Si réimos por su gracia, también sentimos rabia, impotencia y enojo, al mismo tiempo.

Sensatez y civismo

La contienda, la bravata o la revancha no son escenarios aptos para que la necesidad y la verdad expongan sus criterios. Los insultos, las tergiversaciones, los malentendidos, los sofismas, la carencia de *sindéresis* no son caminos de entendimiento en ningún pueblo del orbe. Deber de las autoridades es guardar la medida, no mezclar lo turbio con lo ponzoñoso, no ensayar escaramuzas frente a la pobreza nacional que requiere de un plan bien trazado para vencer a sus ancestrales enemigos: la desnutrición, el hambre, la carencia de programas de salud para las madres y sus niños, la falta de una educación responsablemente llevada, la inseguridad galopante de todo género.

Aquello que hasta hoy se ha gestado, de lado y lado, entre Guayaquil y el gobierno central, tendrá que ser analizado oportunamente; un buen día se echaron las aguas a correr y es de esperarse que estas aguas solamente laven heridas, limpien torpezas y dejen abierto el camino para el entendimiento. Es peligroso seguir esgrimiendo un maniqueísmo rancio y de dudosa procedencia: nosotros somos los buenos y los demás son la encarnación del mismo Satanás. Goethe decía que los humanos somos mitad ángeles y mitad bestias; no hay bestias completas, no somos fieras salvajes; “los seres racionales” somos eso: mitad bestias, es decir, dentro de nosotros también existe un ángel que pugna por salir, por demostrar que tiene alas para elevarse sobre la carroña, que tiene un espíritu noble capaz de las proezas más grandes. Quienes se han atrincherado en orillas opuestas, cada uno defendiendo sus razones y sus verdades, creámoslo, son mitad ángeles y mitad bestias; vale la pena pedir

a Dios que la bestia no mate al ángel y que el espíritu vuelva a dominar la materia permitiendo que se enseñoree sobre los instintos y haciendo factible que la razón dirija nuestros pasos hacia la consecución del bien común.

Comentábamos, con amigos de tiendas políticas distintas, sobre la responsabilidad de los gobernantes; al final todos coincidimos en algunos puntos que bien vale la pena que sean asimilados por quienes, de una u otra forma, nos gobiernan:

- Signo de autoridad es la ponderación, el sano juicio, la compostura acorde con la dignidad que se ostenta.
- Signo de autoridad es mantenerse en permanente búsqueda de la verdad y servirla a costa de cualquier sacrificio.
- Signo de autoridad es rodearse de gente proba, de gente austera, de ciudadanos con visión de patria, de consejeros desinteresados, de hombres y mujeres con deseos de servir a la comunidad.
- Signo de autoridad es levantarse sobre lo caduco, lo frívolo, lo banal, lo pendenciero, lo efímero, lo pestilente, lo repugnante.
- Signo de autoridad es mirar muy lejos, otear el horizonte; proyectar la patria para los hijos y los hijos de los hijos, es encontrar las mejores leyes para administrar la nación y poner en manos de las personas más aptas y sanas la conducción de las carteras de Estado.
- Signo de autoridad es tener como aliados a la justicia, a la equidad, a la razón, a la sensatez y al amor de patria.

Razones y sinrazones

Me permito poner en común algunos asertos que conforman la estructura mental de mi ser consciente, esquema que, cuando no lo traiciono, es el que sustenta actuaciones y comportamientos personales, tanto individuales como sociales. Me gustaría saber si rodamos sobre andariveles similares:

- Quienes alguna vez estudiamos Filosofía, repetimos con cierta soberbia que Descartes sabía que existía al pensar: “cogito ergo sum”; pero bien puede decirse al revés: porque existo, pienso o primero existo, luego pienso. Esta disquisición pone de manifiesto que la pretensión de ser dueños de la verdad es una necesidad del tamaño de una catedral.

- Bien vale aseverar, sin contradecirnos, que es imposible entenderse sin un mínimo de consensos, sin tener algo en común; si buscamos el camino más sencillo –la opción por un estilo peculiar de organización política, por ejemplo– puede resultar que cale muy hondo una idea si es llevada como bandera por un líder exitoso y que, por desgracia, cuando baje la fuerza o imagen de quien lidera esa singular visión, el andamiaje se venga abajo. Esto puede ser construir sobre arena, sembrar en el viento, arar en el mar. Los consensos requieren de ideas, de principios, de normas que luego de discutidas puedan ser aceptadas.

- Para situar este comentario en lo que vive nuestro Ecuador: todos queremos un cambio, tanto los que votaron por el Presidente actual como quienes no lo hicieron; cada día es menor el porcentaje de ecuatorianos que está realmente satisfecho con lo que ha venido sucediendo en nuestro país, pero esto no significa que no estemos preocupados porque desconocemos el cambio que se quiere dar. Pescar a río revuelto, amparados en esta expectativa nacional, no es buscar una solución sino querer sorprender a quienes menos comprendan los pormenores de una reforma constitucional.

- Mantener un clima de beligerancia manifiesta en contra de quienes no están de acuerdo con las ideas del señor Presidente es peligroso, porque una pugna antes de la Asamblea, durante ella y, a lo mejor, hasta que la nueva Carta Magna, que se espera sea magna, sea ratificada en plebiscito, es un tiempo demasiado grande como para que Ecuador pueda aguantar el natural desgaste que toda pugna trae aparejada.

- Lo inconveniente en este proceso (les habla un ciudadano de 72 años de edad), es vender a la Asamblea Constituyente como la panacea, la reina dadivosa de todo aquello que buena parte de los ecuatorianos no tiene o no tuvo (vivienda, trabajo, salud, educación y algo más). “La Patria ya es de todos” es un sofisma: para mí la Patria fue siempre de todos los ecuatorianos y si ahora se trata de decir que los más pobres no tenían Patria, tampoco es verdad que ahora la tengan, pues solamente tienen una promesa, un espejismo nebuloso y un paquete de sueños que la Asamblea no los transformará en realidad.

Es hora de ponernos de acuerdo en los cambios urgentes, necesarios y posibles que transformen nuestra vida.

La torre de Babel

Está escrito en el Génesis: “Ahora pues descendamos y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero. Así los esparció Jehová desde allí sobre la faz de toda la Tierra, y dejaron de edificar la ciudad. Por esto fue llamado el nombre de ella Babel, porque allí confundió Jehová el lenguaje; desde allí los esparció sobre la faz de toda la Tierra” (Génesis).

Los temas de esta columna no son necesariamente políticos, en sentido estricto; me ocupo más de tópicos educativos o de herramientas de reflexión, análisis e importancia de nuestras responsabilidades, valores y tradiciones; es por esto que con estas líneas, que también abordan conflictos políticos, cierro un paréntesis; por un buen tiempo me inhibiré de comentarios de esta índole para contribuir de este modo a un mejor entendimiento humano; prefiero perder la ciudadanía de Babel para integrarme a la cultura del entendimiento y para esto necesito oír y sobre todo escuchar, porque mientras pensemos que somos dueños de la verdad, será imposible llegar a consensos y encontrar el camino que inconscientemente buscamos los ecuatorianos.

Que Ecuador desde algunos lustros atrás es una gigantesca Babel, no cabe duda. En alguna parte se confundieron nuestros intelectos y perdimos la capacidad de entender; nos volvimos sordos, no escuchamos lo que nos dicen; el diálogo entre sordos se empantana, no progresa, porque al no oír no se puede entender lo que se busca y se quiere. Lo grave es que nuestros diálogos “sordos” no son entre gente sin capacidad de oír o

de entender, son entre personas que no quieren comunicarse, que no establecen sintonía con sus mandantes y que solamente tienen las entendederas abiertas para los jefes de bloque, para los dueños de los partidos políticos o para quienes son sus autoridades de turno. La lógica de los interlocutores políticos –aquella que nos parece extraña y funesta– procede de premisas equivocadas: no han entendido la razón de ser de su función: servir al pueblo, buscar su desarrollo y propender a la equidad, a la justicia social y a la paz; se busca, por desgracia, el interés particular, cumplir compromisos de campaña, ingresos adicionales a cambio de concesiones indebidas, complacer a los jefes, “acomodarse y acomodar a los amigos”; estos caminos jamás nos condujeron ni conducirán al bien común.

En Babel hubo confusión de lenguas; nadie sabía el idioma del interlocutor, era lógico que no pudiesen entenderse; en Ecuador hablamos un mismo idioma, tenemos una misma cultura, somos parte de un país pequeño, nos conocemos y reconocemos como ecuatorianos y sin embargo no podemos entendernos. Grave mal, enorme mal, gigantesco mal que nos impide llegar a la meta.

Si un nuevo gobierno en lugar de propender a devolver al Ecuador la capacidad de entenderse, atiza la división con declaraciones viscerales y actitudes temerarias, significa que hemos iniciado mal el viaje al país que soñamos y necesitamos llegar, peor aún si lo hacemos en medio de risas, sarcasmos y fanfarria. ¿Amor y amistad en tiempos de cólera? Imposible.

Dudas razonables

Les ruego una vez más acompañarme en un corto recorrido a través de la lógica, buscando una cierta sindéresis en estos conceptos elaborados en una hora más bien de desconcierto, de incertidumbre, de enojos encontrados, de sueños apacibles y de pesadillas insólitas.

- Los ecuatorianos estamos inmersos en un nuevo estilo de gobierno, de esto no cabe duda alguna. Lo nuevo nos causa extrañeza, nos sorprende, nos invita a pensar; quedan dos alternativas muy nítidas: o me subo al carro del vencedor y soy uno más de los que propician o anhelan el cambio, o me quedo fuera del carro, me escondo, me resigno, o tengo la valentía de hacerle frente al ideólogo y conductor de los cambios anunciados.

- No soy amigo de riñas y peleas como el mejor camino para llegar a la verdad, al entendimiento, a la solución de diferencias o discrepancias. Sin embargo, entiendo este procedimiento cuando las diferencias son abismales, las discrepancias son irreconciliables, cuando no queda otro camino para conseguir las metas que el Gobierno se propone.

- La tesis que se quiere demostrar es si el Presidente de la República manda o no manda en el país; si las funciones del Estado (Ejecutiva, Legislativa, Judicial y Electoral) están al servicio del pueblo o no; para esto es preciso luchar, cortar cabezas, de preferencia las más fuertes.

- Se busca también que el pueblo entienda que el gobernante cumple con las promesas de campaña: la entrega de bonos para diversas necesidades, las provincializaciones, la Asamblea Nacional Constituyente, una nueva Constitución que traiga una reforma política exhaustiva, etcétera. Los cumplimientos de promesas hechas afianzan la autoridad del Presidente, devuelven credibilidad a su palabra, lo cual, en buen romance significa que de aquí en adelante lo que el Presidente diga o quiera será una orden para el electorado que, en su gran mayoría, ha encontrado alguien que le ofrece algo más en qué pensar y por qué vivir.

- Afirmé en renglones anteriores que esta es una época que nos invita a pensar, a ser críticos, a aguzar nuestras mentes para descubrir dónde está la verdad, porque tenemos que recordar los humanos que poseemos la razón, que tenemos canales para informarnos bien y que no cabe una entrega sin derecho a inventario como una oposición cerril a lo que pueda significar cambios que anhelamos desde hace mucho. Vale la pena que calibremos la mira para entender con justeza y en toda su magnitud las intenciones del Presidente, para comprender su proyecto de grandes transformaciones, si en verdad lo tiene, y de ser así para aplaudirlo y apoyarlo aun a costa de renunciamientos personales; con igual entereza debemos estar prestos a rechazar actitudes que solamente buscan perpetuar viejos vicios con la presencia de gente nueva.

- Lo que pasa en el Ecuador nos obliga a tomar partido, a definirnos, a ubicarnos donde nuestra conciencia lo exija y luego a defender nuestras convicciones y decisiones. Con Dios o con el diablo. ¿Dónde está Dios y dónde está el diablo? *That is the question, dear friends.*

Encrucijadas

Un torbellino cargado de entusiasmos y frustraciones recorre las arenas de nuestras playas, los bosques tropicales de nuestro Oriente y Litoral; los gélidos páramos de nuestras cordilleras, al igual que las ciudades y caseríos de nuestra serranía, no están a salvo. No se trata de un torbellino recién formado, es un ciclón represado que esconde sueños y decepciones.

El torbellino es portador de un virus que anida en el corazón y en el cerebro con características precisas. Cuando el corazón se contagia tiene un doble efecto: hace bullir la sangre y provoca altas temperaturas que privan de la razón o hace que la sangre se enfríe produciendo apatía, abulia y desinterés por lo político y social; cuando el virus se anida en el cerebro produce síntomas parecidos: la gente enloquece, comienza a repetir frases sin entender, idolatra a líderes coyunturales, irrumpe contra todo lo que es tildado, gratuitamente, como dañino o perverso. Cuando el virus ataca corazón y cerebro, de una sola vez, entonces sálvese quien pueda, sobre todo, cuando los infectados controlan determinados ámbitos de poder.

Antes de que mi cerebro y corazón sean presas de un mal desconocido que borre convicciones y principios acuñados por civilizaciones pretéritas, consigno aquí basamentos conceptuales y reflexiones personales, herramientas necesarias para una autocrítica fecunda:

- No al odio, revancha, mofa, insulto, menosprecio, escarnio, vituperio –signos de violencia– porque no se compadecen con la esencia misma de ser y llamarnos humanos, no digamos con el privilegio de ser cristianos: somos hijos de Dios, los pobres y también los ricos, los de la ciudad y del agro; los blancos, negros, mestizos, etcétera.

- No al desconocimiento del pasado, a sus grandes logros y conquistas. La existencia humana es una secuencia de etapas necesarias para un crecimiento armónico y duradero. La Patria no vuelve, siempre estuvo junto a mi vida y a la vida de quienes han labrado su futuro con tesón, con sacrificios y con notables éxitos. Es falso que ahora sí ya tenemos Patria porque siempre la tuvimos, los pobres al igual que los ricos. Desde la dignidad de la pobreza de mi familia, en Sígsig, maravilloso cantón azuayo, hemos forjado vidas útiles para nuestras comunidades con enormes sacrificios y satisfacciones íntimas; no somos resentidos sociales, ni pensamos que la historia fue ingrata con nosotros, ni que todo está por hacerse.

-No al garrote que sustituye a la razón; no a la fuerza que aprueba y defiende sinrazones; no al tumulto como máxima expresión democrática; no a la venta de sueños e ilusiones que más tarde serán dolorosas decepciones; no a la prepotencia que oscurece horizontes, sojuzga y carcome voluntades.

Sí a nuevas leyes. Sí a la corrección de viejos males. Sí a un nuevo ordenamiento político, social y económico. Sí a la despolitización de los organismos de control. Sí a la educación, a la salud, al pago de la deuda social. Sí al diálogo, a la comprensión, al entendimiento, a la razón, a la tolerancia, a la búsqueda de la verdad.

Las dichosas mayorías

Tanto se habla en estos días del derecho de las mayorías, de las mayorías absolutas, de las minorías, etcétera, que creo preciso, para mi propia ilustración, recoger en estos párrafos algunos elementos que nos ayuden a deglutir, sin atragantarnos, los acontecimientos que se originan en Montecristi.

- Las decisiones, en un cuerpo colegiado, siempre se toman por mayoría, acorde con las normas establecidas en los respectivos reglamentos; esto fue ayer, es hoy y seguirá siéndolo en el futuro; ser mayoría es privilegio y responsabilidad.

- Un gobierno que tiene a su favor la mayoría de votos en uno o varios cuerpos colegiados donde se toman decisiones de alcance nacional, tiene allanado el camino hacia el éxito; qué mejor si esta mayoría deviene del voto popular y no de componendas o divisiones de parcelas de poder.

- La mayoría por sí sola no es presagio de acierto en sus decisiones porque la verdad no es tal porque ochenta o cien personas votan a favor de una determinada tesis, sino porque esta contiene los elementos indispensables para que sea verdadera.

- La mayoría, per se, no es sinónimo de sensatez, cordura, buen juicio, responsabilidad o civismo; tampoco lo es de anarquía, demencia, atropello o vejamen. La mayoría está integrada por personas; la verdad y el buen juicio dependen de la calidad moral, capacidad y nobleza de cada uno de los integrantes de dicha mayoría.

- Una moción de minoría puede ser verdadera, acertada y necesaria, pero puede ser desechada por la mayoría sin otra razón que por el peso de los números. Las minorías no disponen de la contundencia numérica en las votaciones. El peso de las minorías será perceptible por la calidad moral de sus integrantes, la capacidad para presentar mociones o tesis debidamente fundamentadas, la oportunidad para oponerse a normas o leyes lesivas a la comunidad, la espontaneidad para apoyar temas presentados por la mayoría en beneficio de todos los ecuatorianos. La actuación valiente y ponderada de las minorías de hoy hará que mañana se conviertan en mayoría.

- Redactar una Constitución significa crear el marco jurídico adecuado para que todos los habitantes de un país tengan en ese documento una razón para vivir y un instrumento racional para armonizar la convivencia de seres diversos que viven en un mismo territorio.

- Cuando la mayoría no interioriza su responsabilidad puede fácilmente convertirse en un trampolín para ejercer el poder irracional dando pábulo a revanchas, desquites, odios o decisiones al margen de las limitaciones naturales que tiene todo ente colegiado.

- Ser mayoría no es un delito, es una prerrogativa. A una mayoría se la debe juzgar solamente por los resultados que produzca, pero esto no impide que se levanten voces de alerta sobre posibles abusos que pueden originarse en la arrogación de funciones no contempladas en el Estatuto, creado para señalar atribuciones y establecer las debidas limitaciones.

- Las decisiones de la Asamblea de Montecristi serán de la lista 35. Al final veremos si se legisló para el Ecuador y para largo tiempo o si se quiso hacer la voluntad de un grupo de "iluminados". Las minorías asistirán a esta metamorfosis.

Estamos a tiempo

Estamos todavía a tiempo. No demasiado, pero lo suficiente para comportarnos como personas responsables y para no dejar que otros jueguen con nuestro futuro, que otros resuelvan por nosotros, que otros ganen batallas en las que jamás combatimos. Como ha sido la tónica de esta columna, con algo más de treinta años de historia, les entrego algunos temas útiles para pensarlos, para tomar una posición conceptual frente a ellos, para difundir aciertos, para frenar atropellos, para sentirnos bien como humanos que piensan y repiensen su existir.

- Es saludable ser testigos de un despertar de la conciencia cívica de los ecuatorianos, cada día más activa y cuestionadora; el sopor causado por dieciocho frenéticos meses de gobierno en los cuales no quedaron días ni horas hábiles para la meditación, empieza a ser reemplazado por un súbito sobresalto causado por temores, fundados o no, sobre posibles males que se los ve venir, que están a la puerta.

- Un día vimos que se rompió la Constitución, entonces vigente, y nos alarmamos; al siguiente día nos percatamos que ya no existía Constitución y no reaccionamos; finalmente observamos que la verdad ya no era de todos sino que nuestro Presidente, celosamente, se había proclamado en su custodio, en su defensor, en su adalid, en su dueño.

- Montecristi ha sido testigo del atropello de muchas libertades. Eloy Alfaro, en su tumba, debe sentirse muy mal, siendo testigo

de graves desatinos; el Viejo Luchador ahora sabe que “su lucha” por las libertades bien puede sucumbir en los discursos de quienes se perciben iluminados; en las proclamas líricas que esconden utopías; en los conceptos inconexos que engendran confusiones; en sueños adolescentes que desconocen los caminos de la historia; en buenos deseos que ignoran el andar de los pueblos y el caminar de sus ideas. ¡Qué oportuna la cita de la Presidenta de la Cámara de Comercio de Guayaquil: “Hay gente que olvida que el 51% hace una mayoría, pero que esta no es igual al 100% y que el 49% es minoría, pero no es igual a cero”.

- Si ayer la partidocracia erró de mil modos aprovechándose de mayorías coyunturales para desgovernar el país y favorecer oscuros intereses, esto no significa que ahora se pueda o se deba hacer lo mismo, usando iguales métodos y esgrimiendo similares sustentos.

- En junio y julio debemos acercarnos, por todos los medios, a los textos constitucionales que se cocinan en la Asamblea, autoproclamada de plenos poderes. Leámoslos y releámoslos; espero que los tengamos a tiempo en nuestras manos; cerremos los oídos a las campañas por el Sí o por el No; es insensato, irracional y por demás audaz una campaña por algo que aún no existe, que todavía está en ciernes.

- De tener Ecuador un TSE de “plenos poderes” debiese hacer respetar, a rajatabla, la prohibición de toda campaña antes de los 45 días previos al Referendo para aprobar o reprobar la nueva Constitución. ¿Habrà publicidad para el Sí y para el No, pagada por el Estado, en iguales proporciones? Estemos alerta, durmamos con un ojo solamente.

La sabiduría de Alberto

Producto de un recorrido serótino es lo que hoy les quiero contar. Otilia y Cecilia, madre e hija, están en Guayaquil y responden a una invitación largamente postergada. Nuestras invitadas llegaron con una curiosidad enorme: querían cerciorarse si era verdad que Guayaquil había cambiado significativamente en los últimos dieciséis años de administración municipal, bajo el cobijo del PSC.

Admiración, respeto, beneplácito, complacencia y asombro fueron las expresiones que estas damas sacaron a flote durante cuatro horas de intenso recorrido por los rincones de la urbe. Quien diga que nada se ha hecho por los habitantes de Guayaquil durante los últimos tres lustros sabe, muy adentro, que miente de manera grosera y ofensiva a esta ciudad. Es menester ser ciegos para no elogiar al Guayaquil de hoy que debe su transformación a un grupo de ciudadanos que entendieron que sí se puede servir a la comunidad trabajando unidos y ejerciendo un liderazgo positivo.

Tras un fugaz recorrido por Durán nos dirigimos a Samborondón, cantón pujante que ostenta creatividad, recursos económicos bien aprovechados y una población ávida de superación. Luego de admirar los centros comerciales y los ingresos a las diversas ciudadelas llegamos finalmente al viejo Samborondón, el de ayer, el de siempre, el pueblito de alfareros perdido entre extensos arrozales, asentado a orillas del majestuoso Babahoyo. Llegamos con la imagen de hace treinta o cuarenta años, de un pueblito reñido con el progreso, dedicado básicamente a la

industria del barro como medio de sustento familiar y como tradición ancestral cultivada con una fidelidad digna de mejor suerte. Nuestro estupor fue colosal porque ese pueblito se ha convertido en una ciudad pujante, llena de vida, alegría e intensa actividad comercial. Ha desaparecido el pueblito polvoriento de antaño y los alfareros salieron de él para evitar la contaminación que lleva consigo el barro cuando es tratado con plomo antes de cocer las ollas vidriadas. Con cierto esfuerzo llegamos a la casa de don Alberto, uno de esos quijotes que todavía sienten que se realizan cuando con sus dedos majan el barro para hacer con él las mil fantasías que se anidan en su mente inquieta y creadora.

“Tengo sesenta años, no conozco otra actividad, desde niño aprendí de mi padre y abuelo este oficio”, nos dice Alberto al encaramarse en un artefacto rudimentario donde plasma sus sueños mediante sus pies que imprimen velocidad al torno en el que sus manos crean figuras diversas en pocos segundos.

No tengo moldes, todo está en mi mente –nos dice–; nosotros somos los auténticos samborondeños. Nos hieren cuando nos tildan de pelucones, porque yo creo que está bien que también haya ricos para que puedan comprar lo que nosotros hacemos. Tampoco todos deben ganar igual, ¿por qué señor? El que trabaja y el que estudia tienen derecho a ganar más. Mi hijo estudió electrónica y mi hija trabaja en la Espol, no me agradan los vagos que viven de la plata de los gobiernos”.

La sabiduría no es de todos, tampoco es propiedad de los letrados. La sabiduría anida en mentes y corazones sanos.

¿Existen los pelucones?

El DRAE no los registra, existen por edicto real que los ubica en el sector más apetecido del cantón Samborondón; pero, especímenes similares existen en todas las provincias y ciudades de este maltratado Ecuador: Cuenca es dueña de la crema y nata de pelucones; en Tungurahua pululan antiguos y nuevos pelucones; la capital de la República siempre los tuvo; los pelucones de Riobamba están en Quito; pocos existen en Cotopaxi; Imbabura cuenta con centenas y en Carchi, Manabí, Esmeraldas, Cañar, etcétera, los pelucones están vivitos y coleando.

Algo especial: quienes no son aún pelucones están en camino de serlo porque desde que Adán y Eva fueron expulsados del paraíso terrenal todo humano busca la superación personal, quiere el bienestar familiar, trabaja para capacitarse y quiere ser mejor que sus antepasados; no conozco varón, tampoco hembra, que quieran vivir en la pobreza, ser mendigos de profesión o sentarse en una banca en espera de los subsidios de papá gobierno. Algo más: quien algo posee sabe que tuvo que trabajar duro para conseguirlo, por eso ama los bienes que tiene y los defiende con fiereza; quienes menos tienen, bregan semana tras semana para adquirir su vivienda, comprar un carro, educar bien a sus hijos.

Para quien nada tiene, el que posee una choza comfortable es pelucón; para el dueño de la choza quien tiene una casa en un programa del Miduvi es pelucón; para este, quien compra un departamento en una ciudadela privada es pelucón y

quien lo tiene en Miami es un pelucón mayúsculo. El mundo ecuatoriano está conformado por quienes ya son pelucones, en diversos estadios de la peluconería, y por quienes se fatigan y luchan para conseguirlo; los funcionarios de un gobierno, sin excepción, y la burocracia dorada, plateada y bronceada, son los únicos que tienen la certeza de ser pelucones vitalicios, hasta la gloriosa jubilación o el cambio de servicio a otro solio presidencial.

Estuve en Samborondón, en casa de María y Mauricio, pareja quiteña que ha construido allí una casita de muñecas: pequeña, cómoda, elegante, confortable, apta para ellos y sus tres hijos. María cumplió años; sus parientes, amigas y amigos –entre 30 y 40 años de edad– quisimos decirle que la queríamos. Me sentí viejo entre ellos, pero sus ideas me rejuvenecieron; el mundo avanza, la cordura sobrevive.

¿Quiénes fueron los pelucones de aquella noche? Serranos, costeños y colombianos residentes en Guayaquil y Samborondón. No fue un cónclave de pelucones, fue un grupo humano deseoso de vivir, amar y progresar. Ellos no son pelucones en el argot del prioste de la lucha de clases en nuestro Ecuador. Son jóvenes que trabajan de sol a sombra para que sus hijos tengan una buena educación; son jóvenes que a más de sus títulos de tercer nivel estudian ahora sus “maestrías” porque conocen que el saber dignifica, que es una necesidad existencial que abre horizontes insospechados en la vida. Ellos pregonan que el futuro les pertenece porque lo construyen con esfuerzo, con sudor y privaciones.

Problemas propios y ajenos

No siempre se buscan problemas, más bien se trata de evitarlos. No es cuerdo meterse en camisa de once varas. Cuando nos metemos en problemas, a sabiendas, es porque a pesar de las dificultades que estos puedan ocasionar es indispensable intentarlo.

Existen problemas personales y problemas de otros. Nadie debe pagar los platos rotos ajenos, que lo haga quien los rompió; nos basta vivir con nuestras preocupaciones y luchar para mitigar sus efectos nocivos. Algo me preocupa sobre manera: existen problemas creados por terceros que repercuten en nuestras vidas, verbigracia aquellos que tienen su origen en los gobiernos de turno.

Las actuaciones públicas de quienes dirigen la vida del País plantean satisfacciones y disgustos, conformidades y disconformidades; existen quienes aplauden actitudes y crece el número de los que no entienden el manejo del Estado en economía, educación, salud, petróleo, etcétera, y dudan del estilo de hacer política dentro y fuera de las fronteras patrias. Lo dicho trae como consecuencia un malestar profundo y una desazón peligrosa que crean en los ciudadanos actitudes preocupantes que pueden llevar a comportamientos peligrosos. Frente a este problema, que lo detallo más adelante, es imperioso que el Gobierno dé muestras de sensibilidad responsable, sabiendo que los problemas generados en Carondelet deben ser atendidos por las autoridades para desvanecer oportunamente

falsas imputaciones, para establecer sanciones, para rectificar o ratificar líneas de conducta, para orientar la opinión pública.

Ciudadanas y ciudadanos cargan con problemas hasta ahora no resueltos y que no los han causado, al menos directamente, es decir, no son de su autoría y a pesar de esto sienten el peso de tenerlos sobre sus hombros todos los días. Les entrego unos pocos, sin mayor análisis, en apretada síntesis, con signos de interrogación, porque las respuestas tardan demasiado en llegar: ¿Qué pasa en los Tribunales Electorales, de ayer y de hoy, que no se llega a determinar con precisión el gasto electoral realizado por los candidatos? ¿Quién responde por las violaciones a la nueva Constitución denunciadas oportuna y valientemente por los medios de comunicación? ¿Qué pasó con Quinto Pazmiño? ¿Qué mismo sucedió en la PUCEG? ¿Hasta cuándo estaremos alejados diplomáticamente de Colombia? ¿Qué pasa con el acoso al Registro Civil de Guayaquil cuando nada se hace por atender al resto de provincias? ¿Si somos “Patria altiva y soberana” qué hacemos en el eje Irán, Cuba, Venezuela, Bolivia, Nicaragua, aislados del resto del mundo o con relaciones demasiado débiles o inconvenientes? El Che, Bolívar y Alfaro ¿son harina del mismo costal? ¿Por qué no se fiscaliza oportunamente al Régimen? ¿Cuál es la verdad sobre el ex ministro Carrión, el ex subsecretario Chauvin y los contactos con las FARC? ¿Hasta cuándo se abusará con la transmisión de la millonaria propaganda y publicidad estatales? ¿Hasta cuándo durará la situación crítica de la universidad ecuatoriana? ¿Conoceremos a tiempo mejores horizontes para planificar nuestro futuro inmediato y mediato?

Queda mucha tinta en el tintero. Necesitamos transparencia. El pueblo aún no ha perdido la fe en su mandatario, pero las dudas empiezan a ganar terreno. Ecuador no es feudo de nadie. Somos gente sensible y pensante.

ÍNDICE

Capítulo Primero

Valores Existenciales

Presentación	3
Prólogo	5
Prefacio	8
Facetas del amor - Junio 21, 2000	13
Amigos - Agosto 16, 2000	15
Paradojas del siglo XXI - Octubre 18, 2000	17
Riqueza, éxito y amor - Diciembre 13, 2000	19
La hormiguita y el lirio - Diciembre 20, 2000	21
Filosofía de una marioneta - Diciembre 27,2000	23
Educación con responsabilidad - Febrero 28, 2001	25
La eutanasia frente a los adolescentes - Abril 25, 2001	27
Juventud solidaria - Agosto 22, 2001	29
Terrorismo en Hollywood - Octubre 31, 2001	31
Raíces de la lealtad - Diciembre 5, 2001	33
¿Qué tan pobres somos - Diciembre 19, 2001	35
Cocreadores del Universo - Mayo 22, 2002	37
Puntualidad - Septiembre 10, 2003	39
No hay por qué temer - Octubre 6, 2004	41
Grandeza y pequeñez - Abril 20, 2005	43
Enseñanza estupenda - Agosto 10, 2005	45
La copa de la vida - Septiembre 28, 2005	47
Se busca quiijotes - Noviembre 2, 2005	49
Autoestima - Abril 19, 2006.	51
¿Taza o café? - Septiembre 20, 2006	53
Grandeza de los grandes - Octubre 5, 2006	55
Amor de puertas adentro - Diciembre 13, 2006	57
Lo suficiente - Enero 3, 2000	59

La historia de Ramesh - Julio 9, 2003	63
Carta desde el futuro – Octubre 8, 2003	65
¿Qué mismo es el éxito? – Noviembre 5, 2003	67
Higiene mental – Diciembre 17, 2003	69
Sobredosis para el alma – Diciembre 10, 2008	71
Las tres rejas – Abril 19, 2000	73
La mamá más mala del mundo – Mayo 17, 2000	75
Una ocasión especial – Mayo 31, 2000	77
Construir sobre arena – Junio 7, 2000	79
¿Por dónde subo? – Junio 14, 2000	81
La riqueza de la pobreza – Junio 26, 2000	83
¡Haz esto, no hagas eso! – Noviembre 1, 2000	85
Conciencia social – Mayo 2, 2001	87
Filántropos y mecenas – Mayo 16, 2001	89
Lecciones del campo – Marzo 6, 2002	91
Pasión y amor – Enero 8, 2003	93
Ya mismo comienza – Agosto 4, 2004	95
Conviérteme en televisor - Agosto 11, 2004	97
¿Cómo armar un debate? - Octubre 20, 2004	99
La historia del lápiz – Junio 3, 2004	101
Receta para días turbios – Noviembre 10, 2004	103
Amigos de verdad - Diciembre 8, 2004	105
Sacudirse a tiempo – Mayo 25, 2005	107
Meditación a 4.387 metros de altura – Junio 8, 2005	109
No te metas en mi vida – Junio 15, 2005	111
Tomarse el tiempo necesario – Junio 22, 2005	113
Palabras clave – Julio 27, 2005	115
¡Abuelos, hijos...nietos! – Agosto 3, 2005	117
Un día de estos – Septiembre 7, 2005	119

¿Cuándo nos perdimos? - Octubre 12, 2005	121
Epilogo de cuando – Octubre 19, 2005	123
Recuerdos indelebles – Julio 5, 2006	125
Retrospectiva – Mayo 30, 2007	127
Cacería de brujas- Noviembre 7, 2007	129

Capítulo Tercero **De aquí y de allá**

Amar a Guayaquil – Octubre 5, 2002	133
Una ciudad, un hombre – Agosto 1, 2001	135
Brisas de octubre – Octubre 2, 2002	137
El medio ambiente - Junio 5, 2003	139
El patriota de Guayaquil – Junio 2, 2004	141
“Déjenlos volver” – Diciembre 29, 2004	143
Después del divorcio – Octubre 24, 2007	145
¿Existen los patriarcas? – Abril 16, 2008	147
Alfredo y Albert – Octubre 1, 2008	149
Un guerrero menos - Diciembre 17, 2008.	151

Capítulo Cuarto **Filosofía de vida**

La vida: enigma y misterio – Mayo 10, 2000	155
¿Reflexiona Ecuador? - Septiembre 6, 2000	157
¡Qué maravilla la vida! – Febrero 21, 2001	159
Desde mi atalaya – Noviembre 19, 2001	161
Prisioneros de la verdad – Noviembre 26, 2001	163
¿En-amor-ados de? – Febrero 13, 2002	165
¿Qué nos falta a los ecuatorianos? – Febrero 20, 2002	167
Memorándum de un hijo – Mayo 1, 2002.	169

Mensaje (2) – Mayo 8, 2002	171
El valor de las circunstancias – Junio 12, 2002	173
Los caminos del tiempo – Julio 17, 2002.	175
Reflexionar es siempre útil – Diciembre 16, 2002	177
Vivir la vida – Mayo 7, 2003	179
¿De qué está hecha la vida?. - Mayo 14, 2003	181
Vidas devoradas por la ansiedad – Noviembre 12, 2003	183
Prevenga la ansiedad y el estrés – Noviembre 19, 2003	185
El futuro: lo único nuestro – Enero 7, 2004	187
Vivencias humanas- Mayo 19, 2004	189
Decálogo de calidad – Junio 16, 2004	191
Lección de honor – Agosto 25, 2004	193
El camino de la vida – Diciembre 22, 2004	195
“Qué yo no pierda” – Octubre 26, 2005	197
Trabajo y vida personal – Junio 28, 2006	199
Un poco de filosofía existencial – Octubre 11, 2006	201
Regalos de rabia y de rencor – Mayo 9, 2007	203
Raíces de libertad – Julio 4, 2007	205
El bien y el mal – Julio 11, 2007	207
Botellón mágico – Febrero 6, 2008	209
Palabras y sentencias – Noviembre 19, 2008	211
Una doctrina vulnerable – Abril 18, 2007	213

Capítulo Quinto

Inmanencia y trascendencia

¿Qué es la credibilidad? – Enero 16, 2002	217
¡Sangre y muerte! – Marzo 27, 2002	219
Pasión de Mel Gibson – Abril 7, 2004	221
Tres madre que amo – Mayo 12, 2004	223
Los colores de mayo – Mayo 3, 2006	225

Una plegaria por Ecuador – Julio 21, 2004	227
Semana mayor – Marzo 23, 2005	229
Padre nuestro al revés – Junio 6, 2007	231
El jolgorio de Navidad – Noviembre 26, 2008	233
Hoy es Navidad – Diciembre 24, 2008	235
Reflexiones oportunas – Agosto 13, 2003	237
Certezas cotidianas – Abril 3, 2003	239
El árbol confundido – Marzo 9, 2005	241
¿Somos afortunados? – Marzo 16, 2005	243

Capítulo Sexto **Análisis y reflexiones políticas**

Libertad de pensamiento – Marzo 8, 2000	247
Análisis necesario – Septiembre 26, 2001	249
Asumir responsabilidades - Octubre 17, 2001	251
Nuestros “11 de septiembre” – Septiembre 11, 2002	253
Banderas Blancas – Abril 9, 2003	255
¡Qué difícil es gobernar! – Junio 25, 2003	257
Lacerante realidad – Septiembre 29, 2004	259
Valentía y ponderación – Marzo 21, 2007	261
Dar lo mejor de uno – Abril 4, 2007	263
Elegir con sabiduría – Agosto 22, 2007	265
Quise y quiero – Septiembre 12, 2007	267
Citas inteligentes – Septiembre 26, 2007	269
Sonreír en tiempos de cólera – Marzo 12, 2008	271
Quiero ser Presidente – Abril 30, 2008	273
A modo de confesión – Septiembre 24, 2008	275
Cambios en época de cambio – Diciembre 3, 2008	277
Castiga ridendo mores – Agosto 21, 2002	279

Sensatez y civismo – Enero 26, 2005	281
Razones y sinrazones – Agosto 1, 2007	283
La torre de Babel – Febrero 14, 2007	285
Dudas razonables – Marzo 7, 2007	287
Encrucijadas – Abril 11, 2007	289
Las dichosas mayorías – Diciembre 19, 2007	291
Estamos a tiempo –Junio 11, 2008	293
La sabiduría de Alberto – Agosto 13, 2008	295
¿Existen los pelucones? – Septiembre 10, 2008	297
Problemas propios y ajenos- Febrero 11, 2009	299